

¿DÓNDE ESTAMOS Y HACIA DÓNDE VAMOS?

Ángel Martínez González-Tablas,
Joan Subirats, Colectivo IOÉ,
María Pazos, Carmen Castro,
Ignacio Sánchez-Cuenca, Jordi Borja,
María Castrillo, Ángela Matesanz,
Domingo Sánchez Fuentes,
Álvaro Sevilla

Entrevista

Gérard Duménil y
Dominique Lévy,
*A propósito de La gran
bifurcación. Acabar con
el neoliberalismo*

Bruno Tinel

Director - Santiago Álvarez Cantalapiedra

Jefa de redacción - Olga Abasolo Pozas

Consejo de redacción

Luis Enrique Alonso (Universidad Autónoma de Madrid)

Tanja Bastia (Universidad de Manchester)

Óscar Carpintero (Universidad de Valladolid)

José Luis Fernández Casadevante (Cooperativa Garua)

Javier Gutiérrez Hurtado (Universidad de Valladolid)

Yayo Herrero (FUHEM)

Jordi Mir (Universitat Pompeu Fabra)

José Manuel Naredo (Cuerpo Superior de Estadísticos
del Estado)

María E. Rodríguez Palop (Universidad Carlos III)

Helena Villarejo (Universidad de Valladolid)

Comité asesor

Daniele Archibugi (Universidad de Londres)

Pedro Ibarra (Universidad del País Vasco)

Isabell Kempf (Oficina del Alto Comisionado
para los Derechos Humanos)

Bichara Khader (Universidad de Lovaina)

Michael T. Klare (Hampshire College)

Saul Landau (California State University)

Maxine Molyneux (Universidad de Londres)

Gaby Oré (Centro por los Derechos Económicos
y Sociales)

Nieves Zúñiga (Universidad de Essex)

Papeles de relaciones ecosociales y cambio global es una revista trimestral publicada desde 1985 por FUHEM. Con una mirada transdisciplinar, la revista aborda temas relacionados con la sostenibilidad, la cohesión social y la democracia, con la paz como eje transversal del análisis.

La revista está recogida sistemáticamente por las bases de datos: LATINDEX, DIALNET, DICE, ISOC-Ciencias Sociales y Humanidades, RESH, ARCE

© FUHEM. Todos los derechos reservados

FUHEM - Ecosocial

Duque de Sesto 40, 28009 Madrid

Teléf.: (+34) 91 576 32 99 – Fax: (+34) 91 577 47 26

fuhem@fuhem.es

www.revistapapeles.fuhem.es

I.S.S.N. - 1888-0576

Depósito legal - M-30281-1993

© de las ilustraciones: Javier Muñoz

Imagen de portada: Alexey Kuzin | Dreamstime.com

Esta revista ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte en 2013.

Para solicitar autorización para la reproducción de artículos publicados, escribir a FUHEM Ecosocial.

Las opiniones de los artículos publicados no reflejan necesariamente las de FUHEM Ecosocial y son responsabilidad de los autores.

Impreso en papel ecológico como parte de la política de buenas prácticas en materia de sostenibilidad de FUHEM.

INTRODUCCIÓN 5

ENSAYO

La tercera cultura en la obra de Francisco
Fernández Buey. Para los (y las) que aman por
igual la ciencia, el arte y las humanidades 13

Salvador López Arnal

ESPECIAL

RASGOS DEL NUEVO ORDEN SOCIAL
TRAS EL NAUFRAGIO

¿Desde dónde, hacia dónde? 35

Ángel Martínez González-Tablas

Si la innovación social es la respuesta, ¿cuál era la
pregunta? Los debates en torno a la sostenibilidad
de las políticas de bienestar 49

Joan Subirats

Las políticas neoliberales profundizan la desigualdad
social 57

Colectivo IOÉ

La política social en juego: ¿qué sociedad nos
espera? 71

María Pazos

¿Requiem? por la igualdad de género –que no fue–
en Europa. Cambiemos la hoja de ruta 87

Carmen Castro

El momento crítico de España 103

Ignacio Sánchez-Cuenca

Ciudad, urbanismo y clases sociales en perspectiva 111

Jordi Borja

¿Regeneración urbana? Deconstrucción y
reconstrucción de un concepto incuestionado 129

María Castrillo, Ángela Matesanz, Domingo Sánchez Fuentes y
Álvaro Sevilla

SUMARIO

PANORAMA

- Nuevos paradigmas en la izquierda y los movimientos sociales (terremotos, rupturas y metamorfosis en los últimos veinte años)** 143

José Aristizábal G.

- La calidad y el impacto ambiental de la producción ecológica: desde los resultados de la investigación al consumidor** 163

Flavio Paoletti

ENTREVISTA

- Entrevista a Gérard Duménil y Dominique Lévy
A propósito de *La gran bifurcación. Acabar con el neoliberalismo*** 175

Bruno Tinel

- Entrevista a Jorge Luis Acanda** 189

Salvador López Arnal

LIBROS

- Ego. Las trampas del juego capitalista,**
Frank Schirrmacher 197

Jorge Riechmann

- Energy and the wealth of nations. Understanding the biophysical economy,** Charles A. S. Hall y
Kent A. Klitgaard 198

Luis González Reyes

- Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital,** César Rendueles 200

Carmen Madorrán

- La insensatez de los necios: la lógica del engaño y el autoengaño en la vida humana,** Robert Trivers 202

Juan José Álvarez Galán

¿Dónde estamos y hacia dónde vamos?

«El pasado está dado y no se puede cambiar, el futuro es incierto y no se puede predecir».

David Anisi, *Creadores de escasez*

«Los tiempos son tres: presente de lo pasado, presente de lo presente y presente de lo futuro [...] el presente de lo pasado es la memoria, el presente de lo presente, la atención, el presente de lo futuro, la expectación».

Agustín de Hipona, *Confesiones*

No se puede conocer el futuro sencillamente porque no se puede conocer lo que no ha ocurrido. No es este el lugar para argumentar por qué resulta tan difícil hacer predicciones científicas interesantes. Debería bastarnos con ser conscientes de que, si se trata de pronósticos sobre la evolución de nuestra realidad, somos partícipes del fenómeno observado y que, con el hecho mismo de observar, estamos modificando ya la observación. La imagen del mundo comparada a una gran máquina en la que con conocimiento suficiente es posible establecer cualquier estado pasado o futuro no parece la más adecuada. La característica general de un sistema vivo –como el de un ecosistema o un sistema social y

INTRODUCCIÓN

económico— es que tiene historia y su desarrollo es irreversible, de manera que a través de su funcionamiento va aumentando la complejidad y la incertidumbre. Por ello, decía Margalef, «no es justo asociar el éxito de una ciencia, e incluso su aceptación como tal, a su capacidad de predicción. También puede considerarse aceptable en ciencia el definir correctamente por qué no es posible predecir».¹

La formulación de la pregunta de hacia dónde vamos a partir del análisis de dónde estamos no ha de ser vista, en ningún caso, como un intento de predicción. Representa más bien una forma de mantener la atención sobre el presente desde la expectación creada por lo que el futuro nos pudiera deparar. Más que predecir, se trata de influir sobre la realidad, pues aunque no sepamos lo que el futuro nos traerá, sí está en nuestras manos —como señaló Maquiavelo— conocer los caminos que conducen al infierno para así poder evitarlos.

De dónde venimos, dónde estamos

Venimos de la ruptura de un pacto social que consideraba complementarias las funciones económicas que desempeñaban sus miembros. El gran pacto entre capital y trabajo, que permitía cierta redistribución de la renta mientras no se cuestionara la propiedad y el control económico en un marco político liberal, manejó aparentemente bien durante un tiempo las contradicciones y conflictos que inevitablemente terminan siempre por emerger como consecuencia de la manera en que se desenvuelve el capitalismo.

Las transformaciones sociodemográficas de las sociedades occidentales y los cambios que en el mundo estaban aconteciendo (derrumbe del imperio soviético, quiebra del fordismo, una nueva división internacional del trabajo y el incremento de la movilidad del capital financiero por la hegemonía neoliberal y la generalización de las tecnologías de la información y la comunicación), coadyuvaron a cerrar las hojas de la tenaza con la que se construyó el orden socialdemócrata. El envejecimiento de la población exigía impuestos más altos para poder financiar la universalización de unas prestaciones que se extendían de forma paulatina hacia más áreas, mientras que en sentido contrario, la mundialización abría nuevas vías de agua para que las clases altas y el poder corporativo pudieran escapar del cumplimiento de sus impuestos socavando la fiscalidad. Los límites naturales al crecimiento se vinieron a sumar a un cuadro en un momento en el que la redistribución empezaba a ser permanentemente cuestionada por el neoliberalismo. El endeudamiento se convirtió en la válvula de escape de las presiones contenidas en el interior de la olla socialdemócrata, pero al precio de dejarla al calor de unos mercados financieros desregulados que no supieron nunca controlar la temperatura.

¹ R. Margalef, «Por qué es tan difícil hacer predicciones interesantes», en J. Nadal (coord): *El mundo que viene*, Alianza editorial, Madrid, 1994, p. 258.

Un orden social sin modelo de desarrollo

La noción de «orden social» resulta crucial para entender donde nos encontramos. Un orden social –sostienen Duménil y Lévy–² representa la configuración de unas relaciones de dominación asentadas en una alianza entre distintas clases sociales en un periodo de tiempo determinado. Se puede añadir: un orden social se asienta en una determinada estructura social con un polo dominante y otros de carácter funcional y subordinado, junto con un discurso ideológico hegemónico, un paradigma que inspira las políticas y las intervenciones públicas y un marco de instituciones en el que cristaliza todo lo anterior. El orden socialdemócrata se desarrolló sobre una base social protagonizada por amplias clases medias, bajo el paradigma keynesiano y unas instituciones que dieron lugar en Europa occidental a los Estados de bienestar. En cada orden social subyacen determinadas alianzas entre clases y grupos sociales que revelan la existencia, aunque sea implícitamente, de un pacto que, a su vez, puede eventualmente hacer emerger un determinado modelo de desarrollo.

El orden social neoliberal que sustituyó al socialdemócrata desde la década de los ochenta del siglo pasado no ha sido capaz, a diferencia del anterior, de destilar un auténtico modelo de desarrollo,³ y la última crisis así lo ha puesto de manifiesto. Por el contrario, ha dado lugar a una economía donde la sucesión de burbujas especulativas y la acumulación por desposesión han sido desde entonces las formas preponderantes de hacer funcionar el capitalismo, no ha sido capaz de erigir una estructura institucional propia que fuera más allá de cuestionar y dismantelar las heredadas del fordismo y ha traído una organización social esquizofrénica marcada por la polaridad derivada de la existencia de desigualdades de todo tipo. En el orden neoliberal, los polos sociales no se presentan complementarios (funcionales unos a otros), de manera que al no necesitarse –ni siquiera por la vía de la explotación– irrumpe la exclusión y el divorcio social. Las élites económicas, crecientemente globalizadas y financiarizadas, desatienden sus compromisos con el resto de la sociedad porque sus intereses ya no se vinculan con la población de su país sino con su

² G. Duménil y D. Lévy introducen la idea de orden social en su libro *The Crisis of Neoliberalism*, (Harvard University Press, 2011). En dicha obra estos autores consideran que la crisis actual es la cuarta crisis estructural del capitalismo desde finales del siglo XIX. Estas crisis son episodios de intensa perturbación de una duración aproximada de una decena de años que ocurren con una frecuencia de alrededor de cuatro décadas y que separan diferentes órdenes sociales (la crisis de 1890 abrió el orden liberal; la crisis de 1929 el orden socialdemócrata; la crisis de la década de 1970 el llamado orden neoliberal, y la crisis actual inaugurará un orden sin contornos aún definidos dado que nos encontramos ante una gran bifurcación aún no resuelta (idea expresada en el último de sus libros, *La gran bifurcación. Acabar con el neoliberalismo*, cuya versión en castellano será publicada próximamente en la colección de libros de Economía crítica & Ecologismo social que coedita FUEM Ecosocial con la editorial Los Libros de la Catarata. Este último libro es comentado por Duménil y Lévy en la entrevista que Bruno Tinel realizó para *Marx Actuel*, y que publicamos traducida en este mismo número de *Papeles*).

³ Si resulta relevante la noción de «orden social», no menos importante es la idea de «modelo de desarrollo». Se adopta aquí el significado que le concede Martínez González-Tablas en su obra *Economía política mundial* (vol. II, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 80-85): Los «modelos de desarrollo» son formas específicas de funcionamiento del capitalismo que aparecen cuando afectan a componentes y relaciones centrales del sistema económico, no son anecdóticas sino que se extienden por un ámbito espacial significativo y se muestran capaces de crear condiciones de acumulación de manera significativa y duradera.

propia condición de clase transnacional. En palabras de Bauman: «la movilidad adquirida por las “personas que invierten” –los que poseen el capital, el dinero necesario para invertir– significa que el poder se desconecta en un altísimo grado, inédito en su drástica incondicionalidad, de las obligaciones: los deberes para con los empleados y los seres más jóvenes y débiles, las generaciones por nacer, así como la autorreproducción de las condiciones de vida para todos; en pocas palabras, se libera del deber de contribuir a la vida cotidiana y la perpetuación de la comunidad».⁴ Liberadas de toda atadura y responsabilidad, las élites del orden neoliberal propician la dinámica segregativa y expulsiva que está redefiniendo por completo las bases de la sociedad actual.

Expulsiones: ¿destino hacia donde vamos?

Ejemplos que evidencian esta dinámica hacia la expulsión se pueden encontrar en los rasgos que perfilan el funcionamiento presente de dos de las principales instituciones de nuestra sociedad: las limitaciones en el acceso al mercado laboral y a las prestaciones de lo que queda del Estado del bienestar.

Es cierto que el paro ha empezado a descender en nuestro país desde los abultados seis millones alcanzados en el peor momento de la crisis. También los gastos por prestación de desempleo han disminuido de manera significativa. Ambos datos han sido aireados como prueba de que comienzan a resolverse los graves problemas que atraviesa la economía española. Ahora bien, cabe una interpretación alternativa: no hacen otra cosa que mostrar el grave problema de la expulsión sin retorno de un volumen importante de personas del mercado laboral y de las políticas protectoras del Estado del bienestar. Así parece corroborarlo el estudio más detallado de las estadísticas. El descenso del paro se debe más a la disminución de la población activa que a los aumentos de la ocupación. La población activa se está reduciendo debido a que muchas personas en edad de trabajar han abandonado España, como muestran las estimaciones de población a 1 de enero de este año publicadas recientemente por el INE, o han pasado a la situación de inactividad desanimadas por no encontrar un empleo. Por otro lado, el descenso –mayor de lo previsto por el Gobierno– del gasto total en prestaciones por desempleo se debe a que los beneficiarios de la prestación vienen descendiendo a un ritmo mayor que el de los parados desde el año 2010, por lo que la tasa de cobertura no ha dejado de bajar. En mayo de este año se ha situado en el 57,7%, un mínimo histórico.

Además, la evolución eventualmente positiva del volumen total del paro no refleja los cambios en la composición del empleo: el trabajo fijo se está sustituyendo por ocupaciones precarias y peor pagadas. Los contratos indefinidos representan ya menos de la mitad del

⁴ Z. Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, FCE, México, 1999, p. 17.

total, lo que muestra una sociedad cada día más vulnerable y desigual. Es cierto que la temporalidad y parcialidad oscilan con especial intensidad tanto al inicio de una recesión (las personas empleadas temporal y/o parcialmente son las primeras a las que se despiden) como en las primeras fases de una recuperación (se empieza con estas modalidades de contrato al ofrecer mayor flexibilidad a un empresariado cauteloso ante la evolución económica), pero hay que tener en cuenta igualmente que el nuevo marco de relaciones laborales, que surge con la reforma laboral de febrero de 2012 y el decreto de impulso de la contratación a tiempo parcial de diciembre de 2013, también lo están propiciando.

En estas condiciones ni siquiera el acceso al empleo es ya garantía de nada: la figura del trabajador pobre, que a pesar de tener unos ingresos más o menos regulares no consigue cubrir las necesidades de su familia, es ya una realidad en España. El porcentaje de asalariados y asalariadas que ganan una cantidad igual o inferior al salario mínimo interprofesional (8.979 euros anuales en 2012) se ha duplicado desde el año 2004, alcanzando el 12% de toda la población trabajadora, provocando que España –junto a Rumanía y Grecia– sea el país en el que sus trabajadores tienen mayor riesgo de caer en la pobreza de toda la Unión Europea. Tener un empleo ya no es condición suficiente para evitar la pobreza.

Una sociedad en la que el descenso del paro no se debe tanto al dinamismo en la creación de nuevo empleo como al abandono del mercado laboral (y donde el poco que se crea es precario y no evita el riesgo de caer o permanecer en la pobreza), y en la que a pesar de existir un 61% de desempleo de larga duración y un 42% de los parados son mayores de 45 años, no se implementan políticas activas de colocación ni se refuerzan mecanismos públicos de continuidad de rentas (en casi dos millones de hogares no entra ningún tipo de ingreso), es una sociedad en la que la exclusión ha ampliado su radio de acción y no se cierra únicamente, como hasta ahora, sobre determinados sectores marginados. La vulnerabilidad y el riesgo de expulsión alcanzan cada vez más a mayores sectores de la sociedad.

Y si estos ejemplos son ilustrativos de cómo funcionan los mecanismos de expulsión en el seno de nuestra sociedad, apenas cabe imaginar en qué escala operarán a lo largo y ancho de todo el planeta ante los escenarios de escasez que sobrevendrán con mayor intensidad y frecuencia como consecuencia de la crisis ecológica global. Situados en este plano, podemos augurar que necesitaremos algo más que un pacto social.

Necesitamos un nuevo pacto que, más allá de lo social, confluya también en lo existencial

Ha sido Argullol quien ha puesto el dedo en la llaga al señalar que «más importante que el contrato social del que hablaron los ilustrados es el contrato existencial, del que carecemos

y que supondría entender la vida como un sutil juego de equilibrios entre deseo y respeto, entre posesión y contención»,⁵ añadiendo a continuación, que el capitalismo hoy globalizado que se asienta en el mundo tras la caída del muro de Berlín se comporta como una auténtica civilización de la *hybris*, del desequilibrio y la desmesura, y que sólo una democracia con capacidad de mediación y regulación entre los poderes, los individuos y el ser humano y su entorno será el antídoto que pueda garantizar la libertad frente al continuo sabotaje a que se ve sometida por esas fuerzas dominantes de la desmesura.

Un mundo en el que su evolución potencial se redujera a una única trayectoria sería un mundo muy frágil. El neoliberalismo thatcheriano del «no hay alternativas» fue un intento de poda masivo de las diferentes trayectorias posibles que están presentes como ramas en el árbol que representa la historia. Afortunadamente, sigue habiendo primaveras que hacen surgir brotes nuevos capaces de revivir el árbol viejo. Vivimos unos tiempos interesantes que nos impiden olvidarlo y en las calles hay gente que está pidiendo un cambio, no ya de actores, sino de escenario.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

⁵ R. Argullol, «La vida como saqueo», *EL PAÍS*, 2 de julio de 2014.

**La tercera cultura en la obra de Francisco
Fernández Buey. Para los (y las) que aman por
igual la ciencia, el arte y las humanidades**

Salvador López Arnal

13

Ensayo



La tercera cultura en la obra de Francisco Fernández Buey

Para los (y las) que aman por igual la ciencia, el arte y las humanidades

Para Charo Fernández Buey, para Nieves Fernández Buey

«Hay que notar que junto a la más superficial infautación por la ciencia existe en realidad la mayor de las ignorancias respecto de los hechos y de los métodos científicos... lo que conviene es que el trabajo de divulgación de la ciencia lo hagan los propios científicos y estudiosos serios».

Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, 1932

El autor se detiene en estas páginas en una de las preocupaciones centrales a lo largo de la trayectoria filosófica, y sobre todo en los últimos años, de Francisco Fernández Buey (1943-2012, filósofo y ensayista español): la necesidad de una tercera cultura, la urgencia cívica de una instrucción pública no demediada, formativa. Una tercera cultura necesaria para hacer de la pasión de los de abajo «una pasión razonada apta para que tome cuerpo en otra sociedad, en una sociedad sin clases, sin explotación, sin alienación». Y con ciencia y consciencia desde luego.

Francisco Fernández Buey [FFB] fue un estudiante de bachillerato apasionado por la literatura, la filosofía y el arte. Los grandes clásicos rusos, a los que tantas veces volvió, estaban entre sus lecturas preferidas con apenas 17 ó 18 años. Tras finalizar sus estudios preuniversitarios en Palencia llegó a Barcelona a principios de los años sesenta para cursar Filosofía y Letras. Su activa (arriesgada y castigada) militancia antifranquista, su pasión política nunca interrumpida, sus atentas lecturas marxistas (y no marxistas), su permanente compromiso con los más desfavorecidos, sus iniciales trabajos de editor y colaborador editorial, su consistente lucha por una universidad demo-

Salvador López Arnal es miembro del CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF

crítica, sus primeros escritos sobre Fourier, Gramsci, Lenin, los consejos obreros y las luchas de la clase obrera en Cataluña, su Marx sin ismos y sin ceguera ni fervor religioso, su aproximación crítica a Della Volpe y al marxismo cientificista, su ecosocialismo transformador, su sólido interés por Brecht y John Berger, su fructífera aproximación al pacifismo antimilitarista de Gandhi y a las corrientes cristianas de base, sus reconocidas aportaciones en temáticas afines, pueden hacer pensar en un filósofo marxista y de la *praxis*, original sin duda, nada talmúdico, muy centrado en la propia cultura política (sin olvido de las tradiciones libertarias próximas) en sus aristas más heterodoxas (Korsch y Rubel, por ejemplo), con interesantes y reconocidos trabajos en el ámbito más general de la filosofía política, pero sin apenas incursiones en territorios alejados de este eje filosófico-político vertebrador como serían, por ejemplo, los de la metodología, la filosofía o la historia de la ciencia.

Pero no fue así, y no lo fue desde su juventud. La influencia de su maestro, amigo y compañero Manuel Sacristán¹ jugó aquí un papel decisivo. Einstein, por ejemplo, fue uno de sus referentes esenciales, y sus escritos científicos, políticos y filosóficos una de sus temáticas centrales de estudio. FFB empezó a trabajar la obra del amigo y compañero de Leo Szilard, como comentó en el prólogo de su retrato,² mientras enseñaba metodología de las ciencias sociales en la Universidad de Valladolid. Le interesaban entonces dos cosas del creador de la teoría de la relatividad: su consideración filosófica de la ciencia y la ambivalencia de su pacifismo. «Eran aquellos años en los que, por una parte, la filosofía de la ciencia se separaba inequívocamente del positivismo y del neopositivismo y, por otra, sentíamos la posibilidad de una guerra librada con armas nucleares como una espada de Damocles sobre nuestras cabezas». La singular concepción einsteniana de la ciencia, al igual que su antimilitarismo, constituían una excelente brújula «para orientarse en tiempos de perplejidades ideológicas y de tinieblas».

No fue, por supuesto, el sabio alemán el único caso de aproximación, estudio y cercanía a un científico-filósofo. Wolfgang Harich, Barry Commoner, Nicholas Georgescu-Roegen, Ettore Majorana, Alexandre Zinoviev y Stephen Jay Gould, entre otros muchos, son nombres que no deben ser olvidados. La pasión por las humanidades del gran lector de Platónov y Tolstoi no fue nunca incompatible con su amor por la ciencia ni con su conocimiento en absoluto empobrecido de las grandes teorías científicas contemporáneas.³

¹ «Cuando en 1984 [escribía FFB] en 2005, empecé a trabajar en este ensayo de Einstein pensaba dedicárselo a Manuel Sacristán "para celebrar sus sesenta años"». Siendo un joven estudiante de filosofía, proseguía, «Sacristán me hizo ver la importancia de Einstein no sólo como científico sino también como pensador influyente en el filosofar no-licenciado del siglo XX». Por desgracia, señalaba con afable y poética ironía, «fui muy lento en la redacción del texto, o tal vez quise mirar demasiado el diente del caballo antes de regalarlo, como aconseja Juan Ramón Jiménez, y Sacristán murió antes de lo que esperábamos quienes le queríamos». Ahora, en 2005, «mejorado el texto, o al menos eso espero, lo dedico a su memoria».

² F. Fernández Buey, *Albert Einstein. Ciencia y consciencia*, Los Retratos de El Viejo Topo, Mataró (Barcelona), 2005.

³ En comunicación personal de 8 de noviembre de 2013, Nieves Fernández Buey comentaba: «En 1967, cuando tenía 13 años y Paco 24, yo terminaba lo que entonces se llamaba "Bachillerato Elemental" y tenía que decidir si hacía el "Bachillerato

La necesidad de una tercera cultura, la urgencia cívica de una instrucción pública no demediada, formativa, las diversas problemáticas que rodean a esta aspiración filosófico-cultural, y también política, fue una de sus preocupaciones centrales a lo largo de su trayectoria filosófica y, especialmente, en sus últimos años. Dar sucinta cuenta de sus reflexiones y de algunas de sus tesis y conjeturas en este ámbito es el objetivo de estas páginas. *Para la tercera cultura*, un libro claro e intelectualmente poderoso en palabras de Antonio Izquierdo, nos servirá de referencia básica. Empero, un escrito de 2004, muy próximo a las ideas vertidas en este libro póstumo, puede servirnos de introducción. También aquí el filósofo moral que declinó la presidencia del Estado de Israel le sirvió de guía e inspiración. Así escribía en su retrato del científico alemán:

«En 1917, el propio Einstein publicó una exposición de la teoría de la relatividad (especial y general) que prescindía en lo esencial de su aparato matemático. La exposición estaba pensada para un público con estudios secundarios y con intereses científicos o filosóficos, aunque, eso sí, dispuesto a tener mucha paciencia a la hora de leer, imaginar y seguir la ilación deductiva. Dice entonces sacrificar, en su exposición, la elegancia a la claridad y cita expresamente una frase del teórico Ludwig Boltzmann (1844-1906), cuya obra había estudiado años antes: “La elegancia es cosa de sastres y zapateros”».

Con el tiempo, concluía el autor de *La gran perturbación*, Einstein iba a dar cada vez más importancia a la comunicación de los resultados de las investigaciones científicas en un lenguaje claro y sencillo, asequible para un público amplio, para toda la ciudadanía sin exclusiones, alejado de toda perspectiva de élites y minorías. Este era el punto, esta era la cuestión.⁴

Si blanco, conejo; si blanca, coneja

En el prólogo de 2004 a la reedición de *La Ilusión del método*,⁵ FFB señala que en el momento de la escritura del libro (1989, 1990) estaba convencido de que «la mejor filosofía

Superior” por Ciencias o por Letras. Siempre quise hacer Medicina y en aquel momento se podía hacer por ambas ramas. Me inclinaba más, en principio, por las Letras. Se me daban mal las Matemáticas y, por otro lado, me gustaba mucho la Literatura, sobre todo la poesía (ya leía con pasión a Machado, Lorca y otros poetas españoles). Recuerdo claramente que Paco me dijo: «tienes que hacer Ciencias; hoy en día no se puede ir por la vida sin cultura científica». Esta afirmación me resultó sorprendente, viniendo de alguien que estaba haciendo una carrera de Letras. Y entonces no la entendí muy bien... Más de 40 años después, en julio de 2012, cuando ya sabía que a Paco le quedaba muy poco tiempo de vida, mantuve con él una de nuestras últimas conversaciones sobre ciencia, a propósito del bosón de Higgs, cuyo descubrimiento salió por esos días en la prensa. Me volvió a sorprender la claridad con la que entendía y explicaba una teoría científica que a mí siempre me había resultado complicada (pese a que la Física sí me gustaba). Era evidente que había adquirido a lo largo de su vida una formación científica, imagino que autodidacta».

⁴ F. Fernández Buey, *Albert Einstein. Ciencia y consciencia*, op. cit., p. 37.

⁵ F. Fernández Buey, *La ilusión del método. Por un racionalismo bien temperado*, Crítica, Barcelona, 1991 (reedición en bolsillo en 2004). Una obra que, como los clásicos, crece con el transcurso del tiempo.

de la ciencia del siglo XX es la que han elaborado, a veces fragmentariamente, los propios científicos», sobre todo aquellos estudiosos de la naturaleza y de la vida, que habían dedicado «una parte de su tiempo (y tal vez no la principal) a reflexionar sobre lo que estaban haciendo realmente al hacer ciencia».

La convicción le seguía pareciendo razonable años después. Había sido expresada frecuentemente por científicos de la naturaleza, empezando por el más universalmente apreciado, otra vez Einstein, quien había escrito en una ocasión, polemizando con metodólogos y epistemólogos, «que nadie mejor que los propios científicos para decir, cuando se habla de ciencia, dónde aprieta el zapato», o sea, cuáles eran los problemas de fondo y procedimiento con que «el investigador se encuentra, en su búsqueda, al tratar de establecer una hipótesis o de formular una teoría».

FFB argumenta a favor de esta última consideración tomando pie en una broma muy de su gusto de Alexandr Zinoviev, un gran filósofo y un lógico enorme que había sido al mismo tiempo «uno de los grandes autores satíricos del siglo XX». La aguda ocurrencia epistemológica del autor de *Cumbres abismales*: «si hay que determinar el sexo de un conejo, el científico de verdad caza el conejo y lo examina, mientras que el metodólogo le mira por encima, si es blanco dictamina que es conejo y, si blanca, coneja».

Con ese irónico veneno como antídoto, FFB pretendía en *La ilusión del método* llamar la atención «sobre la cautela que conviene adoptar frente a las pretensiones excesivas de la epistemología y de la metodología académicas». Había escrito, además, en un momento en el que todavía se tendía a creer, en ambientes académicos en absoluto marginales, «que el método es algo así como la llave maestra (o la ganzúa) que abre todas las puertas de la ciencia», como el pasaporte que abría todas las fronteras del conocimiento. Alguien fuera de la Academia como su admirado y estudiado Antonio Gramsci, había señalado razonablemente, y en circunstancias muy trágicas, hacia otra dirección muy distanciada.

La institucionalización académica de la epistemología y la metodología tenía sus razones, eran conocidas. La mayoría de los miembros de las comunidades científicas en activo no tenían tiempo ni ganas «para ocuparse de teorizar sobre lo que hace cuando hace ciencia y si dispone de ese tiempo suplementario no suele dedicarlo a escribir sus reflexiones teóricas o metodológicas. Deja, pues, ese campo a otros». Nada distinto de lo que ocurría en otros ámbitos. Al igual que sucedía con poetas y narradores, «tampoco los científicos suelen ocuparse de los problemas de justificación y fundamentación, salvo cuando realmente sienten, en la investigación práctica, que les aprieta el zapato». O sea, como en el caso de poetas y narradores, «cuando hay que razonar el porqué de una nueva poética o los motivos de la obsolescencia de las poéticas anteriores».

En situaciones de normalidad, el epistemólogo, el metodólogo, hacían lo que solía hacer el crítico literario o el teórico de la literatura: tratar de aclarar lo que el poeta había inventado pero no anunciado, explicar lo que había «por debajo de lo que el narrador ha contado o de situar lo que el cuentista ha ocultado en su ficción».⁶ El metodólogo-epistemólogo venía a cubrir un hueco en el campo del saber. Si lo hacía bien, con información y solvencia sobre el asunto tratado (lógica de la ciencia, estructura de teorías, validación de hipótesis) incluso podía «acabar ayudando al científico en su tarea, de la misma manera que el crítico de arte o el crítico literario puede echar una mano amiga al poeta en la suya, o al menos acompañarle, haciéndole ver algo que él no vio cuando estaba manos a la obra».⁷

El epistemólogo-metodólogo y el crítico literario solían decir que su reflexión era de segundo grado, «un discurso sobre el hacer o sobre el discurso sustantivo». Ciertamente: el científico, el poeta, el creador en general, solían considerar la actividad del otro, sobre todo cuando estaban de mal humor, como parasitaria. Sin embargo, en los buenos ratos, unos y otros reconocían «que en la naturaleza hay parásitos bondadosos y beneficiosos».

Criticados los excesos ilusorios de una buena parte de la teoría general del método que se había elaborado desde fuera de la investigación propiamente dicha y desatadas las ínfulas que a veces se ponían los parásitos, «no para acompañar sino para posar de originales en los teatros académicos», matiza FFB recordando reflexiones al respecto de Manuel Sacristán, lo que quedaba y quedaría en la consideración teórica de eso que llamábamos ciencia era «la ilusión positiva, en la acepción leopardiana de la palabra: el impulso fecundo de las ilusiones de origen natural». Puesto que natural era, tanto para el científico como para el amigo o acompañante, «tratar de operar con método». No es casual, por ello, el título de otro de sus grandes trabajos: *Utopías e ilusiones naturales*.⁸

FFB prosigue su prólogo con navegaciones y valores, con Leopardi y la modestia, virtud principalísima en la vida y el conocimiento, y con los gigantes del saber:

«He vinculado aquí la ilusión del método, en lo que tiene de positiva, con la idea, también leopardiana, del navegar. En este caso se trata de un navegar que vuelve los ojos a la práctica de las ciencias con un criterio falibilista y no dogmático. Esta idea no es nueva. Tiene que ver con la

⁶ Sin que FFB desconociera las dificultades de la cuestión, la inexistencia de éxitos asegurados. En el prefacio de *La ilusión del método* (Crítica, Barcelona, 1991, pp. 8-9) señalaba: «[...] la conversación entre el artista y el crítico, entre el científico y el aficionado generalista amigo del saber, suele dar a veces en un jardín, para decirlo en el lenguaje de los cómicos, o en la comedia de los errores. Pero hay otras veces en que precisamente de esta conversación que aparenta ser jardín del cómic, por la oscilación de los lenguajes y en la búsqueda de conceptos comunes y precisos, brotan sugerencias de método, y hasta sustantivas, de no poca importancia para la ciencia misma».

⁷ Miguel Casado entre nosotros, un gran amigo de FFB desde los tiempos vallisoletanos de *El signo del gorrión*, es una magnífica ilustración de ello con creación propia.

⁸ El Viejo Topo, Barcelona, 2009. El trabajo de edición de su esposa y compañera Neus Porta Tallada fue esencial en este libro.

modestia, que es una virtud antigua en la historia de la ciencia. Fue expresada hace tiempo diciendo que, en los campos de la ciencia, caminamos a hombros de gigantes. Así lo pensaba ya Newton y así lo pensó Einstein.

La idea del navegar se podía precisar algo más con una imagen de otro de sus referentes científico-filosóficos más estimados, Otto Neurath, una metáfora sobre el destino de los científicos, una imagen que había sido la inspiración principal de su propio libro: «como marineros que en alta mar tienen que cambiar la forma de su embarcación para hacer frente a los destrozos de la tempestad, no podrán llevar la nave a puerto y, mientras trabajan en alta mar, tendrán que permanecer sobre la vieja estructura de la nave y luchar contra el temporal, contra las olas desbocadas y los vientos desatados». Quien piensa de este modo sobre el hacer científico, sobre la práctica real de los científicos, sostiene FFB, ya no cree en métodos como ganzúas o pasaportes. Y por eso, y porque quien así pensaba algo sabía de lo que significaba probar el fruto del árbol del conocimiento, «atempera el racionalismo que durante tiempo ha caracterizado a una parte sustancial de la consideración teórica de la ciencia». «Por un racionalismo temperado», nunca desatado ni fáustico, ni tampoco negador de otras aproximaciones gnoseológicas al mismo tiempo que sensible a otros saberes (los populares, los derivados de las prácticas ciudadanas, por ejemplo), era el subtítulo de su ensayo.

Lo que había visto o entrevisto del navegar de las ciencias, la epistemología y la metodología en los últimos quince años, desde 1989 hasta 2004, le había reforzado en otra de las convicciones que había argumentado en su libro: «no hay que descartar el efecto benéfico de un diálogo entre el científico y el mero amigo del saber tocado por la docta ignorancia para, en este diálogo, actuar a la manera como en ocasiones el artista y el literato conversan con el teórico crítico que ha decidido dedicarles un trozo de su vida reflexiva». Al menos dos episodios de aquellos años podían contribuir a reforzar ese punto de vista.

La mediación entre ciencia y ciudadanía

El primero, «negativo y varias veces denunciado en los últimos tiempos», era la impostura de la consideración posmoderna de la ciencia, de los que hablaban y escribían de oídas «sobre relatividad, incertidumbre, lógica borrosa, fractales, entropía y disipación, para acabar dando en un metarrelato de ecos premodernos paradójicamente elaborado en nombre de cualquier relativismo». Sobre episodios así, no cabía reaccionar haciendo la vista gorda pero «tampoco añorando el viejo positivismo o el no tan viejo neopositivismo».⁹ Lo que con-

⁹ Para un ejemplo muy destacado de esto último: Gabriel Andrade, *El postmodernismo, ¡Vaya timo!*, Laetoli, Pamplona, 2013. Una reseña en Salvador López Amal, «Sin matices», *El Viejo Topo*, 310, noviembre de 2013, pp. 74-77.

venía era subrayar, una vez más, el meollo de la cuestión: la permanente dificultad del traducir sin traicionar algunas nociones o teorías científicas a un lenguaje filosófico, natural, no técnico, que fuera apropiado. Siendo así, teniendo además en cuenta el creciente y acelerado ritmo de los descubrimientos científicos, se tenía que acentuar «la prudencia en la elección de las metáforas con las que se comunica tal o cual investigación». Porque, previsiblemente, eran esas metáforas las que hacían mella en el público en general, en la ciudadanía interesada.

El segundo episodio, positivo esta vez, tenía que ver «con la forma de mediación teórica entre la ciencia y el público». Hace aquí referencia FFB al desarrollo que había alcanzado en aquellos últimos años la comunicación científica. No sólo el periodismo científico, también el ensayo «con el que el hombre (o la mujer) de ciencia comunica al resto de los mortales sus descubrimientos». Constituía un colectivo respetable «el de los físicos, astrofísicos, biólogos, genetistas, paleontólogos, neurólogos, etc., que trabajan en investigaciones punteras y que se han decidido a comunicar a los ciudadanos interesados, y en un lenguaje asequible», no sólo los resultados más importantes de sus investigaciones en determinada disciplina sino también los problemas –metodológicos, filosóficos, ético-políticos– con que se habían encontrado y se encontraban «al volver a probar en nuestra época el fruto del árbol del conocimiento».

El desarrollo que había ido alcanzando la comunicación científica brotaba de la conciencia cada vez más extendida ya entonces de que «la ciencia era también una pieza cultural, tal vez lo más importante de la cultura en el mundo en que vivimos» por lo que, además de suscitar investigaciones y de ser enseñada en el lenguaje de los especialistas, debía llegar hasta la ciudadanía. Era este un punto decisivo: sin el conocimiento de los resultados de algunas investigaciones –no de todas por supuesto– «ni siquiera es posible hoy en día entrar con solvencia en la discusión racional de muchos de los asuntos controvertidos que nos preocupan». A partir de esta situación, la comunicación propiciada por las comunidades de investigadores estaba inventando, construyendo poco a poco, un lenguaje propio que no había sido tomado en préstamo «de la especulación externa o del diletantismo» y que facilitaba en gran medida el diálogo con el humanista sensible y, más en general, con el amigo del saber. De eso se trataba.

Todo ello formaba parte de una tendencia que venía llamándose desde hacía algunos años “tercera cultura”. Enlazaba bien con lo que se argumentaba en *La ilusión del método* a propósito de la importancia de la metáfora en la ciencia y en la comunicación de la ciencia. «Pues sí, como se dice, hemos de aspirar en el siglo XXI a una tercera cultura y a una ciencia con conciencia, el éxito de esta aspiración no dependerá ya tanto de la capacidad de propiciar el diálogo entre filósofos y científicos» como de la habilidad y precisión de la comunicación científica, tal como apuntó Einstein, «a la hora de encontrar las metáforas

adecuadas para hacer saber al público en general lo que la ciencia ha llegado a saber sobre el universo, la evolución, los genes, la mente humana o las relaciones sociales».

Esta última consideración obligaba a prestar atención no sólo a la captación de datos, a su elaboración, a la estructura de las teorías y al papel de la lógica en la formulación de hipótesis o en el método de investigación, al ámbito clásico de la epistemología, «sino también a la exposición de los resultados, a lo que los antiguos llamaban método de exposición». Si se concedía importancia a este tema a veces desatendido, y parecía que convenía hacerlo para religar (tarea central) ciencia y ciudadanía, había entonces que volver la mirada hacia dos de los clásicos que vivieron cabalgando entre la ciencia propiamente dicha y las humanidades y a los que, ciertamente, tan próximo él estuvo. Se refiere FFB, por supuesto, a Goethe y Marx. «Pues, independientemente de lo que ahora se piense de los resultados sustantivos por ellos alcanzados en el ámbito de las ciencias de la naturaleza y de la sociedad, a Goethe y a Marx les debemos, entre otras cosas valiosas, consideraciones y reflexiones sobre el método de exposición cuyo valor se apreciará tanto más cuanto mayor sea nuestra atención a la ciencia como pieza cultural».

Esa quería ser la inspiración de fondo de *La ilusión del método*, una perspectiva igualmente central en la aproximación a la dialéctica marxiana de Sacristán al igual que en sus reflexiones sobre las consideraciones metodológicas del revolucionario de Tréveris. Otro gran y estimado científico-filósofo de referencia, Stephen Jay Gould, abonaba la misma mirada, una apuesta informada por una cultura integral.

Por una cultura tercerista no demediada

Con motivo de una conferencia pronunciada en la Cátedra Ferrater Mora de la Universidad de Girona, recuerda FFB, George Steiner había hecho una declaración llamativa: hasta que los estudiantes de humanidades no aprendieran seriamente un poco de ciencia, «hasta que la gente que estudia lenguas clásicas o literatura española no estudie también matemáticas», no estaríamos preparando la mente humana para el mundo en que vivimos. Si no entendíamos algo mejor el lenguaje de las ciencias no podríamos entrar adecuadamente en los grandes debates que se avecinaban. A los científicos, señalaba Steiner, les gustaría hablar con los humanistas, «pero nosotros no sabemos cómo escucharles». Este era, éste seguía siendo el problema.

Es posible, comenta FFB en los compases iniciales de *Para la tercera cultura*,¹⁰ que Steiner, decepcionado de lo que habían sido en el siglo XX las humanidades clásicas y lo

¹⁰ FFB, *Para la tercera cultura*, Barcelona, El Viejo Topo, 2013 (edición de Salvador López Arnal y Jordi Mir; prólogo de Jorge Riechmann, Alicia Durán, Jordi Mir y S. López Arnal), pp. 33-36.

que se había llamado alta cultura humanística, exagerase un poco en su vejez al poner todas sus esperanzas en lo que denominaba «la moral implícita en la metodología científica». Tendía Steiner a identificar «la *alegría* que suele acompañar a la investigación científica en acto con la *gaya ciencia* nietzscheana». Y tal vez exagerase otro poco «al declarar, gozoso, que, finalmente, las matemáticas, la computación y el cálculo han venido a ocupar el lugar que ocuparon las humanidades» y al confesar que se encontraba mucho más a gusto entre los colegas científicos dedicados a la demostración del teorema de Fermat que leyendo la enésima tesis doctoral sobre Shakespeare o Baudelaire.

La mayoría de los asuntos públicos controvertidos en las sociedades actuales, como los problemas derivados de la crisis medioambiental o los avances de la ingeniería genética y el uso de las nuevas tecnologías solían incluirse académicamente bajo los rótulos de "ética práctica" y "filosofía política"

Para ubicar en su lugar exacto las esperanzas del sabio y viejo humanista decepcionado de la alta cultura de los "letrados", bastaría tal vez, señala FFB, con recordar alguna que otra reflexión de uno de los más eminentes físicos de la segunda mitad del siglo XX, Richard P. Feynman. Dejando aparte las exageraciones acerca de los estados de ánimo, se tenía que admitir que Steiner no era el único humanista grande del siglo XXI que estaba diciendo cosas así. Al afirmar que si no entendemos algo mejor el lenguaje de las ciencias no se podría ni siquiera entrar en los grandes debates públicos que se avecinaban, el autor de *Presencias reales* estaba apuntando a un problema muy real de nuestro tiempo. Para FFB si se quería hacer algo en serio:

«[...] a favor de la resolución racional y razonada de algunos de los grandes asuntos socioculturales y ético-políticos controvertidos, en sociedades como las nuestras, en las cuales el complejo tecno-científico ha pasado a tener un peso primordial, no cabe duda de que los humanistas van a necesitar cultura científica para superar actitudes sólo reactivas, basadas exclusivamente en tradiciones literarias. A lo que habría que añadir, como suelen hacer algunos de los grandes científicos contemporáneos, también ellos desde las alturas de la edad, que tampoco hay duda de que los científicos y los tecnólogos necesitarán formación humanística (o sea, histórico-filosófica, metodológica, ética, deontológica) para superar el viejo cientifismo de raíz positivista que todavía tiende a considerar el progreso humano como una mera derivación del progreso científico-técnico».

Este era el motivo de fondo por el que en los últimos tiempos, y desde perspectivas diferentes, científicos sensibles y, al mismo tiempo, humanistas comprometidos estaban dando tanta importancia a la indagación de lo que podría ser una tercera cultura.

La mayoría de los asuntos públicos controvertidos en las sociedades actuales, señala FFB, solían incluirse académicamente bajo los rótulos de “ética práctica” y “filosofía política”. Así las controversias sobre los problemas derivados de la crisis medioambiental, o sobre los avances de la ingeniería genética y el uso de las nuevas tecnologías. También «es el caso de algunos de los debates acerca del concepto de democracia y su adecuación a las democracias realmente existentes o sobre lo que entendemos por justicia social». Eran éstos, además, asuntos discutidos por igual en la calle y en los parlamentos, en los movimientos sociales críticos y en los departamentos de filosofía moral y política de todas las universidades. Las implicaciones éticas, jurídicas y políticas de estos asuntos controvertidos apuntaban hacia la necesidad de una filosofía pública o civil, en el sentido en que habían empleado estas expresiones Norberto Bobbio y Salvatore Veca.

Este último, en un libro titulado *Una filosofía pubblica* describía su proyecto señalando que se tenía que hacer frente a genuinos problemas filosóficos, que estos no podían reducirse a problemas políticos, económicos, sociológicos, matemáticos, tecnológicos, eróticos o estéticos. Veca no creía que la filosofía, ni tampoco la filosofía pública desde luego, permitiera resolver problemas, al menos, señala FFB, «del modo en que esta resolución parece darse (para los no expertos) en otras actividades o profesiones intelectuales». Sin embargo, el argumento filosófico podía «permitirnos dar alguna coherencia y un cierto orden a nuestra manera corriente de discutir cuestiones que nos parecen importantes. Eso requiere pasión por y compromiso con la claridad, la distinción y la precisión en la identificación de lo que son nuestros dilemas, de lo que es problema precisamente para nosotros». Una filosofía pública tiene que atenerse a la claridad y distinción cartesianas. No era necesario molestar a Kant para reclamar el núcleo del proyecto ilustrado de la “publicidad” como un deber moral de la profesión (filosófica).

Sin descartar la permanencia y validez de otros enfoques filosóficos, el de la filosofía pública o civil («o mundana o mundanizada, como dijeron otros pensadores anteriores a Bobbio y Veca para distanciarse de la antigua metafísica») es, en opinión de FFB, el enfoque que se correspondía al filosofar de nuestro tiempo. Podía resultar productivo para abordar asuntos contemporáneos controvertidos siempre y cuando «la defensa, justa, de la autonomía del filosofar respecto de otras formas de conocimiento no se exagere hasta el punto de dar por definitivo el hiato existente entre ciencias y humanidades». Y eso tanto más cuanto mayor fuera la atención que se prestase a aquellos asuntos controvertidos contemporáneos que rebasasen «los temas que fueron habituales de la filosofía moral y política desde la Ilustración hasta las últimas décadas del siglo XX».

El hecho de que, por lo general, la referencia a la ética práctica surja en nuestras sociedades «como respuesta a una serie de problemas que las nuevas ciencias o el llamado complejo tecno-científico crean a los hombres del presente» conducía en ocasiones a una visión unilateral de la dialéctica entre ciencia y ética. En los últimos tiempos, y como conse-

cuencia del gran desarrollo alcanzado por algunas ciencias (la etología, la biología, la socio-biología), a los filósofos de la moral les habían salido competidores. Para uno de ellos, para E. O. Wilson, por ejemplo, había llegado el momento de sacar por un tiempo la ética de manos de los filósofos y biologizarla.

No era ese el punto de vista de FFB. Hacía ya varias décadas que Ferrater Mora había contestado a esa pretensión aceptando en principio un enfoque naturalista en un contexto evolucionista. El argumento era el siguiente: «puesto que las teorías éticas son producciones culturales y las producciones culturales son elementos del continuo socio-cultural, y puesto que este continuo se halla, a su vez, insertado en un continuo biológico-social y en un continuo físico-biológico, parece razonable, al tratar de la ética, tener en cuenta los factores biológicos, sociobiológicos o biosociales». Empero, resaltaba FFB, la aceptación de este punto de partida no negaba, no tenía por qué negar, «el carácter autónomo de la reflexión ética o filosófico-moral, sino que la refuerza». Implicaba, más bien, la necesidad de incorporar la *cultura científica* a la discusión ética, jurídica y política.

Sin cultura científica no existe posibilidad alguna de intervención razonable en el debate público actual sobre la mayoría de las cuestiones que importan a la comunidad. La ciencia es ya parte sustancial de nuestras vidas. «Buena parte de las discusiones públicas, ético-políticas o ético-jurídicas, ahora relevantes, suponen y requieren cierto conocimiento del estado de la cuestión de una o de varias ciencias naturales (biología, genética, neurología, ecología, etología, física del núcleo atómico, termodinámica, etc.)». Con una larga lista de ejemplos significativos ilustra FFB su posición. Bastarán los siguientes: para orientarse en los debates sobre la actual crisis ecológica, sobre el uso que se hace de las energías disponibles y sobre la resolución de los problemas implicados en ese uso desde el punto de vista de lo que seguimos llamando sostenibilidad, ayuda mucho la recta comprensión del sentido de los principios de la termodinámica, en particular de la idea de entropía, como mostraron hace ya años, desde perspectivas diferentes, Nicolás Georgescu-Roegen y Barry Commoner. Para entender la necesidad de una ética medioambiental no antropocéntrica (o al menos no-antropocéntrica en el limitado sentido de la ética tradicional) ayudaba mucho la recta comprensión de la teoría sintética de la evolución (y no sólo en su formulación darwiniana), como había venido mostrando S. J. Gould. Para diferenciar, con la necesaria corrección metodológica, entre diversidad biológica, defensa de la biodiversidad y aspiración a la igualdad social (un asunto que había producido y seguía produciendo innumerables equívocos) ayudaba mucho la comprensión de la genética y de los resultados alcanzados por la biología molecular, como puso de manifiesto Teodosius Dobzhansky. Para empezar a combatir con argumentos racionales el racismo y la xenofobia que algunos veían implicados en los choques culturales del cambio de siglo y de milenio, podía ayudar el conocimiento de los descubrimientos relativamente recientes de la genética de poblaciones, como venía mostrando en las últimas décadas L. L. Cavalli Sforza.

La lista podía ser mucho más larga. La moraleja que se podía inferir de los ejemplos anteriores era esta: desconocer que la cultura científica era parte esencial de lo que llamamos cultura (en cualquier acepción no muy demediada del concepto) y despreciar la base naturalista y evolutiva de las ciencias contemporáneas equivalía, en última instancia y en las condiciones actuales, «a renunciar al sentido noble (griego, aristotélico) de la política, definida como participación activa de la ciudadanía en los asuntos de la *polis* socialmente organizada». Este era también el punto cívico, el nudo verdaderamente democrático de la cuestión.

Pero, por otra parte, si deseábamos tener una noción clara y precisa de hasta dónde llega y podía llegar razonablemente la ayuda de las ciencias naturales en la resolución de los problemas éticos-políticos contemporáneos, era también evidente que los científicos en activo necesitaban formación humanística. Lo otro era unilateralismo. «Pues la ciencia sin más no genera conciencia ético-política, del conocimiento científico no se deriva directamente la conciencia ciudadana», y las ciencias de la naturaleza y de la vida dicen poco acerca de las mediaciones, siempre complejas, «por las que el ser humano pasa de la teoría en sentido propio a la decisión de actuar, por ejemplo, en favor de la conservación del medio ambiente, en favor de un modo de producir y de vivir ecológicamente fundamentado, del respeto a la diversidad o de la sostenibilidad ecológica».

En líneas generales se puede afirmar que existe conciencia de la necesidad de un acercamiento o reconciliación entre ciencias y humanidades desde la década de los sesenta del pasado siglo y que el debate provocado por Charles Percy Snow a propósito de lo que él mismo llamó “las dos culturas” había sido un elemento central en la difusión de esta conciencia. La en ocasiones denostada objetividad científica había sido un punto nodal en estas discusiones. El racionalismo temperado de FFB permite una prudente aproximación a la temática.

Por una objetividad temperada

La idea de que no hay ni podía haber un conocimiento que fuera objetivo, señala FFB en un anexo de su libro póstumo,¹¹ se había expresado a lo largo de la historia del pensamiento con alguna de las siguientes proposiciones: 1.º No hay ni puede haber conocimiento objetivo de lo real «porque todo conocimiento es representación y toda representación es producto de la subjetividad de los humanos». 2.º No hay ni puede haber objetividad, ni siquiera en las ciencias naturales, por la sesgada determinación de intereses y cosmovisiones: «porque los científicos, incluso cuando tratan de hechos o fenómenos naturales, están determinados por situaciones e intereses ajenos a la ciencia y por las ideologías dominantes en el momento en que investigan». 3.º No hay ni puede haber conocimiento objetivo en

¹¹ FFB, *Para la tercera cultura*, op. cit.

el ámbito de las humanidades y de las ciencias sociales «porque quienes las hacen o las practican viven dentro de sociedades (su objetivo de estudio) y, por consiguiente, tienen intereses sociales, participan en los movimientos sociales y aceptan ciertos modos de vida». La determinación apuntada es, si cabe, mayor aún que en el segundo caso.

Lo que se solía afirmar en la primera proposición era trivial y «no afecta a la afirmación de que haya o pueda haber representaciones objetivas de lo que pasa en la realidad, representaciones elaboradas, obviamente, a partir de la subjetividad». La tesis sólo tenía un sentido polémico aceptable en el caso de que el interlocutor defendiera –la viejísima y poco documentada tesis del reflejo, cercana a algunas lecturas leninistas empobrecedoras– que las representaciones cognoscitivas «son copias o espejos simbólicos de lo que hay o pasa en la realidad exterior». Como es sabido, es esta «una concepción abandonada hace mucho tiempo en el ámbito filosófico y en el ámbito científico». De este modo, «la proposición primera combate contra molinos de viento». Era, pues, absolutamente marginal, insustantiva.

Lo que se afirma en la segunda proposición, prosigue FFB, confunde los ámbitos en los que puede y no puede hablarse de objetividad: «el ámbito del descubrimiento de tales o cuales teorías o representaciones y el ámbito de la justificación o validación de dichas teorías», el contexto de descubrimiento y el contexto de justificación por decirlo al modo clásico. Lo que se apunta en la proposición tercera, es una tesis que traza una línea de demarcación radical: supone que hay una diferencia esencial entre las ciencias sociales y las disciplinas naturales. Conviene discutirla aparte señala FFB. El punto de vista que algunos autores llaman anticientífico –y que él llamaba “separatista”– no sólo afirma la dificultad de ser objetivos. Apunta más alto, es tesis de muy alta tensión: «niega incluso la posibilidad misma de la objetividad en ciencias sociales». Desgraciadamente, había que admitirlo, la idea de que estas ciencias no podían ser objetivas estaba más que extendida tanto en ambientes de izquierda cultural y política como en territorios de la derecha conservadora y neoliberal.

Un primer paso, apunta FFB, para refutar la crítica a la objetividad de las ciencias sociales sería declarar que es «irrelevante para aquel que centra su atención en la *lógica* de la investigación social». No hacía falta ser un popperiano más o menos estricto para admitir que no es lo mismo preguntar «cómo ha llegado una persona a formar una creencia que preguntar si existe evidencia suficiente para fundamentarla». Se trata de preguntas que se contestan en dos contextos diferentes: el del descubrimiento científico y el de la validación o justificación racional. Una forma posible de aclarar el problema es decir de entrada que, «más allá o más acá de los caminos y determinaciones que los científicos sociales hayan seguido en cada caso», la objetividad –o la falta de objetividad– «sólo será tomada en consideración en el ámbito de la validación o justificación racional de los resultados o del producto de la investigación», no en el otro contexto o ámbito. El proceso para llegar a tal resultado, hipótesis, teoría o producto no interesaría en este punto. FFB sugiere una definición, un

intento de delimitación: «Cabría decir que tal o cual teoría producida es objetiva en el campo de las ciencias sociales siempre y cuando su resultado haya sido *suficientemente contrastado*». Lo cual equipararía en cierto modo “objetividad” a “verdad”, «con independencia de los vericuetos que el investigador o grupo de investigadores haya(n) seguido para su elaboración». Estos últimos, los complejos vericuetos que nos habían conducido a la formulación de tal o cual teoría, «serán objeto de la historia y de la sociología de las ciencias sociales o de la sociología del conocimiento en general». No se niega su interés, en absoluto.

Todavía podríamos seguir preguntándonos «si los problemas referentes a las causas de las creencias del investigador son, como se dice, *irrelevantes* desde el punto de vista lógico». La respuesta a esa pregunta, como admitía un tratadista de la lógica de la investigación social como Q. Gibson, era que no lo eran.

Pero, el que haya que admitir la importancia del examen de la formación de las creencias sustentadas por los investigadores sociales no quiere decir que haya que dar por sentada la acusación sobre la falta de objetividad. Lo que hay que hacer, a partir de ahí, es examinar las influencias que afectan a las creencias.

Una forma posible de abordar este asunto es afirmar que ser objetivo en la investigación quería decir que uno no permite, que intenta no permitir, que las creencias «se vean influidas de un modo adverso por motivos o intereses personales, por la costumbre o por la situación social». Es una excelente intención gnoseológica. FFB recuerda que Marx, como investigador social, empezaba declarando, sin ocultarlo, su propio punto de vista, que era el de la clase trabajadora, añadiendo a continuación aquello de llamar «canalla al investigador que acomoda su ciencia a los intereses partidistas». Algo parecido, «aunque con otro lenguaje», había escrito Max Weber y algo similar habían afirmado «teóricas del feminismo, como Virginia Held, después de reivindicar la aproximación de las mujeres al conocimiento científico». Ahora bien, declaraciones de ese tipo, la crítica del incumplimiento, «es todavía una respuesta insuficiente a la objeción de la falta de objetividad en el ámbito de las ciencias sociales». Era conveniente analizar los factores que interferían en la objetividad de esas disciplinas. En su opinión, eran básicamente los siguientes: a) la influencia de los motivos personales; b) la influencia de la costumbre o el temor a la desaprobación de la sociedad; c) la influencia de la situación social. En los tres casos se podía admitir que existía «diferencia de grado respecto de las ciencias naturales», pero no de sustancia: el físico, el químico, el biólogo, el geólogo «están igualmente expuestos a los prejuicios e ideologías derivados (de hecho Francis Bacon ya había llamado la atención acerca de los *idola* y de los prejuicios en general en el marco de la filosofía (ciencia) de la naturaleza)».

La observación de que existen diferencias de grado, pero no de sustancia, obligaba a una estimación distinta de lo que se entiende por objetividad. La siguiente: el simple hecho de que

el investigador social sea él mismo un participante no pasivo en la actividad pública «no es razón suficiente para admitir la imposibilidad de objetividad». ¿Por qué? Porque «nadie es causalmente independiente del objeto de su investigación» y porque «una cosa es decir que el investigador social está expuesto a peligros especiales y otra muy distinta demostrar que los investigadores sociales sucumben siempre ante ellos». Uno de los caminos más apropiados para examinar la valoración de la objetividad, consistía en someter los casos particulares a diversas pruebas. Admitiendo, desde luego, que «por ese camino no se obtienen pruebas concluyentes». Existía otro camino: «averiguar si la teoría es sostenible o no desde el punto de vista de la razón». Empero, este tipo de prueba, «parte del supuesto de que somos capaces de apreciar la evidencia por nosotros mismos y de que nuestras propias conclusiones no se verán desviadas por los motivos que criticamos en otros». De todo ello, infiere FFB que lo más sensato es concluir que «el verdadero remedio consiste en tener conciencia de esas influencias» y, además, «recurrir constantemente a la polémica y la crítica abierta de las teorías, que son siempre conjeturas o hipótesis en proceso, en construcción».

De este modo, la objetividad en relación con el conocimiento se podría defender razonablemente en uno de estos tres sentidos en su opinión: 1) en términos generales, kantianamente, «como un ideal, como una idea reguladora, como una aspiración a la verdad en el ámbito individual o colectivo», como un ideal que acompaña al deseo de conocer, que es, sea dicho popperianamente «una búsqueda sin término». 2) En el ámbito de la validación de los resultados de las teorías, las conjeturas, las hipótesis, «como contrastación intersubjetiva, como intersubjetividad», en el sentido de que todos y todas y cada uno de los seres humanos, en adecuadas condiciones físicas y psíquicas para ello, «pueden repetir los pasos lógicos dados para alcanzar tal conclusión o resultado dentro de los límites de la argumentación (probatoria o demostrativa, probabilitaria, plausible, etc.)». 3) Finalmente, en el ámbito de la investigación en marcha o *en el proceso de descubrimiento* como *ecuanimidad*, «es decir, como conciencia de las influencias sufridas, distanciamiento respecto de las propias hipótesis y apertura a la crítica y a la polémica». Ciencia y consciencia o autoconsciencia también en este nudo. Por todo ello, concluye FFB, sería absurdo, poco prudente, nada temperado, desechar, arrojar a la cuneta de lo inservible, tildarla sociológicamente como noción burguesa, la idea de objetividad. Otras tesis y conjeturas acompañan esta reflexión.

Tesis tras un largo recorrido

Tras un recorrido histórico-filosófico novedoso y deslumbrante (el autor reflexiona sobre la obra de autores no muy transitados por él: Husserl, Heidegger, Spengler, entre otros), FFB señala algunas de las principales tesis de su investigación. El trasfondo poliético puede ser resumido de la forma siguiente: dado que no es imaginable ni técnicamente factible, ni siquiera deseable, una universalización del modo de vida y consumo habitual en países

como EEUU, Japón o Alemania que «incluyera a los continentes africanos, asiático y americano, hay que pensar ya en alguna forma de socialismo ecológicamente fundamentando»,¹² es decir, con pies en ciencias críticas, en «un socialismo que además de poner bozal al Leviatán que es en nuestro tiempo el complejo militar-industrial (particularmente norteamericano y de la OTAN)», y a las grandes corporaciones que le son anexas, nos eduque a todos, abone la búsqueda de «otra forma de producir y de vivir, más austera, más igualitaria socialmente, más respetuosa con la pluralidad cultural existente y capaz de dar satisfacción a las necesidades básicas de la población mundial».

El humanista de nuestra época no tiene por qué ser un científico en sentido estricto pero tampoco tiene que ser necesariamente la contrafigura del científico natural, «el representante finisecular del espíritu del profeta Jeremías, siempre quejoso ante las potenciales implicaciones negativas de tal o cual descubrimiento científico o de tal o cual innovación tecno-científica». Si se limita a ser esa contrafigura, sostiene FFB, «el literato, el filósofo, el intelectual tradicional (el humanista, en suma) tiene todas las de perder». Podía optar por callarse ante los descubrimientos científicos contemporáneos y abstenerse de intervenir en las polémicas públicas sobre las implicaciones de estos descubrimientos, «sólo que entonces dejará de ser un contemporáneo». Con ello, señala un filósofo amante de las paradojas con agudeza, se desembocaría en una aporía cada vez más frecuente: «la del filósofo posmoderno contemporáneo de la pre-modernidad (europea u oriental)».

Consciente de ello, el humanista de nuestra época podría ser también un amigo de la ciencia en «un sentido parecido a como lo son, a veces, los críticos literarios o artísticos, equilibrados y razonables, de los narradores, de los pintores y de los músicos». Eso exigía reciprocidad entre lo que se seguía llamando las dos culturas, «y la asunción compartida del ignoramos e ignoraremos, tal como fue formulada en su tiempo (1872) por el fisiólogo alemán Emil du Bois-Reymond». Ambos nudos son «dos factores esenciales para perfilar el tipo de tercera cultura que se necesita al empezar el siglo XXI». A lo que habría que añadir la observación de Gould: «el conocimiento científico no puede ir más allá de la antropología de la moral, no puede decir nada sustantivo acerca de la moralidad de la moral».

Si se ha de aspirar en el siglo XXI a una tercera cultura, a otra cultura y a una ciencia con conciencia, el éxito de esta aspiración no dependerá sólo o fundamentalmente de la capacidad de propiciar el diálogo entre filósofos y científicos sino «de la habilidad y precisión de la comunicación científica a la hora de encontrar las metáforas adecuadas para hacer saber al público en general lo que la ciencia ha llegado a saber sobre el universo, la evolución, los genes, la mente humana o las relaciones sociales». La democracia y la ciudadanía cuentan.

¹² F. Fernández Buey y J. Riechmann, *Ni tribunales. Ideas y materiales para un programa ecosocialista*, Siglo XXI, Madrid, 1996, p. 122.

Esto último, como se apuntó, obligaba a prestar atención no sólo a la captación de datos y a su elaboración, al método de investigación, «sino también a la exposición de los resultados». Si se concede importancia a esta segunda cara, había entonces que volver la mirada hacia los clásicos que vivieron cabalgando en esas coordenadas.

Que el humanista o el estudiante de humanidades lleguen a ser amigos de las ciencias no depende sólo y exclusivamente de la enseñanza universitaria reglada. La enseñanza reglada y la reforma de los planes de estudio cuentan desde luego. Pero «tanto como los planes académicos y las reglamentaciones podría contar la elaboración de un proyecto moral con una noción de racionalidad compartida». El *sapere aude* de la Ilustración no es una mala palabra. «Sólo que esta palabra se tendría que complementar con otra, surgida de la reconsideración de la idea de progreso y de la autocrítica de la ciencia en el siglo XX, la del ignoramos e ignoraremos, que implica autocontención, conciencia de la limitación». Si ignoramos e ignoraremos, lo razonable es darse tiempo para pasar del saber al hacer, «atender al principio de precaución, que nos viene recordando Jorge Riechmann en su reflexión sobre las gentes razonables que no quieren viajar a Marte».

Al plantearse las posibilidades de reencuentro entre una cultura científica y una cultura humanística FFB cree que más interesante que el punto de vista representado por la llamada «cultura de la crisis» era el de los científicos representantes de lo que habría que llamar la «autocrítica de la ciencia» en el siglo XX, «el punto de vista que se ha expresado en declaraciones de los científicos responsables y preocupados por el propio saber en este siglo: desde Ettore Majorana, Leo Szilard, el último Einstein y Bertrand Russell hasta Joseph Rotblat, J. M. Levi Leblond y Toraldo di Francia (entre otros)».

FFB resumía este otro punto de vista del modo siguiente: la ciencia era ambivalente, y en esta ambivalencia epistemológico-moral estaba la fundamentación de un concepto trágico del saber: «el miedo humano a la muerte, al dolor y al sufrimiento producido por las enfermedades es causa a la vez del miedo al saber (qué será de mí) y del desarrollo histórico de la ciencia, de lo que se llama progreso científico». Miedo e *hybris*, desmesura y soberbia, han acompañado, acompañan y acompañarán siempre las actitudes humanas respecto del saber científico. Era una idea contenida ya *in nuce* en algunos de los viejos mitos compartidos, desde el libro del Génesis a Prometeo, desde Faust a Frankenstein.

Para tratar de superar los miedos, prosigue FFB, había que partir de dos datos paralelos e inseparables: «la imposibilidad práctica de la renuncia a la ciencia, a la curiosidad incluso exagerada, desmedida, que impulsa la investigación científica (porque no se puede poner puertas al campo)» y, al mismo, de «la inanidad de la crítica unilateral, meramente especulativa, al conocimiento científico (porque no conviene hablar, y menos con petulancia, de lo que no se sabe o de aquello sobre lo que no se tiene experiencia fundada)». Aquí,

como en el caso del último Sacristán, entraba en escena Hölderlin: «Donde está el peligro puede brotar la salvación». O para decirlo con la expresión de otro filósofo moral también amante de la ciencia admirado y reconocido por FFB, Bertrand Russell: necesitamos la ciencia (y su racionalidad) precisamente para salvarnos de la ciencia (y sus desvaríos).

La reflexión filosófica, humanística, sobre la ciencia, lo que se suele llamar «ciencia con conciencia»,¹³ la conciencia de lo que la ciencia es como pieza cultural, resultaba irrenunciable para superar el miedo atávico del hombre al saber, «su sospecha de que el conocimiento, en cierto modo, va contra la vida». Lo que estaba por ver ahora era cuál era la mejor forma de filosofar sobre la ciencia contemporánea, quién era mejor amigo del saber: «si el filósofo y el humanista licenciados o el científico que reflexiona, con conocimiento de causa, sobre sus propias prácticas, o ambos juntos.» El punto de vista de FFB: ambos juntos. «Pero, independientemente de lo que piense sobre esto, el carácter hoy irrenunciable de la reflexión filosófica sobre la ciencia es el fundamento de las humanidades de base científica». Era una conclusión generalmente compartida.

Empero, cuando se entraba en concreciones, tanto por lo que hacía, por ejemplo, a los planes de estudio como en lo relativo a otras formas institucionales de configurar la tarea, se producía una curiosa asimetría que conviene tener en cuenta. Se tiende a considerar obligatoria la base científica de las humanidades actuales «pero sólo aconsejable, opcional o secundaria la base humanística (literaria, histórica, filosófica o ética) de los saberes científicos». Esta asimetría acababa tomando ahora carácter funcional: «buena parte de la literatura dedicada en las últimas décadas, por ejemplo, a la ética práctica o aplicada (Hans Jonas, Peter Singer, Ronald Dworkin, Ernst Tugendath o Ferrater Mora, por poner algunos ejemplos) da mucha importancia a la información científica o científico-cultural previa a la discusión de temas controvertidos», pero, en cambio, vuelve a insistir FFB, «la información humanística (histórica, filosófica, literaria, etc.) es por lo general considerada en los ámbitos científicos como un simple apéndice curricular, como un añadido a posteriori o a lo sumo, y en algunos casos, como mero motivo para la creación de comisiones deontológicas *ad hoc*».

Esta asimetría se acentuaba por lo que viene ocurriendo en el ámbito de las ciencias socio-históricas. La pérdida de sentido histórico, la extensión del formalismo y el consiguiente abandono de las historias del pensamiento (económico, sociológico, político) en la aplicación de los planes de estudio de las facultades de ciencias sociales «son factores que concurren a dar una visión unilateral, empobrecida, de lo que han sido y son la política, la sociología y la economía en el marco más general de la ciencia entendida como pieza cultural». Por suerte, esta tendencia a la desvaloración de la historia, la filosofía y la metodología en las carreras de ciencias humanas y sociales contrastaba «con el creciente interés

¹³ Recuérdese el título de su retrato del creador de la teoría de la relatividad.

por la historia y por el filosofar sobre los métodos, supuestos, conceptos básicos y resultados que hoy en día existe entre renombrados científicos de la naturaleza».

La pérdida de sentido histórico en la aplicación de los planes de estudio de las facultades de ciencias sociales es un factor que concurre a dar una visión unilateral, empobrecida, de lo que han sido y son la política, la sociología y la economía

La superposición de estas dos tendencias, la desvalorización generalizada de la función social de la Historia y de la Filosofía y la valorización acelerada de la historia de las ciencias naturales y de la reflexión filosófica, meta-científica, en ámbitos punteros del conocimiento humano, era una de las características de nuestro actual momento cultural. Esta superposición de tendencias complicaba enormemente el discurso y el diálogo acerca de las “letras” y las “ciencias” propuesto de Snow. Con lo que podía quedar para la situación la siguiente aspiración ilustrada, por supuesto renovada:

«[...] atrévete a saber porque el saber científico, que es falible, provisional y casi siempre probabilista, cuando no sólo plausible, ayuda en las decisiones que conducen al hacer. Ayuda también a la intervención razonable de los humanistas en las controversias públicas del cambio de siglo. Aunque por lo general esta ayuda se produzca por vía negativa: indicándonos lo que no podemos hacer o lo que no nos conviene hacer».

Como había escrito Maquiavelo, la reflexión era muy del gusto de FFB, era necesario conocer los numerosos caminos que conducían al infierno para intentar evitarlos. Un programa, un *studium generale*, para todos los días de la semana y todos los meses de nuestras vidas que vislumbró desde mucho atrás.

En una conferencia de diciembre de 1998 impartida en la Fundación Juan March dentro de un ciclo dedicado a la vida y obra de su amigo José María Valverde, señalaba FFB que para comprender los hábitos, costumbres y razones del otro, del próximo lejano, «ese comprender no puede ser sólo tolerar la diferencia o añorar una virtud del buen salvaje o subvencionar unas cuantas manifestaciones folclóricas o crear reservas naturales para culturas en extinción y para turistas más o menos depredadores». ¹⁴ No era solo eso: la comprensión de los hábitos, costumbres y razones del otro debería ser autocrítica de la propia civilización productivista y expansionista, tenía que ser, como quería su admirado Bartolomé de Las

¹⁴ F. Fernández Buey, «Prójimo y lejano: dialogando con Valverde sobre una paradoja histórica. A propósito de Bartolomé de las Casas y el indio metropolitano», *R-Existencias*, nueva época, monográfico núm. 6, 2013 [edita Izquierda Unida/Los Verdes Convocatoria por Andalucía. Asamblea local de Jaén], p. 9.

Casas, «restitución de los bienes del otro que un día decidimos que eran *nullius*», cosas de nadie y de todos y, por tanto, sobre todo nuestras. Si la tolerancia había de ser igualitaria y comprensiva de la diversidad, no excluyente, tenía que ser justa y respetuosa y había que pensarla como configuración de un nuevo Derecho internacional de gentes que respeten otros valores y no sólo ni fundamentalmente los mercantiles o mercantilizables. Una ampliación de la vieja declaración ilustrada de los Derechos del Hombre (y de la Mujer por supuesto).

También para esa finalidad, esencial sin duda, la tercera cultura era necesaria. Para hacer de la pasión de los de abajo «una pasión razonada apta para que tome cuerpo en otra sociedad, en una sociedad sin clases, sin explotación, sin alienación».¹⁵ Y con ciencia y consciencia desde luego.

¹⁵ F. Fernández Buey y J. Riechmann, *Ni tribunales. Ideas y materiales para una programa ecosocialista*, op. cit., p. 172.

RASGOS DEL NUEVO ORDEN SOCIAL TRAS EL NAUFRAGIO

¿Desde dónde, hacia dónde? 35

Ángel Martínez González-Tablas

Si la innovación social es la respuesta, ¿cuál era la pregunta? Los debates en torno a la sostenibilidad de las políticas de bienestar 49

Joan Subirats

Las políticas neoliberales profundizan la desigualdad social 57

Colectivo IOÉ

La política social en juego: ¿qué sociedad nos espera? 71

María Pazos Morán

¿Requiem? por la igualdad de género –que no fue– en Europa. Cambiemos la hoja de ruta 87

Carmen Castro

El momento crítico de España 103

Ignacio Sánchez-Cuenca

Ciudad, urbanismo y clases sociales en perspectiva 111

Jordi Borja

¿Regeneración urbana? Deconstrucción y reconstrucción de un concepto incuestionado 129

María Castrillo, Ángela Matesanz, Domingo Sánchez Fuentes y Álvaro Sevilla

Especial



¿Desde dónde, hacia dónde?

No se puede reflexionar sobre el orden social emergente sin entender la crisis multidimensional que atravesamos. Las lecturas parciales que se construyen en torno a uno de los componentes, sea el socioeconómico sea el ecológico, pagan un alto precio si eluden la complejidad. Al mirar hacia el futuro se anudan tendencias, deseos y posibilidades, sin que se pueda transitar sin solución de continuidad de lo uno a lo otro, porque para hacer camino en el territorio de lo posible, hay que establecer criterios que permitan adentrarse en concreciones, sabiendo que las urgencias apremian y que es tiempo de actuar.

Algunos piensan que la crisis ha pasado, que estamos instalados en una profunda recesión en la que se extiende, como un tumor maligno, la gran involución reaccionaria y que lo que importa es el horizonte, lo que en él alienta, lo que en él podamos construir. Es una verdad a medias. Hemos superado algunas amenazas inmediatas, pero muchos problemas de gran calado siguen irresueltos, mientras otros aún de mayor entidad avanzan ante la pasividad suicida de quienes tienen el poder y la responsabilidad. No se trata de vivir con la mirada vuelta hacia atrás, cuando riesgos y posibilidades están ante nosotros, hay que mirar hacia delante desde una comprensión compleja de la crisis y de la gran involución que vivimos. Algo nada fácil.

Ángel Martínez González-Tablas es presidente de FUHEM

En lo que sigue intento entender dónde nos encontramos, para escudriñar el futuro con criterios que ayuden a moverse en lo posible, asumiendo que es tiempo de actuar, aún sin tener claro cómo articular unas transiciones que pueden desembocar en un escenario que frustre cualquier aspiración de vida digna para la mayoría de los seres humanos.¹

¹ Planteado inicialmente como anticipo de un trabajo más amplio sobre la crisis y el orden social emergente, al escribir este artículo me he visto obligado a reflexionar sobre cuestiones suscitadas en los debates e intercambio de materiales del Foro de Transiciones de Conama-Fuhem Ecosocial. Quede constancia de esta deuda (en especial los comentarios de Fernando Prats, Santiago Álvarez Cantalapiedra y Yayo Herrero a una primera versión) y de mi exclusiva responsabilidad en los planteamientos aquí recogidos.

El proceso en el que estamos inmersos como punto de partida

El capitalismo del siglo XXI se mueve en un contexto distinto del de épocas anteriores, marcado por la aceleración de la destrucción de la naturaleza, por el mantenimiento bajo nuevas formas de la explotación del ámbito doméstico, por la revolución tecnológica de la información y la comunicación, y por la profundización del proceso mundializador.

Ha evolucionado hacia un funcionamiento que, sobre un fondo básico que permanece incólume, ha acentuado la dimensión financiera y el carácter depredador, extendiendo su dominio geográfico, ensanchando su penetración en las sociedades en las que ya era dominante, revitalizando la generación primaria de excedente a través de una pluralidad de mecanismos, desarrollando procesos que favorecen la redistribución secundaria de ese excedente, activando nuevas formas de redistribución de la riqueza y conviviendo con una insuficiencia endémica de demanda en un entorno en el que las necesidades distan de estar cubiertas de forma satisfactoria y generalizada.

La crisis, larvada durante décadas, estalla como consecuencia de fenómenos puntuales, que han sido objeto de abundante literatura. Pero no es una crisis que responda a ninguna de las tipologías acuñadas. Si se ahonda, se descubre que afecta a una pluralidad de sistemas: desde luego al económico, pero también al social y al ecológico, combinando componentes que no se diferencian en los enfoques convencionales. Los hay coyunturales, estructurales, institucionales, ciertamente ecológicos y hasta civilizatorios.

Desde el punto de vista espacial hay elementos que permiten afirmar que es una crisis mundial, pero no es una crisis con rasgos homogéneos y para grandes áreas del planeta, durante algún tiempo ha tenido en algunos planos –por ejemplo, en el crecimiento económico– más de oportunidad que de retroceso, mientras que para el centro del sistema mundial ha supuesto riesgo y regresión, rompiendo la maldición que en el siglo XX sólo parecía ofrecer a los países atrasados desarrollo del subdesarrollo. El significado de Europa se ha modificado y ha devenido ambivalente, convertida en un dogal restrictivo, aunque en su seno no haya desaparecido, si llegara a liberarse de sus actuales planteamientos, una incuestionable potencialidad. España, por su parte, sigue con problemas endémicos, otros parecen agravarse y todos tienen que ser repensados en el contexto de la UE y la eurozona, porque en este marco resultan diferentes.

Vivimos en un mundo desarticulado en el que algunos acoplamientos básicos se han desajustado de forma dramática. Lo está el modelo de producción y consumo respecto al

entorno natural en el que actúa, en tanto que la sociedad ni dispone de un sistema político que le sea funcional ni tiene a su servicio un sistema económico que asuma su papel de suministrar los bienes y servicios que la existencia social solicita. Para un observador distanciado, el colmo se encuentra en el hecho de que el subsistema financiero parece haberse declarado independiente, en una especie de virreinato que sólo sigue sus designios, sin ajustarse a los cometidos básicos para los que fue diseñado por el propio sistema económico capitalista. No se entienda que las finanzas han dejado de ser capitalistas, no es el caso, pero sí han dejado de ser funcionales para la reproducción de un sistema económico, que es inequívocamente capitalista.

No es fácil caracterizar la crisis que hemos atravesado o que estamos viviendo, que de ambas cosas tiene. No nos sirven las categorías tradicionales: no es una crisis coyuntural, pero no encontramos explicaciones satisfactorias al tipificarla como crisis de tasa de ganancia, de demanda, de carácter financiero o de un determinado modelo de desarrollo. Tampoco se alcanza una explicación suficiente si a su condición socioeconómica añadimos después las particulares implicaciones ecológicas que la acompañan,² ni siquiera si, cambiando el énfasis, la calificamos como una gran crisis ecológica, con interacciones sociales tanto en la causalidad como en las consecuencias. Es todo eso a la vez y necesitamos asumir la complejidad que se deriva de su carácter multidimensional.

Las crisis son oportunidades y el capitalismo así lo ha entendido y así lo practica. En los países centrales para reformular la relación capital-trabajo, desmontando, sin inhibición alguna, derechos sociales que parecían adquiridos, mientras a escala mundial asistimos a una nueva fase de desarrollo desigual y a una pugna por la hegemonía, con los efectos arrastrados que conlleva.

Ahora bien, lo que los códigos interpretativos y las prácticas sociopolíticas más interiorizan tiende a expulsar la percepción de otras dimensiones tradicionalmente ocultas, como el espacio doméstico, o faltas de tiempo y de base social específica para haber sido incorporadas al ideario colectivo, como la dimensión ecológica. En suma, aunque la crisis es multidimensional, algunos de sus componentes tienden a ocupar todo el plano y relegan a los demás a uno secundario y difuso. Sólo así se explica la pérdida de centralidad de las cuestiones ambientales o la niebla que vela las relaciones que se tejen entre el trabajo doméstico y el mercantil, captado todo el foco por la pérdida de capacidad adquisitiva, por la falta de empleo, por el aumento de la desigualdad social o por la erosión de la versión convencional del bienestar.

² Encontramos un ejemplo altamente representativo en los trabajos de G. Duménil y D. Lévy, potentes y esclarecedores en muchos aspectos, pero a la vez rehenes del planteamiento aludido. Véase en especial *The crisis of neoliberalism*, Harvard University Press, 2011 y *La gran bifurcación. Acabar con el neoliberalismo*, Los Libros de la Catarata/FUHEM Ecosocial (en prensa).

Lo tendencial, lo necesario, lo deseable, lo posible

Hemos caracterizado la situación actual como un momento dentro de un proceso, subrayando su condición dinámica. Provenimos de unos antecedentes y nos proyectamos hacia un futuro. Pero este ejercicio imprescindible puede realizarse de distintas maneras y algunas, en vez de poner luz introducen confusión en la interpretación.

Está, de un lado, la estimación de las *tendencias*, que nunca debe ser consulta a la bola de cristal. Hay ámbitos en los que, por su idiosincrasia, es posible proyectarlas con criterios científicos, mientras que en otros difícilmente podemos ir más allá de la combinación de razonamientos especulativos, que traten de ser consistentes. Entre los primeros destacan los concernientes al funcionamiento biofísico del planeta; aunque tengan que formularse en términos de hipótesis de comportamiento, de riesgos, de desarrollos temporales, de probabilidad, de presencia de umbrales cualitativos y de incertidumbre conocemos cuáles son algunas de las variables independientes, el registro de comportamientos pasados, las inercias acumuladas y estamos en condiciones de hacer estimaciones que posibilitan proyecciones cuantitativas significativas para diversos escenarios; hay consenso en la comunidad científica transdisciplinar en torno a que los seres humanos han devenido, en las últimas décadas, el factor más influyente, y que distintas hipótesis de comportamiento –desde el *business as usual* a rectificaciones de dispar inmediatez e intensidad– conducen a escenarios evaluables. Disponemos de información bien fundamentada –sobre la problemática energética, las emisiones de gases de efecto invernadero, el agotamiento de recursos, el calentamiento global– que indica que, si no rectificamos de forma rápida y profunda las prácticas sociales vigentes, las consecuencias para la vida de los seres humanos pueden ser catastróficas, con el agravante de que mañana no estará a nuestro alcance evitar lo que todavía podemos, aunque cada día que pasa menos que el anterior. Las predicciones consensuadas por los paneles de expertos de NNUU –de los que el referido al cambio climático tal vez sea el más conocido³– son una versión rebajada, a modo de punta del iceberg, de lo que realmente plantean las comunidades científicas en la materia.⁴ En otros ámbitos –como pueden ser los relativos a valores, política, instituciones, dimensión social, funcionamiento de la economía, relaciones institucionales– la fijación de tendencias no tiene el mismo fundamento científico; en estos planos cabe hacer previsiones pero si no derivan de los sistemas biofísicos, son más especulativas o son manifestaciones del propósito o deseo de quienes las realizan.

³ Los materiales de los tres grupos de trabajo hasta ahora accesibles del quinto informe del IPCC son plenamente indicativos de su alcance y de sus limitaciones.

⁴ Es frecuente que haya trabajos de gran rigor científico que van más allá de lo que recogen los informes de los paneles, que debido a su forma de funcionamiento se detienen en puntos de amplio acuerdo. Véase, por ejemplo, J. Hansen y otros, «Assessing "Dangerous Climate Change"», *Plos One*, vol., 8, núm. 12, diciembre de 2013.

Lo *necesario* tiene afinidades con el punto anterior, en la medida en la que, formulado con rigor, puede también establecerse parcialmente con criterios científicos.⁵ Mi propuesta es que lo delimitemos combinando los límites biofísicos y los mínimos sociales, en vez de con el criterio de sostenibilidad.⁶ Los primeros vienen marcados por la capacidad de reproducirse la biosfera y los ecosistemas, pero añadimos que en términos que permitan el desarrollo de la vida de los seres humanos o lo que es lo mismo: que permitan la capacidad de reproducción del subsistema social, lo que viene a equivaler a una capacidad reproductiva ecológica desde una perspectiva antropocéntrica, en la que no bastaría con la permanencia de los ecosistemas si no permiten la vida humana dentro de la vida genérica.⁷ Al introducir los mínimos sociales damos un paso más al establecer las condiciones necesarias para que esa vida humana sea digna de su nombre: por cobertura de necesidades básicas, y niveles de libertad y equidad que posibiliten el desarrollo de las capacidades de las personas; es una delimitación menos precisa que la anterior, menos objetiva y más necesitada de interpretación, porque hay discusión en torno a la definición de las necesidades básicas, y aún mayor alrededor de la libertad y la equidad; porque si sería incuestionable el significado de su negación absoluta, los grados de las mismas que deben considerarse imprescindibles para no poner en cuestión la condición humana pueden variar en función de coordenadas espacio-temporales, puesto que las capacidades de las personas se desarrollan en contextos, no en el vacío de un laboratorio. Es previsible que en el proceso de búsqueda de lo necesario surjan contradicciones tanto sincrónicas (entre los dos criterios utilizados) como diacrónicas (de nuevo entre ellos y también intergeneracionales, porque —como apunta la sostenibilidad a la que hemos renunciado como criterio delimitador— al tratar de resolver la situación presente no podemos hipotecar las posibilidades de que las generaciones futuras intenten a su vez hacerlo con la suya). No obstante, al combinarse los límites ecológicos y los mínimos sociales delimitan una senda, corona o segmento en el que la acción humana cobra sentido; no es una combinación ni sincrética, ni unilateral de las dimensiones ambiental y social; más aún, es una combinación que se enuncia sabiendo que el sistema social es un subsistema dentro del sistema físico y el (los) ecosistema(s) del planeta Tierra; volveremos sobre ello en el siguiente apartado.

Al adentrarnos en el territorio de lo *deseable* nos desplazamos de campo para entrar en lo subjetivo, en lo opinable. Nada impide liberar algunas de las restricciones introducidas,

⁵ Cuando a comienzos de la década de 1980 el informe Brundtland popularizó el criterio de sostenibilidad, asociándolo al desarrollo, pareció que nos dotábamos de un referente que, además, fue acogido con aparente convicción por las principales instituciones —desde NNUU a la UE o Estados de distintos países— un referente que, examinado de cerca y observado su uso, se constata que está marcado por su imprecisión conceptual y una polisemia que propicia usos antagónicos por parte de movimientos ecologistas, NNUU y transnacionales con prácticas contaminantes sistemáticas.

⁶ En este punto retomo la propuesta de K. Raworth, «Definir un espacio seguro y justo para la humanidad», *La situación del mundo 2013*, Fuhem Ecosocial/ Icaria.

⁷ Introducir la visión antropocéntrica puede resultar polémico, pero la forma en la que lo hacemos ni ignora ni reduce la compleja red de interdependencias sobre las que descansa la existencia de la especie humana. En *Economía Política Mundial, I. Las fuerzas estructurantes*, Ariel, 2007, pp. 83-102 argumenté con más amplitud esta tesis.

desprendiéndonos, por ejemplo, de la visión antropocéntrica en los límites biofísicos o entrar a precisar cuestiones que hemos dejado abiertas al referirnos en los mínimos sociales a libertad, equidad o ámbito espacial. Tendrá el valor que tengan los objetivos que se enuncien y su grado de compatibilidad, siendo banal si lo son los primeros e inconsistente si se pretenden cosas incompatibles. Pero, cabe dudar de lo que aportan los enfoques que se limitan a postular un punto de llegada, no más coherente ni verosímil que otros, sin ocuparse ni de medios, ni de estrategia, ni de tiempos, como si por el mero hecho de enunciarlo se hiciera superior y hasta posible.⁸

La clave es si aceptamos o no que el objetivo es
una vida social digna. Para que pueda darse necesitamos
una biosfera capaz de sostener la vida humana

Nos queda lo *posible*, cuando se toman en cuenta el punto de partida, lo tendencial, lo necesario y hasta las preferencias de quien lo formula, pero se incorporan restricciones, costes, medios y tiempo. Los escenarios así contruidos no se limitan a constatar una tendencia, ni a delimitar el segmento en el que cobra sentido una acción necesaria, ni a establecer una aspiración. Parten del presente, tienen en cuenta la adaptabilidad que ha mostrado el capitalismo a lo largo de su historia, se confrontan con el de comienzos del siglo XXI y no vuelven la cara a navegar en los ambiguos procesos de micro rupturas. Precisan de fuerzas sociales (saben de la existencia de intereses, toman en cuenta la estructura social, sopesan la correlación de fuerzas), imputan los recursos, ponderan costes de oportunidad, se enfrentan con las cuestiones que se derivan de la ideología, la hegemonía y el poder, intentando desembocar en políticas practicable a partir de esa compleja y dinámica combinación. Y los más lúcidos son conscientes de que el riesgo del posibilismo late en sus entrañas.

Criterios para orientarse ante las transgresiones

Si observamos la historia o las prácticas actuales comprobaremos que abundan los comportamientos que en uno u otro grado perturban el funcionamiento de los ecosistemas o son lesivos para los colectivos sociales y las personas que los componen. Decir que convendría evitarlos es una banalidad, porque es previsible que existan y que vayan a seguir existiendo. Es preferible considerar que, de hecho, han sido y son habituales, con lo que, así contemplada, la transgresión deja de ser una anomalía o una excepcionalidad.

⁸ A partir de observaciones críticas pertinentes y de la detección de una posible tendencia se hacen propuestas que corren el riesgo de oscilar entre el voluntarismo y la banalidad.

El sistema al que afecten no es criterio determinante para establecer la prevalencia de unas transgresiones sobre otras. Las ecológicas no tienen una prioridad absoluta frente a las sociales. Ni al contrario. Si tomamos la biosfera como un sistema dentro del planeta Tierra, lo social forma un subsistema en su seno y, a su vez, lo económico es un subsistema dentro de lo social ¿Qué implica, si hay transgresiones que traspasan los límites desde la perspectiva de cada sistema, que acaezcan en uno o en otro? Hay que avanzar con cautela, porque no siempre es aplicable la misma línea argumental. El subsistema económico forma parte del subsistema social, hay interacción entre ambos y, además, lo económico debe estar subordinado a lo social. En cambio, el subsistema social forma parte de la biosfera y de los ecosistemas de la escala espacial en que ambos se produzcan, hay interacción entre ambos, pero no se deriva que lo social deba estar subordinado a lo ecológico. Maticemos. Está inequívocamente condicionado por lo ecológico pero, si aceptamos la perspectiva antropocéntrica, lo social puede tener objetivos autónomos, sin rango prefijado respecto a los ecológicos. Estos últimos podrán ser prioritarios en función de los efectos directos e indirectos que induzcan sobre los sociales, no per se. Por ejemplo, no es principal la transgresión que se origina en el sistema (ecológico) si ambas, la del sistema y la del subsistema (social), niegan la vida humana. La enfermedad desencadenante no tiene la misma procedencia y rango sistémico, pero ¿cuál es la diferencia para el enfermo si a la postre muere? La clave es si aceptamos o no que el objetivo es una vida social digna. Y para que pueda darse necesitamos una biosfera capaz de sostener la vida humana. Pero también necesitamos un sistema económico subordinado, valores, instituciones y pautas de gobierno que permitan y favorezcan el desarrollo de las capacidades, la libertad, la equidad. En suma, la articulación y tratamiento de las contradicciones será en función de ese propósito, no porque en abstracto o con carácter general una de ellas, la ecológica, sea por su mayor rango sistémico la contradicción principal y las demás contradicciones subordinadas.

La prevalencia depende de la gravedad de la transgresión, no del sistema en el que se produce. Si, simplificando, denominamos *límites* a las que atraviesan las fronteras que delimitan el segmento de lo necesario y *asimilables* a las que, a pesar de ser perturbadoras no lo hacen, se pueden plantear tres situaciones, de las que la verdaderamente difícil de elucidar es la tercera.⁹ En la primera, entrarían en contradicción transgresiones asimétricas, límites unas, asimilables otras, caso en el que siempre debe tener prioridad el tratamiento de la transgresión límite frente a la que es asimilable; estaríamos en esa situación si un impacto negativo asimilable en el nivel de vida de un determinado colectivo social entrara en contradicción con una perturbación irreversible de las condiciones generales de vida, en cuyo caso debería predominar la segunda, o, a la inversa, si una perturbación que pone en cuestión las condiciones necesarias para una vida humana digna colisionara con una transgre-

⁹ Considero que no se puede aspirar a que los límites sean siempre objetivos, rotundos, incuestionables, pero el que tengan que ser interpretados y evaluados en modo alguno niega la virtualidad de su existencia y de su utilización. Además, al simplificar, no hemos podido considerar factores importantes como la urgencia o la irreversibilidad.

sión compensable en el equilibrio de ecosistemas, situación en la que la prevalencia correspondería a la primera.¹⁰ En la segunda situación, la contradicción surgiría entre transgresiones asimilables en el sistema biofísico y en el sistema social, caso en el que no tiene por qué haber una prevalencia a priori, siendo el terreno propio de la política, del debate y de las transacciones. Pero la verdadera dificultad surge en la tercera de las situaciones consideradas, cuando la contradicción se plantea entre transgresiones límites en ambos planos, entre las condiciones generales de vida (sistema biofísico) y las condiciones necesarias para una vida humana digna (sistema socioeconómico). Se puede priorizar entre transgresiones heterogéneas y entre asimilables de distinto tipo, pero ¿se puede priorizar entre transgresiones límite?¹¹ Si entraran en contradicción, ¿a qué debe darse prioridad, a paliar el hambre y la pobreza de los seres humanos o a preservar las condiciones biofísicas que permiten la vida en la Tierra? Regresaremos a ello.¹²

Tiempo de actuar

Sabemos dónde estamos, diferenciamos lo tendencial y lo deseable, y conocemos la senda que delimita lo necesario, sin confundirla con lo posible, asumimos que las transgresiones son normales y nos hemos dotado de criterios para no quedar perplejos ante ellas y, ahora, nos enfrentamos con la necesidad de actuar, porque la gravedad y urgencia de los problemas no admite dilaciones.

Pero, en estos momentos, no hay condiciones para provocar rupturas superadoras que permitan crear un orden alternativo capaz de reproducirse, por lo que estamos abocados a recorrer transiciones que enlacen el presente con algún punto del espectro de escenarios, de forma que, por muy diferentes que puedan ser unas de otras, su existencia es inevitable en cualquiera de los supuestos, incluso en los más catastróficos.¹³

Para que la acción sea eficaz tenemos que conocer los objetivos, los planos cuya combinación determina la forma en que funcionan sociedad y economía, y entender que, si

¹⁰ Por similitud, podría aplicarse la misma línea argumental a casos de colisión entre presente y futuro, aunque la dimensión intergeneracional suscita matices adicionales.

¹¹ La pregunta es pertinente aunque consideremos que, si disponemos de suficiente conocimiento científico, los límites biofísicos son un dato y, a la vez, condición necesaria para que pueda existir la vida humana. Pero esta puede verse negada por falta de las condiciones que proporcionan los ecosistemas o como consecuencia de la acción directa de los seres humanos. Si en ambos casos se amenaza o niega la vida humana no hay razón para atribuir prioridad absoluta a una de las transgresiones porque, además, juegan el tiempo, la probabilidad y la incertidumbre.

¹² De nuevo el problema se complicaría más si introduyéramos la dimensión intergeneracional. Además, al descender a lo concreto todo se hace más difícil porque lo relativo a rango de los problemas, ámbito de afectación, probabilidad e incertidumbre distan de reunir consenso y dependen del conocimiento científico, de la percepción social y de los factores que intervienen en los procesos de decisión.

¹³ Soy consciente de que esta tesis requeriría profundización y argumentación adicional, que escapan al alcance de estas páginas.

somos capaces de ensanchar lo posible, esos planos pueden llenarse de contenidos muy diferentes de los que dan lugar al capitalismo de comienzos de siglo.

Para actuar eficazmente sobre la realidad actual, tenemos
que asumir el papel articulador del sistema socioeconómico
en una fase en la que las transgresiones a los límites biofísicos
son principalmente de origen humano

Objetivos

El desafío es articular la doble lucha contra la gran involución y contra la transgresión temeraria de los límites biofísicos, tratando de que se retroalimenten recíprocamente en vez de elevarse como objetivos excluyentes. Esto es, que la lucha contra la involución se convierta en medio para detener la transgresión biofísica y a la inversa. Algo, tan fácil de enunciar como difícil de materializar.

Avanzar en esa dirección exige trabajar en un cuádruple eje. En primer lugar, hay que formular un proyecto comprensible, atractivo, movilizador, en el que se argumente de forma convincente que es posible moverse en el segmento delimitado por lo necesario, haciendo que la buena vida sea compatible con el respeto de los límites biofísicos; la confrontación excluyente entre límites y mínimos son ellos, con su propuesta, quienes la generan; no es algo que tenga que producirse de forma ineluctable. En segundo lugar, hay que luchar para minimizar los efectos negativos que se producen hoy, en tiempo real, deteriorando de forma dramática la calidad de vida de grandes sectores de la población; no podemos despreciar el bienestar de las cohortes de población actual al elevar tan alto la mirada que sólo veamos el horizonte más alejado. En tercer lugar, hay que hacer todo lo que esté a nuestro alcance para evitar los escenarios más amenazantes y para favorecer los menos lesivos, tratando de promover los que respetan lo necesario; una tarea que exige conocer los efectos futuros que se derivan de las prácticas actuales y tomar posición ante ellas; tan radicalmente como lo requiera el alcance de sus implicaciones. Finalmente, en el transcurso del proceso, hay que procurar acumular fuerzas para resistir, para romper y para transformar lo existente, porque compelidos a navegar en las aguas que permite lo posible hay que evitar que los avances se queden en reformas que faciliten la reproducción de un sistema incapaz de dar una respuesta satisfactoria a los grandes problemas de nuestro tiempo; no hay una única vía para hacerlo pero podemos anticipar que es importante que fluya una información veraz, que seamos capaces de contrarrestar el relato dominante construyendo otro alternativo, que la opinión pública tiene que aprender a tener memoria

y a exigir responsabilidades, que frente a la regulación al servicio de la impunidad puede desarrollarse otra que esté al servicio de las mayorías, que no olvidemos que sólo erosionando el poder se abrirá espacio a lo deseable, que estimulemos las experimentaciones de prácticas inspiradas por otras lógicas, sin esperar a que llegue el día del gran cambio en el que todo sea posible.

Planos

Para actuar eficazmente sobre la realidad actual, tenemos que asumir el papel articulador del sistema socioeconómico (el capitalismo realmente existente) en una fase en la que las transgresiones a los límites biofísicos son principalmente de origen humano, y representarla de forma comprensiva, sin ignorar ningún aspecto significativo. La complejidad de la crisis no permite relegar ninguno de los planos básicos sobre los que se asienta el funcionamiento del sistema dominante y obliga a conocer la importancia relativa de cada uno de ellos. Si lo hacemos, entenderemos mejor y podremos elegir dónde y cómo intervenir para transformarlo.¹⁴

Los 10 planos que a continuación se enuncian, pueden proporcionarnos la representación que buscamos:

1. *Límites biofísicos*: indican los términos de la inserción de los sistemas económico y social en los sistemas biofísicos de los que forman parte, principalmente determinada por la demografía y por el modelo de producción y consumo imperante.
2. *Instituciones generales*: valores ciudadanos, configuración del Estado, sistema político, funcionalidad de lo público se concretan en medio de una tensión endémica entre democracia y capitalismo.¹⁵
3. *Trabajo*: es la actividad mediante la que los seres humanos satisfacen sus necesidades, se construyen a sí mismos, se relacionan con los demás e interactúan con la naturaleza. Sus términos, su tratamiento y hasta la ocultación social de algunas de sus variantes muestran la forma en la que es entendido en cada entorno social. En el capitalismo, la variante salarial tiene un papel central, pero es indebido pretender que es la única.

¹⁴ Aunque es cierto que si el funcionamiento de los sistemas y su articulación se ven sustancialmente perturbados, puede alcanzarse un punto en el que nos adentremos en un terreno desconocido, en el que razonar en términos sistémicos no pueda hacerse en los términos habituales. Pero esa posibilidad no habilita a razonar arbitrariamente ignorando la existencia de los sistemas y sus interdependencias básicas.

¹⁵ El enlace con el ámbito cultural y con el político se puede establecer con plena legitimidad a través de la concepción extensiva de las instituciones generales que aquí se postula, lo cual no empece para que ambos aspectos, cultural y político, amen, por su trascendencia, toda la profundización que pueda dárseles. Tienen la importancia que tienen. En modo alguno se pone en duda.

4. *Riqueza*: procede de lo que las sociedades no han consumido y han conseguido conservar a lo largo de su trayectoria histórica, pudiendo estar distribuida de forma muy diferente entre sus miembros y ser usada para propósitos que van del lujo a la especulación, a la depredación de la naturaleza o al suministro de los bienes y servicios que requiere la existencia social. La propiedad privada de la que se considera productiva es rasgo esencial del capitalismo.
5. *Mercado*: entendido como una institución social por medio de la cual se intercambian bienes y servicios a cambio de un precio, su presencia relativa puede variar enormemente y los términos en los que se concreta es crucial para entender el comportamiento económico. En el capitalismo, la mercantilización tiende a convertirse en referencia dominante.
6. *Cohesión social*: en el sistema económico capitalista no es un objetivo en sí mismo pero, por el carácter intrínsecamente contradictorio de éste, el logro de un nivel suficiente se convierte en una condición necesaria para su reproducción y la forma y el grado en que se consigue influyen en su funcionamiento.
7. *Excedente*: sin una sedimentación de restos de producción social no consumida no tendríamos la riqueza a que nos hemos referido en un punto anterior pero, además, la generación, apropiación y asignación del excedente social es un factor crucial en el funcionamiento y reproducción del capitalismo.
8. *Demanda*: la satisfacción de las necesidades humanas y la existencia de capacidad adquisitiva se relacionan y se disocian dentro del capitalismo, pero la generación de una demanda agregada suficiente es condición para que el sistema pueda reproducirse.
9. *Sistema financiero*: surge de la evolución del dinero y del desarrollo de una economía monetaria, que facilita el intercambio, relaciona a deudores y acreedores, y a presente con futuro, teniendo una funcionalidad específica para la buena reproducción del sistema económico, pero a la vez tiene tendencia a hacerse autónomo, consolidando su significado como relación de poder.
10. *Articulación espacial*: el territorio y las relaciones que en él se establecen han sido y siguen siendo importantes en el capitalismo del siglo XXI, sin que la globalización realmente existente las haya hecho desaparecer, ni pueda darse por cerrado el tipo de globalización imperante, ni por obsoletas las tensiones imperialistas o la articulación con la proximidad.

La propuesta no es la única forma de representar el sistema socioeconómico, pero es una que nos proporciona las teclas básicas que, al combinarse, componen la melodía de su funcionamiento concreto.

Ensanchar lo posible

Los planos que hemos seleccionado pueden albergar contenidos y prácticas muy diferentes. De un lado, las que sostienen al capitalismo financiarizado y depredador de comienzos

del siglo XXI, pero en la medida en la que consigamos ensanchar lo posible podrá ser otra la dirección en un proceso acumulativo de micro rupturas, aunque sin ignorar que, alcanzado un punto, puedan producirse cesuras de mayor entidad que generen cambios cualitativos, para los que deberíamos estar preparados.¹⁶

Sin entrar en una enumeración prolija, en cada uno de los planos puede avanzarse hacia objetivos más ambiciosos a medida que las condiciones lo permitan. A título indicativo se apuntan algunos para mostrar la virtualidad de trabajar con la representación sistemática postulada, intentando pensar en lo que cabría hacer si fuéramos capaces de crear las condiciones para poder hacerlo.

En el tratamiento de los límites biofísicos controlar la demografía, replantear el modelo de producción, con un enfoque energético y un tratamiento de los recursos sostenible, y con una generación de emisiones y recursos que fuera reciclable, que con urgencia dejara de insuflar factores de calentamiento global.¹⁷ Aunque obligue a explorar sendas en las que el crecimiento deje de ser objetivo y condición necesaria.

En las instituciones, ampliar los derechos humanos, regenerar lo público, experimentar nuevas formas de organización social, profundizar la democracia, fomentar unas relaciones internacionales inspiradas por criterios de paz y cooperación.

En el trabajo, liberar al de naturaleza laboral de la condición de mercancía, haciendo del pleno empleo una prioridad, adoptar una visión integral, en la que tenga cabida el de cuidados, y en la que sea posible articular los espacios laboral y doméstico.

En el uso de la riqueza, penalizar a la superflua, la especulativa y la depredadora, a la par que se promueve el desarrollo de la que se aplica al suministro de los bienes y servicios que necesita la sociedad, combinando distintas formas de propiedad (privada, pública y de otras plasmaciones colectivas que pueden y deben experimentarse).

En el mercado, restringir su ámbito de aplicación al que es funcional, vigilar que existan las condiciones que le permitan serlo e impedir que se desarrollen las prácticas que lo impiden, convirtiéndolo de referente general en instrumento puntual.

¹⁶ Ruptura y capacidad reproductiva no es lo mismo. La construcción de un sistema alternativo tiene exigencias que no pueden ignorarse, de las que me he ocupado en trabajos anteriores (*Economía Política Mundial II, Pugna e incertidumbre en la economía mundial*, Ariel, 2007, cap. 4). Pero la pertinencia de razonar en un horizonte poscapitalista no hace desaparecer la inevitabilidad de las transiciones, que se darán hasta que haya algo diferente capaz de existir y de reproducirse.

¹⁷ El resumen ejecutivo del Grupo de trabajo III del 5.º Informe del IPCC hace propuestas concretas de mitigación. De forma más decidida lo hacen Ó. Carpintero y J. Riechmann, «Pensar la transición: enseñanzas y estrategias económico-ecológicas», *Revista de Economía Crítica*, n.º 16, 2013.

En la cohesión social, pasar de los mínimos que evitan la agudización de las contradicciones y permiten el funcionamiento de un sistema construido sobre relaciones de desigualdad y explotación a un planteamiento que coloque la solidaridad en el centro.¹⁸

En el excedente, evolucionar del uso depredador y especulativo, al que está al servicio de las prioridades sociales y favorecer la inversión que permita una reconversión compatible con los límites biofísicos.

En la demanda, dar pasos para ir del estímulo de la demanda agregada a corto plazo, a otro patrón de consumo y otra concepción del bienestar que posibiliten la progresiva sustitución, como mecanismo de acceso a los bienes y servicios, de la capacidad adquisitiva reemplazándola por la cobertura de necesidades.

En el sistema financiero, desmontar la financiarización incontrolada y la libertad de los flujos internacionales de capital, poniendo el sistema financiero al servicio del sistema económico y desarrollando una banca pública sin las lacras del pasado, y sentando las bases para avanzar hacia la superación del dinero como relación de poder.

En las relaciones espaciales, luchar por otra Europa, hacer un replanteamiento selectivo de la mundialización, que sea compatible con el fomento de relaciones de proximidad, controlar el repunte de las rivalidades interimperialistas, fomentar unas relaciones internacionales de paz y cooperación.

Con estas teclas pueden escribirse melodías distintas de las que practica el capitalismo actual, en suma, los propuestos son los planos sobre los que podemos y necesitaríamos incidir si queremos construirlos, estableciendo énfasis y prioridades en función de las circunstancias y de los propósitos

¿Una carta a los Reyes Magos? No, en la medida en la que hay conocimiento científico y técnico que avala muchas propuestas, prácticas que experimentan con éxito en esa dirección, respaldo social activo y, razonablemente, también otro embalsado, a la espera de que se den las condiciones que liberen su potencialidad. Pero hay mucho camino por correr para hacerlo posible y poco tiempo para recorrerlo a tiempo, sin que tampoco sea conveniente crear la ilusión de que puede darse una evolución ilimitada de carácter gradual, progresivo y consensuado. No se puede conseguir todo lo que sería razonable y posible amansando al capitalismo, consiguiendo que como Saulo camino de Damasco caiga del caballo y se convierta en lo contrario de lo que es. Pero existe una ruta abierta que puede conducir de la

¹⁸ Sabiendo que si el contexto es de alta dotación de capital inicial, endeudamiento, bajo crecimiento y ausencia de intervención pública correctora, el aumento de la desigualdad es prácticamente inevitable, como bien argumenta Th. Piketty en *Le capital au XXI siècle*, Du Seuil, París, 2013.

pendiente por la que nos deslizamos hacia otro mundo que objetivamente está al alcance de la humanidad, si consigue dotarse de los medios que lo hagan posible.¹⁹

¿Y si lo posible no fuera capaz de proporcionar lo necesario?

¿Y si no fuéramos capaces de mantenernos en el segmento de lo necesario? ¿Y si, a pesar de todos los esfuerzos por ensanchar lo posible, no llegáramos a tiempo y la humanidad se desbordara hacia un encadenamiento de catástrofes?

A la vista de los datos que nos proporcionan las comunidades científicas, no es algo que pueda descartarse. La humanidad puede suicidarse, puede desaparecer la que hoy identificamos con unos rasgos que son fruto de su evolución histórica. No son previsiones de augures siniestros, ni obscuras especulaciones de ciencia ficción. Son riesgos estimables e incertidumbres verosímiles, aunque no podamos ponderarlas.

No es fácil razonar ante la eventualidad de ese escenario, pero podemos esbozar algunas reflexiones. La primera es que, aún en ese supuesto, el proceso postulado tiene sentido en sí mismo, porque los miles de millones de seres humanos que habrán habitado el mundo antes de desembocar en ese escenario habrían tenido una vida mejor de la que hubieran podido alcanzar en su ausencia, y porque en la condición humana no sólo cuenta el desenlace, sino el comportamiento, la esperanza, la lucha, la dignidad, la solidaridad, aunque todo termine en el humo de los hornos crematorios de Auschwitz. La segunda nos dice que hay riesgos, probabilidades, plazos, umbrales, incertidumbre, pero científicamente no hay certezas y no puede cerrarse la posibilidad de que en el tránsito surjan oportunidades, mayores o menores, que podrán aprovecharse de forma distinta según el punto en el que se encuentren los procesos, según la correlación de fuerzas que haya podido generarse. Finalmente, no es imposible que, a término, la Humanidad se encuentre naufraga, en la situación descrita por Santiago Alba cuando dice, «¿Y si en realidad viviésemos en la balsa de La Medusa –la natural y la histórica– y no hubiese más elección que el canibalismo (desordenado u ordenado) o el suicidio?». ²⁰ Incluso en este horizonte siniestro también podríamos agarrarnos a los restos del naufragio y esperar que de la barbarie nazca un tiempo nuevo, como escribía José Luis Sampedro cuando ya se apagaban las últimas luces de su vida: «mirar hacia el futuro –el que sea tierra– con la esperanza de que la barbarie sirva una vez más como impulsora de salir adelante». ²¹ Además, ¿acaso existe otra estrategia que sea capaz de abrir mejores horizontes?

¹⁹ El problema queda ahí, inquietantemente situado, dependiente de la evaluación de restricciones, medios, tiempo, poder y de la capacidad de gestionarlos en la práctica.

²⁰ S. Alba, *¿Podemos seguir siendo de izquierdas?*, El Tinter, Barcelona, 2013, cap. 2, p. 21.

²¹ J. L. Sampedro, *Sala de espera*, Plaza & Janés, Barcelona, 2014, p. 159. Incluso en este escenario la resiliencia subyacente en la sociedad puede influir en el devenir de los procesos.

Si la innovación social es la respuesta, ¿cuál era la pregunta?

Los debates en torno a la sostenibilidad de las políticas de bienestar

En este artículo se plantean distintas alternativas a la pérdida de peso de las capacidades redistributivas de los poderes públicos en Europa, y las iniciativas que buscan en la acción y la innovación social respuestas compensatorias. Se analiza el caso de Gran Bretaña y la iniciativa del Gobierno de Cameron, Big Society, y se menciona también el caso holandés y la llamada "sociedad participativa", incorporando los elementos tanto descriptivos como críticos. Finalmente, se analizan las propuestas de innovación social hoy muy presentes en el escenario institucional europeo y mundial, proponiendo, asimismo, una lectura crítica y planteando alternativas desde los movimientos sociales.

Desde los poderes públicos se nos sigue hablando de "recuperación", de que ya hemos cruzado "el cabo de Hornos", o de que todo indica que en poco tiempo recuperaremos las constantes económicas de crecimiento y desarrollo económico. No vale ya la pena desmentir esas afirmaciones. Lo mejor es no seguir hablando de crisis, y tratar de orientarnos en el nuevo escenario en el que inevitablemente estamos entrando. Es decir, entender sobre qué bases, sobre qué valores y principios vamos a plantearnos los tradicionales temas de redistribución y solidaridad que están en la base de la convivencia social en cualquier comunidad. De momento estamos atrapados en un debate en el que unos dicen que todo va bien, y que sólo hemos de esperar a que escampe, mientras no dejan de tomar decisiones que van cambiando estructuralmente todo. Otros, en cambio, no paran de denunciar lo que ocurre, pero siguen aferrados a que todo podrá ser como era si cambiamos el signo político de los que dicen goberarnos. No es que sea indiferente quién gobierna o en qué tipo de Estado estamos metidos. Pero, los problemas son más pro-

Joan Subirats es doctor en Ciencias Económicas, catedrático de Ciencia Política e Investigador del Instituto de Gobierno y Políticas Públicas

fundos. Afectan a coordenadas vitales básicas: trabajo, subsistencia, cuidado, vínculos, espacio. Frente a la hegemonía del “competir”, ¿cómo organizar el “compartir”?

En el mes de septiembre del 2013, el rey de Holanda, Guillermo Alejandro, leyó un discurso en el Parlamento (redactado por el Gobierno que preside Mark Rutte), en el que anunció la imposibilidad práctica de mantener el Estado del bienestar. Y añadió que ello no era solo por las dificultades financieras de los Países Bajos, sino que, además, «las expectativas de la gente no son ya las mismas... la gente quiere tomar sus propias decisiones. Pedimos a cada uno que asuma sus responsabilidades. Cambiaremos del Estado del bienestar a la sociedad participativa». Más descentralización hacia los municipios y más responsabilidad individual, fueron las dos líneas maestras del cambio señaladas por el monarca. Admitió que «los cambios son complejos y radicales, pero necesarios». Holanda, que cuenta ahora con un Gobierno de coalición socialdemócrata-liberal, se alinea pues, en parte, con las propuestas del Gobierno británico de David Cameron y su *Big Society*.

***Big Society*: planteamientos y recorrido**

En efecto, desde su acceso al Gobierno en mayo del 2010, la coalición conservadora-liberal que preside David Cameron apostó de manera directa por cambiar las relaciones entre poderes públicos, sociedad y mercado, tratando de situar la corresponsabilidad y la innovación social como un elemento clave para afrontar los tiempos difíciles, desde la perspectiva del gasto público, en la que estamos inmersos. La perspectiva adoptada por Cameron, que podemos rastrear mejor dado su recorrido que la iniciativa holandesa, partía de tres principios básicos: trasladar responsabilidades del Estado a los Gobiernos locales, las Comunidades y directamente a los individuos para que asumieran más directamente sus problemas y necesidades; fomentar la responsabilidad social en la gestión y en la obtención de una mayor eficiencia en el uso de los recursos públicos; en la misma línea, buscar complicidades con las empresas y las organizaciones de la sociedad civil, las entidades benéficas, etc., para que participasen más directamente en los servicios públicos. Todo ello rodeado de una retórica antiburocrática, frente a la que se esgrimían las bondades de la iniciativa individual y social, la labor voluntaria y las ventajas de los ajustes mutuos sin intervención jerárquica, al estilo de lo que ocurre en el intercambio mercantil.

Conviene advertir que no estamos ante una nueva versión de la tradición neocorporativa, que busque la complicidad de las organizaciones tradicionales, representativas de los intereses industriales y sindicales, ya que las mismas formarían más bien parte del *Big State* que quiere evitarse. En este caso hay una apelación directa a los grupos de base, las entidades del tercer sector implicadas en temas sociales, las comunidades religiosas o los mismos individuos que quieran implicarse. La apelación a los Gobiernos locales, es una forma

de poner de relieve ese poder de la proximidad, más que una apelación municipalista. Con todo ello, se quiere conectar, tras 13 años de Gobiernos laboristas, con el discurso de Thatcher y su crítica a un Estado ávido de aumentar impuestos y gastar, y el elogio a la libertad e iniciativa individual. Por otro lado, desvía la atención del Gobierno y de sus responsabilidades y sitúa la pelota de la respuesta a las necesidades colectivas en un espacio a compartir. Y, a diferencia esta vez de la retórica de Thatcher, acepta hablar de “sociedad”, de articulación comunitaria, implicando así a los liberal-demócratas en esa perspectiva relativamente nueva en la tradición del conservadurismo británico.

Las dinámicas de innovación social parten del supuesto de que las respuestas a ciertas problemáticas sociales surgen o pueden surgir desde fuera de las instituciones públicas, a partir de la iniciativa social, sin que ello excluya formas de colaboración institucional

Las críticas a esos planteamientos han sido abundantes en estos años. Los recortes en las partidas sociales han sido significativos, y las dificultades de las entidades del tercer sector, así como la creciente presencia de iniciativas mercantiles en la esfera propia de las políticas sociales, se han ido poniendo de relieve en la prensa y en los balances críticos publicados. Se ha señalado, por ejemplo, que la iniciativa parte de un equívoco evidente: no todas las comunidades ni todas las organizaciones o entidades en que se organiza la gente, parten de los mismos niveles de información, de capacidades o de recursos. Las asimetrías son muchas y, por tanto, también las posibilidades de asumir responsabilidades y compromisos ante los problemas colectivos, y no digamos para poder gestionar servicios o para garantizar niveles aceptables de trabajo voluntario. Por otro lado, todo el proceso de delegación o devolución de los poderes públicos a entidades, colectivos o individuos, conlleva implícitamente la capacidad de gestionar recursos de manera eficiente, al estilo empresarial, por así decirlo. Y ello está alejado de la realidad informal y espontánea que puede uno encontrarse en los enclaves locales. Las entidades, las organizaciones sociales, han surgido en muchos casos más como expresión de valores, de reivindicaciones y no con la voluntad de gestionar servicios. No parece razonable que el Gobierno entienda que cuando las cosas van bien, se debe a su generosidad delegando funciones a la sociedad civil, y cuando ello no funcione, sea responsabilidad de la falta de compromiso de personas y colectivos. De alguna manera se supone, al reivindicar el término *Big Society*, que ello es una respuesta a un exceso de Estado y a una sociedad frágil. Y, como dicen algunos críticos, ello no es en absoluto así. Ni los poderes públicos eran antes omnipresentes, ni se podía considerar que la sociedad británica destacaba por su insolidaridad. En los últimos meses, existe la sensación de que la gran iniciativa de Cameron ha sido devaluada, situándola en el terreno del buen comportamiento cívico, de la recaudación de fondos en tómbolas y la recogida voluntaria de residuos, más que en una dimensión de alternativa estratégica a las políticas públicas de bienestar.

La innovación social como paradigma

Al margen de las iniciativas políticas mencionadas y de las coordinadas ideológicas en que se inscriben, lo cierto es que las necesidades sociales aumentan y, al mismo tiempo, son innegables las dificultades de las instituciones públicas para mantener los compromisos adquiridos en sus cartas constitucionales y en su legislación social, ante la creciente dependencia de los poderes financieros y las prioridades concedidas al retorno de la deuda generada por el déficit público, así como en la merma constante de ingresos por la capacidad de evasión y elusión fiscal del gran capital financiero. En ese escenario conviene situar la posibilidad/oportunidad de respuestas sociales autónomas y el cambio en la estructura de poderes como elementos a considerar frente al aumento de la desigualdad social y las necesidades que eso conlleva. Y todo ello en un escenario de globalización que genera evidentes desequilibrios en los procesos productivos y en los costes sociales que implican en cada parte del mundo.

Mientras se incrementan los desequilibrios sociales, las alternativas tradicionales a disposición de los Gobiernos son: aumentar los ingresos públicos, reducir los servicios y las personas que se ocupan de ellos, mejorar la eficiencia de la gestión pública. De hecho, estas han sido hasta ahora las respuestas que en proporción diversa, han ido asumiendo los Gobiernos de nuestro entorno y son esas las alternativas que mayoritariamente se siguen manejando. El problema se plantea ante la creciente dificultad para conseguir la efectividad de ese tipo de respuestas en un horizonte en el que las dificultades no son coyunturales o pasajeras, sino estructurales y sistémicas. Es en ese contexto en el que hemos de situar la creciente atención que reciben las dinámicas de innovación social. Ya que, a diferencia de lo habitual, parten del supuesto de que las soluciones o las respuestas a ciertas problemáticas sociales se dan, surgen o pueden surgir desde fuera de las instituciones públicas, a partir de la propia iniciativa social, sin que ello implique necesariamente el que no existan formas de colaboración institucional en las diversas fases del proceso de respuesta.

En esta línea, organismos multilaterales como el FMI, el Banco Mundial o la OCDE están insistiendo en el término de “innovación social” en sus diversos análisis. También la Unión Europea sigue esa misma senda como puede, por ejemplo, observarse en su programa de investigación Horizon 2020. Hagamos un somero repaso de las distintas perspectivas existentes. De entrada, conviene recordar que no es un concepto nuevo, pero es evidente que en los últimos tiempos ha tomado un gran auge, por varias razones, entre otras su notable ambigüedad. En efecto, en diversos trabajos se ha ido poniendo de relieve que el concepto de innovación social puede ser notablemente equívoco. En los documentos en que una institución como la OCDE¹ se refiere al tema, se entiende que la innovación social se da cuan-

¹ <http://www.oecd.org/sti/inno/47861327.pdf> http://efi2011.eai.eu/sites/default/files/documents/30november/NOYA_fin.pdf.

do aparecen nuevas respuestas a problemas sociales. Identificando y generando la provisión de nuevos servicios que mejoren la calidad de vida de personas y comunidades; identificando y generando nuevas esferas de trabajo, nuevas formas de participación, tanto desde la perspectiva de la producción como del consumo. Se trata habitualmente de nuevos procesos que tratan de satisfacer necesidades no cubiertas por el mercado, o no disponibles para las poblaciones afectadas, y que tampoco son cubiertas de manera suficiente por las instituciones públicas. Parece claro que, desde esa perspectiva, no necesariamente las experiencias entendidas como innovación social, modificarán las relaciones de poder previamente existentes, ya que su lógica puede ser estrictamente subsidiaria o compensatoria de los déficits de actuación de los poderes públicos, sin que ello afecte el *statu quo* vigente.

Lo que aún falta es la capacidad de articular de manera transversal ese conjunto de expresiones de rechazo a lo que ocurre y de construcción de alternativas propias y viables

En general, se entiende que las dinámicas de innovación social incorporan la creación de valor social, generando soluciones a problemas que tienen una naturaleza de “públicos”, distinguiéndose pues de las dinámicas empresariales que si bien pueden tener impacto social, no es esa la razón de ser de su actividad. Se pone así de relieve la importancia de que los actores sociales, las personas y las comunidades implicadas, asuman nuevos protagonismos en relación a sus necesidades, lo que refuerza su papel y permite considerar cambios en las estructuras de poder. La existencia de tales experiencias y su perdurabilidad, permite identificar mejor necesidades y construir respuestas más específicas, evitando los problemas de “eficacia indiferente” que caracterizan muchas veces los servicios públicos. En efecto, la lógica burocrática a menudo confunde igualdad de trato y no discrecionalidad con homogeneidad y despersonalización. Y es en ese contexto, en el que las entidades del tercer sector aparecen como mucho más capaces de atender la diversidad, personalizar el trato y abordar la situación más desde el propio problema que desde la distribución de competencias.

Desde perspectivas más contra-hegemónicas, desde las que se quiere reivindicar la acción colectiva como palanca de transformación social, se entiende el surgimiento de estas prácticas como expresión de la exigencia de un nuevo protagonismo cívico, que entra en conflicto con la visión delegativa y “clientelar” en la que la lógica institucional y jerárquica acostumbra a situar las relaciones entre instituciones y ciudadanía. Estas prácticas innovadoras y comunitarias serían pues experiencias que se oponen a los procesos de mercantilización en nuestras sociedades, buscando formas más equilibradas de relación con las instituciones, generando también embriones de nueva institucionalidad, for-

mas de co-producción de políticas y espacios de apropiación social de ámbitos antes monopolizados por los poderes públicos o la esfera mercantil. De esta manera, se estaría avanzando en formatos alternativos (instituciones del pro-común) de entender la respuesta a las necesidades sociales a través de experiencias comunitarias, de cooperación y de autonomía cívica.

La clave es no entender los bienes comunes como un mero sustituto que tienen las comunidades para satisfacer de manera autónoma sus propias necesidades ante la retirada de los poderes públicos, sino como un mecanismo de reapropiación de recursos

Lógicamente, no todos los ejemplos o experiencias calificables como de “innovación social” reúnen esta carga crítica o transgresora. En algunos trabajos se alude a dos criterios que pueden servir para distinguir unas experiencias de otras. En un eje se situarían las experiencias de innovación social ordenadas desde la perspectiva de su impacto social, en temas de justicia social, sostenibilidad ambiental, innovación democrática y empoderamiento y nuevas perspectivas de respuesta a las necesidades de subsistencia económica. O sea, el grado de progresividad social y de cambio en las condiciones de poder que motivan y legitiman las acciones de los actores envueltos en esa experiencia. En el otro eje se colocarían las diversas experiencias ordenadas desde su capacidad de incidir en la esfera pública y en las instituciones, sea generando cambios en las dinámicas institucionales, sea modificando la esfera de debate y de discurso público en el sentido de profundizar derechos más efectivos e inclusivos para la ciudadanía. Se entiende que el impacto en las instituciones puede derivarse de su capacidad de provisión directa de servicios, identificando nuevas necesidades y demandas, o modificando las formas de operar concretas de las instituciones públicas a través de procesos de gestión más directos, modificación de prioridades o normas de actuación.

Las experiencias de los nuevos movimientos sociales

Las aportaciones y propuestas de los movimientos sociales surgidos en el contexto de la crisis y la experimentación de nuevas prácticas alternativas plantean algunos de los posibles contenidos de experiencias de innovación social que incidan en dinámicas de transformación o de nueva institucionalidad. Así, por ejemplo, podríamos destacar experiencias que se orientan hacia:

- a) El desarrollo de propuestas socializadoras en sectores estratégicos como la energía, el agua, la banca, el transporte, la salud, la educación, etc. El control público de estos sec-

tores clave debería promover una estrategia de superación del viejo paradigma del crecimiento económico.

- b) El respaldo a nuevas formas de producción cooperativa, prestando una atención especial a las experiencias de producción agroecológica y a la auto-organización de los trabajadores en la recuperación de empresas mercantilmente fallidas.
- c) Un replanteamiento profundo del trabajo, desarrollando iniciativas de redistribución del empleo, reconsiderando las otras formas de trabajo, como los cuidados, a la vez que se avanza en la erradicación de la vieja división sexual del trabajo.
- d) Otorgar una prioridad máxima al problema de la vivienda, aprovechando el *stock* existente para promover un parque público de vivienda en alquiler.
- e) Impulso a medidas que promuevan la desmercantilización de las relaciones sociales, bien sea a través de la promoción del uso de los espacios públicos, en el intercambio de productos o servicios o en la valorización de ciertas formas de trabajo no asalariado, pero socialmente necesario.
- f) Incentivar por distintas vías la participación popular, favoreciendo la auto-organización, incluyendo a los movimientos sociales y promoviendo las nuevas prácticas políticas.
- g) Situar como un elemento de valor el conseguir aumentar el grado de autonomía de las iniciativas sociales en relación a las instituciones.

Son solo ejemplos de lo que en estos momentos constituye un universo plural y multi-forme de iniciativas en distintas partes de Europa y del mundo que buscan formas de respuesta social a problemas colectivos, que no necesariamente queden encapsuladas en estrategias institucionales o de gobierno.

En efecto, en estos últimos años, la progresiva erosión de las bases legitimadoras de la democracia por su alejamiento de sus valores fundacionales (igualdad, justicia social, control popular de las decisiones), ha ido encontrando respuestas en movilizaciones sociales significativas. La participación ciudadana se ha concentrado muchas veces en defender lo que se había conseguido. En evitar que las decisiones que se fueran tomando en el plano legislativo o desde la acción de los poderes públicos implicaran pérdida de derechos y de protagonismo popular. Y la política institucional ha sido el espacio al que se dirigían las protestas, las acciones reivindicativas. Lo que está sucediendo ahora es que sin dejar de mantener la presión sobre las instituciones y los partidos que las gobiernan, los movimientos sociales, la acción popular, se han ido dando cuenta de que han de complementar esa labor con la capacidad de poner en pie estructuras institucionales propias. No se trata solo de incidir y resistir, sino también de disentir construyendo alternativa. Demostrar, con ese “éxodo” de las instituciones, que no todo va a encontrar solución en y desde la acción de los poderes públicos constituidos.

Tenemos cada vez más ejemplos de desobediencia civil ante atropellos institucionales. La Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) ha puesto encima de la mesa muchos

ejemplos de combinación de acciones legales con acciones que expresaban de manera pacífica el desacuerdo con lo que legalmente estaba establecido y que iban adquiriendo a ojos de la ciudadanía una creciente legitimidad. Temas como energía, alimentación, educación, sanidad, y cada vez más, el derecho a internet, se muestran como espacios en los que la organización social, combinada con prácticas de reivindicaciones frente a los poderes públicos y con capacidad de construcción de espacios propios en los que demostrar que existen otras formas de plantear soluciones a temas vitales básicos, tienen un notable recorrido por delante. Han ido surgiendo movimientos que “son” (“Som energía”, por ejemplo), que buscan respuestas autónomas, construyendo espacios de nueva institucionalidad. Lo que aún falta es la capacidad de articular de manera transversal ese conjunto de expresiones de rechazo a lo que ocurre y de construcción de alternativas propias y viables. Pero, va quedando claro que, cada vez más, participar es hacer. Y ese hacer, debe plantearse modificar las relaciones de poder existentes.

¿Conclusiones?

¿Qué aprender de todo ello? La pérdida de peso del Estado-sujeto, debería revalorizar la idea de Estado-función. Menos rito y delegación. Más proximidad y acción. Más modestia institucional, no implica forzosamente una salida individualista o meramente subsidiaria a la holandesa o británica. Permite generar espacios para un mayor protagonismo social y mutualista. La izquierda apegada a ver en las instituciones la única palanca de transformación, ha percibido al mutualismo, junto al cooperativismo, de larga tradición en muchas partes, como una forma de solidaridad entre pobres. Cuando en realidad, mutuas y cooperativas, han sido (y algunas aún son) la expresión de coaliciones democráticas que se plantean objetivos básicos de apoyo mutuo, de propiedad común, con sistemas de autogobierno y raíces territoriales profundas. Son alternativas solidarias, no individualistas. Que permiten recuperar sobre nuevas bases unas políticas de bienestar fundamentadas en las personas, y no en su pertenencia a categorías sociales específicas. Pero que, reconozcámoslo, siguen presentando problemas de escala, cuando se va más allá de lo específicamente local o territorial. La clave es no entender los bienes comunes como un mero sustituto que tienen las comunidades para satisfacer de manera autónoma sus propias necesidades ante la retirada de los poderes públicos, sino como un mecanismo de reapropiación de recursos. He ahí un gran campo de experimentación para la nueva acción política, buscando alternativas de radicalidad y de autonomía social contra las políticas de austeridad. Aprovechando también la gran tradición municipalista, desde la que impulsar una Europa de libertad y de justicia social, y no de estados gestores del pago de la deuda.

Las políticas neoliberales profundizan la desigualdad social

El Barómetro Social de España (BSE) recoge diversos indicadores que permiten situar la actual coyuntura de crisis en la onda larga neoliberal de las últimas tres décadas, ubicando en ese marco un balance de los efectos sociales de la crisis y de las políticas de ajuste adoptadas a partir de 2010 por los gobiernos del PSOE y del PP, así como algunas reflexiones sobre el creciente malestar social y las movilizaciones que pretenden un cambio de orientación en el modelo político y económico vigente.

La desigualdad en el reparto de los recursos económicos y en la distribución del poder es una característica estructural del capitalismo, así como su dinámica cíclica que reconfigura continuamente los desequilibrios que genera su propio desarrollo. La España franquista adoptó con retraso (a partir de los años sesenta), y con rasgos propios, las políticas keynesianas de la segunda posguerra mundial, con un fuerte incremento relativo de los salarios y una notable expansión de la sociedad de consumo y la puesta en marcha de las bases de un Estado de bienestar autoritario. El inicio del ciclo democrático, en el que se desarrollaron una serie de derechos sociales y económicos, coincidió con el fin del modelo de crecimiento de posguerra en los países centrales; así, durante décadas la ampliación de ciertas garantías sociales se desarrolló simultáneamente con el desarrollo de medidas típicamente neoliberales, entre ellas la reducción del gasto público, la bajada de impuestos, la desregulación del mercado laboral y financiero, etc. Estas medidas se habían aplicado en toda su extensión en determinados países periféricos en los años ochenta y noventa del siglo pasado (Consenso de Washington, crisis de la deuda externa, planes de ajuste auspiciados por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, etc.). En el contexto español, en cambio, su introducción fue más pausada y no lineal, hasta que estalló la crisis actual y los sucesivos

Colectivo Ioé
equipo de
investigación social
integrado por
Carlos Pereda,
Walter Actis y
Miguel Ángel de
Prada

¹ Forma parte del grupo cooperativo Tangente (www.tangente.coop) y es autor del *Barómetro Social de España* (www.barometrosocial.es). www.colectivoioe.org.

gobiernos, al dictado de la troika y de los mercados financieros, han decidido aplicar la receta también en los países centrales. Así, el actual período de crisis, iniciado en 2008, forma parte de la onda larga neoliberal iniciada a mediados de la década de 1970.

El *Barómetro social de España* recoge indicadores de la evolución de la desigualdad social entre 1994 y 2013, lo que permite hacer una valoración del último ciclo expansivo (1994-2007) y de los recientes años de crisis.

Reparto del excedente: crecen los beneficios del capital a costa de los salarios

Entre 1994 y 2007 el valor monetario de las *acciones empresariales* –tanto las cotizadas en Bolsa como las no cotizadas– creció de manera extraordinaria, pasando de 0,4 a 2,8 billones de euros, a precios constantes, lo que multiplicó por siete su precio de mercado (ritmo interanual medio del 16%). Así se produjo una “burbuja accionarial” que se infló a doble velocidad que la burbuja inmobiliaria (con tasa interanual del 8% en el mismo periodo) y superó en cuatro veces al PIB (4,2%). Uno de los factores que explican el crecimiento y revalorización de las empresas españolas fue la inversión de capital extranjero que hizo de España uno de los países con mayor deuda externa privada del mundo.²

Al llegar la crisis, las acciones perdieron el 30% de su valor (830.000 millones de euros), aunque gran parte de las pérdidas se concentraron sólo en el primer año del ciclo (2008). Esta pérdida de valor de los activos generó una fuga de capital extranjero,³ que acentuó la desvalorización de las empresas. No obstante, el ritmo interanual de las pérdidas en los cinco años de crisis (6%) ha sido bastante menor que el ritmo de ganancias en los catorce años previos de crecimiento (16%). El valor del conjunto de las empresas en 2012 se situaba en el mismo nivel que en 2004, es decir, habían perdido bastante menos de la mitad de lo ganado en los años anteriores (véase gráfico 1).

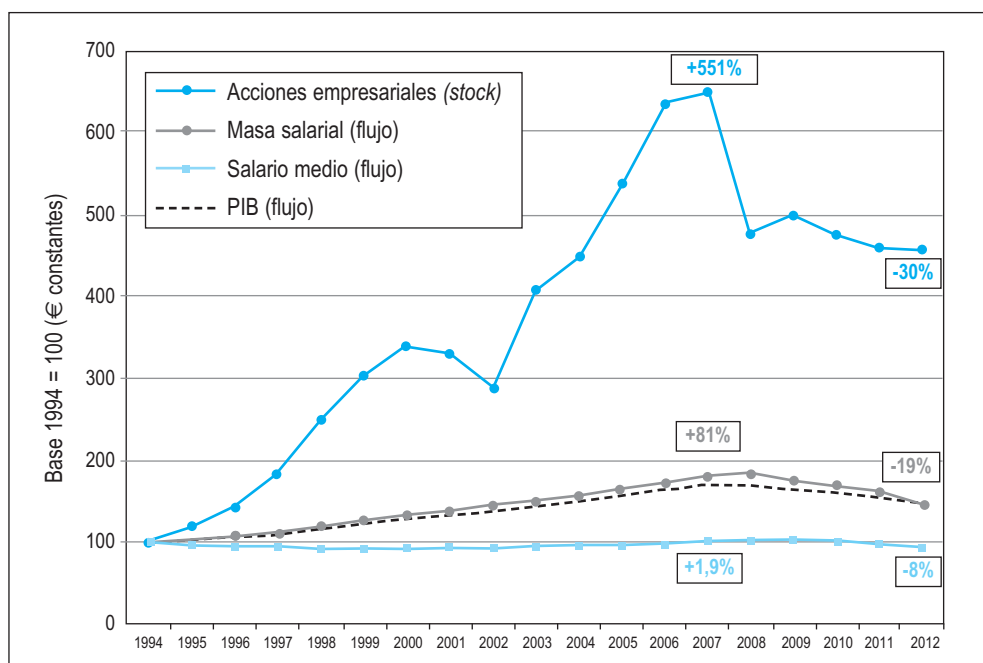
En contraste, el *salario medio* de la población trabajadora quedó casi congelado: avanzó sólo el 1,9% en el conjunto del período expansivo y ese crecimiento se produjo sólo en 2006 y 2007. Por su parte, la *masa salarial* (el total de retribuciones de la población asalariada), creció el 81%, algo por encima del PIB (70%), debido al extraordinario incremento de

² La estadística del *Joint External Debt Hub* (Banco de Pagos Internacionales, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional y OCDE) indica que entre 2003 y 2008 la deuda externa privada de España pasó de 0,7 a 2,1 billones de dólares (en el mismo período la deuda externa pública pasó de 0,2 a 0,3 billones).

³ Según el *Coordinated Portfolio Investment Survey* del FMI la inversión alemana y francesa en España se multiplicó por seis entre 2001 y 2007, (de 82.000 a 520.000 millones de dólares), para reducirse en un 35% entre 2007 y 2012 (salida de 184.000 millones).

la ocupación (de 12 a 20 millones), con una tasa de empleo temporal tres veces superior a la media de la Unión Europea por aquellos años. Entre 2007 y 2012 la masa salarial (medida en euros constantes) se ha reducido un 19%. Este descenso podría atribuirse “simplemente” a la caída del empleo; sin embargo, paralelamente se ha registrado una caída del 8% del salario medio real (en euros constantes). De este modo, la participación de los salarios en la renta nacional, que había descendido continuamente durante el último ciclo de crecimiento, ha vuelto a caer con la adopción de políticas “de ajuste” desde 2010. En suma, se *está perpetuando una tendencia estructural a la redistribución regresiva de la renta*.

Gráfico 1. Evolución de las acciones y de los salarios (1994-2012)

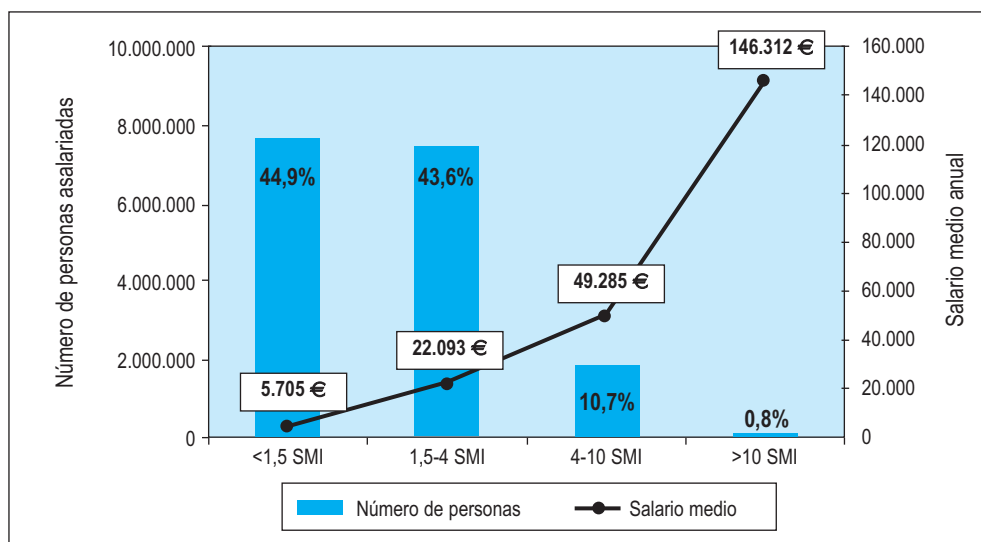


Fuentes: Banco de España, para las acciones empresariales (cotizadas y no cotizadas); Agencia Estatal de Administración Tributaria, para los salarios y Contabilidad Nacional de España, para el PIB. Elaboración del Barómetro social de España, ámbito de Empleo, indicador 8.

Por otra parte, la polarización entre los salarios altos y bajos se ha incrementado de forma importante en la etapa de crisis. Si en 2007 los asalariados “ricos” (por encima de cinco veces el Salario Mínimo Interprofesional) percibían un promedio 17,6 veces superior a los “pobres” (por debajo del SMI), en 2012 pasó a ser de 18,9 veces. La situación existente en 2012 (último año publicado) queda reflejada en el gráfico 2, que muestra la magnitud de distintos segmentos de los asalariados y la de sus respectivos ingresos.

- *Tramo inferior (menos de mil euros/mes)*: formado por quienes perciben salarios en cómputo anual por debajo de 1,5 veces el Salario Mínimo Interprofesional (SMI), o sea, menos de 962 euros/mes (el SMI era de 641 euros). Aquí se sitúa el 45% de las personas asalariadas, a las que habría que sumar –al menos– a los parados sin cobertura (3,2 millones en 2013) y a los perceptores de rentas de inserción (240.000).
- *Tramos intermedios (entre mil y dos mil quinientos euros/mes)*: son quienes perciben entre 1,5 y 4 veces el SMI; supone el 43,6% de la población ocupada y constituye el colchón entre la mayoría de bajos ingresos y la élite económica.
- *Tramo superior (más de dos mil quinientos euros/mes)*: en el vértice de la distribución salarial se sitúa algo más del 10% de los trabajadores, entre los que destaca una minoría (el 0,8%) con salarios por encima de 10 veces el SMI. En este grupo se sitúan los 534 consejeros y miembros de la alta dirección de las empresas incluidas en el Ibex 35 cuyos ingresos medios en 2013 fueron de 67.700 euros mensuales. Se trata de un grupo social formalmente asalariado pero cuyas funciones son las de dirección de las empresas representando directamente los intereses de sus propietarios.

Gráfico 2. Diferencias de salario por tramos en 2012



Fuente: AEAT, Elaboración del Barómetro social de España, ámbito de Renta y patrimonio.

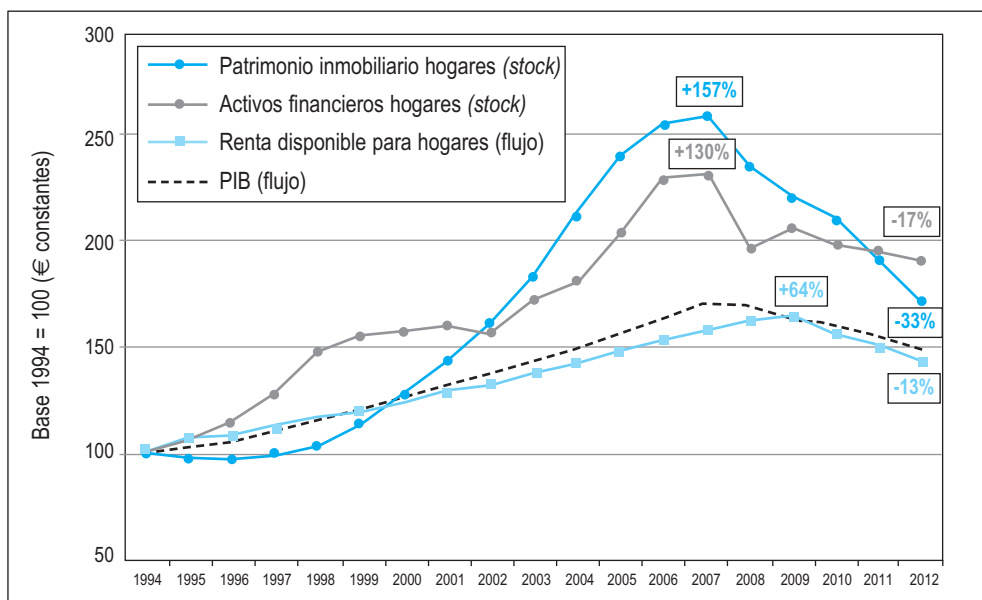
Las desigualdades salariales por sexo y edad siguen siendo elevadas, aunque han tenido evolución diferente. En 2000 el salario medio de las mujeres se situaba un 22,7% por debajo del promedio general, en 2012 la diferencia se redujo hasta el 14,7%. En cambio, la retribución media de los jóvenes era un 54,6% más baja en 2000 y pasó a ser un 64,4% inferior en 2012. También ha aumentado la brecha salarial para la mano de obra extranjera: en 2008 su retribución era un 41,8% más baja que la media global y en 2012 un 44,4% inferior.

La riqueza y la renta de los hogares: desigualdad creciente

En el último ciclo expansivo de la economía española (1994-2007) la *riqueza* agregada de los hogares (suma del patrimonio inmobiliario y de los activos financieros) se revalorizó de forma extraordinaria, pasando de 2,9 a 7,4 billones de euros, en moneda constante del año 2012. Su crecimiento medio anual (7,3%) duplicó el de la *renta* disponible ingresada cada año por las familias (3,6%). El gráfico 3 muestra que la riqueza de los hogares aumentó un 148% (los inmuebles el 157% y los activos financieros el 130%), mientras su renta anual creció un 58% y llegó a su cota máxima (64%) en 2009. Esta revalorización de activos, sumada al estancamiento del salario real, dio pie a un creciente endeudamiento de los hogares.

Además, en los años de bonanza se mantuvo una importante desigualdad en el reparto de la renta y la riqueza, aunque cada una tuvo una evolución opuesta. La distribución de la renta mejoró (el coeficiente de Gini pasó de 35 en 1997 a 31,9 en 2007), aunque se mantuvo siempre con peores resultados que la media comunitaria. En cambio, la distribución de riqueza empeoró claramente: según la Encuesta Financiera de las Familias del Banco de España, entre 2002 y 2005 la ratio de desigualdad entre el 25% de hogares más ricos y el 25% más pobre pasó de 33,3 a 39,3.

Gráfico 3. Evolución de la riqueza y de la renta disponible de los hogares (1994-2012)



Fuentes: Banco de España para los activos financieros de los hogares; J. M. Naredo, C. Carpintero y C. Marcos, «Patrimonio en vivienda y ahorro de los hogares en el final del ciclo inmobiliario», *Cuaderno de Información*, 215, para el patrimonio inmobiliario; y Contabilidad Nacional de España, para la renta disponible de los hogares y el PIB. Elaboración del Barómetro social de España, ámbito de Renta y patrimonio, indicador 4.

En los primeros años de crisis (2008 y 2009) la renta disponible de los hogares se mantuvo en lento pero continuo ascenso, a pesar de la bajada del PIB, pero cayó un 13% en 2010-2012, a raíz del cambio de política laboral y de recortes sociales iniciado por el gobierno del PSOE en la primavera de 2010. Por su parte, la riqueza de los hogares se redujo un 29% entre 2007 y 2012: los bienes inmuebles perdieron el 33% de su valor (1,8 billones en euros constantes) y los activos financieros el 17% (365.000 millones).

En suma, se está perpetuando una tendencia estructural a la redistribución regresiva de la renta

Así, tanto el reparto de la renta como de la riqueza han empeorado en el ciclo de crisis. El Coeficiente de Gini de distribución de la renta ha perdido lo ganado en la etapa de crecimiento (aumentó de 31,9 en 2007 a 34,5 en 2012), generando entre otros efectos un aumento de los hogares en riesgo de pobreza (de 19,7% en 2006 a 21,6% en 2012), a pesar de la disminución constante de la línea de pobreza a causa de la caída de la renta nacional. Un estudio reciente de la OCDE ha constatado que España es el país donde más se ha ampliado en los primeros años de crisis la brecha entre los hogares más pobres y más ricos: mientras el 10% de la población más pobre ha reducido sus ingresos un 13,7% entre 2007 y 2010, el 10% más rico lo redujo en un 1,1%.⁴

En cuanto a la riqueza, la brecha de desigualdad entre los hogares más ricos y más pobres pasó de 39 a 50 entre 2005 y 2009 (gráfico 4).⁵ De este modo, la desigualdad en el reparto de la riqueza es cinco veces más pronunciada (de 50 a 1 entre los cuartiles más rico y más pobre) que en el reparto de la renta (de 10 a 1 entre los grupos con más y menos ingresos). Por tanto, los análisis que se centran sólo en la distribución de la renta no perciben la magnitud real de las desigualdades. Además, éstas son aún mayores que lo que nos indican las fuentes, pues una parte de las riquezas se halla oculta en paraísos fiscales o en la economía sumergida. En todo caso, *la tendencia en la coyuntura de crisis es a una creciente polarización social, tanto en la distribución de la renta como de la riqueza.*

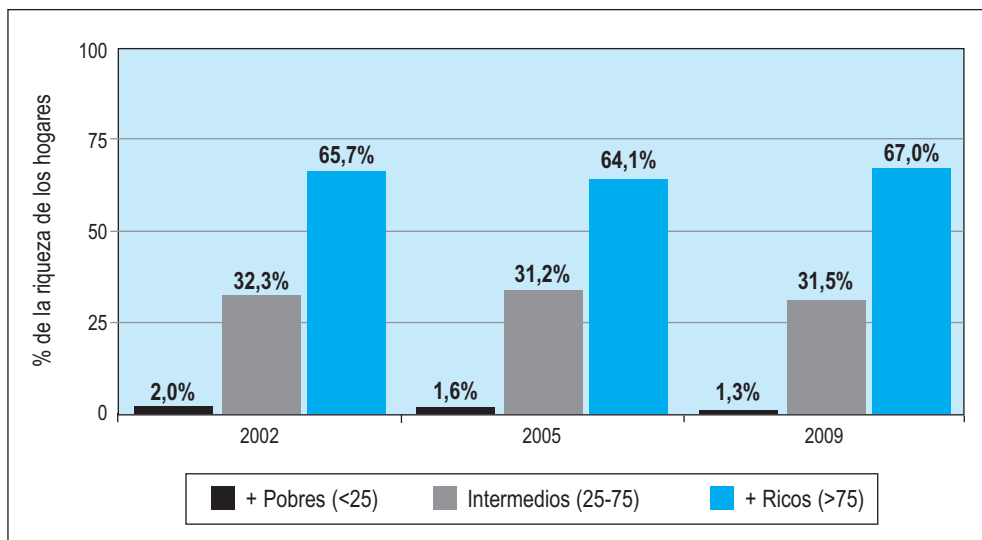
Esta dinámica remite a un modelo social cada vez más jerarquizado en el que la competitividad/rentabilidad de las grandes empresas tiene como correlato el estancamiento o disminución de los salarios y la pérdida de derechos sociales y laborales. Frente a la opinión mayoritaria de que “la distribución de los ingresos en España es injusta” (siempre por

⁴ OCDE, *Society at a Glance 2014. The crisis and its aftermath*, 2014.

⁵ El Banco de España realizó una nueva EFF en 2011-2012. Aunque prometió publicar resultados a finales de 2013 hasta la fecha los resultados no son accesibles.

encima del 80% en las encuestas del CIS), la política económica adoptada por los sucesivos gobiernos ha favorecido el incremento de dicha desigualdad, favoreciendo a la banca y las grandes empresas en perjuicio de la mayoría de la población.

Gráfico 4. Desigual reparto de la riqueza en los hogares españoles (2002-2005-2009)



Fuente: Banco de España. Elaboración del *Barómetro social de España*, ámbito de Renta y patrimonio, indicador 10.

Un sistema ecológicamente insostenible

En el terreno medioambiental, el modelo de crecimiento del ciclo expansivo dio lugar a un intenso deterioro de la calidad de la tierra, el agua y el aire. El consumo de energía se incrementó en un 50%, el doble que la media europea, provocando que la dependencia energética de España pasara del 70 al 80% pese a la expansión de las energías renovables. El uso de plaguicidas en la agricultura aumentó en un 60%, con los consiguientes efectos contaminantes, mientras las emisiones de CO² crecieron tres veces más de lo comprometido en el Protocolo de Kioto, a un ritmo similar al de China o la India, y muy superior a la media europea. España se sumaba así a la irresponsable carrera que agota los recursos energéticos no renovables del planeta y acelera el cambio climático.

A partir de 2008, la recesión económica afectó a la producción, a la construcción, al transporte y al consumo eléctrico, provocando una sustancial mejora de algunos indicadores ambientales: en 2010 las emisiones de CO² se habían reducido un 19% y el consumo energético un 11%, lo que permitía a España acercarse al cumplimiento de las exigencias

del Protocolo de Kioto. Las energías renovables doblaron su contribución pasando del 5,4 al 11,1% del mix. Sin embargo, varios indicios apuntan a que estas mejoras fueron coyunturales ya que en los últimos tres años algunos indicadores clave han vuelto a empeorar, a pesar del continuo retroceso de la producción medido por el PIB. La dependencia energética del exterior y las emisiones de CO₂ han vuelto a repuntar, mientras disminuye el peso de las energías renovables, acosadas por las políticas gubernamentales.

Frente a la opinión mayoritaria de que «la distribución de los ingresos en España es injusta», la política económica adoptada por los sucesivos gobiernos ha favorecido el incremento de dicha desigualdad, favoreciendo a la banca y las grandes empresas en perjuicio de la mayoría de la población

La huella ecológica mide la relación entre la biocapacidad (capacidad productiva y de absorción de residuos de las tierras y aguas del país) y la producción (sus consumos energéticos y residuos). El balance general muestra, por un lado, la importancia de las políticas estatales en la mejora de indicadores ambientales (reducción de la intensidad energética durante el mandato de Cristina Narbona en Medio Ambiente, desarrollo de las renovables en base a subsidios estatales) y, por otro, el conflicto que existe entre la dinámica del capitalismo actual y los límites de la base ecológica que lo sustenta. Los datos muestran que en 2005 se necesitaba 4 veces el territorio de España para sustentar ecológicamente la producción del país; con el inicio de la crisis la situación mejoró algo: en 2010 “sólo” se necesitaba 3,3 veces dicha superficie.⁶ Por tanto, *el modelo productivo –sea cual sea el momento del ciclo económico– excede con creces la capacidad de sustentabilidad del territorio*, lo que reclama una reconversión radical de sus características.

Efectos sociales de la crisis

Récord de desempleo

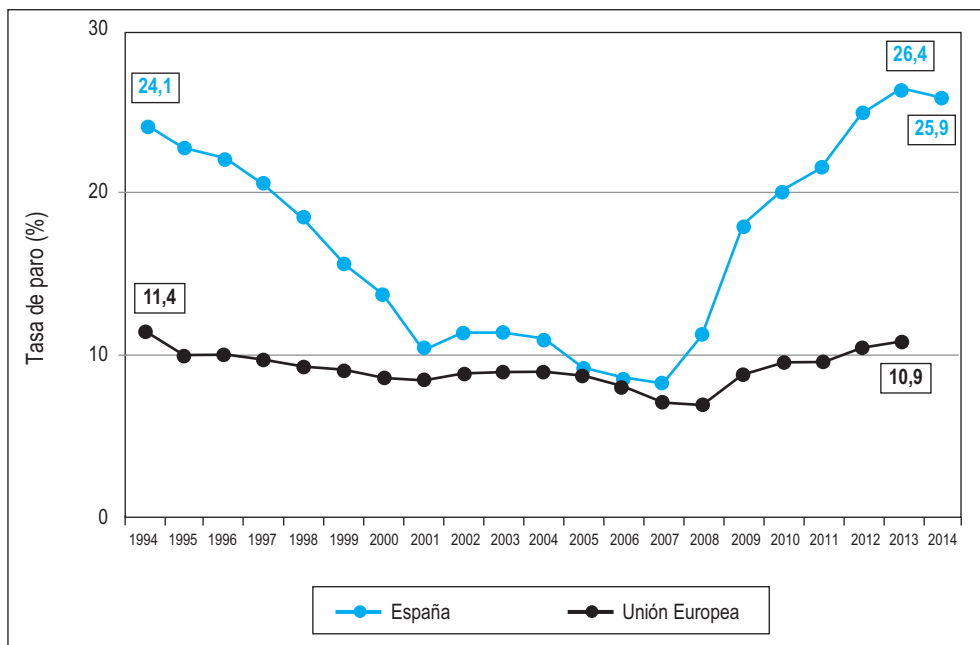
Entre 1994 y 2007 los indicadores de acceso al empleo mejoraron considerablemente: la tasa de actividad creció del 51 al 60%, especialmente entre la población femenina; el número de ocupados aumentó de 12 a 20 millones (3 de ellos inmigrantes que produjeron un inesperado crecimiento de la población del país); el desempleo se redujo drásticamente, pasando del 23,9 al 8,3%. En cambio, en seis años de crisis se han perdido 3,6

⁶ Véase Global Footprint Network (2013).

millones de empleos y la tasa de paro superó en 2013 el 26%, record histórico de este indicador.

Tanto la creación de empleo antes de la crisis como su destrucción posterior han tenido lugar con una intensidad mucho mayor que en el resto de la Unión Europea: en 2005 y 2006 la tasa española de desempleo llegó a situarse en la media comunitaria, para pasar a ser más del doble en la actualidad (gráfico 5) situándose, junto a Grecia, como farolillos rojos de la Europa comunitaria en esta materia. Ello se debe principalmente a la elevada tasa de temporalidad y a la precariedad de los puestos de trabajo en sectores muy sensibles al ciclo económico (construcción, comercio, servicios no cualificados, etc.), donde se aplicó un modelo de explotación extensiva de la mano de obra que afectó en mayor medida a la juventud y al colectivo inmigrante.

Gráfico 5. Evolución del desempleo en España y la Unión Europea (1994-2014)



Fuentes: EPA y Eurostat. Elaboración del *Barómetro social de España*, ámbito de Empleo, indicador 2.

(*) Para 2013, media de los ocho primeros meses en el caso de la Unión Europea; para 2014, primer trimestre en el caso de España.

Endeudamiento y desahucios

Durante el ciclo económico expansivo la venta de la creciente producción, en un contexto de no crecimiento del salario real, se realizó en base a dos mecanismos principales: por un

lado, el aumento de la demanda agregada (la masa salarial) derivada del aumento de ocho millones de personas ocupadas; por otro, la concesión masiva de créditos al consumo y muy especialmente para la compra de vivienda. Las deudas de los hogares suponían en 1994 el 66% de su renta anual, y pasaron al 149,3% en 2007, proporcionando un volumen de negocio al sistema financiero de un billón de euros. En el ciclo de crisis el volumen de deuda de los hogares se ha reducido de forma limitada (hasta 142,4% de su renta anual); además, grava mucho más a las familias pobres: según la Encuesta Financiera de las Familias (Banco de España, 2009) la deuda pendiente de los hogares pobres suponía una carga 17 veces mayor en relación a su patrimonio que en el caso de los hogares con mayor riqueza.

Entre 2007 y 2012 el precio del metro cuadrado de vivienda libre se ha reducido un 31%, según el Ministerio de Fomento, pero más de 300.000 familias afectadas por la crisis y el desempleo no han podido hacer frente a sus deudas hipotecarias provocando un aluvión de desahucios. A estos se añaden los de quienes no pueden pagar el alquiler, entre 60.000 y 70.000 cada año, lo que suma en total más de medio millón de familias desalojadas de sus viviendas en los últimos cinco años.

Deterioro de las condiciones de vida

Las políticas antisociales adoptadas para abordar la crisis han generado graves problemas para un amplio sector de la clase trabajadora, muy especialmente para quienes se encuentran en paro, sobre todo si no reciben ninguna prestación de desempleo (3,2 millones de personas) o cuando todos los miembros de su grupo de convivencia se encuentran sin trabajo (uno de cada 10 hogares). A partir de 2010 los salarios y la renta disponible de los hogares caen a ritmo creciente y la población en riesgo de pobreza ha aumentado en más de un millón de personas. Las subidas del IVA, de la luz o del transporte, junto a la congelación de las pensiones, contribuyen a reducir el poder adquisitivo de la mayoría de la población.

Más allá del ámbito monetario es preciso contemplar los cambios del *trabajo doméstico* y *de cuidados*, que constituye un componente esencial del bienestar de las personas, aunque es invisibilizado por el discurso social y económico dominante. Según la Encuesta de Empleo del Tiempo de 2010 dichas tareas insumen un 23% más que el tiempo total dedicado al trabajo remunerado, y recae mayoritariamente sobre las mujeres. A medida que éstas amplían su presencia en el empleo remunerado, los hombres se han implicado más en las tareas del hogar (realizaban el 23% del trabajo doméstico en 2003 y el 30% en 2010). Sin embargo, estamos muy lejos de un equilibrio entre sexos: hoy la carga de trabajo global (doméstico y extradoméstico) de las mujeres supera en un 20% a la masculina. Por otra parte, un análisis más afinado de esta evolución debe tener en cuenta el aporte de mano de obra externa, sobre todo de mujeres inmigrantes, para el trabajo doméstico y de cuidados,

así como la figura del cuidado personal en la Ley de Dependencia, actualmente sometida a un severo proceso de recortes.⁷

La política de recortes incrementa el malestar y la movilización social

La tesis oficial del Gobierno español sostiene que las políticas sociales están sobredimensionadas en relación a la capacidad económica de la hacienda pública y que, por tanto, es imprescindible introducir recortes en las prestaciones y servicios, así como procesos de privatización que impliquen una reducción del gasto. Consecuentemente, el problema de la *deuda pública* es presentado como la clave de la crisis del Estado de bienestar. El gasto público en relación al PIB creció desde el 39,2% en 2007 al 46,1% en 2009, como consecuencia de un aumento del gasto (sobre todo en prestaciones de desempleo), y una caída de cinco puntos en la recaudación fiscal (desde el 37,6% al 31,4% del PIB). Como resultado el *saldo fiscal del Estado* pasó de +2% en 2007 a -11,1% en 2009, para situarse en -7,1% en 2013. La suma de estos déficits amplía el peso del pago anual de intereses de la deuda en los presupuestos generales del Estado, ahora garantizados por la reforma del artículo 135 de la Constitución (septiembre, 2011) según el cual esos pagos «gozarán de prioridad absoluta».

Entre otras medidas, queda sin efecto el Pacto de Toledo sobre Pensiones, se aplican drásticos recortes en sanidad, educación y servicios sociales, se da marcha atrás a la ley de dependencia, se bajan los salarios del funcionariado, se privatizan servicios públicos, incluso aquellos que son rentables como la canalización y distribución del agua, etc. Por otra parte, se amplían los impuestos indirectos que afectan a toda la población y se llevan a cabo sucesivas reformas laborales que frenan la negociación colectiva y favorecen los despidos con baja indemnización, a la vez que se proporciona dinero público y avales del Estado para salvar a la banca.

En definitiva, se despliega sin restricciones el *modelo social de capitalismo neoliberal* canonizado en la Unión Europea en el Tratado de Maastricht (1992) y reforzado en el Tratado de Lisboa (2009), después del fallido intento de Constitución Europea (2006). La crisis económica está siendo la ocasión para profundizar en esta estrategia, a través de tratados como el de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza (Pacto Fiscal, marzo de 2012) o el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE, julio de 2012). El Pacto Fiscal tiene como objetivo fortalecer las reglas para asegurar que los Estados signatarios apliquen unas políticas

⁷ Véase C. Carrasco, C. Borderías y T. Torns (eds.), *El trabajo de cuidados*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011; C. Vega, *Culturas del cuidado en transición*, UOC, Barcelona, 2009; y A. Pérez Orozco y S. López Gil, *Desigualdades a flor de piel: cadenas globales de cuidados*, ONU Mujeres, 2011.

presupuestarias estrictas con sanciones en caso de incumplimiento que pueden alcanzar el 0,1% del PIB. El MEDE se encarga de otorgar préstamos a los países de la zona euro imponiendo en contrapartida estrictas condiciones macroeconómicas y recortes del gasto social (Grecia y Portugal).

Estas políticas han sido elevadas a rango constitucional en España, por presión directa del Banco Central Europeo y sin debate público. Responden a los mismos planteamientos que dieron lugar a los planes de ajuste impulsados por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional en muchos países de la periferia a partir del Consenso de Washington (1989). Entre sus objetivos destacan la protección de la propiedad privada, la desregulación financiera y de los mercados, la disciplina presupuestaria, la eliminación de subsidios sociales, el adelgazamiento del Estado a través de la privatización de empresas y servicios públicos, etc.⁸

En expresión de Eric Toussaint, estamos ante «la mayor ofensiva realizada desde la segunda guerra mundial a escala europea por el Capital contra el Trabajo. Para el Capital, se trata de aumentar aún más la precarización de los trabajadores, de reducir radicalmente su capacidad de movilización y de resistencia, de reducir los salarios y diferentes subsidios sociales de forma importante a la vez que se mantienen las enormes disparidades entre los trabajadores dentro de la UE a fin de aumentar la competencia entre ellos».⁹

En este contexto crece el malestar social que se manifiesta en el rechazo de la “clase política” (el tercer problema para la opinión pública, detrás del paro y los problemas económicos) y en las movilizaciones de amplios sectores de la sociedad (mareas de los diversos colores, cumbre social, dos huelgas generales, marchas de la dignidad, diversos frentes críticos), que reclaman otros escenarios para salir de la crisis. Entre otras medidas, se plantea la necesidad de *reorientar los recortes* (por ejemplo, hacia el gasto militar) e *incrementar los ingresos públicos* (evitando el fraude y los paraísos fiscales, incrementando la recaudación entre las rentas altas, etc.).

Diversos movimientos impulsados tras el 15M plantean un cambio de paradigma en la economía y en el ejercicio de la política, reclamando una participación directa de las poblaciones en los asuntos que les conciernen. Se denuncia a los gobiernos y a las instituciones europeas por gestionar la crisis y la deuda soberana como herramientas de sometimiento

⁸ Véase Intermon-Oxfam, *Crisis, desigualdad y pobreza. Aprendizajes desde el mundo en desarrollo ante los recortes sociales en España*, Informe núm. 32, 2012.

⁹ E. Toussaint, «La mayor ofensiva contra los derechos sociales realizada desde la segunda guerra mundial a escala europea», 3ª parte de *Bancos contra pueblos: los entresijos de una partida amañada*, Comité para la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo, CADTM, 2012.

de los pueblos a los poderes económicos y financieros. La subordinación de la política social a las prioridades de la acumulación capitalista, centrada en su núcleo financiero, ha acelerado en España la desconfianza en el modelo social surgido de la Transición, abriendo un debate instituyente que parecía cerrado en torno a las causas estructurales que impiden el desarrollo de una democracia real y una economía socialmente justa, en armonía con la naturaleza y solidaria en el plano internacional.

PAPELES: Revista de relaciones ecosociales y cambio global
www.revistapapeles.fuhem.es

**FUHEM Ecosocial: análisis y debates para
una sociedad justa en un mundo habitable**
www.fuhem.es/ecosocial

La política social en juego: ¿qué sociedad nos espera?

Las actuales políticas de recortes sociales nunca son suficientes para la insaciable CE, azuzada y avalada por el FMI, el BM y la OCDE. Estos organismos se valen de la unanimidad y del consenso abrumadoramente mayoritario en la academia en torno a unos supuestos principios económicos sin los cuales, nos dicen, iríamos a la hecatombe: que el gasto social es insostenible; que las rebajas fiscales y los recortes de derechos laborales animarán a las empresas a crear empleo; que hay que "animar" el consumo mediante la rebaja generalizada de impuestos sobre la renta, ya que esas rebajas aumentarían la renta disponible de los hogares; que el envejecimiento poblacional es inevitable (aunque también se justifican como "natalistas" políticas con las que países como Alemania siguen perdiendo población). Por encima de todos estos supuestos "principios", se erige la amenaza fundamental: que sin todas estas medidas "los mercados" nos castigarán y el euro se romperá, lo que supondrá un desastre a nivel europeo.

No es de extrañar que una parte de la ciudadanía se vea presa de esa amenaza tan unánimemente proclamada. Ese chantaje se complementa con las "noticias" de que estamos saliendo de lo peor (sea cual sea la realidad, siempre es posible mantener esa ficción en base a las propias previsiones, sobre todo si van avaladas por firmas solventes). Es importante seguir debatiendo a fondo sobre estos temas para combatir las falacias en las que se apoyan con argumentos científicos, como hace el «Llamamiento urgente ante la reforma fiscal que prepara el gobierno».¹ Curiosamente, los ideólogos de las actuales políticas no entran en el debate planteado por las pocas personas que les contradicen.

María Pazos Morán es investigadora del Instituto de Estudios Fiscales

Es importante recordar, además, que las recetas neoliberales y patriarcales siempre han sido las mismas desde hace tres décadas, independiente-

¹ <http://www.trasversales.net/equidad.htm>.

mente del ciclo económico o de la situación de cada país. Basta, por ejemplo, repasar los informes-país anuales de la OCDE para comprobar que sus conclusiones siempre van en el mismo sentido: más recortes, más privatizaciones. Con déficit o con superávit, con crecimiento económico o con recesión, siempre exigen a todos los países “profundizar las reformas”, un eufemismo que siempre tiene el mismo significado.

La gran asignatura pendiente es la integración de las mujeres en el empleo y en los derechos sociales, así como la integración de los hombres en el trabajo de cuidados (dos caras de la misma moneda)

En realidad nos enfrentamos a una gran operación orquestada a lo largo de las últimas tres décadas para destruir los sistemas de bienestar de los que, a pesar de sus deficiencias, disfrutábamos en Europa. El avance en la construcción de estos sistemas ha sido posible gracias a un consenso social que se gestó en la segunda mitad del siglo XX y que permitió aislar a una minoría muy poderosa contraria a su implantación. Hoy la correlación de fuerzas social ha cambiado y esos intereses minoritarios han aumentado enormemente su influencia ideológica.

¿Dónde nos lleva este camino neoliberal? Basta con observar la situación en los países que no han construido sistemas de prestaciones, servicios públicos e impuestos generalizados, para predecir las consecuencias de su destrucción. En todos ellos existen elevadísimas tasas de pobreza y enormes desigualdades sociales que lastran el desarrollo; la mayoría de la población no disfruta de derechos sociales elementales. Esta experiencia internacional nos muestra que la vía de avance social pasa por mejorar los sistemas existentes, tratando de hacerlos coherentes con sus principios genuinos (igualdad, progresividad, garantía universal de derechos, etc.). Es verdad que estos sistemas, lejos de estar totalmente implantados y funcionar correctamente, presentan importantes sesgos sociales y de género, precisamente se trata de corregirlos.

Partiendo de esta base, conviene advertir contra las críticas globales que no vayan acompañadas de una alternativa coherente y de una hoja de ruta para avanzar hacia ella desde la situación actual sin causar graves perjuicios sociales. Se trata, pues, de analizar cada nueva propuesta en relación a los sistemas existentes, para ver si aportan una mejora o, por el contrario, socavan sus principios y sus cimientos.

Así, surgen innumerables preguntas: ¿es posible y deseable mantener y perfeccionar los actuales sistemas de Seguridad Social, impuestos progresivos, servicios públicos y derechos laborales, en definitiva, el Estado del bienestar tal y como le conocemos? ¿Sigue siendo necesario un sistema de impuestos que abarque a todas las actividades económicas,

situando la lucha contra la economía sumergida (y no solo contra el gran fraude) en primer orden de prioridades? ¿Debe organizarse la política social en base a la regla «a cada cual según sus necesidades y de cada cual según sus posibilidades» (lo que es muy diferente de la propuesta de conceder una renta básica a cada persona por igual)?

¿Es posible y deseable una sociedad en la que todas las personas tengan un empleo a tiempo completo de calidad durante toda la vida? ¿Cómo debe organizarse la atención a la infancia y a la dependencia para que no recaiga fundamentalmente sobre las mujeres, como hasta ahora? ¿Qué sistema de servicios públicos necesitamos para atender las necesidades de todas las personas? ¿Qué mercado de trabajo? ¿Cómo haremos para que los hombres asuman su mitad del trabajo doméstico y de cuidados? ¿Cuál es la forma de solucionar los problemas demográficos, tanto de bajísima fecundidad como de altísima fecundidad según los países y las zonas, ambos asociados a insoportables tasas de pobreza infantil? ¿Cómo luchar efectiva y urgentemente contra el cambio climático? Todas estas cuestiones están relacionadas entre sí, y todas ellas deben ser consideradas en el análisis de las opciones de política social y económica.

En este artículo trataré de fundamentar la necesidad de mantener y mejorar los sistemas actuales (ya llamados *ortodoxos* frente a las nuevas propuestas que están surgiendo) como la única vía hacia un desarrollo económico y social equilibrado que asegure derechos elementales a todas las personas.

En esta mejora, la gran asignatura pendiente es la integración de las mujeres en el empleo y en los derechos sociales, así como la integración de los hombres en el trabajo de cuidados (dos caras de la misma moneda). Esta deficiencia se considera frecuentemente un detalle sin interés general, pero debemos recordar que afecta a toda la población y tiene efectos desastrosos en términos de inequidad, fomento de la economía sumergida, crisis de fecundidad, despilfarro del capital productivo de las mujeres y del capital cuidador de los hombres, entre otros. Abordaremos, pues, la necesidad de los sistemas actuales para avanzar en esa integración, las dificultades que, a la vez, originan los sesgos de género que existen en dichos sistemas; y, por último, los impactos negativos sociales y de género que tendrían nuevas propuestas alternativas y contrarias a los sistemas actuales

¿Seguimos apostando por un sistema de impuestos "ortodoxo"?

Antes de abordar los problemas que presentan los actuales sistemas de protección social y las propuestas alternativas, detengámonos en la función esencial de los sistemas impositivos. Los impuestos personales progresivos y generalizados, es decir, que incluyen a la

inmensa mayoría de las personas y de los ingresos, son un fenómeno relativamente reciente: aunque hay antecedentes muy antiguos, su desarrollo extensivo se produjo a lo largo del siglo XX, sobre todo a partir de la segunda guerra mundial. Antes, y aún ahora en los países en los que estos sistemas impositivos no están implantados, a falta de información sobre los ingresos, los Estados recaudaban exclusivamente en base al consumo y a cuotas por personas o por propiedades.

Estas dos características, la aplicación generalizada y la progresividad, son necesarias para que un impuesto cumpla con sus dos funciones fundamentales: la recaudatoria y la redistributiva. La función recaudatoria se refiere a la necesidad de obtener recursos suficientes para poder ejercer las funciones propias del Sector Público (entre otras, la de protección social). Por otro lado, la función redistributiva consiste en utilizar el impuesto para disminuir la desigualdad social mediante la mayor imposición a las rentas altas (progresividad). Hasta hace un par de décadas a estos sistemas se les conocía como sistemas impositivos *modernos*. Sin embargo, dado que coexisten con otras propuestas aún más recientes (de corte neoliberal) que tratan de reducirlos, eliminarlos o frenar su implantación, actualmente se da la situación paradójica de que son llamados *ortodoxos*, a pesar de que su implantación nunca ha llegado a ser completa.

Por ejemplo, aunque numerosos países tienen formalmente impuestos sobre la renta con apariencia progresiva, su aplicación en la práctica es muy desigual: en muchos existen desgravaciones que eximen a las rentas altas o existe una imposición directa que no abarca a la generalidad de la población ni de los ingresos. En estos países la mayoría de la economía es sumergida, lo que significa que la recaudación por cotizaciones a la Seguridad Social también es escasa. En consecuencia, tienen más peso los impuestos sobre el consumo, que son regresivos porque aplican el mismo tipo impositivo a cada persona, lo que supone gravar proporcionalmente más a quien menos tiene (hay que tener en cuenta que los pobres consumen una proporción más alta de sus ingresos que los ricos). Además de ser injustos, estos sistemas no permiten una recaudación suficiente para mantener un sistema público de protección social extenso y completo. Por otro lado, la economía sumergida determina un mercado laboral sin derechos para las personas trabajadoras, así como una actividad económica sin posibilidad de control sobre los productos y servicios y, por tanto, sin garantías para la ciudadanía.

El análisis de la política fiscal desde la perspectiva de género: un asunto relevante para toda la sociedad

Actualmente, tanto la mayoría de los gobiernos como de la ciudadanía asumen como objetivo una sociedad en la que hombres y mujeres tengan la misma dedicación al empleo, así

como al hogar y a las criaturas, si las hubiera. Incorporar coherentemente esta perspectiva al análisis de la política fiscal significa, en primer lugar, partir de que la división sexual del trabajo es injusta e indeseable socialmente y que, por tanto, debe eliminarse. En segundo lugar, y ese es el objetivo específico del análisis concreto, debe tenerse presente que en la práctica las políticas públicas no están estructuradas en torno a estos nuevos valores ya asumidos por la sociedad, sino a los viejos y obsoletos de la diferencia sexual; lo que se traduce en graves perjuicios sociales y económicos.

Si aplicamos esta óptica de género inclusiva al análisis de los sistemas fiscales, detectaremos tres aspectos relevantes. El primero es el de las desastrosas consecuencias de la inexistencia, o extensión muy limitada, de los sistemas fiscales que han dado en llamarse *ortodoxos*. Recordemos que por sistemas *ortodoxos* entendemos aquellos basados en impuestos progresivos sobre la renta y protección social integral, junto con servicios públicos de educación, sanidad y atención a la dependencia. El segundo es el de la necesidad de eliminar los sesgos de género que aquejan a los sistemas existentes; y el tercero los problemas que plantean algunas nuevas propuestas que se sitúan al margen o en contra de los principios fundacionales de los sistemas ortodoxos (entre estas nuevas propuestas se encuentran las Transferencias Monetarias Condicionadas y la Renta Básica). A continuación abordaremos estas tres cuestiones.

Impacto negativo de la inexistencia de sistemas fiscales ortodoxos

Lo primero a destacar desde un punto de vista social y de género es que la inexistencia, o extensión muy limitada, de los sistemas fiscales *ortodoxos* es en sí misma perjudicial para toda la población pero, muy especialmente, para una parte de ella: las mujeres.

Tengamos en cuenta que, según está ampliamente documentado, la debilidad de la protección social y la escasez de servicios públicos perjudican a la población femenina por una triple vía. Por un lado, fenómenos como la informalidad o el trabajo infantil, íntimamente relacionados con la inexistencia de sistemas fiscales completos y potentes, afectan de forma particularmente intensa a las mujeres y a las niñas. Además, dado que las mujeres son económicamente más vulnerables que los hombres, están más necesitadas de esas coberturas, de esos servicios y de esas regulaciones; las mayores tasas de pobreza femenina indican también que las mujeres se ven más perjudicadas por la inexistencia de un sistema de prestaciones adecuado. Finalmente, hay que considerar que son las mujeres (ya sean esposas, madres, hijas, abuelas o hermanas) quienes en la inmensa mayoría de los casos cubren con su tiempo y su trabajo las carencias de la red social pública.

En resumen, en ausencia de un sistema público de protección social extenso y completo, así como de un mercado laboral generador de ingresos y derechos suficientes, el principal soporte con el que cuenta la cuantiosa población económicamente vulnerable son las redes de apoyo familiar. Es decir, las mujeres, a costa de su enorme sobreexplotación y sufrimiento.

Sesgos de género de los sistemas ortodoxos

El segundo aspecto a destacar es que la creación y ampliación de los sistemas fiscales ortodoxos, aun habiendo sido un paso fundamental y muy positivo para acortar las desigualdades, se ha producido en una etapa histórica en la que la división del trabajo aparecía como “natural”, y por tanto la reflejan y la reproducen, dando así origen a nuevas discriminaciones de género.

La Seguridad Social tiene su origen en los seguros obreros que se fueron instaurando desde finales del siglo XIX y, sobre todo, a partir de los años treinta del siglo XX. De acuerdo con la mentalidad de aquella época, la Seguridad Social surge como un contrato entre el Estado y el “trabajador”, del cual depende además una familia. Así, se instauran también prestaciones familiares por las personas dependientes económicamente del “trabajador”, que en el origen son tanto hijos o hijas como esposas. En caso de muerte del “trabajador”, esas personas dependientes pasan a ser sujetos de prestaciones: pensiones de orfandad para las criaturas hasta su mayoría de edad; y de viudedad de carácter vitalicio para las mujeres, pues estas se consideraban incapaces de generar ingresos.

Desde entonces, según ha ido aumentando el rechazo social hacia la discriminación de las mujeres, en la mayoría de los países la Seguridad Social ha ido introduciendo cambios en el lenguaje y reformas parciales para eliminar la diferenciación por sexo a la hora de ser sujeto de prestaciones. Es decir, se han ido eliminando las discriminaciones explícitas: se han suprimido las prestaciones por esposa a cargo, que respondían claramente a una consideración de todas las mujeres casadas como dependientes de sus maridos; y se ha extendido la pensión de viudedad a los hombres en las mismas condiciones. Quedan suplementos en las pensiones, pero se llaman «por cónyuge a cargo» y están disponibles tanto para hombres como para mujeres. Por su parte, el impuesto sobre la renta moderno (en España el IRPF) también ha adoptado un lenguaje formalmente igualitario en la mayoría de los países.

Sin embargo, estos cambios formales no consiguen arreglar un problema de fondo: los hijos e hijas siguen considerándose un asunto de mujeres. Aunque los mecanismos son cada vez más sofisticados y las discriminaciones cada vez más implícitas, aún quedan algunos elementos que evidencian explícitamente esta concepción obsoleta: el más evidente es

la enorme diferencia entre los permisos de maternidad y paternidad, en los países en los que estos últimos existen, pero hay otros;² todos ellos siguen reforzando y transmitiendo a la sociedad el mensaje de que son las mujeres, y no los hombres, las responsables de los hijos e hijas.

Pero, como señalábamos, los mecanismos por los que se considera y favorece que las madres (y no los padres) son responsables del cuidado familiar se hacen cada vez más complicados, sustituyendo las discriminaciones explícitas por discriminaciones implícitas cuyos efectos son más difíciles de detectar. Por ejemplo, los permisos de maternidad y paternidad están perdiendo importancia relativa frente a las nuevas figuras de permisos *transferibles entre las y los progenitores*, que tienen apariencia igualitaria aunque en la práctica son para las mujeres y, por tanto, no cambian la realidad sino simplemente la fachada.³ Las discriminaciones implícitas y los incentivos a la familia tipo *sustentador masculino/esposa dependiente* constituyen la nueva vía por la que se mantiene la desigualdad en esta nueva etapa de “igualdad formal”.

Conviene detenerse en estos instrumentos y desentrañar sus efectos económicos (además de simbólicos). Parece sensato, no solamente desde un punto de vista de lograr un trato equitativo entre hombres y mujeres sino por respeto a la libertad personal, sostener que los sistemas fiscales deberían ser neutrales con respecto a las decisiones sobre la forma de regularizar la convivencia elegida. Sin embargo, aún en los casos en que el diseño formal sí aparenta neutralidad (ausencia de discriminaciones explícitas), los sistemas suelen desincentivar la participación laboral de las mujeres casadas a través de múltiples mecanismos (declaración conjunta de los matrimonios en el IRPF, incentivos a las reducciones de jornada y excedencias para el cuidado, etc.). Su complejidad hace que, a pesar de su importancia, estos mecanismos tiendan a pasar desapercibidos para la literatura feminista que no está específicamente dedicada a la Hacienda Pública, por un lado, y para las investigaciones sobre Hacienda Pública sin perspectiva de género, por otro.

¿Por qué contribuyen los incentivos a la permanencia en el hogar de las mujeres?

Es importante tener en cuenta que el efecto de los incentivos económicos a la familia tipo *sustentador masculino/esposa dependiente*, presentes en la mayoría de los sistemas fiscales, se ve acrecentado por el hecho de confluir con otros elementos con los que se refuer-

² En España, por ejemplo, véase el *Barómetro del CIS* de septiembre de 2010, pregunta 23: un 67% de la población declara que esta es su forma ideal de familia, frente a un 15% que prefiere la familia de un solo sustentador.

³ Véase el capítulo 2 de M. Pazos, *Desiguales por Ley*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013.

zan mutuamente; y todos juntos operan sobre dos terrenos muy diferentemente abonados: hombres y mujeres. En primer lugar, a los hombres se les educa para poner su actividad profesional y pública en primer plano y para alejarse de lo doméstico: basta considerar los juguetes “propios de niños” frente a los “propios de niñas” (o más exactamente “impropios de niños”). En cambio, a las mujeres se nos educa para poner la pareja y la familia en primer plano, relegando nuestras propias necesidades profesionales y personales. La percepción de la diferencia de roles entre el papá y la mamá es temprana y eficaz, realizándose a través de la educación diferencial, la moda (subvencionada con fondos públicos), los medios de comunicación (también los públicos), etc.⁴

Las jóvenes crecen en la ilusión de la igualdad y tienen mejores resultados académicos que los jóvenes, pero las políticas públicas continúan reforzando y haciendo aflorar los roles de género aún cuando sólo hayan permanecido latentes. Y, desde el mismísimo momento de la boda, el régimen matrimonial de gananciales (que es el que se aplica por defecto en muchos países, en particular en España con la excepción de Cataluña), contribuye al espejismo de que “todo es de los dos”. La existencia de la pensión de viudedad vitalicia transmite el mensaje de que existe una protección en caso de muerte del sustentador; y el divorcio no suele contemplarse como posibilidad hasta que no se presenta.

Con todo, en las sociedades occidentales es en el momento del nacimiento o adopción de una criatura cuando los roles de género cristalizan definitivamente; y en esta cuestión tiene un papel clave la diferencia entre los permisos de maternidad y paternidad, que deja claro entre la pareja y ante su entorno quién debe volver a trabajar una vez la madre se recupera del parto y quién debe quedarse cuidando. A continuación vienen todas las *políticas de conciliación*, que son incentivos a la reducción de jornada, excedencias y prestaciones para que la madre decida cuidar en casa. Y a todo ello se añaden, en el caso de los matrimonios, los altos tipos impositivos con los que se penaliza al segundo contribuyente, es decir a las mujeres casadas. A lo que hay que sumar el estímulo que suponen los bajos salarios a los que en general acceden todas las mujeres.

Es necesario considerar conjuntamente todo este sistema para entender el comportamiento diferencial de hombres y mujeres, contradictorio con las aspiraciones de igualdad que ambos sexos declaran sistemáticamente en las encuestas.

En definitiva, posiblemente cada una de estas piezas del rompecabezas no tendría gran efecto por sí sola. De hecho, los incentivos económicos que estimulan la permanencia en el hogar no tienen efecto en los hombres, ni tampoco el mismo efecto en todas las mujeres.

⁴ Esta es la tendencia general en los sistemas “ortodoxos”. Sin embargo, curiosamente, los organismos internacionales están auspiciando nuevas políticas que sí están dirigidas explícitamente a las madres de los países subdesarrollados; el ejemplo más importante es el ya citado de las Transferencias Monetarias Condicionadas, que analizaremos más adelante.

Pero sí tienen gran impacto en una masa importante de ellas que conviven en parejas o familias con otros ingresos, y más si existen en la familia criaturas o personas dependientes, pues hay que considerar el coste de oportunidad del trabajo asalariado en términos de trabajo doméstico: la familia se plantea cuánto va a aumentar su renta disponible si la mujer sale a trabajar, y ese aumento es menor si su trabajo está sometido a altos tipos impositivos o si por declararlo pierde alguna prestación. Y lógicamente, la familia también se plantea que si la mujer sale a trabajar deja de producir una serie de bienes y servicios para el hogar, en particular servicios de cuidados a la infancia y a la dependencia. Así, a estas mujeres “no les salen las cuentas” para aceptar un empleo regular, con lo que se ven abocadas al hogar o a la economía sumergida, de ahí la típica expresión: «no me declare Ud. que ya cotiza mi marido».

Las llamadas *nuevas políticas sociales*: el caso de las Transferencias Monetarias Condicionadas (TMC)⁵

El tercer aspecto relevante en este análisis es el papel de nuevos instrumentos fiscales que se han desarrollado al margen de los sistemas fiscales “ortodoxos” (y en parte lastrando su desarrollo) a partir de la nueva doctrina de las Instituciones Financieras Internacionales sobre la política social para los países no desarrollados, lo que se conoce como la Nueva Política Social. Desde esta perspectiva “novedosa”, a partir del inicio de los años noventa se ponen en marcha nuevas formas de intervención social que se caracterizan por concentrarse en grupos de población específicos (son “políticas focalizadas” de lucha contra la pobreza). Se trata de fórmulas alternativas a los sistemas de protección social públicos “ortodoxos” y, a diferencia de ellos, estas nuevas intervenciones no están inspiradas en los principios de universalidad y garantía de derechos.

Entre estas nuevas fórmulas de intervención social, nos centraremos especialmente en el caso de las Transferencias Monetarias Condicionadas (TMC), que han cobrado gran protagonismo en los países latinoamericanos. Estas estrategias consisten en otorgar subsidios a las personas pobres (suele ser a las madres), a cambio de la ejecución de determinadas acciones (como llevar a las criaturas a la escuela o al ambulatorio). El objetivo declarado de estas políticas es el de potenciar “comportamientos beneficiosos” que aumenten el bienestar de la infancia. Veamos los problemas de este enfoque, que son varios y muy importantes.

En primer lugar, estas transferencias no están enfocadas a atender las necesidades esenciales que, a falta de otras políticas, quedan sin resolver. Al contrario que las políticas

⁵ Para más desarrollo, además del libro *Desiguales por ley*, véase M. Pazos Morán, «Roles de Género y Políticas Públicas», *Sociología del Trabajo*, núm. 73, 2011.

de rentas mínimas existentes en Europa, no tratan de asegurar un estándar de vida digno (alimentación, vestido, vivienda), sino de incentivar a los pobres a la realización de las actividades requeridas para cobrar la transferencia. Así, las propias evaluaciones del Banco Mundial concluyen que las TMC tienen efecto significativo en el número de madres que llevan a sus criaturas a los controles de peso en el ambulatorio, pero no producen un aumento significativo del propio peso de las criaturas. Igualmente, tienen efecto en el número de niños/as matriculados/as en las escuelas, pero no en el nivel de educación (Banco Mundial, 2009). Esto es fácil de comprender con tan solo observar los bajísimos niveles de prestación (por ejemplo, en Ecuador, Chile y Guatemala las cuantías oscilan entre 10 y 20 dólares mensuales, que se van en gran parte en el cumplimiento de las condiciones exigidas).

En segundo lugar, las TMC se presentan por sus promotores como alternativa a la extensión de los sistemas *ortodoxos*, calificándolas de «una nueva forma de contrato social entre el Estado y los beneficiarios»... donde... «el Estado se considera como un socio en el proceso y no como una nodriza»... pues... «una TMC no es una subvención monetaria automática, transparente e incondicional vista como derecho de un ciudadano (lo que es cercano al concepto clásico de una transferencia incondicionada)».⁶ Además, consecuentemente con esta perspectiva, los organismos internacionales no tienen entre sus prioridades el desarrollo de los sistemas *ortodoxos* en los países pobres sino todo lo contrario, como hemos visto, centrando sus actuaciones en la promoción de estas *estrategias descentralizadas y focalizadas*.

En tercer lugar, el propio diseño de las TMC, y su carácter masivo, dificulta esa extensión al crear problemas de incompatibilidad para la participación de las personas receptoras de las transferencias (mujeres) en la economía regular: las TMC están sujetas a comprobación de rentas, por lo que se pierden al aumentar el ingreso familiar regular. Además, exigen a las madres la realización de actividades que muchas veces son incompatibles con los horarios de trabajo.

Estas tres consideraciones ya permiten afirmar que las TMC tienen un impacto social y de género negativo, pues van en contra del desarrollo de la economía formal y de la protección social. Pero detengámonos a continuación en el análisis específico de su impacto de género. Las TMC no se diseñan ni se aplican con el objeto de incidir sobre la desigualdad de género. Sin embargo, las mujeres –aunque no como objetivo de las políticas, sino como instrumento– juegan un papel central, ya que son en la mayoría de los casos las “beneficiarias” de las ayudas. ¿Significa eso que tienen impacto de género positivo, como argumentan quienes las diseñan?

⁶ Para más explicación y referencias bibliográficas, véase el apartado del mismo título en el Capítulo 2 de M. Pazos, *op. cit.*, 2013.

Este es un claro ejemplo de la diferencia entre un simple análisis de incidencia y el estudio más profundo de los impactos reales. En efecto, suele argumentarse que el hecho de que las mujeres sean las “beneficiarias” de las ayudas económicas supone en sí mismo su empoderamiento. Sin embargo, cuando se repara en la escasísima cuantía de las ayudas, resulta evidente que dichas cantidades (que además se dedican, al menos parcialmente, al cumplimiento de las condiciones establecidas) no pueden garantizar un avance significativo en la autonomía económica de las mujeres. Además, algunos estudios señalan que, aunque las mujeres sean las receptoras nominales, esto no significa que *de facto* puedan disponer de esos recursos. De hecho, en ocasiones el uso de ese dinero se convierte en motivo de conflicto que culmina en episodios de violencia de género.

Con respecto a las propuestas, la diferencia surge cuando se trata de discernir el alcance de las medidas, su carácter coyuntural o estructural, y el modelo de política social que hay detrás de cada una de ellas

Si se analizan las TMC desde la perspectiva del efecto real que pueden tener sobre las mujeres implicadas instrumentalmente en su aplicación, las preguntas se multiplican. Por ejemplo: sin poner en duda la innegable importancia de que niños y niñas acudan al colegio (o a sus controles médicos), ¿cómo afecta a la igualdad entre hombres y mujeres una política pública que institucionaliza y premia económicamente el que sean las madres las que se responsabilicen de estos asuntos? Si el objetivo es acabar con la división sexual del trabajo, parece obligado preguntarse: ¿estos programas son un paso hacia delante o, por el contrario, un paso hacia atrás?

Tengamos en cuenta que para una parte muy importante de mujeres (y en mayor medida para las madres) el trabajo doméstico y de cuidados del que se hacen cargo es un serio obstáculo para que puedan insertarse en condiciones de igualdad en el mercado laboral. Y la inserción igualitaria en el mercado de trabajo es una clave fundamental para lograr la autonomía económica. Entonces, ¿cómo ha de valorarse una política pública que amplía el tiempo de trabajo que las madres (y no los padres) tendrán que dedicar a este tipo de tareas, es decir, que refuerza una de las principales dificultades que tienen las madres para insertarse en el empleo?

Estos programas no sólo incrementan, sino que también institucionalizan las cargas de trabajo que tradicionalmente ya vienen realizando las madres en la inmensa mayoría de las familias. Esta institucionalización tiene dos consecuencias muy negativas para las mujeres implicadas. Por una parte, su carga de trabajo efectivo se amplía (es decir, la división sexual del trabajo se refuerza materialmente): en muchos casos hay que realizar tareas domésti-

cas o de cuidados que antes no se llevaban a cabo, o hacerlo en los plazos y fórmulas que están establecidos en los programas. Pero, además, la división sexual del trabajo también se refuerza de un modo simbólico: el rol materno asociado a las mujeres queda validado por las políticas públicas, que premian con una ayuda económica a la “buena madre”, sin prever la inclusión de ningún tipo de mecanismo que estimule la corresponsabilidad de los hombres en las tareas encomendadas por el programa de TMC.

Así, estos programas no sólo incentivan con dinero la dedicación de las madres de esos países a “sus labores”, sino que también envían mensajes muy claros sobre cómo ha de organizarse el trabajo productivo y reproductivo en las familias.

Por último, se ha identificado que cuando las mujeres trabajan fuera de casa registran índices de subempleo e informalidad superiores a los de los trabajadores masculinos. Y es que un incremento de los ingresos “legales” familiares puede hacer que la familia en cuestión deje de cumplir los requisitos para recibir la ayuda. Este hecho, que podría limitar la participación en el mercado laboral formal de cualquiera de los miembros adultos de la familia, tiene más probabilidad de afectar a la participación laboral de las mujeres casadas, cuya oferta de trabajo es mucho más elástica que la masculina. Teniendo en cuenta estos elementos, ¿qué efecto sobre el comportamiento laboral de las mujeres tendrán unos programas que estimulan el ocultamiento de ingresos, en la medida en que la carencia de ingresos suele constituirse en condición para la concesión de la ayuda? Las TMC tienen un impacto negativo sobre las mujeres beneficiarias de los programas porque desincentivan su participación en el mercado laboral (sobre todo en el formal).

En resumen, el repaso de estas cuestiones permite concluir que las Transferencias Monetarias Condicionadas juegan un papel negativo en la lucha contra la desigualdad entre hombres y mujeres. Las TMC utilizan masivamente a las mujeres como beneficiarias instrumentales porque, al igual que los sistemas fiscales ortodoxos con sesgo de género, asumen y reproducen la idea de que son las mujeres las responsables de las tareas de cuidado infantil. Según esta óptica son ellas las que, convenientemente estimuladas para hacerlo, deben sustituir al Estado y a la política social convencional en su tarea de garantizar condiciones de salud y educación a los niños y niñas. La institucionalización y los incentivos materiales puestos al servicio de que ciertas necesidades sociales básicas se garanticen en el ámbito privado, y no mediante mecanismos y recursos públicos, y más aun el hecho de que sean las madres las que dentro del ámbito familiar han de asumir dicha responsabilidad, tiene consecuencias muy negativas para la igualdad entre los hombres y mujeres de los países donde se aplican estos programas.

Además de que refuerzan tanto material como simbólicamente la división sexual del trabajo, la aplicación de estos programas suele ser, de facto, una estrategia de intervención

social alternativa a la edificación de sistemas públicos de protección social, compitiendo con ella tanto en términos de prioridad política como de asignación de recursos económicos. Cabe afirmar que las TMC son un obstáculo para la igualdad social.

Propuestas aún más “imaginativas”: ¿Renta básica?

En los últimos años ha cobrado cierto auge la propuesta de instaurar una “renta básica” igual para todas las personas, independientemente de sus necesidades, de sus posibilidades y de su renta. Es muy comprensible que la desesperación lleve a muchas personas a reclamar esta medida que se les promete tan halagüeña y que viene avalada por economistas que afirman tener hechas las cuentas de su viabilidad. El debate es muy complicado porque se mezclan en la argumentación dos niveles: por un lado, la necesidad urgente de paliar los problemas acuciantes de la población sin ingresos; y, por otro, el modelo de sociedad que se propone.

En cuanto a la necesidad urgente a corto plazo, es ciertamente intolerable que existan familias sin ingresos. Sin embargo, la cuestión es si la renta básica es la solución o, por el contrario, fuente de nuevos problemas. Según la ILP que recoge la propuesta: «Se establecen dos fases de implementación de la Renta Básica. Una primera fase que entrará en vigor de forma inmediata tras la aprobación de la presente Ley. Afectará a todas las personas domiciliadas en el Estado español e inscritas en el Servicio Público de Empleo correspondiente a cada territorio, que no tengan cobertura por desempleo ni dispongan de otros ingresos. De la misma manera afectará a aquellas personas cuyas rentas, ya provengan de salarios, subsidios o pensiones públicas, sean inferiores a la cuantía de Renta Básica prevista en este texto, complementando los mismos hasta alcanzar la cuantía establecida para la Renta Básica. En la segunda fase, se regulará la extensión de la Renta Básica como derecho universal, integrando pues al resto de personas» (Disposición Adicional Primera de la ILP).

Sus proponentes declaran que esta medida es diferente de las figuras de ingresos mínimos ya aplicadas en diferentes países, pero ¿cuál es la diferencia entre estas medidas ya existentes y la primera fase propuesta por la ILP? Cabe suponer que la diferencia fundamental reside en la vocación de permanencia y universalidad de la renta básica, frente a la vocación coyuntural y minoritaria de las actuales políticas de rentas mínimas. En efecto, en una sociedad que trate de integrar a todas las personas en el empleo de calidad, así como de establecer servicios públicos de cobertura universal, prestaciones y oferta democrática de bienes públicos (infraestructuras, recursos sociales y culturales, entre otros), se trataría de conseguir que las personas necesitadas de asistencia adicional a esos sistemas constituyeran un mínimo porcentaje de la población.

De hecho, uno de los pilares esenciales de un Estado del bienestar inclusivo es la inserción continuada en el empleo de calidad de todas las personas. Así, las transferencias monetarias públicas destinadas a personas en edad de trabajar tendrían (tienen) un carácter mayoritario de sustitución de rentas en caso de desempleo o incapacidad laboral (sistema contributivo). Este sistema contributivo debe ir necesariamente acompañado de una red de seguridad para las escasas personas que queden fuera. Aún en un sistema de bienestar generalizado habrá personas en edad de trabajar que necesiten recurrir a las medidas asistenciales, entre las que es muy importante el establecimiento de un ingreso mínimo, pero serán muchas menos y por menos tiempo. Precisamente la cobertura generalizada del sistema contributivo es la primera condición para la lucha contra la economía sumergida y, por consiguiente, para la propia construcción del Estado del bienestar.

La propuesta de Renta Básica, por el contrario, se presenta como todo lo contrario a los sistemas de bienestar concebidos generalmente hasta ahora (*ortodoxos*): sería una prestación universal para todas las personas con el objetivo de cubrir sus necesidades básicas sin necesidad de trabajar.

Las personas que defienden la renta básica declaran que esta no es incompatible con un sistema generalizado de servicios públicos y prestaciones sociales. Sin embargo, las evidencias existentes apuntan a que el establecimiento de una renta incondicional e indefinida para todas las personas sin ingresos (primera fase que se propone en la ILP por la Renta Básica antes citada) no sería un paso favorable: en general, todas las prestaciones para personas en edad de trabajar condicionadas a la insuficiencia de ingresos fomentan la economía sumergida, a menos que su incidencia cuantitativa sea mínima y su carácter muy coyuntural. Y, como hemos explicado, la economía sumergida es el mayor enemigo del Estado del bienestar

Por otro lado, desde una perspectiva de la política social inspirada por el principio «a cada cual según sus necesidades y de cada cual según sus posibilidades», parecería lógico situar en el primer nivel de prioridades la extensión del sistema de servicios públicos y de prestaciones para atender las necesidades urgentes hoy desatendidas. Ello no solamente no potenciaría la economía sumergida sino que sería una fuente de empleos para las personas sanas y en edad de trabajar en todos esos servicios públicos, proporcionando ingresos a todas las personas que se emplearían en esos servicios. Como consecuencia, se potenciaría el consumo privado y aumentarían los ingresos públicos por cotizaciones e impuestos pagados en base al aumento de la actividad económica pública y privada.

Contra este modelo, que no es más que el de la profundización, ampliación y perfeccionamiento de los sistemas de bienestar surgidos en el siglo XX, se sitúan tanto las propuestas de la Nueva Política Social del Banco Mundial (y en particular las Transferencias Monetarias Condicionadas) como las propuestas de la renta básica universal. La primera

característica común a estas dos propuestas es la de que ambas consisten en otorgar subsidios a una parte importante de la población. La segunda característica común a estas dos propuestas es que se sitúan como propuestas alternativas a los sistemas actuales.

En resumen, es evidente que ninguna persona debe permanecer sin ingresos suficientes para tener sus necesidades básicas cubiertas, y sobre este particular existe un consenso general entre todas las propuestas que se sitúan en la perspectiva de la equidad social y de género. La diferencia surge cuando se trata de discernir el alcance de las medidas, su carácter coyuntural o estructural, y el modelo de política social que hay detrás de cada una de ellas.

Los sistemas fiscales están plagados de sesgos que reflejan y refuerzan la concepción de las mujeres como responsables del cuidado, limitadas al marco familiar y fuera del sistema de derechos laborales y sociales

La cuestión definitiva: ¿qué modelo de sociedad deben perseguir las políticas públicas?

La conclusión principal del análisis expuesto es que la construcción del Estado del bienestar no ofrece atajos. Aunque los actuales sistemas de protección social sean imperfectos y estén seriamente amenazados por la ofensiva neoliberal, su profundización y perfeccionamiento es la única vía para llegar a proteger a las personas según sus necesidades y para aprovechar todas las capacidades, sin sesgos de género y sin efectos perjudiciales para la economía. Cuando este Estado del bienestar no existe, surgen ideas “imaginativas” que parecen atajos y a veces tienen apariencia de más justas, pero que si se contemplan en profundidad pueden revelarse como obstáculos.

Es importante también señalar que, ya sea por la inexistencia o debilidad de los sistemas fiscales vigentes, o por las regulaciones relativas a la familia que contienen, o por ambos extremos conjuntamente, el caso es que los sistemas fiscales están plagados de sesgos que reflejan y refuerzan la concepción de las mujeres como responsables del cuidado, limitadas al marco familiar y fuera del sistema de derechos laborales y sociales, así como la de que los hombres son ajenos e incapaces para todo lo doméstico.

Evidentemente, hay que reconocer que esta realidad es intolerable; así que la cuestión pertinente es: ¿pueden incluirse todas esas personas (mujeres) en este sistema general de derechos? La respuesta nos la ofrecen los países nórdicos, donde la figura del “ama de casa” es residual. En estos países la inmensa mayoría de las personas están incluidas en

la economía formal durante toda su vida, con derechos laborales completos y generando impuestos y cotizaciones sociales para ellas y para toda la sociedad. En suma, la forma de otorgar los mismos derechos a las mujeres ha sido permitirles salir de la economía doméstica sumergida. Todos los demás intentos de conceder derechos a las amas de casa han fracasado: esos derechos nunca han sido equiparables a los que se adquieren en la economía regular.

La inclusión de todas las personas en la economía formal es la mejor vía para el desarrollo económico sostenible, como ilustran los países nórdicos y en especial el caso de Suecia. Este país pasó de ser un país muy pobre en el siglo XIX a contarse entre los más ricos del mundo y, sobre todo, con mejor nivel de vida para toda la población. El milagro no puede explicarse por una dotación especial de recursos naturales. Sin embargo, los elementos que jugaron un papel decisivo fueron: 1) la apuesta por el pacifismo desde 1814, después de 200 años de guerra continuada; y, 2) los cambios estructurales en política social y económica. Muchos estudios destacan el papel decisivo que jugó la incorporación extensiva de las mujeres al empleo, contradiciendo la percepción incorrecta (y generalizada) de las mujeres como fuerza de trabajo que compite con los hombres: el gran salto económico de Suecia se apoya precisamente en esa incorporación como motor de la economía, en cuanto que estimula la demanda interna y crea empleos; en definitiva, saca a la luz todo el sector del trabajo doméstico y de cuidados, antes sumergido.

Aunque los países nórdicos tienen muchas asignaturas pendientes, nos proporcionan una prueba palpable de que la desigualdad de género no solamente causa sufrimiento a las personas sino que impide un desarrollo social y económicamente sostenible. De hecho, los países nórdicos siguen siendo los más competitivos y los que están siendo menos afectados por las crisis económica y demográfica. La igualdad es perfectamente viable y beneficiosa económicamente.

Esta visión integradora es la que han defendido los movimientos feministas que han conseguido cambios sustanciales a lo largo de la historia: luchar por la extensión a las mujeres en pie de igualdad de los derechos ya conquistados, como el voto, los derechos civiles, el derecho al propio cuerpo y a la integridad personal y a una vida libre de violencia.

Profundizando por esa vía, estamos en el momento de abordar los derechos sociales y económicos, acercándonos al núcleo duro de la división sexual del trabajo. Se trata, simplemente, de eliminar todas las regulaciones que favorecen la familia tipo *sustentador masculino/esposa dependiente*, para conceder a todas las personas los mismos derechos y deberes a todos los niveles, tanto familiares como laborales y sociales. Con otras palabras, se trata simplemente de poner las políticas públicas al servicio de una sociedad compuesta por *personas sustentadoras/cuidadoras en igualdad*.

¿Requiem? por la igualdad de género –que no fue– en Europa. Cambiemos la hoja de ruta

Cuando se pone el foco en cómo han evolucionado las situaciones diferenciadas de hombres y mujeres en los últimos años, aparecen algunos aspectos destacables entre los efectos y consecuencias que se derivan de la llamada "austeridad". Los datos cuantitativos sobre algunos de los efectos directos no solo no van a mejorar con el tiempo, sino que mientras no se cambie la "hoja de ruta", provocarán otros efectos indirectos más complejos. De las tendencias observadas, hay una especialmente preocupante; la reactivación de la ideología anti-igualitaria que se está gestando desde las propias instituciones y que va calando, gota a gota, haciendo emerger una actitud misógina y culpabilizadora hacia las mujeres. No es algo nuevo, realmente estaba instalado ya en el imaginario simbólico, lo que está ocurriendo es que con las políticas de austeridad se está diluyendo la capa de barniz social que las políticas de igualdad habían conseguido.

Aún sin disponer de una bola de cristal se puede intuir que las políticas de austeridad, impuestas por la troika¹ comunitaria, podrían desembocar a largo plazo en un escenario de profundización de desigualdades y situaciones de esclavitud múltiples. Este indeseable futuro ocurriría en el hipotético caso de que la resignación se adueñase de la ciudadanía en una actitud colectiva de "dejarles hacer" como respuesta política. No es probable que, ante el grave deterioro que la voracidad neoliberal y patriarcal provoca en nuestras condiciones de vida actuales, la respuesta social vaya a ser el "dejar pasar"; es más, considero que el proceso de movilización social ciudadana reactivado durante los últimos tres años en el Estado español está alentando perspectivas posibilistas para un cambio de modelo de sociedad y de régimen econó-

Carmen Castro
García
es economista
feminista

¹ Grupo formado por la Comisión Europea [CE], Banco Central Europeo [BCE] y Fondo Monetario Internacional [FMI]

mico. Sin embargo, el riesgo de que acabemos entonando el *requiem* por la igualdad –que no fue– en Europa es más acuciante al observar cómo la ultraderecha ha conseguido abducir parte del descontento popular en otros países europeos.

Este artículo surge del interés por reflexionar sobre qué ha cambiado en estos últimos seis años, desde que se proclamó el inicio de la crisis financiera, si se han mitigado los factores causales que incidieron en su estallido, qué efectos a largo plazo son previsibles tras las medidas de austeridad impuestas por la troika europea a partir de 2010 y qué implicaciones tendrá para la igualdad de género.

Hay algunas evidencias que impulsan el debate en torno a la perversa relación entre desigualdad y crisis que alimenta las recetas neoliberales.² No se están aplicando las mismas recetas en todos los Estados europeos, ni mucho menos con la misma intensidad. Ahora bien, en aquellos Estados en los que sí se ha impuesto esta respuesta política, los efectos de la austeridad están siendo muy desiguales y devastadores sobre las condiciones de vida, los ecosistemas, la salud, el bienestar de las personas y sobre la economía, lo que provoca que algunas revisiones críticas y feministas se refieran más que a la austeridad, al “austericidio”.³

Es a partir de 2010 que se produce el giro a la “austeridad” y desde entonces se ha ido endureciendo, en unos países –como Irlanda, Grecia, Portugal o España– más que en otros; y más aún a medida que gobiernos conservadores han ido asumiendo el relevo electoral en esta época, como ocurrió en Portugal, Reino Unido y España.

Desde el inicio, se ha pretendido justificar, en plena recesión, la necesidad de políticas de austeridad, en aras de una supuesta competitividad y de la disminución de la deuda y el déficit público como condicionantes previos de la recuperación de la confianza empresarial y la creación de empleo. Sin embargo, la experiencia y aprendizaje de las crisis del siglo pasado ya mostraban que ese no era el camino a emprender, salvo que se pretendiese infligir sufrimiento a la ciudadanía sumergiéndola en situaciones de empobrecimiento.

Cabe preguntarse, pues, si las medidas adoptadas lo han sido por ineptitud, por irresponsabilidad política o si, por el contrario, responden a decisiones predeterminadas. Ya en retrospectiva, todo parece indicar que ninguna de las medidas aprobadas ha sido fruto del azar; más bien han respondido a una intencionalidad pautada para ir moldeando el “régimen

² C. Carmen, «¿Cómo afecta la crisis y las políticas de austeridad a los derechos de las mujeres y a la igualdad?», *Boletín Ecos*, núm. 22, FUHEM Ecosocial, Madrid, 2013.

³ L. Gálvez, «Una lectura feminista del austericidio», *Revista de Economía Crítica*, núm. 15, 2013.

macroeconómico” que alentará la siguiente fase de expansión neoliberal iniciada en pleno proceso de austeridad y “consolidación fiscal” que, además de no cuestionar que se esquilmen los recursos naturales que provoca, insiste en mantener el mismo sistema de producción y consumo para volver a la senda de crecimiento monetarizado.

Europa, ya ha empezado a sacrificar su “modelo social”; en gran parte de los países es previsible que se dé una fuerte involución en los regímenes de cuidados y en el orden social de género

El déficit cero, la contención de la deuda y el sesgo antidemocrático de las decisiones presupuestarias tomadas por tecnócratas en vez de por los parlamentos se configuran ya como los nuevos fundamentos de esta versión masterizada del mismo modelo económico; en España, por ejemplo, la “reforma exprés” de la Constitución, incluyó en el artículo 135 esta nueva fundamentación económica.

El modelo económico se está imponiendo a través de tres procesos clave: 1) la liberalización y desregulación de los mercados laboral y financiero; 2) la devaluación interna vía reducción de salarios y eliminación gradual de las transferencias monetarias a las familias; y 3) el debilitamiento del papel del Estado hasta constreñirlo a la mínima expresión. Los tres son procesos claves del nuevo giro neoliberal; y su identificación permite atisbar la “causalidad” de las reformas más significativas impuestas por la troika: reforma del sistema de pensiones, reforma laboral (deterioro de las condiciones de trabajo y la fuerte reducción del empleo en el sector público, sobre todo en educación, salud y servicios sociales, reforma de la negociación colectiva en el sector privado, re-privatización de los servicios de salud y de servicios de cuidados y reforma tributaria regresiva vía incremento de la imposición indirecta (básicamente el IVA).

Así pues, parece que lo que se está gestando es un nuevo orden mundial, a través de cambios estructurales con la banalización de los regímenes democráticos y la preeminencia de los intereses económico-financieros de grupos de poder como punta de lanza para gestar cambios profundos en los regímenes de bienestar, sobre todo en Europa, que ya ha empezado a sacrificar su “modelo social”; en gran parte de los países es previsible que se dé una fuerte involución en los regímenes de cuidados y en el orden social de género.

Esta tendencia global se refleja en el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP) que la Comisión Europea está negociando desde hace más de un año con el Departamento de Comercio de EEUU, prácticamente sin que haya pasado por las Asambleas Legislativas de los Estados de la UE. El cometido básico del TTIP, tal y como

alertan algunas organizaciones sociales,⁴ es la privatización (llamada eufemísticamente “liberalización”) de los servicios públicos, sanidad, educación y pensiones, de los Estados miembros de la UE, dando entrada en su gestión y titularidad a las multinacionales. De firmarse este acuerdo, los derechos laborales que han configurado el “Modelo Social Europeo” –negociación colectiva incluida– se convertirán en papel mojado en un contexto de precarización máxima de los mercados de trabajo; además, el desmantelamiento de las provisiones del sector público y la práctica eliminación de transferencias y servicios de apoyo a las necesidades de los hogares afectará a las mujeres en mayor medida, provocando la intensificación del trabajo –remunerado y no remunerado– ante la pérdida de ingresos familiares y la vuelta a tener que asumir la responsabilidad de los cuidados familiares.

Todo ello acelerará los procesos de privatización del poder político y económico.

Algunos efectos directos de la llamada “austeridad”

A corto plazo, ya hemos empezado a sufrir sus efectos, especialmente los estados europeos a los que la troika compró la voluntad política en forma de “rescate”. Incluso el Parlamento Europeo ha reconocido que las medidas de la troika han causado más paro, pobreza y desigualdad. En la práctica, han diluido los derechos sociales que se creían conquistados, degradando, aplazando o abandonado directamente el objetivo general del bienestar social y la igualdad de género.

En España, por ejemplo, las pérdidas relacionadas con el empleo, la vivienda y la salud, son algunos de los factores que más están contribuyendo a la precarización de la vida. En retrospectiva, respecto al 2007/2008, la evolución de numerosos indicadores alertan de la fuerte involución en la que nos han instalado las políticas de austeridad basadas en la receta “más de lo mismo”. Veamos algunos datos:

- La escalada de pobreza –tasa de riesgo de pobreza y exclusión social (AROPE)– sobrepasa ya al 28% de la población⁵ y uno/a de cada tres menores vive en condiciones de pobreza,⁶ lo que sitúa a España como el segundo país de la Unión Europea con el mayor índice de pobreza infantil.

	2008		2012	
	UE 27	ESPAÑA	UE 27	ESPAÑA
AROPE	23,7%	24,5%	25,9%	28,1%
AROPE Infancia	20,8%	28,2%	21,2%	29,9%

Fuente: Datos del INE y EUROSTAT, publicados en el Plan Nacional de Acción para la Inclusión Social 2013-2016.

⁴ Entre las que destaca ATTAC, www.attac.es

⁵ EAPN, *Dossier pobreza: España 2014*. INE, «Encuesta de Condiciones de Vida», 2014.

⁶ *Save the Children*, 2014, <http://www.savethechildren.es/docs/Ficheros/644/INFORME.pdf>

La incidencia de las situaciones de riesgo de pobreza y exclusión social, en 2012, era mayor entre la población de menos de 16 años (33%) y entre 16-64 años (30%); en el periodo entre 2008 y 2012, el mayor aumento de situaciones de pobreza se ha producido entre la población masculina, hasta la práctica equiparación de tasas de pobreza con las de las mujeres. Sin embargo, la pobreza laboral afecta en mayor medida a las mujeres y desde el inicio de la crisis.

La única disminución de situaciones de pobreza se ha dado entre las personas mayores de 65 años, que han pasado del 28% al 17%, y se explica fundamentalmente por el papel de las pensiones y el hecho de que no hayan sufrido reducción nominal. La pobreza de las mujeres de más de 65 años sigue siendo superior a la de los hombres (18% y 15% respectivamente), un indicativo de la desigualdad de género existente en la configuración del sistema de pensiones que previsiblemente empeorará tras la última reforma aprobada (por la que se amplía la edad de jubilación de 65 a 67 años y el mínimo de años cotizados a 38,5).

- 3 millones de personas estaban en 2012 en situación de “pobreza severa”,⁷ es decir, vivían con menos de 307 euros al mes, lo que representa el 6,4% de la población, prácticamente el doble que la de 2007 (3,5%).⁸
- Un 60% más de personas –respecto a 2007– están excluidas del sistema de protección social: 11 millones afectadas por algún proceso de exclusión y en 1,5 millones de hogares la situación es ya de “exclusión severa” –casi el doble que hace seis años.
- Son cerca de 2 millones los hogares que no tienen a ninguna persona adulta trabajando de manera remunerada.
- En torno a 800.000 familias no han podido hacer frente al pago de su hipoteca y más de 600.000 hogares han perdido su vivienda.
- Se ha producido una fuerte polarización de rentas en estos años, que se traduce en la mayor concentración de rentas de capital sobre las rentas de trabajo; estas últimas han descendido por la reducción de salarios. Hasta la OCDE reconoce que es el mayor crecimiento de desigualdad ocurrido entre los estados miembro; en 2008, la desigualdad económica –medida como la distancia entre el 20% de la población con mayores ingresos y el 20% de quienes menos tienen– era ligeramente superior al promedio de la UE, y hasta 5,7 veces más renta tenían respecto a quienes menos. En 2012 esta desigualdad ha aumentado en España, hasta llegar casi a 7, mientras que se ha mantenido en la UE. La población que menos tienen (la del menor tramo de renta) ha visto reducir sus ingresos en un 15% de promedio.⁹

⁷ Informe Cáritas Europa, 2014.

⁸ Observatorio de la Realidad Social (2012); Encuesta de Condiciones de Vida.

⁹ OECD, *Society at a Glance 2014*. <http://www.oecd.org/els/soc/OECD2014-SocietyAtAGlance2014.pdf>

Estos datos generales reflejan un panorama preocupante, que se acrecienta cuando incorporamos la desagregación de cuál es la incidencia sobre las mujeres y sobre los hombres. Hay que hacer un esfuerzo intencionado para ello, ya que cada vez son más los datos que se ofrecen de manera “agregada”, es decir, “ciegos al género”. No es un hecho casual, sino más bien el reflejo simbólico de la menor importancia y atención que se le concede a la detección y superación de las desigualdades de género.

Cuando la lente de observación se dirige a hacer emerger cómo han evolucionado las situaciones diferenciadas de hombres y mujeres, aparecen algunos aspectos destacables entre los efectos y consecuencias que se derivan de la llamada “austeridad”, como veremos a continuación.

Alternancia de género en el “ensañamiento” de los efectos de las políticas aplicadas y percepciones distorsionadas

La segregación ocupacional es uno de los factores que ayuda a comprender esta alternancia en los efectos directos.

En la primera fase de esta crisis, la destrucción de empleo se focalizó en sectores masculinizados (construcción e industria); las políticas de estímulo de gasto público se orientaron a compensar el mayor desempleo masculino bajo la premisa errónea de que era posible conseguir una recuperación inmediata del empleo que se estaba destruyendo. En ese primer momento, la reducción en las provisiones de seguridad social fue todavía leve, lo que generó una percepción de a quién estaba afectando la crisis con un marcado sesgo de género (masculino). El giro se produjo en 2010, con el llamado “plan de consolidación fiscal”, que marcó la hoja de ruta del “austericidio” con la reducción del tamaño del sector público y otros sectores feminizados; la fulgurante pérdida de bienestar y precarización de vida comenzó a afectar de lleno a las mujeres y ya no había intención de compensar la pérdida de empleo e ingresos; en esta fase se recortaron drásticamente también las prestaciones económicas y sociales.

Antes del 2007, 10 estados de la UE tenían tasas de empleo femenino superiores al 60%, a principios de 2012 ya solo eran seis.¹⁰ El empeoramiento de las condiciones de trabajo y la destrucción de empleo del sector público —en España, 3 de cada 4 empleos eliminados estaban ocupados por mujeres—, así como la reducción/contención salarial en el sector privado son los factores explicativos de la mayor pérdida de ingresos monetarios en las mujeres, quienes ya partían de una situación de mayor precariedad laboral. Y es que, si bien

¹⁰ Comisión Europea, *The impact of the economic crisis on the situation of women and men and on gender equality policies*, 2013.

las reformas y recortes laborales están provocando una extensión de la mayor precariedad laboral y económica tanto a mujeres como a hombres, la mayor incidencia femenina de los contratos de muy corta duración y a tiempo parcial mal remunerados y en condiciones precarias, las sitúa en una posición inicial de mayor desventaja. Por ejemplo, en España, ha aumentado muy rápidamente la participación de los hombres en los contratos a tiempo parcial, aunque el 72% son mujeres. Además, la eliminación de servicios públicos de cuidados y de las prestaciones económicas sociales –por ejemplo, el desmantelamiento de la Ley de Dependencia en España, Ley 39/2006– está intensificando el trabajo de cuidados no remunerado de las mujeres y la incidencia en problemas de salud derivados de la mayor ansiedad y estrés.

Reducción de las brechas de género en el empleo y condiciones laborales, a través de su nivelación a la baja de las situaciones de actividad, empleo, desempleo, salarios y pobreza

La reducción de las brechas de género se entiende por el fuerte empeoramiento de las condiciones que afectan a la situación laboral masculina; el desempleo entre los hombres creció muy rápidamente durante la primera fase de la crisis, por las pérdidas de empleo de los sectores masculinizados, hasta niveles próximos al desempleo femenino ya existente, reduciendo la distancia entre ambos (brecha de género) aunque la preeminencia del desempleo sigue siendo femenina.¹¹

La mayor pérdida de empleo masculino conlleva también mayor pérdida en los ingresos con el consiguiente incremento de las tasas de pobreza que inciden en los hombres.

Los estudios sobre pobreza y exclusión social a nivel europeo muestran que desde 2005 las mujeres tienen mayor riesgo de pobreza relativa; sin embargo, la actual crisis económica ha hecho crecer más la tasa de riesgo de pobreza y exclusión entre los hombres. En 2009, los mayores incrementos de la tasa masculina se dieron en Irlanda, España, Letonia, Malta e Islandia; y la mayor subida de la pobreza femenina ocurrió en Irlanda, España, Lituania, Malta e Islandia. En todos estos países la escalada de pobreza y exclusión social fue acortando las distancias entre mujeres y hombres. En España, por ejemplo, la pobreza masculina pasó del 23% al 28% durante el periodo 2008/2012 respecto al 25% y 28% de la pobreza relativa de las mujeres para el mismo periodo.

El deterioro de las condiciones laborales, y más específicamente la reducción de salarios ha acortado también la brecha salarial en prácticamente todos los países europeos; lo

¹¹ Véase C. Castro, «¿Cómo afecta la crisis y las políticas de austeridad a los derechos de las mujeres y a la igualdad?», en *Boletín Ecos* nº 22, FUHEM Ecosocial, 2013.

que no quiere decir que se haya eliminado. En 2010 la brecha salarial de ingresos por hora en la UE27 era de 16,4%, dimensión similar a la de España (16,7%) cuya reducción durante el periodo 2007/2010 fue de 0,4%. En la práctica esto se traduce en que las mujeres todavía tengan que trabajar 84 días más al año, en promedio, para conseguir los mismos ingresos según trabajos de igual valor.

Sí ha habido una reducción significativa de brechas de género en las tasas de empleo y en las de actividad laboral, por la combinación de un efecto diferenciado respecto a otras crisis: la pérdida de actividad laboral masculina y la mayor actividad laboral femenina como respuesta individual ante la pérdida de ingresos familiares; es el efecto *added worker* o trabajador/a adicional. Este fenómeno se activa ante las situaciones de falta de ingresos en los hogares, ya sea por la pérdida de empleo de sus integrantes o por estar en subempleo quien habitualmente actuaba como responsable del sustento económico. La particularidad significativa es la reacción que están teniendo las mujeres ante la pérdida de empleo de su pareja, que está empujando a muchas de ellas a buscar trabajos remunerados para suplir o complementar los ingresos familiares, sobre todo en los países que partían de menores tasas de empleo femeninas. Existen evidencias en España del incremento de hasta un 20% de la oferta de trabajo femenina cuando su pareja ha perdido el empleo, y hasta un 27% cuando la pareja trabaja a tiempo parcial o en subempleos. Sin embargo, el efecto está más diluido respecto a la reacción masculina, un 0,7% y un 0,9% de incremento respectivamente.¹² A pesar de este efecto, España sigue estando entre los países con menor tasa de actividad laboral femenina.

Persiste la brecha de género en el ámbito del trabajo de cuidados, no remunerado

Las brechas de género del uso del tiempo en el trabajo no remunerado (actividades domésticas y cuidados familiares) no se han reducido de manera significativa, contrariamente a lo ocurrido con las brechas de género en el empleo; de hecho, la brecha de género se triplica cuando existen hijos/as. En el trabajo remunerado la diferencia de la mayor dedicación masculina va desde 1 hora a casi 3 horas diarias cuando hay menores en el hogar. En el trabajo no remunerado las mujeres dedican más de 1 hora y media diaria más, que se convierte en más de 3 horas cuando hay criaturas a cargo.

La orientación de las políticas de austeridad son en gran parte responsables. La reducción de servicios públicos destinados al cuidado, el desmantelamiento de las políticas de

¹² T. Addabo, P. Rodríguez Modroño y L. Gálvez, «Gender and the Great Recession: Change in labour supply in Spain», 2013.

apoyo a las familias, al cuidado infantil y al cuidado de personas mayores, están provocando una mayor dedicación de las mujeres; a pesar de que ha aumentado significativamente el número de hombres con más tiempo disponible fuera del mercado laboral, su mayor implicación en el tiempo dedicado a las responsabilidades de cuidados de personas dependientes, menores y personas adultas, no ha experimentado cambios significativos.

En España, por ejemplo, los datos de las Encuestas de Usos del Tiempo (EUT) realizada muestran que las mujeres dedican un promedio diario de 4:04 horas a tareas domésticas y cuidados familiares (mantenimiento del hogar, compras, cuidado de hijos/as y personas mayores), lo que representa 2:15 horas más de lo que dedican en promedio los hombres al mismo trabajo; aunque el dato más significativo es que la dedicación masculina solo ha aumentado 45 minutos diarios en los siete años de diferencia entre la primera encuesta (2002/2003) y la segunda (2009/2010).¹³

Mayor similitud en el comportamiento de hombres y mujeres en el mercado laboral

Hasta ahora, lo ocurrido en otros ciclos de crisis mostraban pautas comunes respecto al papel diferenciado de las mujeres, históricamente utilizadas como “amortiguadoras” de las necesidades de empleo; es decir, se facilitaba e incentivaba su entrada laboral cuando el mercado las ha necesitado, expulsándolas cuando el empleo ya no resultaba suficiente para insertar a todos los trabajadores masculinos disponibles.¹⁴ A nivel europeo, esta pauta ya no parece estar ocurriendo; es decir, no se está produciendo una salida masiva de mujeres del mercado de trabajo –aunque desde algunas instituciones se intenta con relativo éxito– y no es previsible que ocurra. De hecho existen dos factores realmente significativos en la crisis actual:

- Es la población joven y la población migrante, más afectada por contratos temporales y situaciones “atípicas” laborales, quienes se utilizan en mayor medida como amortiguadores. En España, los datos de pérdida de población está haciendo saltar las alarmas ante el éxodo de conocimiento, de talento y el crecimiento de la tasa de dependencia demográfica (51% en 2012). Especialmente preocupante es el abandono del país de jóvenes entre 25 y 35 años (más de 300.000), ante el elevado desempleo (superior al 55%) y las escasas perspectivas de oportunidades laborales; también el retorno de inmigrantes a sus países de origen se ha visto acentuado a medida que han avanzado las políticas de austeridad (aunque el fenómeno retorno masivo no se produce).

¹³ INE, «Encuesta de Empleo del Tiempo 2009-2010».

¹⁴ L. Gálvez y P. Rodríguez, «La desigualdad de género y las crisis económicas», *Investigaciones Feministas*, UCM, Madrid, 2014.

- Las mujeres muestran mayor resistencia a comportarse como “reemplazo” y/o “amortiguadores” del empleo; es decir, en general, ellas no se están resignando a tener que salir del mercado laboral. A pesar de la mayor precariedad laboral, aumentan los empleos temporales, a tiempo parcial y sobre todo las formas atípicas del trabajo remunerado.¹⁵ Muchas de ellas empiezan a asumir el papel de únicas sostenedoras económicas o de responsables de la economía de subsistencia familiar, lo que se traduce en cambios de modelos familiares.

Cambio en las estructuras familiares

Empieza a hacerse patente un cambio en el patrón de las estructuras familiares en Europa. La pauta más extendida (por encima del 60%) sigue siendo la de familias biparentales de doble ingreso, aunque ha reducido su peso en torno a un 5% y diferente incidencia, según países. En los países nórdicos sigue siendo la regla general; según datos de Eurostat, en 2009 este modelo de familias representaba en Islandia el 86,30%, en Noruega el 82,58%, en Dinamarca el 81,37% y en Suecia el 80%.

Algunos hechos significativos, sobre cómo ha incidido la crisis en los modelos de familias biparentales, son el incremento de familias sin ningún tipo de ingreso (en España ha pasado del 11,5% al 14%), el menor peso relativo de las familias con comportamiento más tradicional en las que el hombre era el único sustentador económico, que para el conjunto de la UE se reduce en un 5%; y el aumento de familias en las que la mujer es la única persona perceptora de ingresos, el promedio de la UE es de un 4,7% más para el periodo 2007/2009.

Estos cambios se aprecian muy nítidamente en los datos que muestran las dos Encuestas de Usos del Tiempo en España, constatando que el modelo preeminente no es ya el tradicional del “ganapán masculino”, que se ha visto desplazado por el papel más activo laboralmente de las mujeres; esto explica la mayor incidencia de las parejas de doble ingreso, en contraste con la tendencia europea, y también explica el aumento de familias en las que la mujer es la única sustentadora económica (10,7%).

Estos cambios hay que interpretarlos, sobre todo en el contexto español en el que la tendencia es a universalizar la precariedad laboral, a través del creciente uso de trabajo a tiempo parcial, formas atípicas de contrato y subempleo y también de creciente pobreza laboral.

¹⁵ J. Rubery y A. Rafferty, «Women and Recession revisited», *Work Employment Society*, enero de 2013.

Evolución de la incidencia de modelos de familias biperantales (%)

	EUT 2002-2003	EUT 2009-2010
Pareja de doble ingreso	40,5	46,2
1 único ingreso: 'Ganapán masculino'	43,0	29,2
1 único ingreso: mujer	5,0	10,7
Ningún ingreso	11,5	14,0

Fuente: Elaboración propia, con datos del INE, 2010

Abandono de las políticas públicas de apoyo familiar y re-privatización de los cuidados

Con la excusa del ahorro económico y de la contención del gasto público se han ido retirando las políticas y recursos destinados a satisfacer necesidades de las familias, de la educación y cuidado infantil y el cuidado de personas mayores.

Los mayores ajustes han tenido lugar en aquellos países más afectados por el desastre financiero-económico; si bien, las orientaciones de las reformas marcan alguna diferencia entre países; la siguiente tabla recoge algunas de las más significativas.

La tabla siguiente muestra algunos de los países que han actuado al dictado de la troika, pero también países como Reino Unido, con mayor margen de actuación y que experimentó efectos más moderados de la crisis; también se incluye Islandia, que habiendo pasado por la bancarrota financiera, aplicó otras medidas de ajuste, fuera de la órbita austericida y más orientadas a mantener el modelo nórdico de inversión en políticas de bienestar e igualdad.

En general, lo que ha ocurrido en la mayor parte de los países donde se ha impuesto la “hoja de ruta de austeridad” ha sido una retirada del sector público de la responsabilidad de atender a las necesidades del entorno familiar; lo que se ha traducido también en un relativo abandono de las políticas de corresponsabilidad y en un incumplimiento de los derechos de cuidado tanto para la infancia como para las personas mayores.

Estos cambios obedecen a una derivación de la responsabilidad desde lo público a lo privado, lo que, en un contexto de precariedad económica como el actual y en la que todavía está vigente el contrato social de género, significa una derivación a la responsabilidad de las mujeres; y francamente, esto no augura ningún escenario futuro de equidad.

	Reforma apoyo familiar	Reforma Educación infantil	Reforma cuidado a mayores
España	Se elimina la prestación económica por nacimiento (el "cheque-bebé"). Se aplaza <i>sine die</i> la ampliación del permiso de paternidad intransferible a las 4 semanas.	Se abandona el plan Educa3	Se suspende la Ley de Dependencia y con ello el derecho a recibir cuidados; demorando los procesos de nuevas clasificaciones de personas dependientes. Se pone fin a la cobertura de seguridad social a personas cuidadoras no profesionales en casa (abrumadoramente mujeres).
Grecia	Se elimina la desgravación fiscal por hijo/a.	Se reduce drásticamente el personal de los servicios públicos de educación infantil.	Se cuestiona la continuidad del programa de "Ayuda a domicilio".
Hungría	Se congelan y/o eliminan subsidios familiares. La reducción de impuestos a familias se sustituye por un sistema fiscal regresivo, basado en un "importe fijo de baja cuantía" (<i>flat-rate</i>).	Se mejoran levemente la dotación de guarderías.	Se reducen las provisiones municipales y prestaciones económicas para el cuidado a mayores.
Irlanda	Se reduce la prestación económica por hijo/a.	Leves cambios, partiendo de la baja cobertura.	Recortes en el programa de cuidados a domicilio. Recortes en las prestaciones económicas a cuidadoras/es.
Islandia	Se congela la prestación económica por hijo/a. Se reduce temporalmente del 80% al 75% el pago de los permisos por nacimiento. Se aprueba ampliación para 2015 de los permisos intransferibles por nacimiento para cada progenitor/a. En 2013 se restauran la mayor parte de los recortes hechos.	Se aumenta la inversión en infraestructuras y servicios de educación infantil, trasladando parte del coste a las familias, según nivel de capacidad económica.	
Italia	Se reducen drásticamente las políticas familiares como consecuencia del recorte del 92% en el gasto social.	Se demora la previsión de aumentar los servicios públicos de educación infantil a partir de 2007.	Recortes en el programa de cuidados sociales.
Reino Unido	Se reduce la desgravación fiscal por hijo/a. Se congela la prestación económica por hijo/a.	Se reducen los subsidios para el acceso a centros de educación infantil.	Se reduce la prestación económica para el cuidado.
Portugal	Se reducen las prestaciones sociales y el importe de las mismas, al modificar las pruebas de verificación para la concesión de ayudas.	Se paraliza el programa de inversión pública en cuidado social, aunque se van implementando algunas prórrogas parciales.	Se paraliza el programa de inversión pública en cuidado social, aunque se van implementando algunas prórrogas parciales.

Es verdad que no en todos los países ocurre con la misma intensidad. Por ejemplo, en Islandia no se ha abandonado la responsabilidad pública de atender las necesidades familiares, ya que la mayor parte de los recortes han empezado a ser restaurados en 2013 a niveles de la situación previa; además, en 2012, se aprobó la ampliación de los permisos por nacimiento a 5 meses intransferibles para cada progenitor/a pagados al 80% y otros 2 meses transferibles para que las familias puedan elegir quién y cómo lo utilizan, dicha reforma entrará en vigor en 2015.

Necesitamos despatriarcalizar la sociedad y asentar las bases de otro modelo civilizatorio; partiendo, como no, de otra configuración de las políticas públicas

España, sin embargo, era uno de los países con menor tasa de empleo femenina en 2007, con escasa cobertura de educación infantil en el tramo de 0-3 años y una flamante Ley de Dependencia, como parte instrumental del cuarto pilar del Estado del Bienestar; la involución en las políticas familiares y de cuidados es muy evidente. Desde el dismantelamiento de la Ley de Dependencia a la suspensión –aplazamiento– de las ampliación del permiso de paternidad intransferible de 2 semanas a 4 semanas; esta ampliación ha sido aplazada en 2011, en 2012, 2013 y también en 2014 aduciendo la excusa de la crisis económica, a pesar de que su coste sería fácilmente asumible y que su efecto sobre la corresponsabilidad ha sido constatado y reconocido ampliamente.¹⁶

La alargada sombra de las políticas de austeridad: ¿qué nuevos escenarios trae?

Hay que reconocer que las perspectivas no son nada optimistas.

Los datos cuantitativos sobre algunos de los efectos directos que se han mostrado en el anterior epígrafe, no solo no van a mejorar con el tiempo, sino que mientras no se cambie la “hoja de ruta” que se está aplicando, provocarán otros efectos indirectos más complejos que el recuento de incidencias y también de difícil retorno.

De las tendencias observadas, hay una especialmente preocupante; la reactivación de la ideología anti-igualitaria que se está gestando desde las propias instituciones y que va

¹⁶ C. Castro y M. Pazos, «Permisos por nacimiento e igualdad de género: ¿Cómo diseñar los permisos de maternidad, paternidad y parentales para conseguir un comportamiento corresponsable?», *PT*, núm. 9, Instituto de Estudios Fiscales, 2012.

calando, gota a gota, haciendo emerger una actitud misógina y culpabilizadora hacia las mujeres. No es algo nuevo, realmente estaba instalado ya en el imaginario simbólico, lo que está ocurriendo es que con las políticas de austeridad se está diluyendo la capa de barniz social que las políticas de igualdad habían conseguido. No ocurre en todos los países; en Suecia o Islandia, por ejemplo, la igualdad de género es un principio ético-político que impregna toda la acción institucional. Sin embargo, en otros países, como España, el mensaje que las instituciones públicas trasladan a la ciudadanía es que la igualdad de género es una frivolidad o un lujo que ya no toca.

La orientación de gran parte de los planes de ajuste ha profundizado la división sexual del trabajo, dando lugar a «una falta de transparencia y coherencia en todo lo que se relaciona con el avance en igualdad».¹⁷ Con todo ello, se mantiene el mismo sistema de desigualdades que ya tenemos y que sabemos que es ineficiente, genera inequidades y esquilda los recursos existentes, en vez de provocar de manera efectiva el cambio de modelo de sociedad que ponga las necesidades de las personas y de la vida humana en el corazón mismo del sistema, orientando los instrumentos y mecanismos hacia la justicia social y de género.

El Estado español lanzó un contundente mensaje a través de la eliminación del Ministerio de Igualdad en 2010: que el objetivo de igualdad de género ya no era una prioridad política; y este mensaje es el que ha ido calando, con cada recorte presupuestario, con el cierre y desmantelamiento de servicios públicos, incluso dirigidos a la atención de mujeres víctimas de violencia de género. Sigue creciendo el número de asesinatos machistas y la sensación de impunidad. Es como si una parte de la sociedad aceptase el resarcimiento de los sacrificios que exige la mal llamada austeridad, a través del castigo y la negación de los derechos y libertades de las mujeres.

Que el derecho a una vida libre de violencia esté supeditado a concesiones institucionales del poder masculino no alienta nada bueno. Que el derecho fundamental de las mujeres a decidir sobre su propio cuerpo, sexualidad y maternidad sea algo que dependa de la mayor o menor injerencia religiosa para imponer una conducta moral determinada es algo denunciado por la degradación que conlleva de las mujeres, al negarles su condición de sujeto político y los derechos como ciudadanas plenas. Lo que hay de trasfondo es la esencia de la ideología patriarcal que emerge ahora de manera explícita.

Esto mismo desprenden decisiones políticas como la de incorporar actividades delictivas como el tráfico de drogas o la prostitución –incluyendo la trata de mujeres con fines de

¹⁷ UNIFEM, 2010 Informe *¿Quién responde a las mujeres?. El progreso de las mujeres en el mundo 2008/2009*.

¹⁸ Å. Löfström, *Gender Equality, economic growth and employment*. Swedish Ministry of Integration and Gender Equality, 2009.

explotación sexual que conlleva— en la valoración del PIB, que supondría una mejora cuantitativa de entre el 2,7% y un 4,5% y también un mejor ratio de deuda y déficit antes de 2015. El despropósito de esta decisión contrasta con el escaso interés mostrado por otras estimaciones económicas solventes que muestran que la inversión en igualdad, concretamente en el mercado de trabajo europeo, es clave para salir de la situación actual emprendiendo otro modelo de desarrollo, y que aportaría al PIB crecimiento promedio del 30% y para España del 32%;¹⁸ estas estimaciones han sido refrendadas por otros organismos, incluido el FMI, baluarte de la hoja de ruta neoliberal.

Es preocupante la renovación del fundamentalismo institucional en la monetarización de la economía, y también el sinsentido de recuperar el PIB como indicador del desarrollo y bienestar desechando la consideración de otros indicadores más complejos y cualitativos sobre el valor, riqueza social, sostenibilidad y desarrollo humano. El mensaje es “más de lo mismo”; cómo si no hubiéramos aprendido nada de lo que ha provocado el gran desastre económico y humanitario en el que estamos.

Ahora bien, es más preocupante aún la crisis civilizatoria a la que nos lleva la ofensiva patriarcal, que pretende volver a legitimar el sistema de opresión de género como base del orden mundial.

El panorama es descorazonador. Aunque hay una buena noticia, y es que aún *hay margen para cambiar esta hoja de ruta* y apostar claramente por otro modelo de sociedad.

Es decir, hay otros escenarios posibles a construir; la clave será tener claro cómo dar el giro radical abandonando los fundamentos del sistema actual. En este sentido, algunas tendencias resultan alentadoras, como la movilización ciudadana que, desde los diferentes territorios del Estado español, está emergiendo con propuestas y alternativas de transformación social.

Ahora bien, sería un error pensar en el 99% como un ente compacto y homogéneo, en vez de una integración de situaciones y realidades diversas entre las que subyacen múltiples desigualdades; partiendo de esta premisa, ¿cómo va a ser defendible pensar la democracia sin asumir un ideal de igualdad radical? Necesitamos *despatriarcalizar la sociedad*¹⁹ y asentar las bases de otro modelo civilizatorio; partiendo, como no, de otra configuración de las políticas públicas facilitadoras de una profundización democrática real en vez de servir de instrumentos ejecutores contra la igualdad de género.²⁰

¹⁹ C. Castro, «Aportaciones desde la economía feminista para otro modelo de sociedad», en *Otra Economía está en marcha*, dossier nº 13, Economistas Sin Fronteras, 2014.

²⁰ M. Pazos, *Desiguales por Ley. Las políticas públicas contra la igualdad de género*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013.

«Última llamada»

Esto es más que una crisis económica y de régimen: es una crisis de civilización

Los ciudadanos y ciudadanas europeos, en su gran mayoría, asumen la idea de que la sociedad de consumo actual puede “mejorar” hacia el futuro (y que debería hacerlo). Mientras tanto, buena parte de los habitantes del planeta esperan ir acercándose a nuestros niveles de bienestar material. Sin embargo, el nivel de producción y consumo se ha conseguido a costa de agotar los recursos naturales y energéticos, y romper los equilibrios ecológicos de la Tierra.

Nada de esto es nuevo. Las investigadoras y los científicos más lúcidos llevan dándonos fundadas señales de alarma desde principios de los años setenta del siglo XX: de proseguir con las tendencias de crecimiento vigentes (económico, demográfico, en el uso de recursos, generación de contaminantes e incremento de desigualdades) el resultado más probable para el siglo XXI es un colapso civilizatorio.

Hoy se acumulan las noticias que indican que la vía del crecimiento es ya un genocidio a cámara lenta. El declive en la disponibilidad de energía barata, los escenarios catastróficos del cambio climático y las tensiones geopolíticas por los recursos muestran que las tendencias de progreso del pasado se están quebrando.

Frente a este desafío no bastan los mantras cosméticos del desarrollo sostenible, ni la mera apuesta por tecnologías ecoeficientes, ni una supuesta “economía verde” que encubre la mercantilización generalizada de bienes naturales y servicios ecosistémicos. Las soluciones tecnológicas, tanto a la crisis ambiental como al declive energético, son insuficientes. Además, la crisis ecológica no es un tema parcial sino que determina todos los aspectos de la sociedad: alimentación, transporte, industria, urbanización, conflictos bélicos... Se trata, en definitiva, de la base de nuestra economía y de nuestras vidas.

Estamos atrapados en la dinámica perversa de una civilización que si no crece no funciona, y si crece destruye las bases naturales que la hacen posible. Nuestra cultura, tecnología y mercadología, olvida que somos, de raíz, dependientes de los ecosistemas e interdependientes.

La sociedad productivista y consumista no puede ser sustentada por el planeta. Necesitamos construir una nueva civilización capaz de asegurar una vida digna a una enorme población humana (hoy más de 7.200 millones), aún creciente, que habita un mundo de recursos menguantes. Para ello van a ser necesarios cambios radicales en los modos de vida, las formas de producción, el diseño de las ciudades y la organización territorial: y sobre todo en los valores que guían todo lo anterior. Necesitamos una sociedad que tenga como objetivo recuperar el equilibrio con la biosfera, y utilice la investigación, la tecnología, la cultura, la economía y la política para avanzar hacia ese fin. Necesitaremos para ello toda la imaginación política, generosidad moral y creatividad técnica que logremos desplegar.

Pero esta Gran Transformación se topa con dos obstáculos titánicos: la inercia del modo de vida capitalista y los intereses de los grupos privilegiados. Para evitar el caos y la barbarie hacia donde hoy estamos dirigiéndonos, necesitamos una ruptura política

profunda con la hegemonía vigente, y una economía que tenga como fin la satisfacción de necesidades sociales dentro de los límites que impone la biosfera, y no el incremento del beneficio privado.

Por suerte, cada vez más gente está reaccionando ante los intentos de las elites de hacerles pagar los platos rotos. Hoy, en el Estado español, el despertar de dignidad y democracia que supuso el 15M (desde la primavera de 2011) está gestando un proceso constituyente que abre posibilidades para otras formas de organización social.

Sin embargo, es fundamental que los proyectos alternativos tomen conciencia de las implicaciones que suponen los límites del crecimiento y diseñen propuestas de cambio mucho más audaces. La crisis de régimen y la crisis económica sólo se podrán superar si al mismo tiempo se supera la crisis ecológica. En este sentido, no bastan políticas que vuelvan a las recetas del capitalismo keynesiano. Estas políticas nos llevaron, en los decenios que siguieron a la segunda guerra mundial, a un ciclo de expansión que nos colocó en el umbral de los límites del planeta. Un nuevo ciclo de expansión es inviable: no hay base material, ni espacio ecológico y recursos naturales que pudieran sustentarlo.

El siglo XXI será el siglo más decisivo de la historia de la humanidad. Supondrá una gran prueba para todas las culturas y sociedades, y para la especie en su conjunto. Una prueba donde se dirimirá nuestra continuidad en la Tierra y la posibilidad de llamar “humana” a la vida que seamos capaces de organizar después. Tenemos ante nosotros el reto de una transformación de calibre análogo al de grandes acontecimientos históricos como la revolución neolítica o la revolución industrial.

Atención: la ventana de oportunidad se está cerrando. Es cierto que hay muchos movimientos de resistencia alrededor del mundo en pro de la justicia ambiental (la organización Global Witness ha registrado casi mil ambientalistas muertos sólo en los últimos diez años, en sus luchas contra proyectos mineros o petroleros, defendiendo sus tierras y sus aguas). Pero a lo sumo tenemos un lustro para asentar un debate amplio y transversal sobre los límites del crecimiento, y para construir democráticamente alternativas ecológicas y energéticas que sean a la vez rigurosas y viables. Deberíamos ser capaces de ganar grandes mayorías para un cambio de modelo económico, energético, social y cultural. Además de combatir las injusticias originadas por el ejercicio de la dominación y la acumulación de riqueza, hablamos de un modelo que asuma la realidad, haga las paces con la naturaleza y posibilite la vida buena dentro de los límites ecológicos de la Tierra.

Una civilización se acaba y hemos de construir otra nueva. Las consecuencias de no hacer nada —o hacer demasiado poco— nos llevan directamente al colapso social, económico y ecológico. Pero si empezamos hoy, todavía podemos ser las y los protagonistas de una sociedad solidaria, democrática y en paz con el planeta.

Este manifiesto ha sido promovido por un grupo de intelectuales, académicos y científicos. Para más información: <https://ultima-llamadamaniesto.wordpress.com/>



El momento crítico de España

El autor reflexiona en este texto sobre las consecuencias de la crisis sobre la desigualdad social en España. El panorama resulta un tanto desolador: si cogemos un poco de distancia, lo que descubrimos es que la crisis ha sido una oportunidad para, por un lado, debilitar considerablemente nuestro insuficiente Estado del bienestar, que ya antes de la crisis estaba muy por debajo de los estándares medios europeos, y, por otro, deshacer el entramado institucional sobre el que se sostenía el equilibrio entre capital y trabajo que trabajosamente se construyó a lo largo del periodo democrático. Todo parece indicar, pues, que durante el momento crítico de la crisis, España ha optado por un cierto camino que, a medio plazo, no tiene marcha atrás. España, por descontado, acabará saliendo de la crisis, pero lo hará con una orientación nueva y, a todos los efectos, muy poca atractiva.

Hay experiencias en el desarrollo histórico de los países que marcan su destino durante décadas (y a veces hasta siglos). Son sucesos que suponen un punto de inflexión, un cambio de trayectoria. A veces son fruto de esfuerzos colectivos (como una revolución, por ejemplo), en otras ocasiones son cambios no buscados explícitamente por nadie (una crisis económica, una guerra). Los estudiosos de estos fenómenos hablan de “momentos críticos” (*critical junctures*). Una forma posible de representar visualmente la importancia de los momentos críticos consiste en pensar en el desarrollo de las sociedades en términos “arbóreos”. Así, podemos imaginar que una sociedad avanza por una rama hasta llegar a un punto en el que esta se bifurca en dos ramas menores; pues bien, la bifurcación constituye el momento crítico y marca la trayectoria posterior, que, en cierto sentido, no tiene vuelta atrás. Cuando se elige una rama y no otra, se determina la evolución futura de la sociedad en una cierta dirección.

Hay razones sólidas para pensar que la gran crisis económica que está viviendo España es una de esas bifurcaciones en la que se juega el destino del país durante mucho tiempo. En un periodo relativamente breve de tiempo,

Ignacio Sánchez-Cuenca es director del Instituto Carlos III-Juan March de Ciencias Sociales

y sin que nadie sea plenamente responsable de la decisión, el país ha cogido un rumbo que será muy difícil cambiar en el futuro. Y es un rumbo sombrío y ominoso que augura una España cada vez más desigual.

Nuestro país, en estos momentos, está a la cabeza en la UE-27 en materia de desigualdad. El 20% más rico gana más de siete veces más que el 20% más pobre

La crisis

La gran crisis económica iniciada en el otoño de 2008 afecta a la gran mayoría de los países desarrollados, España entre ellos. Aunque haya todavía grandes debates sobre las causas de esta crisis, parece existir un cierto consenso en que el origen de la misma es financiero: el sector de las finanzas ha crecido a tasas hasta cuatro veces mayores que las de la economía real, formándose de este modo diversas burbujas que han acabado por explotar. Esta expansión inusitada de las finanzas es consecuencia, por una parte, de la desregulación de los mercados financieros, y, por otra, de las tendencias globalizadoras de la economía y de los avances tecnológicos (los ordenadores e internet han permitido expandir enormemente el ámbito de las transacciones financieras).

En nuestro país, la crisis ha sido especialmente virulenta por dos motivos. Primero, porque España ha sido uno de los países que más se endeudó durante la primera década del siglo XXI. El endeudamiento ha sido fundamentalmente privado, de empresas y familias (sobre todo de empresas): en 2010, la deuda de las empresas suponía un 200% del PIB y la de las familias un 90%. La deuda privada, sin embargo, no figura en los modelos macroeconómicos ortodoxos, de manera que casi nadie se alarmó por los niveles tan elevados que se alcanzaron durante el periodo de euforia. Segundo, porque España ha tenido una de las mayores burbujas inmobiliarias del mundo desarrollado. En general, los países que tenían una mayor proporción de propietarios de pisos son los que, a su vez, han tenido mayores burbujas de ladrillo. En nuestro país, como bien se sabe, más del 70% de las familias son propietarias de pisos. Dado que tantos hogares se beneficiaban de la revalorización de sus viviendas, no había presión social o política contra la expansión de la burbuja.

Cuando la crisis financiera iniciada en EEUU llegó a España en el otoño de 2008, las consecuencias fueron devastadoras. La más dramática y grave de todas ellas fue el aumento del paro, que pasó del 8% en 2007 a superar el 26% en 2012. Ningún otro país europeo ha sufrido una destrucción tan acusada de empleo (la única excepción es Grecia, pero en

este país la recesión ha sido mucho más profunda que en España). La renta disponible de los hogares se ha reducido en torno a un 15%, siendo la disminución considerablemente mayor en los hogares de menos ingresos. La pobreza extrema (ingresos por debajo de los 300 euros mensuales) se ha duplicado durante los años de crisis y alcanzado ya a más del 6% de la población. No es de extrañar, por tanto, que la desigualdad se haya disparado en España. Nuestro país, en estos momentos, está a la cabeza en la UE-27 en materia de desigualdad. El 20% más rico gana más de siete veces más que el 20% más pobre.

Estos cambios no son solo consecuencia de la caída de la actividad económica. Otros países han sufrido también la recesión y no se han producido aumentos similares del paro o la desigualdad. Una de las características específicas de España en la crisis ha sido una caída sin parangón de los ingresos públicos. Entre 2007 y 2009 la recaudación del Estado disminuyó en siete puntos porcentuales del PIB, debido en su mayor parte al hundimiento de los ingresos derivados del impuesto de sociedades que pagan las empresas. Esta pérdida de recursos ha afectado de forma muy grave a la capacidad del Estado para hacer frente a la crisis. Si a la pérdida de ingresos le sumamos las restricciones impuestas por las políticas de austeridad, lo que obtenemos son las peores condiciones posibles para la puesta en práctica de políticas que amortigüen los efectos de la crisis.

La forma de responder a la crisis

Durante los dos primeros años de la crisis, el Gobierno del PSOE aplicó un programa ambicioso de estímulo económico gracias al cual el país salió de la recesión en el primer trimestre de 2010. Todo se torció, sin embargo, con la llegada de la crisis de la deuda en la unión monetaria. Como bien se sabe, en mayo de 2010 el Gobierno del entonces presidente José Luis Rodríguez Zapatero dio un giro radical a su política: frente a los planes expansivos, se adoptó el enfoque que demandaba Alemania, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo (BCE): austeridad y reformas estructurales. Ese es el enfoque político en el que luego ha insistido el Gobierno del PP y que continúa al día de hoy. El resultado ha sido 10 trimestres seguidos de recesión que han dejado a la sociedad y al propio Estado en una situación de extrema debilidad económica.

Las medidas de austeridad, recortes del gasto y aumento de impuestos, han tenido un impacto muy negativo sobre el funcionamiento de la Administración y, especialmente, sobre la provisión de bienes públicos y servicios sociales. La inversión pública ha sufrido enormemente, en todos los aspectos: de las infraestructuras a la dependencia pasando por el I+D. A su vez, ha habido un empeoramiento en educación (recorte de becas, despido masivo de profesores, clases de mayor tamaño, subida de tasas universitarias no acompañada de becas compensatorias, etc.) y en sanidad (introducción del copago, alargamiento de las lis-

tas de espera, exclusión de los inmigrantes sin papeles de la sanidad pública, privatizaciones en algunas comunidades autónomas, etc.).

Los ajustes se han acompañado de las famosas “reformas estructurales”. Si había una “reforma estructural” que era imperiosa en España, era la fiscal. Como he señalado anteriormente, se perdieron siete puntos del PIB en recaudación al principio de la crisis. En nuestro país las grandes empresas apenas contribuyen al sistema, beneficiándose de toda clase de excepciones legales y de paraísos fiscales. Hay, además, un nivel de fraude elevadísimo, que en tiempos de bonanza es menos alarmante, pero que en momentos de ajuste resulta intolerable. Frente al tópico de que el fraude se concentra en los autónomos (en el fontanero que pregunta «¿con IVA o sin IVA?»), el grueso del fraude corresponde a las empresas. Todo esto es completamente evidente desde hace años, pero ninguno de los dos Gobiernos, ni el del PSOE primero ni el del PP después, han aprobado una reforma fiscal integral. El PSOE se limitó a subir el IVA en 2011 y el PP ha aprobado subidas mucho mayores y, en menor medida, del IRPF. El PP ha conseguido revertir la caída de los ingresos, pero el sistema continúa siendo ineficiente y profundamente injusto. Con un déficit público tan abultado como el de España, lo que el país ha necesitado estos años era, ante todo, una reforma fiscal, pero, en lugar de eso, los dos Gobiernos han preferido reformar otros sectores, alguno de ellos sin relación de ningún tipo con la crisis, lo que no hace sino abonar la sospecha de que los gobernantes se han aprovechado de la crisis para aprobar cambios que en condiciones normales se habrían encontrado con mucha mayor resistencia popular.

El ejemplo más llamativo es el de las pensiones. Las pensiones no son la causa de la crisis, ni quedan afectadas a corto plazo por el desarrollo de la misma. Las proyecciones que se realizan a futuro apuntan problemas para dentro de 25 años. Sin embargo, tanto el PSOE como el PP se han aprovechado del contexto de la crisis para aprobar reformas del sistema que supondrán a medio plazo recortes de casi el 30% en la cuantía de los ingresos que recibirán los pensionistas. No quiero decir que el sistema de pensiones fuera sostenible indefinidamente, ni que no fuera necesario en algún momento realizar ajustes, pero desde luego no era el asunto más urgente que hubiese que resolver durante la crisis. Resulta muy revelador sobre las prioridades equivocadas de nuestros gobernantes que se optara por reformar las pensiones antes que el sistema fiscal.

Las otras dos grandes reformas que se han llevado a cabo en este tiempo han sido la financiera y la del mercado de trabajo. La financiera ha supuesto el abandono del modelo tradicional de las cajas de ahorros y su obra social, generándose así una mayor concentración bancaria. El coste para el contribuyente ha sido enorme. Hasta el momento, el Estado ha dedicado 40.000 millones de euros (unos cuatro puntos de PIB) a fondo perdido a las entidades financieras (a lo que debe sumarse una cantidad muy superior en forma de avales y ayudas varias). Desgraciadamente, esta reforma no ha conseguido reactivar el crédi-

to. Y resulta desde luego chocante que el Estado no haya querido presionar a los bancos, a cambio de esta generosa ayuda, para que se resuelva de una vez el escándalo de los desahucios, uno de los mayores dramas sociales de la crisis.

La oposición a la redistribución por parte de los más ricos aumenta cuanto mayor es el nivel de redistribución necesario y porque cuanto más concentrada está la riqueza, mayor influencia política tienen quienes están en la cúspide de la escala económica

En cuanto al mercado de trabajo, los cambios que se han introducido son muy profundos. De nuevo, se han hecho en dos tandas: la primera correspondió al PSOE y fue tímida, mientras que la segunda, a cargo del PP, fue mucho más radical. Sin entrar en detalles, baste señalar que se ha roto el equilibrio anterior de relaciones laborales pero sin corregir su principal disfunción, la extrema dualidad del mercado de trabajo, dividido entre un núcleo amplio (algo más de dos tercios) de trabajadores estables y un cinturón de precarios (alrededor de un tercio). En esencia, lo que se ha hecho es abaratar el despido y debilitar el sistema de negociación colectiva, lo que deja a la clase trabajadora en una situación de mayor debilidad frente al capital. El propósito es aproximar el sistema de relaciones laborales español al modelo liberal que impera en los países anglosajones. No obstante, la reforma está condenada a no funcionar como esperan sus promotores, pues nuestro sistema productivo y empresarial no es homologable al anglosajón. No tiene el dinamismo ni la innovación ni la flexibilidad ni el tipo de empresas de los países liberales, por lo que cabe esperar que el mercado de trabajo, por mucho que se liberalicen sus instituciones y reglas, no funcione con la misma eficiencia que la que se observa en aquellos países. En España el tejido empresarial es mucho más endeble (con pocas empresas grandes y demasiadas microempresas que generan poco valor añadido y que no demandan trabajo cualificado), no hay un sistema adecuado de formación de habilidades (capital humano) y la Administración y el sistema judicial son extremadamente rígidos. De ahí la incongruencia de liberalizar las relaciones laborales en un marco poco favorable para dicha liberalización.

En última instancia, la reforma del mercado de trabajo que se ha aprobado va destinada a facilitar la reducción de salarios, que para el Gobierno es la única forma de mantener o ganar competitividad en los mercados globales. Se trata de una estrategia miope y mal planteada, pues para un país con el nivel de desarrollo de España, la única forma de competir es mediante la especialización y la alta productividad.

El panorama resulta un tanto desolador: si cogemos un poco de distancia, lo que descubrimos es que la crisis ha sido una oportunidad para, por un lado, debilitar considera-

blemente nuestro insuficiente Estado del bienestar, que ya antes de la crisis estaba muy por debajo de los estándares medios europeos, y, por otro, deshacer el entramado institucional sobre el que se sostenía el equilibrio entre capital y trabajo que trabajosamente se construyó a lo largo del periodo democrático. Al deteriorar los servicios sociales, reducir brutalmente las pensiones en el medio plazo y desregular la negociación colectiva, el sistema político-económico se ha escorado decisivamente hacia los intereses del capital. La capacidad redistributiva del Estado (que era muy baja antes de las reformas) queda sin duda cuestionada.

El futuro

Podría pensarse que estas políticas tan regresivas que he descrito en la sección anterior se revertirán una vez que el país supere la crisis económica. Sin embargo, esa esperanza tiene escaso fundamento, por varias razones que a continuación expongo.

En primer lugar, el aumento de la desigualdad tiene consecuencias globales sobre el sistema que la refuerzan o incluso la agudizan. Cuanto más desigual es la sociedad de un país, más improbable es que los gobiernos sean capaces de poner en práctica políticas para combatir las diferencias de ingresos y riqueza. Esto sucede así porque la oposición a la redistribución por parte de los más ricos aumenta cuanto mayor es el nivel de redistribución necesario para igualar salarios y porque cuanto más concentrada está la riqueza, mayor influencia política tienen quienes están en la cúspide de la escala económica. De ahí que, en general, sea más difícil recortar la desigualdad que aumentarla.

En segundo lugar, porque para poder hacer políticas redistributivas será preciso aumentar los impuestos, algo que suele resultar impopular. Además, siempre es más costoso reconstruir que destruir. Una vez que la ciudadanía se habitúa a vivir en un Estado con servicios sociales de menor alcance y calidad, resulta complicado restablecer coaliciones sociales que demanden una mayor protección social.

En tercer lugar, el Gobierno de nuestro país, con independencia de cuál sea su signo ideológico, tiene fuertemente recortadas sus competencias en política económica, sobre todo en materia de política monetaria, aunque también, y cada vez más, en materia de política fiscal. Nuestra pertenencia a la UE y, más específicamente, a la unión monetaria, constituye una restricción fundamental en las políticas que puede llevar a cabo el Ejecutivo. La política económica, en buena medida, ha sido constitucionalizada a través de los tratados europeos (el de Maastricht, el de Lisboa) y de acuerdos intergubernamentales como el reciente Pacto Fiscal. Y la parte que todavía es discrecional ha sido delegada al BCE, una agencia tecnocrática, sin legitimación democrática, que no rinde

cuentas por sus decisiones. En estas condiciones, es más fácil dismantelar el Estado del bienestar que reforzarlo.

Todo parece indicar, pues, que durante el momento crítico de la crisis, España ha optado por un cierto camino que, a medio plazo, no tiene marcha atrás. Nos encaminamos a un país más desigual, competitivo en el seno de la UE gracias a sus bajos salarios, con un Estado del bienestar pequeño y poco redistributivo, con un sistema fiscal deficiente y un mercado de trabajo disfuncional, en el que los intereses del trabajo han quedado claramente preteridos. La sociedad estará compuesta por un porcentaje minoritario (alrededor de un 30%) de trabajadores de alta cualificación, con salarios elevados y fuerte productividad, profesionales con habilidades suficientes para participar y beneficiarse de la globalización; en torno a un 20% de excluidos, en situación de pobreza; y en medio el 50% restante que corresponde a una antigua clase media venida a menos. Estas cifras que presento no deben tomarse sino como aproximaciones: con todo, el panorama que describen sí lo considero realista.

La crisis está siendo un momento crítico en el que, por primera vez desde la llegada de la democracia, se está produciendo un profundo cambio de rumbo en la base político-económica del país. España, por descontado, acabará saliendo de la crisis, pero lo hará con una orientación nueva y, a todos los efectos, muy poca atractiva: será un país con soberanía mínima por lo que se refiere a decisiones económicas, dominado por la desigualdad, con bajos salarios para la gran mayoría de la población y con un Estado más bien incapaz para corregir los obstáculos de partida a los que se enfrentan los más desfavorecidos.

**TODO
EL ANÁLISIS**



**TODOS
LOS FORMATOS**



**Política Exterior
Economía Exterior
Afkar / Ideas**

Informe Semanal de Política Exterior

**TÚ
DECIDES**



**TÚ
DECIDES**



**TÚ
DECIDES**



*Si te interesa lo que pasa en el mundo, nosotros te contamos cómo y por qué.
En todos los formatos y en español.*

politicaexterior.com

Ciudad, urbanismo y clases sociales en perspectiva

La urbanización es uno de los procesos principales de acumulación de capital, es decir, es un mecanismo fundamental para el desarrollo de la clase capitalista. La contradicción propia a nuestras sociedades se ha trasladado en gran parte del ámbito de la empresa al del territorio. La ciudad –los territorios urbanizados o en proceso de serlo, las regiones metropolitanas–, es un espacio en el que se produce una parte importante de la plusvalía y en consecuencia existe una masa importante de la población que sufre esta expropiación. Uno, quizá el mayor, reto que tiene la izquierda, el movimiento político que promueve, es alentar un desarrollo democrático que construya una sociedad de personas libres e iguales, en un espacio de relaciones de intercambio y cooperación puesto que ciudadanos y ciudadanas son las que conviven, libres e iguales, en un territorio dotado de identidad y que se autogobierna.

Los actuales territorios metropolitanos cuestionan nuestra idea de ciudad: son vastos territorios de urbanización discontinua, fragmentada en unos casos, difusa en otros, sin límites precisos, con escasos referentes físicos y simbólicos que marquen el territorio; de espacios públicos pobres y sometidos a potentes dinámicas privatizadoras, caracterizados por la segregación social y la especialización funcional a gran escala y por centralidades “gentrificadas” (clasistas) o “museificadas”, convertidas en parques temáticos o estratificadas por las ofertas de consumo. Esta ciudad, o “no ciudad” (como diría Marc Augé) es a la vez expresión y reproducción de una sociedad a la vez heterogénea y compartimentada (o “guetizada”), es decir mal cohesionada. Como se expone al inicio de este trabajo las promesas que conlleva la revolución urbana, la maximización de la autonomía individual especialmente, está solamente al alcance de una minoría. La multiplicación de las ofertas de trabajo, residencia, cultura, formación, ocio, etc., requieren un relativo alto nivel de ingresos y de información así como disponer de un efectivo derecho a la movilidad y a la inserción en redes telemáticas. Las relaciones sociales para una minoría se extienden y son menos dependientes del trabajo y de la residen-

Jordi Borja es presidente del Observatorio de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, Barcelona

cia, pero para una mayoría se han empobrecido, debido a la precarización del trabajo y el tiempo gastado en la movilidad cotidiana.

Esta nueva sociedad urbana nos aparece —a diferencia de la sociedad industrial clásica de los siglos XIX y gran parte del XX—, poco estructurada en grandes grupos sociales. Se describe habitualmente como una sociedad individualizada, muy segmentada en grupos diversos, en unos casos por sus ingresos, en otros por su edad u origen (inmigrantes), o por su status socioeconómico o su relación con el trabajo (asalariado, autónomo, desocupado, propietario, directivo), incluso por su nivel cultural o por su posición en el territorio (integrados o más o menos excluidos). Pero se perciben sus fracturas entre los que temen perder sus rentas de posición, mediocres privilegios y seguridades vulnerables (como se demuestra actualmente) y los que viven en precario, en sus trabajos y con respecto a sus derechos, sin otro horizonte vital que el de la incertidumbre, sin otra certeza que la de no poder alcanzar el nivel de sus expectativas ni de sus necesidades.

Si hay crisis de la ciudad, la izquierda debiera proponernos en el presente un proyecto de ciudad, la futura. Sin embargo, mediante políticas sectoriales y cortoplacistas acaba sometiéndose a la lógica segregadora y excluyente del mercado y contribuye en muchos casos a la disolución de lo ciudadano

Es una sociedad que necesita del Estado del bienestar, pero precisamente este no llega, o no lo suficiente, a los que más lo necesitan. El discurso, que se supone bienintencionado, que considera el Estado del bienestar como “nuestro Estado de derecho”, olvida que este programa no garantiza el “bienestar”, por insuficiente o inadaptado a las necesidades de hoy de gran parte de los que más lo necesitan: los mileuristas y los desocupados, los jóvenes que no pueden acceder a la vivienda y los inmigrantes sin derechos reconocidos, los fracasados de la escuela y los excluidos por la fractura digital. Esto unido a la cada vez mayor fractura territorial que sufren los que viven en el círculo vicioso de la marginación, en urbanizaciones periféricas o en barrios degradados, lejos de todo y demasiado cerca de los que viven la misma situación o peor que ellos.

En estos espacios urbanos y en estas sociedades atomizadas la democracia pierde sentido y la ciudad tiende a disolverse. Las fuerzas políticas progresistas, democráticas o denominadas de izquierda han podido desarrollar una gestión en los ámbitos locales o regionales asistencial, relativamente redistributiva, mediante programas de equipamientos y espacios públicos y de políticas sociales y culturales. Unas políticas más reproductoras que transformadoras (más de lo mismo). Pero han asumido el discurso capitalista y en muchos casos en su versión especulativa. El discurso de la ciudad “competitiva”, la concepción de los grandes proyectos urbanos y de las operaciones de renovación de zonas enteras de la ciudad

ha ido unido a las omisiones escandalosas de falta de política de suelo y de vivienda en el tejido urbano compacto y de un gobierno metropolitano democrático que pudiera hacer políticas redistributivas e integradoras efectivas.

Las fuerzas políticas teóricamente representativas de las clases populares, o si prefieren las que sufren procesos discriminatorios y déficit de ciudadanía, han sustituido el arraigo social por la instalación institucional. La disolución de la acción política ha ido en consecuencia acompañada por la disolución de su discurso. Si hay crisis de la ciudad (riesgo de degeneración y oportunidad de re-creación a una escala mayor) la izquierda debiera proponernos en el presente un proyecto de ciudad futura. Pero, sea desde los gobiernos o desde la oposición, no es capaz de proponernos políticas de resistencia y alternativa a los efectos perversos de la globalización que se manifiestan tanto en los procesos de gentrificación y de especialización en las áreas centrales como en los territorios periféricos donde se está desarrollando la ciudad futura: vastos espacios urbanizados lacónicos, desprovistos de sentido y sin calidad de ciudad. Al contrario, mediante políticas sectoriales y cortoplacistas acaba sometiéndose a la lógica segregadora y excluyente del mercado y contribuye en muchos casos a la disolución de lo ciudadano. A lo que gobernantes (derechas e izquierdas confundidas) y grandes empresas añaden, en nombre de la competitividad y del *marketing* urbano, la ostentación arquitectónica y el neomonumentalismo de exportación, que banalizan la ciudad y alienan a los ciudadanos, puesto que en muchos casos esta arquitectura de autor parece destinada a provocar sentimientos de expropiación en vez de la identificación o la emoción integradoras. El sentimiento de desposesión es hoy perceptible en las ciudades metropolitanas. La alienación y la explotación urbanas ya anunciada por el joven Engels (en *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*) en 1844-1845, se reproduce hoy a una escala mayor.

La complicidad de los políticos —y nos referimos especialmente a la supuesta izquierda que ha gobernado—, se debe a su debilidad política frente a los actores económicos y sus representantes políticos y, en ciertos casos, a la debilidad humana ante las tentaciones lucrativas. Pero también, y sobre todo, se debe a una *debilidad intelectual* al haber olvidado el análisis de clase de la sociedad, y al desconocimiento de las nuevas contradicciones del desarrollo urbano promovidas por el capitalismo financiero especulativo global. Se debe a la incapacidad para aislar el bloque “cementero” local o nacional y en cambio facilitar las expectativas de las clases populares de participar en las migajas del festín de la burbuja inmobiliaria. Una debilidad culposa pues expertos reconocidos lo habían analizado y habían previsto el fin de la burbuja (por ejemplo, Jose Manuel Naredo o el Observatorio Metropolitano de Madrid). Parece obligado referirse, aunque sea de forma muy sintética, a la ciudad y a las regiones metropolitanas, como una realidad contradictoria en la que se dan procesos de acumulación de capital y de explotación y de alienación (o desposesión) social y también de resistencias y reivindicaciones populares.

Parece contradictorio que, en una época en la que el conflicto de clases se acentúa (como constata incluso el supermillonario y especulador Buffet), se proponga como uno de los principales objetivos los derechos ciudadanos que se vinculan a la democracia liberal y, en el mejor de los casos, al *Welfare State*. Hay tres razones, como mínimo, para reivindicar los derechos ciudadanos, es decir, los que corresponden a las políticas públicas de reproducción social o salario indirecto.¹

En primer lugar, por la simple razón de que los derechos políticos y sociales conquistados hoy son más teóricos que reales para gran parte de la población, son simplemente programáticos y las políticas públicas no los garantizan. Además en muchos casos se los limita o de facto se los niega mediante privatizaciones de servicios públicos, de convertir la prestación en mercancía (como la vivienda) o mediante reformas que los reducen a muy poco (como el derecho al trabajo o a las pensiones).

En segundo lugar, por el carácter histórico de los derechos, los del pasado no son ni mucho menos suficientes y emergen o se refuerzan: el espacio público, la formación continuada, la renta básica, la accesibilidad física y la social, la igualdad político-jurídica de todos los residentes, la democracia participativa o de base y deliberante, la reforma democrática de las instituciones, etc.

Y, en tercer lugar, la necesidad de construir derechos complejos para forzar políticas públicas integrales y elaboración y gestión de las mismas desde la base. El ejemplo más evidente es el “derecho a la ciudad”.

Se puede argumentar que sustituir el conflicto social clasista por las demandas interclasistas, con frecuencia contradictorias y en muchos casos orientadas o más propias de las clases medias que de las populares, es situar a éstas en una situación de subordinación. Puede ocurrir evidentemente pero es más lógico que sea lo contrario. Los más necesitados de derechos, viejos y nuevos, son los sectores populares, por lo cual la iniciativa conflictual la llevarán ellos. A lo largo de la historia las luchas democráticas las han protagonizado en gran parte estos sectores. Además las clases trabajadoras están a su vez muy fragmentadas, se enfrentan a adversarios invisibles y en bastantes ocasiones es más viable construir solidaridades en el territorio que en el ramo de la producción.

¹ Véase J. Borja, «La democracia perdida en busca de la ciudad futura» en la obra colectiva promovida por Habitat International Coalition, a cargo de A. Sugranyes y Ch. Mathivet (eds.), *Ciudades para todos*, editado en castellano, francés e inglés, Santiago de Chile, 2010. Del mismo autor, «Revolución urbana y derechos ciudadanos», 2013. De G. Pisarello y otros, *El derecho a la ciudad*, Observatorio DESC-Institut de Drets Humans de Catalunya, 2011. Es interesante el debate iniciado por Manuel Delgado de crítica a las ideas de los textos citados, que denomina “ciudadanismo” (*El País*, 22-2-2014) por considerar que es una renuncia al análisis de clase. Algunos elementos de respuesta se encuentran en E. Hobsbawm, «La clase obrera y los derechos humanos» (conferencia en Emory Univ, Atlanta, 1982).

Una segunda razón es de carácter estructural. La ciudad y los territorios urbanizados son hoy el principal ámbito de acumulación de capital en detrimento de la reproducción social, principalmente por la financiarización de lo urbano. Los sectores populares y en gran medida las clases medias sufren una explotación indirecta pues su “salario indirecto” no solo queda afectado por la colusión entre gobiernos y grupos económico-financieros, y da lugar a que parte de los recursos públicos se desvíen hacia las actuaciones especulativas y lucrativas, sino que además se generan políticas público-privadas que aumentan los costes sociales y ambientales. Por ejemplo, la difusión urbana sin ciudad o la gentrificación o especialización de las zonas centrales o bien equipadas y muy accesibles.

La tercera razón es el valor progresista y esperanzador del concepto de ciudadanía. Ya en los siglos XVII, XVIII y XIX las revoluciones inglesa y americana y sobre todo la francesa fueron revoluciones motivadas por la exigencia de universalizar la ciudadanía: la igualdad, la libertad y la solidaridad de todos los habitantes de un territorio independiente. Tan es así que los revolucionarios franceses decretaron que los “monárquicos” eran el “partido del extranjero”. Más tarde las revoluciones de 1848 en Europa, las revoluciones que siguieron a la primera guerra mundial en Rusia y Alemania, o los frentes populares que precedieron a la segunda guerra mundial y los programas de nacionalizaciones y de universalización de los servicios públicos (enseñanza, sanidad, vivienda, transportes, protección social), añadían a la ciudadanía política los contenidos económicos y sociales. A lo largo de los últimos dos siglos las clases populares han conseguido grandes avances al vincular sus objetivos de clase con los derechos ciudadanos.

Actualmente vivimos una época que exige revoluciones democráticas en todas las dimensiones. Hay que romper el “muro del dinero” que defienden, por acción o por omisión, las fuerzas políticas gobernantes. Lo cual requiere transformar el actual modelo institucional, sin lo cual no se podrán aprobar nuevos marcos políticos y jurídicos y nuevas políticas públicas. Los objetivos políticos son prioritarios: que sean ámbitos de las políticas públicas la república y la cultura republicana, la autodeterminación de los pueblos, la simplificación del andamiaje institucional y su adaptación a los territorios; la supresión o regulación pública de los poderes económicos y mediáticos, la limitación de las competencias específicas de las organizaciones de la democracia representativa,² el desarrollo de la democracia de base y las diversas formas de participación que tengan una incidencia determinante en la elaboración y ejecución de las políticas públicas.

² Enrico Berlinguer, en uno de sus últimos escritos y durante su liderazgo en el Partido Comunista Italiano (PCI), afirmaba hace 30 años la urgencia de que los partidos ocuparan solamente una parte minoritaria del entramado político institucional. Y en los años veinte, Harold Laski, personalidad del Labour Party e intelectual vinculado a los sindicatos y de cultura liberal progresista, defendía la diversidad de formas de gestión de lo público o parapúblico mediante asociaciones, cooperativas, sindicatos, etc.

En resumen, no se pueden contraponer las clases sociales con la ciudadanía, corresponden a dos dimensiones del análisis social y político. Las clases sociales conceptualmente corresponden a la estructura de la sociedad, a cómo se posicionan ante las contradicciones de la misma, cómo definen sus intereses y valores y cómo actúan en las relaciones socioeconómicas y ante los poderes públicos. La ciudadanía es un concepto vinculado al republicanismo, al sistema político democrático que parte del principio de libertad, igualdad y solidaridad entre todos, de lo cual se derivan derechos propios de cada época, políticas públicas para que sean efectivos y participación activa y desde la base de todos los ciudadanos en el proceso político institucional.

¿Debemos temer al marxismo?

Sí, es lógico el temor pues permite desvelar no solo las injusticias de la ciudad —lo cual es común a cualquier forma de pensamiento medianamente crítico—, y también nos permite entender el conjunto de mecanismos y de agentes que provocan esta injusticia. Los que proponen la ecuación, que hemos denominado imposible (los que van de ingenua buena fe, y muchos otros que simplemente utilizan una retórica legitimadora), pretenden resolver la injusticia pero sin intervenir sobre las causas y sin reconocer los mecanismos generadores de las desigualdades y exclusiones. Lo cual permite a los analistas “cientificistas” aplicar modelos interpretativos que explican por qué los pobres viven en unos lugares y los ricos en otros. Previamente se han obviado o “naturalizado” los mecanismos económicos que generan este tipo de segregación social.

Hay que partir de un hecho: la *urbanización* es uno de los procesos principales de *acumulación de capital*, es decir, es un mecanismo fundamental para el desarrollo de la clase capitalista.³ La llamada revolución urbana de las últimas décadas ha aumentado la cuota acumuladora por medio de la conversión del suelo rústico o expectante en urbanizable y urbano y por medio de la promoción inmobiliaria y la construcción de infraestructuras y edificios. El ciclo inmobiliario resultante genera crisis periódicas como corresponde a la producción de un bien necesario y mercantilizado, es decir que tiende a la sobreproducción respecto a la demanda solvente. El coste de la vivienda en el mercado no es el mismo del Ford T cuyo éxito se basó en definir un precio que los trabajadores industriales pudieran pagar. Las crisis cíclicas del sector inmobiliario desde la segunda guerra mundial hasta los años ochenta se controlaban por medio de las políticas públicas keynesianas que reactivaban el sector de la construcción. El problema se acentuó considerablemente en los últimos 25 años.

³ Utilizamos los conceptos de Marx tal como se exponen en *El capital*. Hemos tenido en cuenta las obras de D. Harvey, *The Urbanization of Capital* (1985), *Espacios de esperanza* (2003, original en inglés 2000), *The Enigma of Capital and The Crisis of Capitalism* (2010) y especialmente en un artículo reciente publicado en *Socialist Register*, «The urban roots of financial crisis: reclaiming the city for anti-capitalist struggle», que está ha incluido en su último libro *Rebel Cities* (Verso, 2012). Y también la obra de J. M. Naredo y del Observatorio Metropolitano.

La crisis actual que vincula directamente *urbanización y financiarización* es resultado de un juego a tres bandas. Primero: los capitales volátiles han irrumpido con fuerza en los procesos urbanizadores. Segundo: los gobiernos han practicado la desregulación del sector y han permitido la proliferación de productos financieros inviables. Tercero: para ampliar el mercado se ha tendido a buscar cada vez más a posibles clientes en los estratos de bajos ingresos. Resultado: se ha creado un mercado ficticio, insolvente, pero endeudado. En EEUU el endeudamiento hipotecario privado se acerca al 50% del total y en España la suma del endeudamiento del “bloque cementero” y de los compradores insolventes superó el 60% total del país. Pero en este caso los bancos protegieron a los grandes promotores o constructores y los gobiernos protegieron a los bancos mediante cuantiosas ayudas y préstamos. Con lo cual la deuda ahora se reparte entre el Estado (los contribuyentes) y la población de bajos ingresos. Una deuda que equivale al PIB. En EEUU el otro país más endeudado es el 50% del PIB.

Como dijo el supermillonario Warren Buffet «en la guerra de clases afortunadamente la mía la está ganando». Podría añadirse como dice Harvey, que «el capitalismo es capaz de construir ciudades pero lo que no puede luego es pagarlas». La pertinencia del análisis de clase no se termina aquí. Los expertos internacionales, como los del Banco Mundial, evalúan el desarrollo urbano en magnitudes monetarias. Por lo tanto, a más urbanización extensiva, más especulación del suelo, mas construcciones con independencia de la solvencia de la mercancía, más endeudamiento, más “desarrollo urbano”. Con lo cual se legitima la desregulación financiera y la urbanización con altos costes sociales y ambientales que ya expusimos al inicio de nuestro trabajo. El resultado es la crisis económica que se extiende a la economía productiva y que reduce de forma traumática la demanda social y las posibilidades de las políticas públicas. Se ha producido una acumulación de capital en el sector financiero y se han acentuado considerablemente las desigualdades sociales. Buffet tiene razón afirma que es una guerra social y que por ahora han ganado.

¿Es pertinente entonces hablar de *lucha de clases* en los territorios urbanos? Evidentemente sí, aunque uno de los contendientes aparezca como más visible y más agresivo y organizado y el otro se exprese mediante resistencias dispersas y sin objetivos que unifiquen. La ciudad (utilizamos este término para simplificar aunque nos referimos a los territorios urbanizados o en proceso de serlo y más específicamente a las regiones metropolitanas), es un espacio en el que se produce una parte importante de la *plusvalía* y en consecuencia existe una masa importante de la población que sufre esta expropiación. Los trabajadores asalariados, el ejército de reserva de mano de obra (los inmigrantes), los jóvenes que consiguen acceder al mercado de trabajo y los desocupados que lo han perdido y gran parte de las clases medias que están perdiendo o no les alcanzan los bienes y servicios propios del “Estado del bienestar” (es decir, los que cubren derechos considerados universales), son los que generan la plusvalía que se apropian el capital financiero, el bloque

“cementerio” y, en general, los capitalistas que externalizan una parte de sus costes y disfrutan de rentas de posición en las zonas más valorizadas de la ciudad. El conjunto de las clases urbanas⁴ que sufren la *alienación urbana*, o la *desposesión* de la ciudad que han hecho y hacen cada día, reciben un *salario ciudadano o indirecto* en forma de vivienda protegida, de transportes colectivos, de educación y asistencia sanitaria, de equipamientos culturales, de programas sociales, de servicios de protección, de espacios públicos cualificados, etc. Cuando el salario indirecto no cubre satisfactoriamente estos derechos y en cambio financieros, especuladores, promotores, constructores, capitalistas beneficiarios de rentas de posición, etc., obtienen grandes beneficios entonces se puede considerar que la ciudad es hoy un ámbito de *explotación*. Harvey, en el artículo de *Socialist Register*,⁵ afirma incluso que actualmente la ciudad es el lugar principal de apropiación capitalista de la plusvalía. El temor al marxismo pues, por su carácter revelador, es lógico cuando lo expresan las elites dominantes, pero no lo es tanto cuando se trata de la agresividad con la que se rechaza en los medios académicos.⁶

La crisis urbana como crisis de la “no-ciudad”

La llamada crisis urbana, como hemos visto, es la crisis de los procesos de urbanización de las regiones metropolitanas y de la transformación excluyente de las áreas centrales de la ciudad. Estas dinámicas se han dado siempre en la ciudad capitalista, sin embargo, en las últimas décadas se han dado tres cambios importantes. En primer lugar, la *financiarización* del desarrollo urbano ha contaminado al conjunto de la sociedad. La famosa distinción entre capitalismo productivo o especulativo (parásito o *fainéant* en la parábola de Saint Simon) ahora es más confusa. Una parte importante de los capitalistas productivos participan también de la especulación.⁷ Una participación, directa o indirecta, se ha extendido a la sociedad: la compra de apartamentos o parcelas o de “productos financieros” alcanza incluso a poblaciones de bajos ingresos pues si sus ahorros son escasos las hipotecas son baratas. En segundo lugar, se ha difundido un conjunto de *falsas creencias*

⁴ La obra reciente de M. Subirats, «Barcelona, de la necessitat a la llibertat. Les classes socials al tombant del segle XXI», *L'Avenç*, 2012, significa un hito importante en la producción intelectual sobre la ciudad pues recupera, actualiza e innova el análisis de clase en las regiones metropolitanas.

⁵ D. Harvey, «The urban roots of financial crisis: reclaiming the city for anti-capitalist struggle», *The Crisis and the Left, Socialist Register*, vol. 48, 2012.

⁶ En muchos centros y departamentos de ciencias sociales hay un rechazo explícito al marxismo. Lo mismo sucede en las comisiones nacionales o europeas de evaluación de proyectos de investigación, como han podido comprobar algunos de los miembros de estas comisiones.

⁷ En el texto autobiográfico que acompaña a este trabajo refiero cómo en 1979, poco antes de las primeras elecciones locales democráticas, tuve un encuentro con los directivos del Círculo de Economía. Defendí entonces la conveniencia de concertar un proyecto de ciudad de las izquierdas con la “burguesía productiva” y lo definí como una “alianza saintsimoniana”. El presidente, Mas Cantí, me dijo que si no fuera porque el PSUC se definía como comunista, la mitad del comité directivo podría votar por él. Hoy no creo que pudiera repetirse esta situación.

alimentadas por líderes políticos y económicos y los grandes medios de comunicación (véanse los suplementos de “propiedades”, “inmobiliarios” o en América latina “countries”). «El endeudamiento no tiene importancia» declaró el vicepresidente Cheney que acompañó a Bush II en su presidencia. La creencia en que el bien inmobiliario o el suelo solo puede aumentar ha sido compartida por la gran mayoría de la población. Se han estimulado mediante engaños (la letra pequeña de los contratos) a sectores poco solventes para que participaran en la pirámide inmobiliaria. Los expertos, e incluso los medios académicos, han legitimado un lenguaje tramposo que ha contribuido a crear el ambiente propicio para una carrera hacia el precipicio de muchos y al dinero fácil de unos pocos. Y, en tercer lugar, la dimisión de los gobiernos nacionales, los organismos internacionales y los bancos centrales de su *función reguladora*. Se ha impuesto, en nombre del neoliberalismo, una desregulación generalizada que ha impedido incluso reaccionar mediante políticas anticíclicas al desarrollo salvaje de la urbanización. Especialmente significativa ha sido la degeneración de las cúpulas políticas de la socialdemocracia que se han convertido en cómplices activos del proceso urbanizador, que han asumido los valores de la derecha más reaccionaria para justificarlo (el discurso securitario, la individualización de la sociedad, el convertir a todo el mundo propietarios, etc.). El resultado ha sido que cuando estalla la crisis en el escenario político (institucional) no ha habido ni capacidad crítica ni propuestas alternativas.

La ciudad es un espacio en el que se produce una parte importante
de la *plusvalía* y en consecuencia existe una masa
importante de la población que sufre esta expropiación

Hay que reconocer también que el marxismo, que podemos considerar una parte fundamental de la teoría crítica sobre la sociedad y la economía capitalistas, se ha centrado principalmente en la acumulación de capital en el proceso de la producción industrial, ha prestado menos atención a los procesos de circulación del capital y ha considerado la temática urbana como un resultado de procesos ajenos a la misma. Evidentemente, ha habido numerosas excepciones en el ámbito intelectual pero la “cuestión urbana” (como titulaba Manuel Castells su libro teórico de orientación marxista) ha sido considerada secundaria por parte de las organizaciones políticas que se reclamaban del marxismo. Sin embargo, el mismo Marx en *El manifiesto comunista* (con Engels) y especialmente en *El Capital* apunta conceptos muy útiles aplicables a la ciudad como la contradicción entre la ciudad como ámbito de *cooperación* entre las clases sociales y como lugar de *acumulación* y de *explotación* mediante la apropiación capitalista de la plusvalía. Así mismo, sienta las bases del *salario indirecto* (ciudadano) como base de la reproducción social y de la *desposesión* a partir del concepto de *alienación* a la vez psicológica y material.

El análisis expuesto hasta ahora pretende demostrar que la “ciudad” actual es un territorio específico y fundamental de la *lucha de clases*. El hecho de que la estructura social se haya diferenciado respecto a la sociedad industrial constituida a lo largo del siglo XIX y mitad del XX y que el conflicto social anticapitalista sea hoy, potencialmente, tan o más importante de la que se pueda dar en los lugares de trabajo, no significa que no sea lucha de clases. Recordemos la afirmación contundente y premonitara de Henry Lefebvre: «la revolución será urbana o no será».

El derecho a la ciudad como propuesta alternativa

Las contradicciones generadas por los actuales procesos de urbanización por una parte han llegado a un punto álgido y visible con la actual crisis, en especial en el caso español. Los enormes costes ambientales y sociales eran ya perceptibles: el despilfarro de bienes básicos (suelo, agua, energía), los efectos sobre el calentamiento de la atmósfera, los costes sociales del transporte cotidiano, la segregación y atomización de las poblaciones, el sentimiento colectivo de malestar y de desposesión, etc. A ello se ha añadido la crisis inmobiliaria y de las hipotecas que ha dejado a sectores importantes de la población sin ahorros o sin vivienda, y casi siempre sin lo uno y lo otro. Mientras tanto, las periferias aumentan su desolación por la proliferación y diseminación de conjuntos inmobiliarios vacíos, no terminados, abandonados, muertos. Una ruina pública y privada. Como ya dijimos la pública la pagan los contribuyentes y la privada es propia de sectores populares y en parte medios.

Pero la ciudad conserva su atractivo, su prestigio y su promesa.⁸ El atractivo de su oferta densa, variada y estimulante. El prestigio de su historia, de su identidad o valor de marca y de sus éxitos. La promesa de su vocación democrática y universalista, de la esperanza de progreso colectivo e individual, el estímulo de la aventura, del azar, de la sorpresa.⁹ Esta imagen de la ciudad oscurece la percepción de la crisis del modelo urbanizador dominante pero al mismo tiempo expresa lo que la ciudad podría ser, la aspiración a una ciudad que responda a los deseos de justicia, libertad y esperanza. Pero esta aspiración a lo que “podría ser” la ciudad debe derivar en un proyecto político capaz de integrar demandas diversas de las clases sociales, expoliadas de sus derechos teóricos y que se plantee la reversión de los actuales procesos urbanizadores.

⁸ El reciente y difundido libro de E. Glaeser, *El triunfo de las ciudades*, Taurus, Madrid, 2011 genera confusión. Aunque reconoce algunos costes sociales y especialmente ambientales, identificar el éxito con el discurso clasista de los sectores altos y en parte medios que viven con un pie en la ciudad gentrificada o en enclaves cualificados y el otro en el mundo global de internet y de movilidad multidimensional.

⁹ En nuestro trabajo nos hemos referido a la ciudad como lugar del azar, de la sorpresa, de los intercambios no programados, de los descubrimientos no buscados. El lugar de la *serendipity* como expuso Ascher recuperando el término acuñado por Horacio Walpole en 1700: *La ville c'est les autres*. CCI-Centre Pompidou 2007.

El *derecho a la ciudad* tiene la cualidad de integrar los derechos que hemos citado anteriormente: a la vivienda, al espacio público, al acceso a la centralidad, a la movilidad, a la visibilidad en el tejido urbano, a la identidad del lugar, etc. Pero su ejercicio requiere incidir en el proceso de acumulación de capital. Por ejemplo, un banco hipotecario público potente, la publicación del suelo urbano y urbanizable, una legislación urbanística y fiscal que yugule la especulación y garantice la mixtura social, etc. Su eficacia dependerá de que se consigan todos a la vez, así como “nuevos derechos” de carácter socioeconómico y político como la educación pública y la formación continuada, la renta básica, los mismos derechos políticos y sociales para todos los residentes, etc. Se trata de generar un *salario ciudadano* complejo que reduzca radicalmente la plusvalía generada por la urbanización. Utilizamos el concepto de *derechos ciudadanos* y no “derechos humanos” para vincularlos a los derechos y deberes que configuran el estatuto de ciudadano. La exigencia de derechos es una cuestión clave cuando se vive un cambio de época. Si no se lucha y no se consiguen los nuevos derechos que exige la sociedad actual se produce una regresión democrática. Que es lo que está ocurriendo en la actualidad.

Un proyecto político transformador no se generará en las instituciones políticas aunque algunos sectores pueden ser sensibles a las renovadas demandas que surjan de la sociedad.

Tampoco se construirá en los laboratorios de investigación y en los seminarios académicos aunque estos puedan producir ideas que ayuden a definir objetivos y a legitimar las reivindicaciones. Existen movimientos políticos e intelectuales alternativos (globales), como los que combaten la globalización del mundo real en nombre de otro mundo posible. Y los movimientos sociales y culturales de resistencia (locales) que defienden identidades o intereses colectivos legítimos, inicialmente dispersos que pueden agregarse gradualmente en proyectos políticos. Es posible que entre las corrientes más progresistas pero muy minoritarias de la política institucional, los ámbitos de investigación y debate intelectual y los movimientos globales y locales se generen intercambios y transferencias que pueden sentar las bases de un proyecto que sea a la vez realista en su acción cotidiana y radical en sus objetivos.

Elogio de la ciudad y el derecho a la belleza¹⁰

«La ciudad es la insurrección estética contra la cotidianidad», escribió Henri Lefebvre.

Para algunos que nos ocupamos en asuntos relacionados con la ciudad, lo que nos atrae especialmente de esta es que es el lugar de la libertad, de la conquista y de la aventura posi-

¹⁰ En ocasión de una misión profesional en la región del ABC, en la periferia de São Paulo, una zona de dos millones de habitantes con mayoría proletaria, visité un sector de favelas extremadamente pobre, casi inhabitable a la orilla del río. Se me acercó una señora negra a la que acompañaba su nieta y me preguntó qué iba a pasar con ellos. Le dije que a corto plazo se haría una actuación para introducir mejoras indispensables y que luego, en el marco del proyecto, se construirán viviendas cerca, etc. Respuesta, «me lo creo, tengo confianza en el gobierno del municipio (del PT) pero por favor pongan mucha atención a que se haga bien, pues los pobres también tenemos derecho a la belleza».

ble, individual o colectiva, la multiplicación de los encuentros imprevistos, de los azares insospechados. La ciudad puede sorprendernos en cada esquina (Breton, en Nadja) y allí queremos vivir «per si hi ha una gesta» (Salvat Papasseit, poema *La casa que vull*). La ciudad es vivencia personal y acción colectiva a la vez. Sus plazas y calles y sus edificios emblemáticos son el lugar donde la historia se hace, el muro de Berlín, la plaza Wenceslas de Praga, el Zócalo mexicano, la plaza Tiananmen... Y, si miramos a un pasado más lejano, el palacio de Petrogrado y las escaleras del Potemkine o La Bastille y el salón del Jeu de Paume junto a la Concorde del París revolucionario. Precisamente en este salón se proclamaron *Les droits de l'homme*: «los hombres nacen y se desarrollan libres e iguales». El mito originario de la ciudad es la Torre de Babel, gentes distintas pero iguales, juntas construyendo su “ciudad” como desafío al poder de los dioses, como afirmación de independencia. En la ciudad, el héroe es el personaje de Chandler: duro y tierno: «si no fuera duro, señora, no estaría vivo, y si no pudiera ser tierno no merecería estarlo». Porque la libertad se conquista cada día, cada derecho debe de ser conquistado y defendido. El ciudadano no nace, se hace, se construye por medio del conflicto, no puede ser sumiso, vivir la ciudad exige una cierta dureza. Pero a la vez la ciudad es lugar de intercambio y de cooperación, de convivencia y de solidaridades, la ciudad es cálida y es el contrapeso a la democracia que es frígida, como dijo Dahrendorf.¹¹

La ciudad, real e imaginaria, la ciudad compacta y heterogénea, se caracteriza por la mezcla de la población y de la velocidad de las conexiones que permite, es decir, que multiplica las interacciones entre actores muy diversos. La ciudad se desnaturaliza cuando un planeamiento tecnocrático impone un *zoning* separador, cuando la lógica del mercado produce la segregación social, cuando el espacio público se privatiza o especializa. Sennett, en una de sus primeras obras, ya alertaba contra los efectos perversos del urbanismo funcionalista y reclamaba una ciudad que fuera lugar de encuentros múltiples entre gentes diferentes. Y el director de urbanismo de la City de Londres exponía en un encuentro internacional que los *pubs* eran el lugar más idóneo para la innovación económica y cultural pues los encuentros informales eran muchas veces los más productivos.¹²

La ciudad como metáfora de la democracia y la conflictividad asimétrica

Ciudadanos son los que conviven, libres e iguales, en un territorio dotado de identidad y que se autogobierna. A una pregunta televisiva, imprevista y en directo sobre cómo defini-

¹¹ Lucio Caracciolo (dir.), *La democrazia in Europa. Diálogo entre Ralf Dahrendorf, François Furet y Bronislaw Geremek*, Laterza, Roma-Bari, 1992.

¹² *The uses of disorder: Personal Identity and City Life*, Nueva York, 1970 (edición en castellano, Ediciones Península, 1975). La cita del director de urbanismo del Distrito de la City de Londres se refiere a una intervención en el Seminario de Grandes Ciudades, Centro Cultural San Martín, posteriormente publicado por el Gobierno de la ciudad de Buenos Aires (1997).

ría el “socialismo” Mitterrand respondió escuetamente: «es la justicia, es la ciudad». La ciudad es pues una metáfora de la democracia y del socialismo entendido como optimización de la democracia, en su doble dimensión individual y social, lírica y épica. La ciudad como el socialismo tiene por vocación maximizar la libertad individual en un marco de vida colectiva que minimice las desigualdades. La ciudad humaniza el ideal socialista abstracto, introduce el placer de los sentidos la racionalidad sistemática; los deseos íntimos de cada uno modulan los proyectos colectivos. Uno, quizá el mayor, reto que tiene la izquierda, es decir, el movimiento político que promueve (o debería hacerlo) es contribuir a un desarrollo democrático que construya una sociedad de personas libres e iguales, en un espacio de relaciones de intercambio y cooperación. Hemos aludido anteriormente el proceso de disolución de la ciudad en lo urbano, «reina lo urbano y se disuelve la ciudad» escribe François Choay.¹³

La ciudad como metáfora de la democracia y especialmente de la izquierda nos interesa pues permite enfatizar algo que es común o necesario a ambas: la dimensión sentimental y sensual, cordial y amorosa, individualizadora y cooperativa, plural y homogeneizadora, protectora y securizante, incierta y sorprendente, transgresora y misteriosa. Y también porque vivimos una época en que no es casual que ciudad e izquierda se nos pierdan a la vez; parece como si se disolvieran en el espacio público, en sentido físico y político. Si la ciudad es el ámbito generador de la innovación y del cambio, es en consecuencia el humus en el que la izquierda vive y se desarrolla, en tanto que fuerza con vocación de crear futuros posibles y de promover acciones presentes. La ciudad es a la vez pasado, presente y futuro de la izquierda. Y no tener un proyecto y una acción constante de construcción de la ciudad, que se nos hace y se nos deshace cada día, es un lento suicidio.

La contradicción propia a nuestras sociedades se ha trasladado en gran parte del ámbito de la empresa al del territorio. La contradicción capital-trabajo se manifiesta entre la acumulación capitalista y el salario indirecto, lo cual hace de las políticas públicas (por acción u omisión) el árbitro entre el beneficio (con frecuencia especulativo del capital) y las condiciones de vida o reproducción social de los ciudadanos. Sin embargo, esta contradicción aparece confusa por la multiformidad de los objetos o materias que la expresan, tan dispares como la vivienda y la seguridad, el trabajo precario y la inmigración, la protección del medio ambiente o el patrimonio y la movilidad. Una confusión que dificulta la construcción de proyectos simétricos oponibles.

A esta asimetría se añade la derivada de la diversidad de sujetos, con intereses a su vez contradictorios y que difícilmente son capaces de definir un escenario compartido en el que

¹³ F. Choay: *Pour une Anthropologie de l'espace*, Seuil, París, 2006. El texto citado, «Règne de l'urbain, mort de la ville» incluido en este libro es premonitorio, fue escrito a inicios de los años noventa y publicado primero en el catálogo de la Exposición Ville, Art et Architecture en Europe (1870-1993).

negociar el conflicto (solamente si el conflicto se agudiza y en casos puntuales). Denominamos esta conflictividad como asimétrica cuando los actores en confrontación no pueden definir objetivos negociables o no están en disposición de asumir responsabilidades. Un caso extremo de conflictividad es cuando se producen rebeliones “anómicas” (por ejemplo, las protestas de los *banlieusards* de París), que en realidad expresan una necesidad de reconocimiento.

Esta problemática afecta a la izquierda, que se encuentra con frecuencia entre y en las distintas partes en conflicto pero que difícilmente puede evitar esta situación puesto que lógicamente está en las instituciones y también representa a la ciudadanía implicada. Pero la cuestión que interesa en este caso no es la complejidad del conflicto sino la debilidad de las políticas de la izquierda institucional en estos casos. Una debilidad que se deriva más de la inconsistencia teórica y de la laxitud de los valores morales que del carácter de las personas o las opciones coyunturales de los partidos. Una debilidad de los principios y de los valores que conduce al oportunismo electoral y a la gestión rutinaria. Temas que pueden servir como test para evaluar si la izquierda institucional es portadora de un proyecto de futuro más democrático o si es simplemente una gestora del presente, con sus progresos adquiridos y sus contradicciones y retrocesos permanentes. Los temas expuestos son los siguientes: la precariedad del trabajo y la formación continuada, la vivienda y el suelo, las infraestructuras y la movilidad y comunicación, la seguridad, la escuela pública y la privada, los servicios públicos colectivos y la inmigración.¹⁴ No son obviamente los únicos desafíos pero sí incluyen cuestiones clave, conflictivas, que se expresan en los actuales territorios metropolitanos, que confrontan intereses de clase opuestos y que interpelan a los distintos niveles de gobierno.

Una interpelación a la que la izquierda institucional no ha sabido responder, que la derecha ha utilizado para promover políticas regresivas y que, finalmente, unos y otros han coincidido en ejercer de servidores sumisos del capital. En realidad más que servidores en muchos casos son cómplices activos que forman parte de un bloque social conservador y privilegiado.

Un ejemplo es la incapacidad de promover reformas institucionales que reforzarían a las políticas públicas orientadas hacia los intereses populares: legislación electoral, mecanismos de participación ciudadana efectivos, simplificar el entramado de instituciones territoriales (minifundismo municipal, proliferación de entes intermedios), crear gobiernos metropolitanos, etc. En estos casos no son los intereses del capital los que impiden estas refor-

¹⁴ Esta temática ha sido desarrollada por el autor en un artículo que en versiones algo diferentes ha sido publicado en diversas revistas y libros colectivos. Una de las versiones más completa titulada «La democracia perdida en busca de la ciudad futura» se encuentra en el libro de Habitat International Coalition, A. Sugranyes y Ch. Mathivet (eds.), *op. cit.*, 2010.

mas sino los de una “clase política” que encuentra en esta inflación y esta confusión institucionales la forma de desarrollarse parasitariamente y de asumir las mínimas responsabilidades. Nadie es responsable de nada. De esta forma se facilita la conflictividad asimétrica lo cual genera un importante grado de indefensión de los sectores populares. El discurso de la gobernabilidad es una excusa para no gobernar de verdad. Con lo cual llegamos a la última conclusión: el lenguaje.

La izquierda institucional se ha mostrado incapaz de promover reformas institucionales que refuercen políticas públicas orientadas hacia los intereses populares

El lenguaje es acción

Solo existe aquello que se puede nombrar, lo que no tiene un nombre específico no existe. Desde San Agustín a Lacan muchos pensadores han enfatizado la importancia de aplicar un nombre claro a las cosas. En nuestra época y en nuestro caso en la terminología habitual usada sobre la temática urbana se ha producido la eclosión de un lenguaje confuso que, sea cual sea la intención de los que lo usan, sirve para vender gato por liebre. En una obra reciente dedicamos una parte bastante extensa al tema.¹⁵ En este texto solamente queremos destacar el uso de las palabras como armas de la lucha de clases, pero también como medios para mistificar la realidad y naturalizar las políticas al servicio de minoría. Sin un lenguaje nuevo no haremos cambios reales. «Méfiez vous des mots» leí en Belleville, un barrio popular de París. Desconfiad de las palabras, utilicemos las palabras y los conceptos que descubran las contradicciones de la realidad.

El pensamiento único no es pensamiento, es propaganda ultraconservadora. Si fuera pensamiento no sería único. El pensamiento crítico ha vuelto a florecer precisamente en la última década aunque gran parte de la clase política y la académica no haya querido enterarse. Y es indispensable para la acción. Como escribió Marx en una carta a Engels «nunca los ignorantes han resuelto ningún problema importante». No practicar y desarrollar el pensamiento es hacerse cómplice de las injusticias del mundo actual. El pensamiento utópico está presente en los movimientos sociales y solo los que lo desconocen pueden considerarlo inútil, las utopías no existen para ser realizadas sino para indicar otros caminos, otros mundos posibles. También el pensamiento utópico es acción, es el horizonte que nos anima a andar como dijo el escritor uruguayo Eduardo Galeano.

¹⁵ J. Borja, *Revolución urbana y derechos ciudadanos*, Alianza, Madrid, 2013.

Pero las ciencias sociales académicas y el discurso de los políticos institucionales han asumido el pensamiento único. O la negación de un pensamiento fuerte y crítico, como ha difundido la postmodernidad, expresión intelectual de las políticas neoliberales. Se aceptan conceptos tan absurdos como perversos como “la competitividad” de las ciudades, tan confusos como la “cohesión social”, tan engañosos como los “mercados”, tan dudosos como el “Estado de Derecho” o la Constitución, tan equívocos como “globalización”. O tan prostituidos como “democracia” cuando se aplica únicamente a los aspectos procedimentales que favorecen la formación de oligarquías que controlan la vida política directa e indirectamente. Conceptos utilizados por unos y por otros, que naturalizan lo que son mecanismos y comportamientos sociales. La naturalización de conceptos relativos, históricos y multidimensionales como “democracia representativa”, “economía de mercado”, “comportamientos racionales de los individuos”, “propiedad privada”, “crecimiento económico”, “orden”, “seguridad”, etc., se usan como entes ahistóricos, indiscutibles y positivos, cuando en realidad son conceptos polisémicos y contradictorios. Se los utiliza en clave conservadora para legitimar la realidad, los privilegios y las desigualdades, la insostenibilidad y la exclusión, el despilfarro y el carácter represivo del Estado. Hoy una de las principales tareas intelectuales es des-enmascarar el uso de estos conceptos y muchos más que cumplen funciones similares. Aunque a veces los que los criticamos no podemos o no sabemos evitar usarlos.

La Universidad tiene una parte importante de responsabilidad en estos procesos de “naturalización” de los conceptos que legitiman el sistema socioeconómico y político. En nombre de un cientificismo que caracteriza las ciencias experimentales duras analiza solamente alguna parcelas de la realidad. Ello es debido a la segmentación de las disciplinas que tratan de una única temática, la ciudad, el trabajo, la seguridad, la organización política, las condiciones de vida, etc. Y lo hace con métodos que solamente recogen aspectos muy parciales (modelos, estadísticas, encuestas, etc.). No negamos obviamente la utilidad de estos instrumentos siempre que se parta de un punto de vista teórico y de un afán crítico. A lo que podría añadirse una vocación de intervenir sobre la realidad y no mediante estudios que demuestran sofisticadamente lo sabido o cuyas bases de partida conducen de la nada a la nada. Binet, el inventor del cociente intelectual al ser preguntado, ya anciano, qué era la inteligencia contestó que era lo que medía su test. En los años cincuenta a setenta, en plena guerra fría, el pensamiento crítico era dominante en muchas universidades y centros de investigación social. Adorno afirmaba que el progreso de la ciencia dependía del grado de desobediencia a las normas establecidas. Wright Mills proclamó «la imaginación sociológica» contra la sociología conservadora de Parsons. El economista Paul Baran escribió un panfleto espléndido sobre *La responsabilidad del intelectual*. Los influyentes historiadores y economistas británicos, marxistas o neokeynesianos vinculaban la historia a los procesos sociales libertadores, hacían la crítica del capitalismo, unos y otros pretendían reformarlo radicalmente. En Francia se revalorizó al Paul Nizan de *Les chiens de garde*. Sartre devino el pensador legitimador de la “crítica radical” y tantos otros investigadores sociales

marxistas o no como Lefebvre y luego Bourdieu (y, más recientemente, Wacquant) han sido y son referentes de varias generaciones.

En la década de los ochenta, se inició la “contrarreforma” conservadora. Progresivamente se devaluaron las Humanidades, se fragmentaron las disciplinas académicas, se caricaturizaron los métodos y técnicas de las “ciencias duras”, se controlaron las tesis y los proyectos de investigación, se compró a las autoridades académicas, se crearon sistemas de censura como las revistas indexadas. La Universidad como fuente de progreso humano se redujo a mínimos. Afortunadamente, ha habido reacciones en sentido contrario y de la misma forma que en bastantes casos buenas (o bien intencionadas) políticas generan efectos perversos, la crisis ha revelado las contradicciones difícilmente superables en el marco socio-económico y político. Y cultural también. «Los problemas que hemos creado con nuestros conceptos no los resolveremos con los mismos conceptos», dijo Einstein. Ya en el siglo actual se han multiplicado los trabajos críticos sobre la Universidad, la decadencia de las humanidades, el falso científicismo convencional y la revalorización del pensamiento crítico, de base marxista o no.¹⁶

¹⁶ Entre otros podemos citar J. Llobet *Adéu a la Universitat*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011; M. Nussbaum, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita las humanidades*, Katz, Madrid, 2010; G. Mayo y A. Brey (eds.), *La sociedad de la ignorancia*, Península, 2011, con contribuciones de Marina Subirats, Daniel Innenarity y otros; G. Eley y K. Nield [2007 el original y 2010 en castellano], *El futuro de la clase en la historia de Ideas recibidas*, AA.VV, editado por el MACBA, 2009 y en el terreno científico duro, A. Sokal, *Más allá de las imposturas intelectuales*, Paidós Ibérica, 2009.

^{LE}MONDE *en español*
diplomatique

SESENTA AÑOS HACIENDO PERIODISMO INDEPENDIENTE



MENSUAL
DE INFORMACIÓN
Y ANÁLISIS
INTERNACIONAL

www.monde-diplomatique.es

MARÍA CASTRILLO, ÁNGELA MATESANZ,
DOMINGO SÁNCHEZ FUENTES Y ÁLVARO SEVILLA

¿Regeneración urbana? Deconstrucción y reconstrucción de un concepto incuestionado¹

La "regeneración urbana" se plantea hoy desde las instituciones como una vía para la recuperación económica que además garantiza un modelo basado en la sostenibilidad y en la integración de los aspectos sociales, económicos y ambientales. Este artículo muestra que, sin embargo, la intervención en la ciudad existente (donde la "regeneración urbana" se encuadra), vista tanto desde una perspectiva histórica como institucional, en España como en Europa, no conforma un panorama tan luminoso, sino que conlleva cambios más profundos que los exclusivamente ligados a la transformación física y que son especialmente problemáticos en lo que se refiere a la desposesión urbana de las clases más bajas. Este artículo trata de abrir un debate crítico en torno a esta cuestión y proponer cuáles pueden ser las bases para plantear otra forma posible de regenerar la ciudad.

Desde los años ochenta del siglo XX hasta la actualidad se han venido financiando, desde diversas instancias políticas, programas de fomento de la rehabilitación urbana, primero sobre áreas históricas y luego sobre otro tipo de barrios. Último capítulo de este proceso, en abril de 2013, el Gobierno de Mariano Rajoy aprobó el «Plan estatal de fomento del alquiler de viviendas, la rehabilitación edificatoria, y la regeneración y renovación urbanas 2013-2016» y, unos meses más tarde, la Ley 8/2013, de 26 de junio, de rehabilitación, regeneración y renovación urbanas. El preámbulo de la nueva ley afirma que:

María Castrillo
(Universidad de Valladolid),
Ángela Matesanz
(Universidad Politécnica de Madrid),
Domingo Sánchez Fuentes
(Universidad de Sevilla),
Álvaro Sevilla
(Universidad Politécnica de Madrid)

¹ La idea de este artículo surge de las discusiones generadas a raíz del proyecto «Estrategia para el diseño y evaluación de planes y programas de regeneración urbana integrada. La intervención en las periferias españolas a través de las áreas de rehabilitación integral y el programa URBAN (BIA2012-31905) del Plan Nacional de I+D 2008-2011». Subprograma de proyectos de investigación fundamental no orientada 2012.

«[...] el camino de la recuperación económica, mediante la reconversión del sector inmobiliario y de la construcción y también la garantía de un modelo sostenible e integrador, tanto ambiental, como social y económico, requieren volcar todos los esfuerzos en aquellas actuaciones, es decir, las de rehabilitación y de regeneración y renovación urbanas».²

Diríase imposible no adherirse a tan buenas razones si no fuera por lo que significa toda esa jerga. Entiéndasenos: no por lo que puede significar –cada uno es libre de imaginarlo, ahí radica el éxito despolitizador del lenguaje consensual– sino por sus referentes reales. ¿Qué significa, no en los buenos deseos sino en los hechos y en el discurso de los poderes políticos, *regeneración urbana*?

Intentaremos aportar algunas respuestas a esa pregunta en las páginas que siguen. La *regeneración urbana* tiene un alcance que va más allá de la simple transformación espacial y remite a la reorganización de las relaciones sociales y de poder. Su trascendencia es demasiado grande para que siga siendo una cuestión confinada en sedes y despachos oficiales o en círculos académicos y especializados. Queremos contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, a abrir el debate, divulgando la crítica y sugiriendo lo que podrían ser, a nuestro juicio, las bases de una *regeneración urbana* acorde con lo posible pero radicalmente distinta de la que se promueve en la actualidad.

¿Qué es la *regeneración urbana*?

La *regeneración urbana* se presenta en la actualidad como epicentro de una nueva generación de políticas urbanísticas. Aparece con frecuencia confundida o yuxtapuesta con términos como *rehabilitación*, *renovación*, *remodelación*, *revitalización*, *reestructuración* u otros, aplicados a iniciativas y proyectos urbanos muy diversos con el denominador común de referirse a espacios ya urbanizados.³ Este interés por la ciudad ya existente no es una particularidad ni una reacción a las peculiaridades españolas (urbanización desbocada, peso del sector construcción, etc.). La *regeneración urbana integrada* es, por el contrario, una noción que viene siendo impulsada por la UE desde hace décadas y que ha tenido una práctica efectiva. No obstante, aunque el neologismo es relativamente reciente, el interés de los gobiernos por dirigir la transformación de la ciudad existente no lo es en absoluto. Por el contrario, constituye uno de los ejes constantes de la historia del urbanismo. Merece la pena, por tanto, detenernos brevemente para mirar al pasado, lejano y reciente, explorar algunos ejemplos y tendencias precedentes con el fin de comprender a qué imperativos han obedecido este tipo de medidas, qué contextos sociales, económicos y disciplinares las han

² España. Ley 8/2013, de 26 de junio, de rehabilitación, regeneración y renovación urbanas. *Boletín Oficial del Estado*, 27 de julio de 2011, núm. 153, pp. 47964 a 48023.

³ A propósito de todas estas nociones y sus significados, véase *Urban*, NS04, septiembre 2012-febrero 2013, pp. 112-126.

propiciado y, sobre todo, para mostrar algunas de sus repercusiones sobre la ciudad que heredamos.

Desde una perspectiva histórica, hasta los años setenta

Buena parte del urbanismo del siglo XIX concentró sus energías en repensar y gobernar la ciudad existente, sembrada de conflictos, miserias y oportunidades. Las tensiones del capitalismo industrial, en expansión en aquella época, se hicieron sentir no sólo en el crecimiento de las periferias, sino también en el seno de las estructuras urbanas heredadas del pasado, sometidas en esta época a presiones sociales, económicas, políticas y simbólicas. La ciudad histórica, en general, se densificó y sus usos tradicionales fueron, poco a poco, siendo sustituidos. Además de ello, en muchas ciudades se dio un proceso de *destrucción creativa* cuando aquellas tensiones condujeron finalmente a programas sistemáticos de demolición de áreas o entornos seleccionados, para dar paso a los nuevos flujos de mercancías y personas e implantar nuevos regímenes de acumulación inmobiliaria y representación espacial. Con estas transformaciones desapareció también el espacio vivido, el mundo tradicional hasta ese momento asociado a la ciudad histórica. En el siglo XIX y principios del XX, estas experiencias se escriben con letras de oro y sangre en la historia del urbanismo: la pionera Regent's Street y Kingsway en Londres, los bulevares del barón Haussmann en París, los "saneamientos" del trazado medieval en Hamburgo, Frankfurt, Viena, y muchas de las grandes vías y nuevas calles que "modernizaron" las viejas ciudades españolas. En el principio fue, pues, la piqueta. Regenerar la ciudad consistió en destruirla físicamente, en parte con el objetivo de recomponerla social y económicamente en beneficio de la vivienda burguesa y las actividades terciarias.

El siglo XX intensificará la dinámica precedente con los programas extensivos de renovación urbana (*sventramenti, urban renewal*) que, en distintos contextos, coincidirán en el desmantelamiento cada vez más agresivo de la ciudad consolidada, lo que no será contradictorio, como Álvarez Mora ha evidenciado,⁴ con la aparición de las primeras declaraciones patrimoniales sobre entornos urbanos. Con todo, la máquina renovadora operó de forma intermitente, animada o ralentizada por los sucesivos ciclos económicos que sacudían el sistema en su evolución. Las olas de destrucción y renovación de la ciudad existente fueron especialmente intensas en épocas de auge y reestructuración capitalista. Pero la administración y el conglomerado de agentes gravitando en torno al sector inmobiliario podían optar por estrategias distintas, menos agresivas e incluso conservadoras en períodos de estancamiento. Es revelador, por ejemplo, que, como respuesta de choque a la depresión de la

⁴ A. Álvarez Mora, «La cuestión de los centros históricos. Generaciones de planes y políticas urbanísticas recientes» en A. Álvarez Mora y M. Castrillo Romón (eds.), *Ciudad, territorio y patrimonio: materiales de investigación: Programa de doctorado, enero 1999-diciembre 2000*, Universidad de Valladolid, Instituto Universitario de Urbanística, Valladolid, 2001.

década de los años treinta, tanto EEUU como Alemania –es decir, gobiernos supuestamente antagónicos–, propusieron casi simultáneamente similares paquetes de ayuda pública a la rehabilitación de vivienda y a la mejora del espacio público con obra civil menor. En momentos de crisis aguda, cuando falla la maquina urbanizadora –el contexto podría considerarse cercano en muchos aspectos al que vivimos hoy–, la rehabilitación y la mejora de lo existente puede convertirse en un recurso anticíclico, a través del cual movilizar excedentes de trabajo y capital. Son medidas coyunturales que se abandonan una vez que el mercado se recupera y puede retomar las tendencias de expansión urbana y destrucción de la ciudad heredada. De nuevo, EEUU y Alemania son buenos ejemplos de esa dinámica cuando, tras la segunda posguerra, la suburbanización masiva de las clases medias se acompañó de la reestructuración y terciarización de los centros urbanos.

En definitiva, hasta bien pasada la mitad del siglo XX, tanto en periodos de auge como en época de crisis, la ciudad consolidada fue considerada, en general, como un espacio de oportunidad económica, una variable dependiente de una estrategia de acumulación que suprimía las formas de vida populares de las áreas urbanas convertidas en centro de ciudad.⁵ Hasta el comienzo de la segunda mitad del siglo no aparecerán algunas alternativas sólidas a esta tendencia generalizada. El caso paradigmático lo marcó, a finales de la década de los años sesenta, el Ayuntamiento comunista de la ciudad italiana de Bolonia que, articulando planificación urbanística y programas de rehabilitación y vivienda social sobre la base de un sólido conocimiento del tejido histórico y su evolución, enfrentó el reto de conservar un rico patrimonio urbano y mantener, al mismo tiempo, sus usos y residentes tradicionales, a los que se unirían también nuevas remesas de jóvenes y estudiantes.⁶ La experiencia de Bolonia ejerció una fuerte influencia internacional, aunque ningún otro caso alcanzó un éxito similar, en parte como efecto de la crisis de los años setenta.

El estancamiento económico y las movilizaciones sociales de las décadas de los años setenta y ochenta, marcaron una pérdida de impulso en la expansión urbana e inmobiliaria y un frenazo a la renovación, al tiempo que dieron lugar a la emergencia de un nuevo fenómeno sobre la ciudad consolidada. Primero en países anglófonos y más tarde en el conjunto de Europa, algunas áreas de la ciudad heredada –no necesariamente enclaves históricos, sino viejos barrios obreros, en algunos casos ligados a actividades industriales– serían recualificados dentro de las propias dinámicas del mercado inmobiliario. Se trataba de una “regeneración” de entornos degradados y marginalizados en el mapa de rentas de la ciudad, en los que los agentes inmobiliarios encontraban una extraordinaria oportunidad para la extracción de beneficios aprovechando el denominado *rent gap*, la diferencia entre el esca-

⁵ A. Álvarez Mora y F. Roch Peña, *Los centros urbanos: hacia la recuperación popular de la ciudad*, Nuestra Cultura, Madrid, 1980.

⁶ Véase P. L. Cervellati y R. Scannavini, *Bolonia: política y metodología de la restauración de centros históricos*, Gustavo Gili, Barcelona, 1976.

so valor inicial de los predios y el potencialmente materializable tras la renovación del área si ésta se destinaba a nuevos residentes con mayor capacidad adquisitiva. Apoyándose en las propias tendencias espontáneas de ciertos grupos sociales a ubicarse en este tipo de barrios –artistas, trabajadores “creativos”, intelectuales bohemios... cuya presencia renovaba la imagen del área en cuestión–, el sector inmobiliario fue propiciando la elitización progresiva de algunos enclaves y la expulsión de buena parte de su población tradicional, incapaz de hacer frente al nuevo régimen de precios en estas zonas.⁷

Hasta bien pasada la mitad del siglo XX, la ciudad consolidada fue considerada como un espacio de oportunidad económica, una variable dependiente de una estrategia de acumulación que suprimía las formas de vida populares de las áreas urbanas convertidas en centro de ciudad

Ciudades como Nueva York o Londres y, más tarde, las grandes capitales y ciudades europeas han experimentado este proceso a medida que nuevas generaciones de profesionales urbanos volvían a desear los atractivos de la ciudad central tras la oleada de suburbanización de mediados del siglo XX. La estrategia, inicialmente desplegada sin la intervención directa del Estado, ha sido adoptada por la propia Administración Pública en las últimas décadas, a veces bajo el marchamo de la *regeneración urbana*. Así, con el despliegue de equipamientos culturales, la dinamización de la actividad comercial, las ayudas a la rehabilitación de edificios, etc., en viejos barrios apreciados por la pequeña burguesía intelectual, la acción pública ha contribuido al mismo efecto de sustitución de la población.

Este rápido repaso histórico nos permite fundamentar una serie de cautelas críticas. En primer lugar, es preciso tener en cuenta que, cuando el urbanismo y las políticas urbanas se han enfrentado a la ciudad heredada, las expectativas inmobiliarias han primado con frecuencia sobre la permanencia de los grupos sociales que la habitaban. Tejidos edificados y tejidos sociales se han presentado, salvo raras excepciones (Bolonia, por ejemplo), como variables independizables y, como tales, los primeros se han visto sometidos sistemáticamente a objetivos de reapropiación social ascendente y de acumulación económica. Determinadas coyunturas históricas pueden hacer que esos objetivos apunten a la conservación y no a la destrucción y reestructuración de la ciudad consolidada, pero ese escenario de mejora del soporte urbano construido o de rehabilitación simbólica se ha seguido de la sustitución de las poblaciones residentes por otras de mayores recursos.

⁷ Este proceso fue denominado *gentrification* por Ruth Glass. De ahí el anglicismo “gentrificación”. Uno de sus investigadores más reconocidos es Neil Smith, autor de *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*, Traficantes de sueños, Madrid, 2012, también disponible en internet: <http://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/La%20nueva%20frontera%20urbana-Traficantes%20de%20Sue%C3%B1os.pdf> [acceso el 30 de abril de 2014].

Desde una perspectiva europea e institucional reciente

En 1975, en un contexto de crisis, y al calor aún de la experiencia de Bolonia, el Consejo de Europa consideraba que las «pasiones económicas»⁸ habían causado destrucciones masivas y, con ellas, la expulsión de gran parte de los residentes de los centros históricos desde finales de los años sesenta. La Declaración de Amsterdam aprobada entonces establecía que la *rehabilitación urbana* era la forma debida para la conservación del patrimonio y defendía la extensión de la consideración patrimonial a «barrios de ciudades y pueblos que tienen interés histórico o cultural», el tratamiento general de la ciudad como conjunto y la necesidad de incluir en los planes de ordenación los principios de «equilibrio social» y de prioridad de mantenimiento de los habitantes. Además, los países firmantes se comprometían a desarrollar medidas jurídicas, administrativas y financieras que apoyasen las intervenciones de conservación y frenasen el «despilfarro». Sin embargo, el paso normativo que el propio Consejo de Europa dará en la Conferencia de Granada de 1985 se centrará exclusivamente en el patrimonio edificado, dejando fuera a los residentes y las cuestiones sociales. Así, el discurso más comprometido de finales de los setenta, que sería el único en defender la prioridad y el poder de decisión de los habitantes, desaparecería ante la necesidad de financiación de las operaciones de conservación de patrimonio de los centros históricos, concebidos ya como potenciales centros de reactivación económica gracias al turismo.

Remontada la crisis y liderado por la UE desde la década de los años noventa, el discurso europeo sobre la *rehabilitación urbana* se enmarcará en el paradigma del desarrollo sostenible y la competencia entre ciudades, y se entenderá principalmente como una respuesta a los problemas de degradación urbana, «el vandalismo y la criminalidad, provocados por la falta de oportunidades de empleo, la monotonía y el aislamiento»,⁹ considerados perjudiciales para la imagen de la ciudad.

La mirada se dirigirá ahora a ciertas áreas centrales pero, sobre todo, a los barrios periféricos más depauperados tras la alarma creada por los motines urbanos en las *banlieues* francesas. En este contexto, nacerán las iniciativas comunitarias URBAN (1994-1999) y URBAN II (2000-2006), dirigidas a la rehabilitación de «barrios difíciles» a través de proyectos innovadores y replicables, dotados de un enfoque *integrado*, esto es, incorporando medidas orientadas al desarrollo económico, la integración social y la mejora medioambiental al tiempo que a la creación de empleo gracias a la cooperación de todos los interlocutores por medio de una «participación» promovida y guiada desde las propias instituciones. Se habla entonces ya de *regeneración económica y social sostenible*. Y, aunque el discurs-

⁸ Consejo de Europa. *Carta europea del patrimonio arquitectónico*, Amsterdam, 1975, disponible en: http://ipce.mcu.es/pdfs/1975_Carta_Amsterdam.pdf.

⁹ Comisión Europea. *Libro verde sobre el medio ambiente urbano*. Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas, Luxemburgo, 1990.

so europeo mantendrá el interés por la revitalización económica de los centros urbanos –que serán de hecho, en muchos casos, destino de la financiación de URBAN–, emergerán con fuerza las intervenciones en zonas socialmente problemáticas de las ciudades, amenazadas por conflictos de la mayor gravedad y, en ocasiones, situadas en áreas de interés de grandes operaciones urbanas. De hecho, URBAN se desarrollará al tiempo que reaparecían las políticas de renovación urbana entre los socios ricos de la UE, ahora bajo una nueva modalidad: demoliciones selectivas ejecutadas en barrios de «relegación social» bajo una consigna política de “mezcla social” cuyos efectos parecen oscilar, para la población confinada en esas áreas, entre la dispersión a escala metropolitana y la reconcentración en las edificaciones más degradadas de esos mismos barrios.¹⁰

Ante la «escasez de fondos públicos»,¹¹ la UE creará en 2007 la herramienta de ingeniería financiera JESSICA, que priorizará la inversión del capital privado y la atracción de empresas. Esta creación, destinada a financiar proyectos «capaces de producir beneficios»,¹² será designada por la UE para implementar la Carta de Leipzig aprobada en el mismo año y donde se presta especial atención a las zonas urbanas desfavorecidas. De hecho, el estallido de la burbuja inmobiliaria llevará a retomar en 2008 el discurso del «interés económico de las operaciones de rehabilitación»¹³ y, en la Declaración de Toledo de 2010, la UE consolidará su apuesta por la *regeneración urbana integrada* en un momento en el que se busca reflotar el sector inmobiliario a través de la rehabilitación, insistiendo en la idea de retorno de la inversión, al menos en parte a través de la creación de empleo y del ahorro energético gracias a la mejora de la eficiencia de los edificios. Para entonces, sin embargo, el término *regeneración urbana integrada* era ya moneda corriente entre los gobiernos europeos a pesar de su carácter polisémico que iba, para la mayoría de ellos, desde la modernización o puesta al día del parque residencial existente hasta la recuperación y gentrificación de viejos tejidos urbanos, pasando por las intervenciones de naturaleza social y la mejora de la eficiencia energética de los edificios y la lucha contra el cambio climático.¹⁴

¹⁰ J. P. Garnier, «“Renovar” la vivienda social para renovar la población: la política de “renovación urbana” en Lille», en A. Musset (dir.), *Ciudad, sociedad, justicia: un enfoque espacial y cultural*, EUEM, Mar del Plata, 2010, pp. 391-420.

¹¹ Consejo de Ministros de Desarrollo Urbano y Cohesión Territorial de la Comunidad Europea de Naciones. *Carta de Leipzig sobre Ciudades Europeas Sostenibles*, Leipzig, 24 y 25 de mayo de 2007. Disponible en: https://www.fomento.gob.es/MFOM/LANG_CASTELLANO/DIRECCIONES_GENERALES/ARQ_VIVIENDA/SUELO_Y_PO_LITICAS/ACTIVIDAD/CARTA_LEIPZIG/ [acceso el 6 de diciembre de 2013].

¹² Reunión Informal de Ministros de Desarrollo Urbano y Cohesión Territorial de la Comunidad Europea de Naciones, *Declaración de Marsella*, Marsella, 25 de noviembre de 2008. [Disponible en: https://www.fomento.gob.es/MFOM/LANG_CASTELLANO/DIRECCIONES_GENERALES/ARQ_VIVIENDA/SUELO_Y_POLITICAS/ACTIVIDAD/MARSELLA_2008/. Acceso el 6 de diciembre de 2013].

¹³ Consejo de Europa, *Declaración de Amsterdam*, Amsterdam, 21-25 de octubre de 1975. Disponible en: http://ipce.mcu.es/pdfs/1975_Declaracion_Amsterdam.pdf [acceso el 6 de diciembre de 2013].

¹⁴ Véase respuestas institucionales de los países de la UE a la cuestión: «En su país, la rehabilitación urbana es una práctica que se considera comúnmente relacionada con...», en el documento elaborado por el Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid. *Regeneración urbana integrada en Europa. Documento de síntesis* (2010). Disponible en: https://www.fomento.gob.es/NR/rdonlyres/94C72EB1-D0E7-428A-9039-A73588C47866/95964/URBAN_REGENE_spnish.pdf [acceso el 30 de abril de 2014].

Panorama español de la *regeneración urbana*

España no es en nada ajena a los fenómenos descritos, si bien algunos procesos históricos aparecen modelados por las particularidades económicas y sociopolíticas o la evolución de la cultura urbanística en nuestro país. Entre las aportaciones originales, destacan especialmente los planes generales de los primeros ayuntamientos democráticos, fraguados en el apogeo del movimiento vecinal de los años setenta y ochenta. Es paradigmático a este respecto el primer período de redacción del Plan General de Ordenación Urbana (PGOU) de Madrid de los años ochenta, hasta la fase de avance, cuando los vecinos organizados irrumpieron en la concepción oficial de la conservación y mejora de la ciudad consolidada. El desarrollo del plan y su gestión posterior lo alejaron de los planteamientos iniciales pero, con todo, el plan conservará en su programa iniciativas claramente orientadas a la recualificación de barrios tradicionalmente marginados por el urbanismo institucional.

En cuanto a las políticas estatales, los objetivos del Consejo de Europa cristalizaron en el Real Decreto 2329/1983 sobre protección a la rehabilitación del patrimonio residencial y urbano, aprobado en un momento de crisis inmobiliaria en que los intereses se centraban en la ciudad consolidada, al tiempo que en el discurso urbanístico permanecían los ecos de Bolonia y del *derecho a la ciudad* enunciado por Henri Lefebvre.¹⁵ En 1985, coincidiendo con la aprobación del PGOU de Madrid y la Convención de Granada, se aprueban la Ley 16/1985 del Patrimonio Histórico Español y el Real Decreto-ley 2/1985, que devuelve la importancia al motor inmobiliario tratando de «estimular el consumo privado y la inversión, fomentar el empleo e impulsar el sector de la construcción».

Con el cambio de coyuntura, se pasará de un periodo transitorio de conservación a otro bien distinto de desarrollo urbano y económico. La actividad urbanística se vuelca masivamente desde los años noventa en el crecimiento, las comunidades autónomas hacen efectivas sus competencias en urbanismo y los planes de vivienda estatales consolidan, junto a la vivienda protegida, las Áreas de Rehabilitación Integrada (ARI), herramienta de cofinanciación estatal de operaciones de rehabilitación de edificios y de reurbanización de espacios públicos. Esta y otras medidas de fomento de la intervención sobre la ciudad existente emanadas de los diferentes niveles de la Administración del Estado, como las *leyes de barrios*, se multiplicarán durante el *boom* inmobiliario hasta 2007, si bien el esfuerzo público en la rehabilitación urbana quedará siempre muy por debajo del auge, apoyado también desde instancias públicas, de las nuevas construcciones y la extensión urbana. En diciembre de 2009, el Plan Estatal de Vivienda y Rehabilitación 2009-2012, pese a la crisis, será el primero en su género en prever financiación pública para la demolición de viviendas; la Ley 2/2011, de 4 de marzo, de Economía Sostenible añadirá nuevas disposiciones relativas a la

¹⁵ H. Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona, 1978.

rehabilitación de edificios y ya en 2013, el Gobierno del Partido Popular lanzará el nuevo marco jurídico citado al inicio de este artículo, con el que se pretende imprimir un cambio de rumbo a las políticas de vivienda, rehabilitación y renovación.

**Al contemplar el derecho a la ciudad y la autosuficiencia
conectada desde la atalaya que proporciona la actual
fiebre por la regeneración urbana, resultan evidentes las distancias
de ambas nociones con la agenda institucional que nos asola**

En lo que aquí nos ocupa, la nueva ley, en su preámbulo, considera preciso «generar un marco normativo idóneo» para las operaciones «de rehabilitación y las de regeneración y renovación urbanas», que «remueva los obstáculos que las imposibilitan en la práctica y que propicie la generación de ingresos propios para hacer frente a las mismas». Y, a propósito de esto último, el plan especifica:

«En los programas de rehabilitación edificatoria y de regeneración y renovación urbanas, se valorarán especialmente aquellas actuaciones en las que la participación del sector empresarial, con fondos propios, garantice su mayor viabilidad económica.»¹⁶

Esa valoración especial de la colaboración privada augura que las aportaciones públicas seguirán fielmente, como es regla en el *partenariado público-privado*, los intereses del capital inmobiliario. En estas condiciones no es de extrañar que, aunque aún no hay marco de financiación del nuevo plan, el sector inmobiliario exprese una cierta euforia y anuncie «que “desde ya” se comenzarán a registrar grandes promociones inmobiliarias en suelos de calidad»,¹⁷ lo que, a la vista de todo lo expuesto, resulta muy inquietante desde una perspectiva social. Las experiencias española y europea han demostrado que el despliegue de los intereses inmobiliarios privados en la rehabilitación de tejidos urbanos existentes se ha saldado sistemáticamente con la expulsión de los habitantes de menos recursos en beneficio de clases más altas. De hecho, entendida como preservación y mejora del hábitat urbano popular, la *regeneración urbana* sólo ha alcanzado resultados positivos –aunque no muy duraderos– en las raras experiencias que fijaron como fin primordial la permanencia de los vecinos y la mejora de sus condiciones de vida en un marco general de reducción de las desigualdades socioespaciales de la ciudad o cuando la iniciativa y el protagonismo popular en la transformación de la ciudad existente, con un decidido respaldo institucional, ha propiciado que los grupos sociales más débiles hayan podido decidir sobre la mejora de su entorno urbano y mantener, en alguna medida, su disfrute.

¹⁶ España. Ley 2/2011, de 4 de marzo, de Economía Sostenible, Art.4.

¹⁷ Agencias. «PricewaterhouseCoopers asegura que “vuelve a ver grúas”», *Cinco Días*, 6 de febrero de 2014, disponible en: http://cincodias.com/cincodias/2014/02/06/empresas/1391693164_617962.html [acceso el 12 de febrero de 2014].

Reconstruir el concepto de regeneración urbana sobre otras bases

Desde los años sesenta hasta hoy, las ciudades han ocupado territorio a un ritmo inédito, incrementado al tiempo la separación entre funciones, clases sociales, espacios y paisajes. La neoliberalización de las instituciones a partir de la década de los ochenta ha acelerado la transición hacia una sociedad de mercado y fomentado la desregulación y la expansión de la urbanización en detrimento del equilibrio ambiental y social. ¿Puede la crisis actual dibujar un escenario en el que estas tendencias se inviertan? Y, si eso pudiera ser así, ¿qué regeneración urbana podría permitirnos enfrentar al mismo tiempo el déficit democrático, la brecha creciente de las desigualdades sociales y la crisis ecológica galopante? Obviamente, no hay una respuesta cierta y, menos aún, una respuesta simple a esta pregunta. No obstante, nos parece que hay dos nociones que podrían ayudarnos a imaginar una regeneración urbana comprometida con ese reto, esto es, a reconstruir el concepto sobre bases distintas a las que lo han fundamentado hasta ahora. Nos referimos a la *autosuficiencia conectada* y el *derecho a la ciudad*.

La *autosuficiencia conectada* es un concepto reciente¹⁸ que, a nuestro juicio, pretende contestar las dinámicas instaladas en esta era del confort, de la ruptura de los límites y del principio de la superabundancia, y contraponerse a la noción de libertad que se vincula al derecho a derrochar y abusar de los recursos naturales, tan frecuente en sociedades que se creen avanzadas porque son capaces de olvidar los vínculos entre economía y procesos naturales. Los procesos urbanos relacionados con los ciclos energéticos y materiales serán más estables cuanto mayor reconocimiento exista de su inevitable dependencia de los procesos naturales, y tanto más democráticos cuanto más coherentemente asuman el carácter de estos como valores sociales. Por ello, siendo conscientes de que la ciudad se mantiene en buena medida a costa del medio natural, la regeneración urbana debería radicalizar el viejo lema de *proyectar con la naturaleza*.¹⁹

Resulta urgente disminuir el consumo de los recursos naturales, aumentar su rendimiento y garantizar el acceso igualitario de los ciudadanos. La *autosuficiencia conectada* entendida como optimización del uso de todos los recursos existentes, con tendencia al cierre de los ciclos de materiales y energía en los propios emplazamientos, y como búsqueda del equilibrio entre la lógica de los procesos naturales y las ventajas del funcionamiento en red podría ser una vía. ¿Es necesario añadir que impulsar procesos de transformación urbana desde la racionalidad de la economía ecológica es contradictorio con las lógicas de acu-

¹⁸ J. Requejo Liberal, «Territorio y energía: la autosuficiencia conectada», 2011. Disponible en http://www.atclave.es/publicaciones/descargas/pub_desarrollo/27_territorio_energi.html [acceso el 30 de abril de 2014].

¹⁹ I. L. McHarg, *Proyectar con la Naturaleza*, Gustavo Gili, Barcelona, 2000.

mulación capitalistas y que precisa que el uso derrochador del territorio, de la energía y del agua, la movilidad exacerbada, lo individual y lo colectivo, sean cuestionados al tiempo en un plano cultural, político y espacial?

Por otro lado, la tendencia a la autosuficiencia energética debería complementarse con el apoyo a nuevas formas de autonomía social en la configuración del espacio urbano. Henri Lefebvre, padre del concepto del *derecho a la ciudad*, insistía en la necesidad de que los interesados se reapropiaran y autogestionaran el espacio urbano.²⁰ El *derecho a la ciudad* se expresa, entre otras formas, bajo la de un derecho a la centralidad: el derecho a producir condiciones de diversidad, riqueza y oportunidad social en cualquier espacio urbano (incluidas las periferias), y el derecho a ocupar un lugar central en la toma de decisiones que conduzcan a ese objetivo. Hablamos, pues, de *autonomía social* en el sentido de darnos nuestras propias normas (*autos-nomos*) para apropiarnos el espacio urbano, en sus diferentes escalas (la ciudad, el barrio, la calle...).

En fin, al contemplar el derecho a la ciudad y la autosuficiencia conectada desde la atalaya que proporciona la actual fiebre por la regeneración urbana, resultan evidentes las distancias de ambas nociones con la agenda institucional que nos asola. En otro tiempo de crisis, cuando un abismo similar se abría delante de sus ojos, Lefebvre defendía vigoroso: «¡Cambiamos la ciudad, cambiamos la vida!». Más modestamente, nosotros sugeriríamos: si queremos reconquistar la vida, tenemos que cambiar la forma de regenerar la ciudad.

²⁰ H. Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona, 1978. Como análisis crítico recomendamos: J. P. Garnier, «Del derecho a la vivienda al derecho a la ciudad: ¿De qué derechos hablamos... y con qué derecho?», *Biblio 3W*, Vol. XVI, nº 909, 5 de febrero de 2011, Universidad de Barcelona, Barcelona. <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-909.htm> [acceso el 30 de abril de 2014].

Colección economía crítica & ecologismo social

En coedición con Los Libros de la Catarata

FUHEM
ecosocial



Desde una vocación transdisciplinar, las obras de la colección **Economía Crítica & Ecologismo Social** abordan los principales problemas económicos, sociales y ecológicos de nuestro tiempo.

Gérard Duménil
Dominique Lévy

La gran bifurcación

Acabar con
el neoliberalismo

Próxima aparición

FUHEM
ecosocial

economía & ecologismo
crítica & social



Títulos a la venta en:

Librería on-line: www.libreria.fuhem.es

Compra segura y fácil con su tarjeta de crédito

Gastos de envío gratuitos para España

Para más información o hacer su pedido:

Teléfono: 91 431 03 46

Correo electrónico: publicaciones@fuhem.es

Nuevos paradigmas en la izquierda y los movimientos sociales (terremotos, rupturas y metamorfosis en los últimos veinte años)

143

José Aristizábal G.

La calidad y el impacto ambiental de la producción ecológica: desde los resultados de la investigación al consumidor

163

Flavio Paoletti



JOSÉ ARISTIZÁBAL G.

Nuevos paradigmas en la izquierda y los movimientos sociales

(Terremotos, rupturas y metamorfosis en los últimos veinte años)

Entre 1989 y los primeros años noventa diversas derrotas y mutaciones sacudieron las izquierdas del mundo y de América Latina. La caída del Muro de Berlín, la desaparición de la Unión Soviética y el hundimiento del campo socialista significaron una profunda inflexión en el socialismo mundial; pero al mismo tiempo, la insurrección de Chiapas y el Caracazo anunciaron la emergencia de otros actores, otras visiones, otras políticas emancipatorias. En Colombia, cinco grupos guerrilleros dejaron las armas para transformarse en movimientos políticos, el último de ellos, la Corriente de Renovación Socialista (CRS) hace 20 años, en Flor del Monte.

¡Cuánto ha cambiado la izquierda en estos 20 años! ¡Qué terremotos están removiendo las concepciones y las políticas emancipatorias! Desde la rebelión zapatista y las insurrecciones populares que han desafiado al sistema a lo largo de América Latina, hasta el 15M y Occupy Wall Street. De los debates acerca del poder, el biopoder y la biopolítica de Foucault a las investigaciones de Agamben sobre la soberanía. La resurrección de los bienes comunes y la difusión del *sumak kawsay*. La recuperación de los saberes indígenas invisibilizados durante siglos. Los constantes avances de los movimientos de las mujeres. La constitucionalización de los derechos de la naturaleza. La crítica a las distintas visiones del desarrollo. La reconfiguración del mapa político de Suramérica. La revaloración de las comunidades. La eclosión de los pobres y marginados en los suburbios de las grandes ciudades de América Latina. Rupturas, revueltas, nuevos sujetos, paradigmas y epistemologías, otras formas de ver y entender las transformaciones sociales y políticas.

José Aristizábal G. es coordinador del Observatorio del Conflicto y el Posconflicto de la Corporación Nuevo Arco Iris, Colombia

Si los de arriba, los grandes monopolios financieros, han recolonizado y reconfigurado el mundo con sus globalizaciones, los de abajo a su vez, para sobrevivir, se han visto obligados a transformar sus maneras de resistir y construir otro mundo. Si el huracán del neoliberalismo y sus crisis han mutado el capitalismo, la relación capital trabajo y las formas de producción y dominación, el pensamiento crítico y emancipatorio ha de dejar atrás viejas hipótesis y atreverse a reflexionar sobre las nuevas realidades siguiendo la estela de las nuevas prácticas sociales.

Este texto no pretende abarcar el conjunto de estas transformaciones, menos aún, del conjunto de las izquierdas y sus divergencias cada vez más profundas. Aquí sólo nos referiremos a algunas experiencias, propuestas y debates que, desde nuestra visión, consideramos relevantes para acercarnos a la metamorfosis que está sucediendo en este período y otear otros nuevos caminos, en estos 20 años tras el abandono de las armas.

Movilizaciones, revueltas e insurrecciones en América Latina

Las políticas neoliberales que impusieron las dictaduras del Cono Sur y los demás gobiernos de la región a partir de los años setenta del siglo XX, generaron una catástrofe social. La apertura indiscriminada de las economías a los mercados mundiales, los planes de ajuste del FMI, las privatizaciones y los recortes sociales desmantelaron el incipiente Estado del bienestar y cavaron aún más la brecha profunda de las desigualdades. En la medida en que crecían el poder, el expolio y las utilidades de las empresas multinacionales, aumentaban también la pobreza, la precariedad y la marginalidad de la mayoría de la población. Las ambiciones de EEUU y sus monopolios financieros llegaron hasta la pretensión de unir todos los territorios del continente desde Alaska hasta la Patagonia en un sólo mercado bajo su hegemonía: el Área de Libre Comercio para las Américas, ALCA.

La acumulación de injusticias e iniquidades catapultó la inconformidad popular que explotó en una cadena de volcanes sociales y políticos ininterrumpida a partir de 1998. La primera explosión ocurrió en este año y fue el Caracazo, «el gran motín anti FMI», «la primera gran insurrección popular contra el neoliberalismo». Las barriadas pobres de los cerros de Caracas se levantaron, las protestas de la multitud se desbordaron y la represión violenta y desmesurada del Gobierno enardeció aún más los ánimos. Fue como el anuncio de los sucesivos levantamientos y cambios que se producirían en ese país y en la región en la década siguiente.

El 1 de enero de 1994, se produce el levantamiento zapatista, el mismo día que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio firmado por EEUU, Canadá y México, considerado por los rebeldes como la “sentencia de muerte” para los pueblos indígenas. Con su mezcla ori-

ginal de sabiduría maya e ideas insurgentes, los zapatistas se han empeñado en hacerse con el control de sus propias vidas y su autonomía practicando el *mandar obedeciendo* que ha inspirado la tesis de *cambiar el mundo sin tomar el poder*. Producto de ello han sido sus juntas de buen gobierno, sus municipios autónomos, escuelas, hospitales, sistemas productivos, relaciones sociales y cambios culturales. Estos hechos han despertado simpatías alrededor del mundo y generado un impacto renovador en las luchas sociales posteriores.

En el 2000, en Cochabamba, se produce la *guerra del agua*: durante casi un semana, la tercera ciudad de Bolivia estuvo tomada por la multitud y las carreteras bloqueadas para impedir la privatización del agua por un consorcio transnacional; el Estado tuvo que anular el contrato de concesión y acordar una gestión del agua compartida con los representantes de la población movilizada. Fue el comienzo de un ciclo de grandes movilizaciones en este país que continuó con el levantamiento de los cocaleros en el Altiplano y en Chapare en defensa de la coca. Posteriormente, se produjeron las luchas de 2003 contra las medidas del FMI y la *guerra del gas*; estas provocaron el levantamiento de las juntas vecinales de El Alto que con otros movimientos bloquearon las carreteras y caminos, rodearon La Paz durante 11 días, se enfrentaron al Ejército y la Policía y culminaron en la insurrección de octubre que forzó la huida del presidente del Gobierno Sánchez de Lozada.¹ Después vino la *segunda guerra del gas* entre mayo-junio de 2005 por la nacionalización de los hidrocarburos en una secuencia permanente de movilizaciones que llevaron a Evo Morales a la presidencia.

En 2001 en Argentina los estragos de la crisis financiera provocan el estallido de grandes movilizaciones que unificaron los movimientos de los desempleados, los piqueteros, las fábricas recuperadas, las asambleas de barrios y los grupos de derechos humanos y desembocaron en la insurrección de diciembre de 2001 y el derrocamiento de cuatro presidentes, uno después del otro, en el lapso de un mes con la consigna de *que se vayan todos*. En los últimos años, las valientes luchas de las Madres de Ituzaingó contra las fumigaciones y la soja transgénica de Monsanto y la resistencia a la minería, estimulan un nuevo auge de viejos y nuevos movimientos sociales.

Por otra parte, en Ecuador, desde los años noventa del siglo XX, grandes movilizaciones indígenas y campesinas combinadas con huelgas generales y cortes de rutas pusieron en jaque el ALCA, el TLC con EEUU, las políticas neoliberales y sus privatizaciones. En 1997 tumbaron al presidente Bucaram; en 2000 una sublevación popular provoca la huida del presidente Jamil Mahuad; en 2005 la “rebelión de los forajidos” cercó el Congreso, el palacio de Gobierno y el presidente tuvo que huir en un helicóptero. Y en 2006, otra oleada de movilizaciones paralizó al país y obligó al Gobierno a parar la negociación del TLC, la

¹ M. Cúneo y E. Gascó, *Crónicas del estallido*, Icaria, Barcelona, 2013, pp. 102-017.

expulsión de la petrolera estadounidense Occidental (OXI) y las tropas estadounidenses de la base de Manta.²

También desde los años noventa, en Chile, los indios mapuches libran importantes luchas por la defensa de sus tierras ancestrales y sus recursos naturales frente a la implantación de los megaproyectos forestales, turísticos y energéticos de corporaciones transnacionales en su territorio. Y, a partir del 2006, surge la movilización de los estudiantes de secundaria, la *rebelión de los pingüinos*, que tiene su continuidad en la rebelión universitaria de 2011. Estas luchas, que han convocado a otros sectores sociales y a las periferias urbanas, van más allá de la defensa de la educación pública gratuita para todos al exigir la transformación del sistema y han cambiado las maneras de pensar de una generación después de la dictadura.

Igualmente desde los noventa, el Movimiento Sin Tierra (MST) del Brasil se ha convertido en uno de los movimientos sociales más importantes de América Latina. Logró movilizar a cerca de «dos millones de campesinos, medio millón de familias» y «recuperar del latifundio unas 25 millones de hectáreas, distribuidas en 5.000 asentamientos»,³ donde los campesinos «desarrollan una forma de vida comunitaria, eligen sus propias autoridades, establecen escuelas y centros de salud, forman cooperativas de producción y distribución». «Se trata de un movimiento integral, que abarca todas las facetas de la vida: política, social, cultural, económica, religiosa. No separa ni escinde unas de otras».⁴ En 2013 ocurren las movilizaciones de junio en Brasil. Millones de manifestantes en las calles, principalmente jóvenes, consiguieron echar atrás los aumentos de las tarifas del transporte en más de cien ciudades, e impugnaron el exacerbado extractivismo de la especulación urbana con motivo del mundial de fútbol 2014 y los Juegos Olímpicos de 2016. También se consolida el Movimiento Passe Livre que jugó un papel relevante en esas movilizaciones.

En Perú, en 2002, se produce el *Arequipazo*: ante el anuncio de la privatización de la empresa eléctrica de propiedad pública del municipio, exigida por el FMI, Arequipa se declaró en huelga indefinida, se paralizó durante cinco días y la rebelión de la *pueblada* se extendió a otras ciudades del sur: Cusco, Puno, Tacna. El presidente Toledo se vio obligado a suspender la venta de las empresas eléctricas de estas ciudades, a cambiar su gabinete de Gobierno y pedir disculpas públicamente. Entre 2008 y 2009 se dieron las luchas de los indígenas de la Amazonía en Bagua Grande y Bagua Chica. El *Baguazo* logró derogar los decretos con los que el presidente Alan García pretendía adecuar la legislación del país a la firma del TLC con EEUU para entregar más de 45 millones de hectáreas de los bosques

² M. Cúneo y E. Gascó, op. cit., 2013, pp. 201-209.

³ R. Zibechi, *Territorios en resistencia*, Baladre/CGT/Ecologistas en Acción/Zambra, Málaga, 2011, p. 83.

⁴ R. Zibechi, *La mirada horizontal*, Tierra del Sur, 2003, pp- 71-81.

peruanos a las multinacionales. En 2011 y 2012, la población de Cajamarca, a través de manifestaciones, huelgas y marchas del agua paró el proyecto de minería de oro a cielo abierto de Conga, de la empresa Yanacocha, que implicaba secar y desaparecer cuatro lagunas y afectar las cabeceras de las fuentes de agua de la región. La resistencia comunitaria de las rondas campesinas y sus campamentos de vigilancia dio origen a los Guardianes de las Lagunas de Conga para mantener la defensa de su territorio. La conflictividad social en torno al extractivismo de las multinacionales ha hecho caer dos gabinetes del Gobierno de Ollanta Humala, pese a la militarización de varias provincias.

En 2006 se produce la Comuna de Oaxaca: durante seis meses, los movimientos y organizaciones sociales unidos en la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca realizaron varias movilizaciones de cientos de miles de personas, bloquearon las carreteras, tomaron los edificios oficiales, numerosos Ayuntamientos y la Casa de Gobierno, desbordaron las instituciones estatales, organizaron la resistencia levantando barricadas para defenderse de las bandas paramilitares, establecieron su propio control territorial y tuvieron un cabildo abierto en la plaza central.

En Colombia, en 2008, la Minga Indígena y Comunitaria encabezada por los indígenas del Cauca contra el TLC con EEUU logró un alto nivel de movilización de distintos sectores populares. A principios de 2013 se dio un paro masivo de los cafeteros. Y en agosto de este año se produjo el paro nacional agropecuario que unió a todos los sectores rurales. Decenas de miles de productores de alimentos, arruinados por la invasión de las importaciones agrícolas, confluyeron con los camioneros, los pequeños y medianos mineros y una parte de la población urbana insatisfecha, como los trabajadores de la salud y la educación. Hubo bloqueos de vías en 17 departamentos del país a lo largo del paro, cacerolazos en las ciudades y por unos días la fuerza del movimiento popular desbordó la capacidad de las organizaciones que lo conducían. El Gobierno aceptó unas mesas de negociación y al mismo tiempo desencadenó su represión brutal y desmedida.

En síntesis. Entre los logros de estas grandes sublevaciones y levantamientos podemos decir que iniciaron las luchas contra el neoliberalismo y fueron sus principales protagonistas, derrotaron el proyecto del ALCA y provocaron una crisis en el sistema de partidos que habían impuesto las élites. Algunos de ellos tuvieron la capacidad de sitiar y tomar ciudades, crear vacíos de poder, tumbar presidentes, crear nuevas realidades y sentidos comunes y gracias a ellos se instalaron gobiernos progresistas o de izquierda en ocho de los diez países sudamericanos, cambiando cualitativamente el escenario político regional. Pero además, en estos nuevos movimientos se encuentran múltiples ejemplos positivos de autoorganización, de autonomía por fuera del control del Estado y los partidos, de horizontalidad, de protagonismo de las mujeres y los jóvenes y de construcción de otras relaciones sociales en sus territorios.

Dicha cadena ininterrumpida tuvo un descenso en la mayoría de los países entre los años 2009-2011, cuando, gracias al crecimiento económico derivado de las rentas obtenidas por la exportación de sus recursos naturales, algunos de los movimientos fueron cooptados, subordinados o divididos a través de las políticas sociales y su participación dentro de los gobiernos y sus instituciones estatales. Sin embargo, en los dos últimos años está emergiendo un nuevo ciclo de luchas y movilizaciones relacionado con la profundización del extractivismo, la minería, los monocultivos, la especulación con las tierras y en general el saqueo de los bienes comunes. Lo cual muestra que a pesar de sus altibajos y de la existencia de gobiernos de izquierda, las luchas por nuevas transformaciones, la autonomía y la emancipación no se detienen.

Algunos tuvieron la capacidad de crear vacíos de poder, tumbar presidentes, crear nuevas realidades y sentidos comunes y gracias a ellos se instalaron gobiernos progresistas o de izquierda en ocho de los diez países sudamericanos, cambiando cualitativamente el escenario político regional

De la alterglobalización a la primavera árabe, el 15M y Occupy Wall Street

Seattle 1999 marcó el inicio de la confluencia de las innumerables piezas del rompecabezas que tienden a conformar la globalización contrahegemónica o desde abajo. Las movilizaciones que hicieron fracasar la Ronda del Milenio para la liberalización mundial del comercio convocada por la OMC y la activación de una red global de información de los propios activistas para transmitir en tiempo real las manifestaciones tuvieron una repercusión mundial y dieron inicio a un largo proceso de encuentros y reflexiones para intentar la mundialización de las resistencias y un movimiento social planetario. Las contracumbres de Praga (2000), Génova (2001), Barcelona (2001) y otras muchas contra el FMI, el BM, el G8, configuraron un nuevo movimiento internacional.⁵

Las grandes movilizaciones de los años noventa en América Latina y la ola del movimiento altermundista convergieron y derivaron en las convocatorias del primer Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2001 como aspiración a unir todos los movimientos contra el neoliberalismo. Entre ese año y 2013 se realizaron 12 ediciones del Foro Social Mundial con distintos ejes temáticos y acentos locales, además de sus versiones en Europa, Asia, las

⁵ J. Seoane y E. Taddei (eds.), *Resistencias mundiales (De Seattle a Porto Alegre)*, CLACSO, Buenos Aires, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D1681.dir/seoane.pdf>2001, p. 114.

Américas y otras regiones y países. El FSM ha hecho diversos aportes: ha contribuido a difundir la crítica al neoliberalismo y las globalizaciones hegemónicas, ha realizado importantes intercambios de ideas y experiencias, ha servido como punto de encuentro de distintas vertientes políticas y sociales y fue el convocante de las grandes movilizaciones mundiales contra la guerra de Irak. Sin embargo, a pesar de la abigarrada participación en sus eventos, es poco lo que ha aportado a la hora de encontrar nuevas formas de hacer la política y de entender la cultura política. Y su idea de integrar la sociedad civil global, o la “esfera pública cosmopolita” como un nuevo sujeto político internacional, tan del agrado del mundo de las ONG, no le ha permitido materializar su idea de conformar “un movimiento de movimientos” ni ser alternativa al capitalismo.

Comenzando 2011, las revueltas se extendieron en Túnez desde las periferias hasta la capital y el dictador Ben Alí tuvo que abandonar el poder. Luego las manifestaciones se extendieron a Egipto donde las concentraciones de hasta de más de un millón de personas se sucedieron durante dieciocho días y tumbaron tres décadas de dictadura de Mubarak. A pesar de que las sublevaciones de estos y otros países árabes fueron apropiadas por fuerzas conservadoras, mostraron al mundo que la gente se puede apoderar de la política, que es posible el derrocamiento de los tiranos y, de alguna manera, el ejemplo de la plaza Tahrir, fue una fuente de inspiración para las oleadas de luchas que se iniciaron a continuación en el sur de Europa y otras regiones.

El 15 de mayo, surge en el Estado español un fenómeno político nuevo y diferente. El movimiento de *los indignados* irrumpe en las plazas de Madrid, Barcelona y unas 50 ciudades más. La autoorganización desata el protagonismo colectivo: gentes previamente desconocidas entre sí, tomando la palabra, participando y cooperando organizan asambleas públicas masivas abiertas en torno a las cuales comienzan a girar la movilización, los debates y la elaboración de propuestas. Allí cualquiera puede exponer sus ideas, hacer su pancarta, miles de personas sentadas en el suelo deliberan y toman las decisiones. Las asambleas crean comisiones que trabajan en la misma plaza abordando los temas específicos: cada costado, cada rincón se convierten en un lugar de debate y de producción. Las asambleas se extienden a los barrios y pueblos vecinos. Entre las plazas, las comisiones y los barrios se establece una retroalimentación permanente. La democracia se hace práctica concreta y la gente misma crea y experimenta otra forma de hacer y vivir la política: ella misma se dirige sin necesidad de que haya líderes ni dirigentes; cada día, algún otro o alguna otra coordina la asamblea, eso es rotatorio. Es la ruptura con la representación ratificada en su consigna «que no nos representan».

Un viento fresco recorre estas plazas. Es el ambiente de una movilización libre, horizontal y abierta donde todos se tratan como iguales; es la alegría profunda de sentir que se está creando algo nuevo. Esto multiplica la potencia de la multitud; su capacidad de pasar

de la crítica a la construcción aquí y ahora de otras formas de vivir y producir. Y esta potencia insufla nuevas energías en los movimientos sociales, revitaliza antiguos colectivos, renueva experiencias que venían desde antes. Así surgen nuevas o se renuevan cientos de cooperativas de todas las clases, redes de economía solidaria, huertas agroecológicas, proyectos de salud y educación libre, medios de comunicación alternativos, grupos de consumo ecológico, mercados de trueque, bancos de tiempo, monedas sociales, centros sociales, espacios de autoformación, acciones contra los desahucios por las hipotecas, redes de apoyo y solidaridad directa con las personas que peor lo están pasando.⁶

Después de las sentadas en las plazas, el 15M se repliega a las asambleas de los barrios y al reforzamiento de las luchas sociales que están al orden del día: a las movilizaciones de los sectores de la salud y la educación, se fortalece la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, PAH, y “las mareas ciudadanas” de diversos colores, en la defensa de la salud, la educación, los servicios sociales, contra del desempleo y las privatizaciones. «Nos vamos pero volveremos» dicen los ocupantes de las plazas, la alta cresta de la oleada de movilizaciones decae, pero el movimiento y muchas de sus dinámicas se mantienen por debajo. Mientras el Gobierno reprime, legisla contra la protesta social, la criminaliza y judicializa, la autogestión camina subterránea.

La PAH se ha consolidado como una gran fuerza de los endeudados o estafados por los bancos y los sin vivienda. Su fortaleza se ha construido a punta de desobediencia civil y resistencia activa, con los escraches, sus acciones valientes cuerpo a cuerpo ante a la policía y los jueces para impedir los desahucios, su apoyo a las ocupaciones de edificios vacíos, sus movilizaciones en más de 50 ciudades y su Iniciativa Legislativa Popular que reunió millón y medio de firmas.

Aún no se habían levantado las acampadas en Madrid y Barcelona cuando el deterioro de sus condiciones de vida, provocado por el Banco Central Europeo y el FMI llevó a los griegos a ocupar la plaza Syntagma en Atenas. Varias huelgas generales y grandes manifestaciones han sacudido en los últimos años Grecia y Portugal después del rescate de sus economías.

En septiembre, los neoyorkinos ocupan el Zuccotti Park y surge Occupy Wall Street enarbolando la defensa del 99% de la población ahorcada por el 1%, la plutocracia de los grandes bancos. Ese mismo mes se realizaron protestas en 52 ciudades de EEUU. «Somos el 99%» adquiere un significado y resuena en miles de lugares del mundo.

En mayo de 2013, las autoridades de Estambul comenzaron a demoler el parque Gezi y a tumbiar sus árboles en el centro de la ciudad para adelantar un plan de remodelación

⁶ Véase N. Escartín Lasierra, *A un año del 15M y Hacia el 12M: Reflexiones compartidas para seguir enredando*, La Enredadera de Radio Topo y Rebelión, 6 de mayo 2012, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=149404>.

urbana con fines privados y comerciales. De inmediato activistas de diversas vertientes ocuparon el parque para defenderlo. «Al final de la primera semana, unas 3.000 personas estaban ocupando el parque bajo principios de autonomía, autoorganización y autogestión». Cuando la policía cargó con brutalidad contra la gente, «en pocas horas una sentada pacífica contra la destrucción de los árboles del parque se convirtió en una protesta nacional contra el gobierno».⁷ La defensa de un bien común generó en pocos días «14 millones de tweets», una huelga general de los sindicatos y expandió «la revolución del árbol» a otros conflictos por la justicia ambiental en distintas localidades de Turquía.

Rupturas paradigmáticas: nuevas propuestas y debates que van más allá de la izquierda

En las últimas décadas, el mundo, la economía, las ciencias y las sociedades han vivido unos cambios radicales, algunos vertiginosos. Donde más se han desarrollado las rupturas y cambios de paradigmas ha sido en las ciencias. Desde la relatividad, la cuántica, pasando por la teoría del caos, las estructuras disipativas, las ciencias cognitivas, la biología, la genómica, la informática, ya hemos llegado a la tercera revolución industrial.

También en las últimas décadas, las globalizaciones de las finanzas, la guerra y el crimen transnacional llevaron el capitalismo neoliberal y su democracia de mercado a todos los confines del mundo; pero al mismo tiempo, nos han conducido a una encrucijada de crisis dentro de las cuales la económica y financiera no son la única ni la principal; a su costado marchan la crisis ecológica del calentamiento global, las crisis humanitarias que generan las guerras y matanzas, la crisis energética, la del hambre, la crisis de la política y de la conciencia. Detrás de ello está la hegemonía de un capitalismo que, sin abandonar la explotación del trabajo vivo, cada vez se afianza más en el extractivismo y la expropiación de los bienes comunes; no sólo de los recursos mineros y energéticos, los monocultivos y el acaparamiento de tierras de los países del Sur, sino también de la sustracción directa de la riqueza que las sociedades han ahorrado y acumulado en la salud, la educación, las pensiones, los servicios públicos y las rentas de las clases medias y trabajadoras, a través de los engaños financieros, el manejo de las deudas de los países y los salvamentos de los bancos.

Se trata de un capitalismo que varios autores señalan en una fase final. Según Samir Amin, «senil»; «lo que actualmente vivimos no es una verdadera fase de expansión del capitalismo, sino de la solución bárbara de sus contradicciones. El neoliberalismo es el Viagra

⁷ Véase B. Akbulut y C. Soylu, «Tragedia o cercamiento?: Imaginar y promulgar. El parque Gezi como bien común», *Revista Ecología Política*, núm. 45, julio de 2013, Icaria, Barcelona, pp. 43 y 106.

del capitalismo estéril». ⁸ Por un lado, se trata de un capitalismo que es incoherente con las fantásticas transformaciones de la energía por la información como motor de la evolución social (Passet), del trabajo material por el inmaterial, del pensamiento simplificador por el pensamiento complejo. En la era de la información, cuando la cooperación de las multitudes en la red está creando, de una manera libre y a cada minuto, saberes, conocimientos e innovaciones que son bienes y servicios comunes, el carácter absoluto y totalitario de la propiedad privada capitalista se ha convertido en un lastre. Por ello se habla de una crisis de época y de civilización, de la civilización que surgió de la Modernidad de Occidente.

Por otro lado, se trata de un sistema que ya no es defendible desde ninguna ética, ningún humanismo, ninguna espiritualidad. Porque sobrevive gracias a la globalización de la guerra, la amenaza de muerte con su estado de excepción permanente y su brutal armamentismo incluido el nuclear. Por su connivencia con toda clase de mafias, gánsteres, economías y tráficos ilegales. Porque está destruyendo el planeta envenenando los suelos, el aire y las aguas y mantiene en el hambre, la pobreza o la explotación a la inmensa mayoría de la humanidad. Y porque ha desarrollado todos los medios para el sojuzgamiento y destrucción de la vida, generando una cultura global de la muerte contra la naturaleza y contra los seres humanos; que es la negación de la vida y del espíritu humano.

Y en cuanto a los cambios en las sociedades, ya vimos antes sus convulsiones y volcaneos, los encadenamientos de sus nuevos ciclos de luchas, la enorme diversidad de sus actores y las creaciones que brotan de su movilización. En muchos lugares, los movimientos «han abierto espacios-brechas en el sistema de dominación, espacios físicos y simbólicos de resistencia que se convierten en espacios de sobrevivencia, y para sobrevivir comienzan a producir y reproducir sus vidas en forma diferente a como lo hace el capitalismo» ⁹. En la educación, en la producción y en la salud, experiencias basadas en la autonomía, la autogestión y el autogobierno están creando “islas no capitalistas”. Islas o archipiélagos que «si consiguen transitar de la autonomía a la autodeterminación y se vinculan estrechamente con otras islas, pueden convertirse en territorios de la emancipación». ¹⁰ Y de estas islas es de donde se alimentan las globalizaciones contrahegemónicas o desde abajo, que son las globalizaciones de la sociedad civil, la justicia, los derechos humanos, el cosmopolitismo y el patrimonio común de la humanidad. Si aplicamos la noción del tiempo largo de los indígenas, podemos decir que estamos en una transición paradigmática.

En medio de todas esas rupturas y cambios, es apenas lógico que la izquierda también experimente unas mutaciones profundas y una metamorfosis. Planteamos a continuación

⁸ Artículo de *La Jornada* sobre el Foro Social Mundial del 4 de febrero del 2002. Citado en: AAVV, *Foro Social Mundial II*, Fica, Bogotá, 2002.

⁹ R. Zibechi, *Territorios en resistencia*, Baladre/CGT/Ecologistas en Acción/Zambra, Málaga, 2011, p. 140.

¹⁰ *Ibid.*, p. 136.

algunas de las propuestas y debates que enriquecen el pensamiento crítico y emancipatorio y significan cambios de paradigmas en la izquierda y los movimientos sociales. Desde luego, esto lo hacemos desde un lugar particular que no es ningún centro ni aspira a una visión total, este no es un ensayo completo ni exhaustivo sino una aproximación y por ello aquí no están todos los movimientos o experiencias ni todos los pensamientos y pensadores que pueden caber dentro de esta temática; afortunadamente hay muchos más.

**En medio de todas esas rupturas y cambios, es apenas lógico
que la izquierda también experimente unas mutaciones
profundas y una metamorfosis**

¡La revolución será feminista o no será!

Ninguna de las revoluciones del siglo XX significó una ruptura con el patriarcalismo y el machismo de tal manera que estos aún perviven en todas las izquierdas y los procesos de liberación. Por ello, cualquier política que se plantee hoy la emancipación tiene que reconocer, revalorar y recoger la enorme potencia de los movimientos feministas y el papel irremplazable e inaplazable de las mujeres en la transformación de la sociedad. Su crítica potente a las bases del patriarcado, la racionalidad masculina, la heteronormatividad o el sistema de la heterosexualidad obligatoria; sus investigaciones sobre el papel del trabajo no pagado de las mujeres en la acumulación originaria del capital, sobre la construcción social tanto del género como del sexo; sus debates acerca de la relación entre la naturaleza y sus mutaciones en el devenir de las prácticas sociales, y el cuerpo como lugar de las relaciones de poder pero también de las relaciones de libertad, son aportes valiosos para fundar nuevas relaciones sociales y nuevas formas de sociedad.

En las relaciones humanas, el reconocimiento de la alteridad tiene que comenzar por visibilizar y valorizar la existencia real de la otra, no de manera nominal sino como pares complementarios horizontales, recíprocos y sin jerarquías y con todas sus consecuencias en las prácticas cotidianas y los trabajos de los cuidados. Un aspecto que es común en las grandes movilizaciones y revueltas que repasamos antes ha sido la participación masiva y creciente de las mujeres. Y después de los feminismos de la igualdad y la diferencia, en América Latina florecen los feminismos campesinos y populares, los feminismos comunitarios e indígenas y el feminismo de-colonial.

Si, como claman las pancartas, la revolución ha de ser femenina, objetivos como la paz, la defensa de la vida, la naturaleza y los bienes comunes, también habrán de ser femeninos o no se lograrán. Y en los movimientos, la primera práctica emancipatoria tiene que ser la

igualdad real entre mujeres y hombres en los trabajos cotidianos y en su coordinación. La liberación de las mujeres, la reforma de la masculinidad y la libertad de las distintas opciones sexuales son condiciones necesarias para que surja un amor político o emancipatorio y las energías emancipatorias del amor prendan en los movimientos sociales. Esos serán los indicativos de las superaciones del patriarcado y el colonialismo que podrán marcar los cambios de época, de civilización y de los viejos paradigmas.

Los debates sobre el poder y la soberanía: cambiar el mundo sin tomar el poder

Las generaciones formadas en la onda de las revoluciones del siglo XX crecimos con la idea fija de que el poder era algo que se podía tomar y por ello nuestras estrategias y programas giraron en torno a la toma del poder. La conquista del Estado era la panacea universal y sin este requisito previo no se podía transformar la sociedad. La necesidad de crear y contraponer otro poder estatal condicionaba que nuestras concepciones y las formas organizativas fueran como la imagen inversa, en un espejo, de lo que es el Estado: la construcción de una organización jerarquizada, vertical, con una fuerte disciplina, homogénea, entendida como un aparato o una vanguardia separada de los movimientos, la mayoría de las veces con una parte militar y cuyo contenido principal era la destrucción del viejo régimen.

Las investigaciones de Foucault mostraron que el poder nunca está concentrado en un solo punto, en un foco del cual irradia, no es una estructura, una cosa que se pueda asir, ni es externo a la gente y la sociedad como algo que está allá arriba en una cúspide. Es una relación social, son las relaciones de fuerza que se están produciendo constantemente, en todas partes, en los puntos de contacto, en toda relación de un punto con otro, desde lo más micro hasta la sociedad entera. Y que unos encadenamientos de esos conjuntos de interacciones tienden a hacerse repetitivos, permanentes y fijos, a su «cristalización institucional», mientras que otros encadenamientos alimentan las resistencias.¹¹

Con posterioridad, los estudios sobre la soberanía de Giorgio Agamben y otros pensadores, en la saga de estos debates sobre el poder y el biopoder, aclaran la relación que existe entre el poder soberano, el estado de excepción y la vida humana. Todo el edificio de la soberanía está construido sobre la base de que el soberano «es el que decide sobre el estado de excepción», el que tiene el poder de suspender la validez de la ley y de esta manera marca el límite del orden jurídico: «una esfera límite de la acción humana que se mantiene únicamente como una relación de excepción», «La decisión soberana sobre la excepción

¹¹ M. Foucault, *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*, Siglo XXI, Madrid. 1977, pp. 112-117.

es, en este sentido, la estructura político-jurídica originaria, sólo a partir de la cual adquieren su sentido lo que está incluido en el orden jurídico y lo que está excluido de él». ¹²

En estrecha relación con lo anterior, este autor hace la arqueología de las antiguas figuras de *la patria potestad*, el *bandido* —el se busca vivo o muerto—, el *hombre lobo* y el *homo sacer* —hombre sagrado—, para encontrar que lo que está “apresado” en *el bando* o la decisión soberana, el vínculo que existe entre el soberano y estas figuras, es la “nuda vida” o vida desnuda, la simple vida humana como «el fundamento primero del poder político» o «el elemento político originario». Y si hoy, el estado de excepción se ha hecho global y todos podemos ser sospechosos de ser bandidos (terroristas), entonces es la vida de todos, el poder de vida y muerte sobre todos sus súbditos, lo que está en la base de la política y del Estado.

Estos debates arrojan bastante luz sobre lo que fue el socialismo estatista y autoritario que reinó en casi todas las variantes de la izquierda mundial hasta hace pocas décadas. El poder no resultó ser esa cosa que se podía asaltar y apropiar. Y la experiencia demostró que todo ordenamiento que sea concentración de poder, sea jerarquizado, busque la homogeneidad y se ponga por encima de la sociedad, así se llame socialista o revolucionario, necesariamente tiende a congelar y cristalizar unas relaciones de fuerza que lo instrumentalizan, lo convierten en un fin en sí mismo, lo autonomizan y, por lo tanto, lo ponen en contraposición con la infinita potencia que emerge de los movimientos sociales y la multitud y lo hacen recurrir a la policía y la razón de Estado, consubstanciales a la lógica del poder y la soberanía. Si analizamos detalladamente cada una de esas experiencias, independientemente de sus aportes en muchos otros terrenos, lo que podemos aprender de ellas es que los Estados no son los que crean las relaciones sociales que dan origen a otro mundo; éstas las crean las gentes con su movilización, su potencia y la riqueza de su creatividad en sus luchas diarias.

Las prácticas emancipatorias desarrolladas en el interior de los movimientos sociales de las últimas décadas, desde los levantamientos de América Latina hasta el 15M están estrechamente relacionadas con esos debates sobre el poder y la soberanía y con la superación de esa idea de adueñarse del control del Estado como el objetivo de la política. Esto se refleja en la fuerza que han cobrado las tesis de *mandar obedeciendo y cambiar el mundo sin tomar el poder* surgidas del movimiento zapatista. O en las propuestas de Raúl Zibechi de *dispersar el poder y construir poderes no estatales*, en sus análisis sobre los levantamientos de los aymara en Bolivia. Y es coherente con lo que tienen en común estos nuevos movimientos en su rechazo a la representación, a la división entre los que mandan y los que obedecen y a la política como un asunto exclusivo de los partidos y sus profesionales, que siempre instrumentalizan las luchas para ganar el control del Estado. Como dice Amador

¹² G. Agamben, *Homo sacer*, Pre-textos, Valencia, 1998, p. 32.

Fernández Savater, «estos acontecimientos pueden ser leídos por tanto como señales de que se está abriendo paso, lenta y fragmentariamente, una nueva secuencia donde el desafío es inventar *una política a distancia del Estado*. Esa es la revolución mental y cultural que proponen estos movimientos: concebir la política como creación (de posibilidades) y no como representación (de sujetos o demandas). Una política que exista por ella misma y no subordinada al poder y su conquista».¹³

La propuesta de los bienes comunes es un paradigma potente para la defensa de la naturaleza, de la vida, las personas y la construcción de otras economías y otras formas de vida y de sociedad

Estas prácticas emancipatorias de los zapatistas y otros movimientos indígenas y no indígenas y numerosos colectivos en todo el mundo nos demuestran que sí es posible construir otras relaciones sociales, otras formas de vida y de sociedad aquí y ahora por fuera del capital y el Estado. Es el nuevo camino que se está abriendo paso y que implica un cambio y una ruptura: el camino desde abajo, de la autoorganización, la autonomía, la autogestión y el autogobierno.

Bienes comunes, procomunes, *commons* globales

Una visión surgida de las tradiciones comunitarias, reconfigurada y revitalizada en los últimos tiempos por la revolución digital ha roto el dilema entre lo privado y lo público. A partir de las tecnologías de la información y las comunicaciones y las redes distribuidas han surgido las comunidades del software libre, las *wikis*, las formas de producción *p2p*, la economía *crowd*, los colectivos por una cultura libre, el consumo colaborativo. Aprovechando el código abierto, las licencias libres, los repositorios virtuales comunes y potenciando la inteligencia colectiva y la innovación colaborativa de la web, cada una de estas experiencias están produciendo en común nuevos contenidos, herramientas y negocios que son comunes. Estos son los procomunes o comunes digitales cuyos ejemplos más difundidos son Linux y la Wikipedia. Su gestión es común mediante la participación de todos los implicados lo cual garantiza su sostenibilidad; sus relaciones son horizontales, entre iguales, en red y sin jerarquías; los valores que se producen son prioritariamente valores de uso; su objetivo no es la acumulación de capital sino la creación y distribución de recursos comunes; y su propiedad no es privada ni pública: son regímenes de propiedad común, más allá del capital y del Estado, porque aquí lo que interesa no es la posesión sino el acceso y el uso.

¹³ Amador Fernández Savater, «Un tiempo de revueltas (lectura de Alain Badiou)», *eldiario.es* http://www.eldiario.es/interferencias/Alain_Badiou-15-M-revueltas_6_177492256.html.

Estos procomunes son de la misma estirpe de los bosques, tierras comunales y demás bienes comunes que existieron en Europa hasta cuando fueron eliminados por los cercamientos o *enclosures*, en los inicios de la acumulación originaria, del capitalismo y que se mantienen en América Latina bajo la forma de ejidos, quilombos, resguardos o territorios ancestrales de las comunidades indígenas y afrodescendientes. Distintas investigaciones de las ciencias sociales contemporáneas sobre las formas de la autoorganización y la autogestión de la acción colectiva, como las de Elinor Ostrom, premio Nobel de economía, han demostrado que también existen innumerables ejemplos de comunidades que gestionan y autogobiernan sus medios de vida. Grupos de personas que se organizan en torno a acueductos comunitarios, manejos de cuencas subterráneas, sistemas de irrigación, pesquerías costeras, huertos, guarderías, monedas o emisoras comunitarias, al igual que muchas cooperativas autogestionarias. Los acuerdos a través de consensos, la reciprocidad, el compartir en una perspectiva horizontal, solidaria y autorregulativa, permiten que estos bienes sean sostenibles, concertar los disensos, colocar al mando la cooperación sobre la competencia y unas formas de propiedad más allá de lo privado o lo público estatal. Y las relaciones entre quienes los constituyen no son mediadas por el capital y las mercancías, sino relaciones entre personas que se reconocen y juntas gestionan la satisfacción de sus necesidades. Son la continuidad de los bienes comunes.

Estamos en una época de grandes hecatombes sociales y ecológicas por el cambio climático y el extractivismo de las industrias mineras, energéticas y agroalimentarias en el mundo rural y la especulación inmobiliaria en las grandes metrópolis. Pero también estamos en la época en que se ha iniciado la jurisprudencia del *patrimonio común de la humanidad* por la cual los océanos, la luna y la Antártida deben ser consideradas como propiedad global y manejadas en favor de la humanidad como un todo por encima de los Estados y las corporaciones, y en la época del renacimiento de la *Pachamama*, *Gaia*, la madre Tierra, como el bien común por excelencia de la humanidad. La propuesta de los bienes comunes es un paradigma potente para la defensa de la naturaleza, de la vida, las personas y la construcción de otras economías y otras formas de vida y de sociedad.

El *sumak kawsay* y las cosmovisiones indígenas

Las rebeliones de los pueblos originarios de América Latina, de los mayas zapatistas a los mapuches de Chile y Argentina y los procesos políticos de Bolivia y Ecuador han demostrado la gran fuerza de las cosmovisiones indígenas del comunismo, el *suma qamaña* y el *sumak kawsay* o buen vivir. Sabidurías y prácticas que fueron cultivadas y guardadas durante milenios en la memoria larga de los abuelos y sus comunidades. Desde otras civilizaciones anteriores y posteriores al capitalismo; desde otras culturas distintas y anteriores a la racionalidad occidental y supervivientes a su colonialismo; desde otras visiones del tiempo,

la vida y la sociedad; sometidas e invisibilizadas durante más de cinco siglos, estas cosmovisiones nos aportan valiosas ideas y experiencias para los cambios de civilización, de época y de paradigmas que está viviendo la humanidad.

Hay una línea de correspondencia entre la racionalidad instrumental de Occidente, su visión fragmentada de la realidad, su antropocentrismo, su énfasis en la competencia, su individualismo posesivo, su separación del sujeto y el objeto, su colonialismo y su idea demencial de un dominio ilimitado de la naturaleza y los seres humanos. Que son coherentes con la negación del otro, la negación de la vida y con culturas, políticas y economías de la muerte. Y que, llevadas a su clímax con la omnipotencia del capitalismo han derivado en la guerra global, el estado de excepción permanente, el ecocidio global y la encrucijada de crisis que se juntan y hacen metástasis en la crisis de civilización.

Las culturas originarias andinas y mayas comparten otras coherencias.¹⁴ Parten de una unidad cósmica en la que fluye la diversidad de los seres y las cosas interconectados entre sí. Se trata de un pensamiento sistémico y contextual en el que la parte está en el todo, el todo en las partes, unidad y diversidad no son excluyentes. Los seres humanos no existimos separados de la naturaleza: somos parte de la vida y estamos compuestos por los mismos elementos de las montañas, el agua, las plantas, los animales. «La convivencia armónica es vivir en el respeto de una alteridad cósmica. Los hermanos son cualquier ser humano, y también lo son las plantas, los animales, las montañas y los ríos. La fraternidad tiene un significado cósmico y ya no meramente antropológico».¹⁵ De allí que la vida en armonía con la naturaleza, la defensa y el cuidado de la Pachamama sean principios irrenunciables y prácticas cotidianas en el mundo indígena, uno de los baluartes más firmes en las luchas contra el neoliberalismo y el extractivismo de las grandes corporaciones transnacionales y la defensa de los bienes comunes.

Contrariamente al culto al individuo, el *sumak kausay* es la vida en comunidad y la reciprocidad, la ayuda mutua y la complementariedad entre sus miembros. Lo que constituye la comunidad son las relaciones entre las personas y entre ellas y la naturaleza. Los demás humanos y seres vivos no son considerados objetos; se relacionan con ellos como sujetos. De allí su defensa de los derechos colectivos y su constitucionalización de los derechos de la naturaleza. Contrariamente al culto de la razón, la sabiduría de las cosmovisiones indígenas nace de la búsqueda de la armonía y el equilibrio en la convivencia con los demás y con la naturaleza; para ellas, las intuiciones, el sentir y pensar con el corazón son partes

¹⁴ Sobre el *sumak kawsay* y el *suma qamaña* pueden verse: Raúl Prada Alcoreza, *Potencia, existencia y plenitud. Reflexiones en torno al sumak kawsay / sumaj qamaña*; Freddy Javier Álvarez González, *El buen vivir un paradigma anticapitalista*; la *Revista América Latina en movimiento*, núm. 452, febrero 2010; A. Acosta, *El Buen vivir*, Icaria, Barcelona, 2013.

¹⁵ F. J. Álvarez González, *El buen vivir un paradigma anticapitalista* (PDF), en <http://www.rebelion.org/docs/163836.pdf>, 2011 [última consulta, enero 24/ 2014].

integrales del conocimiento. «A las situaciones a las que se coloca solo la cabeza, les hace falta vida. El corazón es el compromiso, la orientación fundamental en la vida. No se trata solo de sentir, buscamos un sentir con otros y otras. Ese *sentir con...* es un *con-sentir*, que puede *dí-sentir*, por eso la indignación es una de sus formas. En el *sentir con* nos hacemos un solo corazón, un solo pensamiento y una sola fuerza».¹⁶

Ahora bien, no planteamos aquí el *buen vivir*, o mejor aún, los *buenos convivires*, como un retorno idílico a lo ancestral y lo telúrico. Tampoco creemos en una supuesta incontaminación de las comunidades indígenas pues allí también existen el patriarcalismo, sincretismos con la cultura occidental y jerarquías verticales en muchos casos. Lo más importante es que las luchas impulsadas dentro de estas cosmovisiones contra el colonialismo y por la descolonización, al radicalizarse y liberar la potencia comunitaria están construyendo en la actualidad poderosos ejemplos de autonomía, autogobierno, libre determinación y autogestión. En la Conferencia Mundial de los Pueblos contra el Cambio Climático, de Tiquipaya-Cochabamba, las organizaciones indígenas han definido el vivir bien/buen vivir «como proyecto civilizatorio alternativo al capitalismo, a la modernidad y al desarrollo». No puede caber duda de que se trata de una propuesta emancipatoria. En una época en la que la política tiene el deber de asumir la defensa de la vida en general y de la reproducción de la vida social de los seres humanos, el *sumak kawsay* es una fuente de inspiración que nos ayuda a reconciliarnos con la naturaleza y con nuestro ser genérico y a ponerle límites a la voracidad del capitalismo salvaje. Y así como los movimientos de las mujeres han proclamado que la revolución será feminista o no será, tampoco puede haber lucha consecuente contra los monopolios financieros, el imperio y la dominación masculina, si no es también en lo fundamental una lucha anti-colonial y descolonizadora.

La multitud, el común y el poder constituyente

En la filosofía política tradicional sólo uno puede ser el soberano: el líder, el dictador, un partido, un pueblo, una nación, siempre «algún sujeto político unitario». Para Hardt y Negri, la multitud no es una unidad, no es un cuerpo social, ese que se compara con el cuerpo humano en el Leviatán de Hobbes; tampoco es «una identidad (como el pueblo) ni es uniforme (como las masas)», sino una pluralidad formada por las múltiples singularidades que no se someten al dominio de uno ni tampoco subordinan sus diferencias. «La multitud se compone de diferencias radicales, de singularidades, que nunca admitirán la síntesis en una identidad única» y por ello sólo la revolución de la multitud es la que puede hacer esa transformación tan radical que haga posible la libre expresión de las singularidades.¹⁷ De acuerdo con las

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ M. Hardt y A. Negri, *Multitud*, DeBolsillo, Barcelona, 2006, pp. 16 y 403.

transformaciones del capitalismo que explota al conjunto de la sociedad y la humanidad, incluidos los no asalariados, para estos autores la multitud es «la totalidad de los que trabajan bajo el dictado del capital y forman, en potencia, la clase de los que no aceptan el dictado del capital» y es por tanto un concepto más «abierto y expansivo» que el del proletariado.

En los debates acerca de la multitud, se ha planteado la crítica sobre sus capacidades políticas para actuar y decidir su orientación. Ellos han respondido planteando que la multitud «no debe entenderse como un ser sino como un hacer –o para ser más exactos, como un ser que no es fijo o estático, sino que es constantemente transformado, enriquecido y constituido por un proceso de hacer». Y que este proceso de autotransformación colectiva se da en su trabajo, en su producción, que es social y colaborativa, de la que surge el común, lo que nos es común y en donde se construye su subjetividad.¹⁸ El concepto de la multitud se corresponde con las características de los nuevos movimientos que estamos analizando en los que la multiplicidad social se autoconvoca para actuar junta y en los que se materializa la organización horizontal y desde abajo sin jefes, partidos o centros de poder, ni diferencias entre dirigentes y dirigidos. Esto, siempre y cuando se comprenda en una clave intercultural que ponga sus pies en las distintas tradiciones culturales e incorpore no sólo las singularidades de los individuos, tan cara a Occidente, sino también las singularidades colectivas, como las de los pueblos indígenas. También se enlaza esta noción con las aspiraciones a la globalización de las resistencias y la democracia global que es «la democracia de la multitud».

La idea de «el común» de Hardt y Negri ha evolucionado hasta encontrarse con la propuesta de los bienes comunes. Ellos hablan de un común natural y un común “artificial”, pero su aporte principal en este terreno es su esfuerzo por desarrollar la teoría de Marx de acuerdo con las transformaciones y tendencias actuales de la producción, el capital, el trabajo y las relaciones entre estos para sustentar y resaltar el papel crucial del común en el proceso revolucionario. Al pasar la producción de la fábrica al conjunto de la sociedad, al pasar del capitalismo industrial al financiero y al ampliarse la productividad de la fuerza de trabajo más allá de la jornada laboral, superando la división entre tiempo de trabajo y tiempo de no trabajo, el carácter social de la producción se amplía y acrecienta cada vez más. La información, las comunicaciones, los acervos de conocimientos, las redes sociales, los afectos, la cooperación, que ahora son cuantitativa y cualitativamente más sociales, cada vez juegan un papel más central en todos los niveles de la producción de plusvalor. Y eso es lo que constituye el común.

Para estos autores, la contradicción entre lo privado de la acumulación capitalista y la naturaleza social de la producción se torna cada vez más extrema y antagónica. Este hecho,

¹⁸ M. Hardt y A. Negri, *Common wealth*, Akal, Madrid, 2011, pp. 184-188.

unido a las tendencias de ese común a ser más autónomo, a desafiar y exceder los límites de la propiedad privada y a su posibilidad de funcionar sin necesidad del control de mando del capital puede convertirlo en una herramienta para la liberación, en «el proyecto de una revolución del común».¹⁹

La multitud y el común se complementan con una tercera noción que estos autores denominan poder constituyente. En la intensidad de la cooperación, la comunicación y las relaciones comunes, que son producidas en el proceso mismo de la producción, que están en su inicio y su final, no sólo son producidas sino que producen el común, se generan permanentemente las resistencias y rebeldías las cuales tienden a formar «un tipo de motor constituyente». De las interacciones entre la multitud y sus singularidades brota la potencia de las prácticas y los procesos constituyentes: de autoinstituir innovaciones y transformaciones sociales, otros tipos de relaciones, otras realidades.²⁰ Y en estas nuevas prácticas y procesos se crea una subjetividad alternativa. En su último libro, *Declaración*, Hardt y Negri sostienen que en los nuevos movimientos que se iniciaron en el 2011 hay ya «una serie de principios constitucionales que pueden ser la base de un proceso constituyente», unas condiciones para pasar de lo destituyente a lo constituyente y proponen la reflexión sobre la posibilidad de «cómo algunos bienes sociales —el agua, los bancos y la educación— pueden ser constitucionalizados como comunes y transformados en instituciones del común».²¹ Consideramos que estas propuestas y reflexiones son aproximaciones que deben ser tenidas en cuenta en cualquier debate sobre los nuevos paradigmas emancipatorios.

Coletilla

Las movilizaciones sociales, propuestas y debates que hemos visto atrás nos muestran las posibilidades de *otra izquierda y otra política*. Es imposible predeterminar cuáles son los caminos que llevan a la emancipación. Pero es evidente que aquellos por los que caminamos durante cerca de un siglo y en los cuales invertimos gigantescas energías, constituyeron apenas un intento, un ensayo que fue insuficiente y hoy debemos aprender de sus fracasos y limitaciones.

La crisis de la política y de la izquierda es parte consubstancial de la crisis más general de civilización, de época y de paradigmas que estamos viviendo. Volver a esos mismos caminos no es solución. Hay que mirar la ola de los nuevos ciclos de luchas y movilizacio-

¹⁹ M. Hardt y T. Negri, *op. cit.*, p. 150.

²⁰ *Ibidem*, *op. cit.*, p. 397.

²¹ M. Hardt y A. Negri, *Declaración*, Akal, Madrid, p. 76.

nes que se están produciendo en el mundo y leer en ella los nuevos sentidos, las nuevas significaciones, las nuevas maneras de cambiar el mundo que van encontrando los de abajo. La gente, la multitud, los viejos militantes, que siguen aspirando al cambio y trabajando por él, no dejarán de interpelarnos. Veinte años después, sin olvidar la historia y la memoria larga, dentro de la cual están los clásicos de la emancipación, hay que estar abiertos al debate y a otras miradas.

La calidad y el impacto ambiental de la producción ecológica: desde los resultados de la investigación al consumidor

Traducción de Alberto Tena Camporesi

Tras un breve repaso a la situación de la agricultura ecológica en el ámbito mundial, este artículo resume los resultados de los estudios más recientes de la investigación científica internacional sobre la calidad de los productos de agricultura ecológica respecto a los convencionales. El objetivo es informar al consumidor, y a todos aquellos que estén interesados en el tema sin ser expertos, con fundamento científico acerca de la composición química de los productos de la agricultura ecológica, sobre su calidad nutricional, sus potenciales beneficios para la salud humana ligados a su consumo y, finalmente, sobre su impacto ambiental.

A pesar de que es aún una realidad productiva de dimensiones relativamente limitadas, la agricultura ecológica está en continuo crecimiento a nivel mundial. Los datos del último estudio publicado por el Instituto de Investigación en Agricultura Ecológica FiBL (Forschungsinstitut für Biologischen Landbau) y por el IFOAM (International Federation of Organic Agriculture Movements) nos dicen de hecho que la superficie destinada al cultivo ecológico en el mundo ha alcanzado en 2011 los 37,2 millones de hectáreas (frente a los 36,2 millones el año anterior), mientras que en 2000 se calculaba la superficie en torno a los 15 millones de hectáreas, que representan menos del 1% de la superficie cultivable del planeta entero.¹ Oceanía es el continente a la cabeza con más de 12 millones de hectáreas, por delante de Europa con alrededor de 10,6 millones. Respecto a 2010, Europa ha visto en

Flavio Paoletti
Consejo para la
Investigación y la
Experimentación
en Agricultura
(CRA)/Centro de
Investigación
para los
Alimentos y la
Nutrición (CRA-
NUT)

¹ H. Willer, J. Lernoud y L. Kilcher, *The World of Organic Agriculture. Statistics and Emerging Trends 2013*, FiBL, Frick, IFOAM, Bonn, 2013.

2011 un crecimiento de la superficie de cultivo ecológico superior al 6% (en el caso de Asia ha sido incluso de más del 34%). España, Italia, Alemania y Francia son los países con la mayor superficie agrícola destinada al cultivo ecológico en Europa. Los productores ecológicos ascienden a un total de 1,8 millones en todo el mundo. Italia, seguida por España, es el país europeo con más productores (más de 42.000). Siempre según el estudio FiBL-IFOAM, en 2011 el mercado mundial de alimentos y bebidas ecológicas ha alcanzado en torno a los 50 mil millones de euros, de los cuales alrededor de 17 mil millones son representados por el mercado de EEUU, y 6,6 mil millones y 3,8 mil millones por el alemán y el francés, respectivamente. En términos de incidencia sobre los consumos totales de alimentos, los de productos ecológicos se estiman entre el 1 y el 2% en España, Italia, Francia, Reino Unido y Canadá, en torno al 4% en Alemania y EEUU, y en torno al 6% en Austria y Suiza. En 2010, en los países europeos, excluyendo al Reino Unido, ha habido un aumento mayor del consumo de productos ecológicos que, en el caso de Austria, Francia e Italia, ha superado el 10% en relación al año anterior. En Italia este dato de crecimiento se ha repetido en 2011 y en 2012.² Esta tendencia parece sorprendente si se tiene en cuenta la fuerte crisis financiera que han atravesado en estos años EEUU y Europa y que ha comportado, y en algún caso aún comporta, una significativa reducción de los consumos, incluso de los productos alimentarios. El panorama de la situación se torna aún más sorprendente si tenemos en cuenta que los productos ecológicos en el mercado tienen unos precios superiores a los no ecológicos.

El consumidor adquiere productos ecológicos también en tiempos de crisis, aunque estos sean más caros, porque considera que se han obtenido con métodos naturales, son seguros y saludables y contribuyen a una forma de producción sostenible para el medioambiente y para la sociedad en su conjunto. El consumidor considera, además, que son de calidad superior en relación a los no ecológicos y por eso está dispuesto a pagar más.³

El sector de la producción ecológica está regulado de una forma específica. En Europa, los Reglamentos CE n. 834 de 2007 y n. 889 de 2008 constituyen el marco normativo de referencia. Como se indica en estos reglamentos, la producción ecológica ha de emplear fertilizantes orgánicos no minerales y seguir prácticas, como las de la rotación de los cultivos, que permiten mantener, a la par que aumentar, la fertilidad del suelo; está además prohibido el uso de pesticidas de síntesis y para los animales el de antibióticos, mientras que se recomienda la prevención de patologías también a través de una atenta selección de la variedad de cultivo y de las razas criadas; en el caso de los animales, además, se tiene que respetar el bienestar de los mismos, también a través de una alimentación basada en el pas-

² E. De Ruvo, «Le tendenze degli acquisti di prodotti biologici e l'evoluzione del profilo del consumatore», *Salone Internazionale del Biologico e del Naturale*, Boloña, 2012.

³ P. Midmore, S. Naspetti, A. M. Sherwood, D. Vairo, M. Wier, R. Zanolli, *Consumer attitudes to quality and safety of organic and low input foods: a review*. Informe del proyecto «Quality Low Input Food – QLIF» – Subproyecto 1 «Determining consumer expectations and attitudes towards organic/low input food quality and safety», 2005. R. Zanolli and S. Naspetti, «Consumer motivations in the purchase of organic food: a means-end approach». *British Food Journal*, 104, pp. 643-653, 2002.

toreo y en el uso de pasto de origen ecológico; en las fases de producción/transformación de los alimentos se contempla una fuerte limitación en el uso de aditivos. Lo previsto por la normativa resume los principios sobre los que se basa la agricultura ecológica y, de hecho, es el conjunto de las razones por las cuales el consumidor se acerca a los productos ecológicos.

En estos últimos 20 años, la investigación científica ha pretendido susentar las expectativas del consumidor en relación a la calidad de los productos ecológicos. Y es que, efectivamente, el empleo del fertilizante orgánico en lugar del mineral, el empleo de pesticidas de síntesis o la manera de alimentar a un animal de crianza pueden influir en la composición química de un producto alimenticio. ¿De esto se deriva automáticamente que cuando el consumidor va al mercado para adquirir un kilo de manzanas, si compra las ecológicas estas serán seguramente de una calidad nutricional mejor respecto a las convencionales del puesto de al lado? A esta pregunta se puede responder de inmediato negativamente; no es exactamente así. Hay que decir, de hecho, que los factores que pueden influir en la calidad nutricional o sensorial de un producto son muchos, desde los genéticos a los climáticos, por indicar tan solo algunos.⁴ Por ejemplo, las diferencias en la composición química y nutricional entre dos variedades de manzana son a menudo mucho más amplias que las que se pueden determinar a través de modalidades de cultivo distinto, como pueden ser la ecológica y la convencional. Además, las diferencias de composición química o nutricional entre los frutos de una misma variedad de manzana, cultivada en el mismo sitio y recogidas en dos temporadas sucesivas, son muchas veces más amplias de las que se pueden determinar por el sistema de cultivo.

En los sucesivos párrafos se pretende hacer un recorrido por lo que hasta ahora ha podido demostrar la investigación científica en relación a la composición química, la cualidad nutricional y otros aspectos ligados a la producción de productos ecológicos respecto a los convencionales y que se puede transferir al consumidor.

Composición química y calidad nutricional de los productos ecológicos

Solo los factores que difieren de forma sistemática entre agricultura ecológica y convencional pueden determinar diferencias sistemáticas en la composición del producto. Por ejemplo,

⁴ L. Gobbo-Neto, N. P. Lopes, «Medicinal plants: factors of influence on the content of secondary metabolites», *Química Nova*, 30, pp. 374-381, 2007. G. J. Kahl, D. Kusche Van der Burgt, S. Bügel, N. Busscher, E. Hallmann, U. Kretzschmar, A. Ploeger, E. Rembalkowska and M. Huber, «Organic food claims in Europe», *Food Technology*, 3, pp. 38-46, 2010. D. P. Pavarini, S. P. Pavarini, M. Niehues, N. P. Lopes, «Exogenous influences on plant secondary metabolite levels», *Animal Feed Science and Technology*, 176, pp. 5-16, 2012.

en el caso de los productos vegetales cultivados con métodos ecológicos, estos factores son: i) la restricción en el uso de los pesticidas; y ii) la restricción sobre el tipo y la intensidad de la fertilización. Este último factor es el responsable directo de un menor contenido de nitrógeno en los productos ecológicos respecto a los convencionales, desde el momento en el que el fertilizante orgánico libera cantidades menores de nitrógeno, en particular, y la liberación sucede de forma más lenta respecto al fertilizante mineral. Especialmente en los cereales, el nitrógeno está presente bajo forma de proteína. Si asumimos que el contenido de proteínas es directamente proporcional al contenido del nitrógeno, lo anteriormente expuesto comporta que los cereales ecológicos tienden a tener una menor concentración de proteínas respecto a los convencionales. Lejos de ser un problema nutricional, al menos en los países más ricos, una concentración menor de proteínas puede representar en cambio un problema tecnológico que puede influir negativamente en la calidad de los productos transformados de los cereales, como el pan y la pasta.

Pero existen vegetales en los cuales el nitrógeno está contenido en una cierta proporción bajo forma de nitratos, como en algunas hortalizas de hoja verde (espinacas, ensaladas). Además, la diferencia de disponibilidad del nitrógeno, tienen algunos efectos indirectos en el metabolismo y la fisiología de la planta, que determinan el contenido de algunas vitaminas y metabolitos secundarios. Así se ha demostrado que una disminución de la disponibilidad de nitrógeno para las plantas provoca un aumento del contenido de compuestos fenólicos de defensa que, a su vez, aumentará la resistencia de las plantas a plagas y patologías, también a costa de un crecimiento más lento y, por lo tanto, con rendimientos inferiores.⁵ Se ha sugerido también que la ausencia de protección de pesticidas pueda facilitar los ataques por parte de plagas y patógenos en los cultivos ecológicos respecto a los convencionales. Estos ataques, a su vez, harían disparar la formación de compuestos de defensa. No obstante, la contribución de este mecanismo, aún existente, parece ser muy inferior respecto al de la fertilización.⁶

El número de trabajos publicados sobre las diferencias de composición entre productos ecológicos y convencionales es ya muy elevado. El panorama que emerge es, en realidad, bastante confuso y extraer conclusiones o identificar tendencias generalizables a partir de los resultados en relación a las diferencias en la composición química entre productos ecológicos y convencionales es cuanto menos complicado, sobretudo porque los trabajos se han realizado aplicando procedimientos y métodos muy diversos en situaciones y entornos diversos. Con la intención de poner un poco de orden en este panorama, en estos últimos años han aparecido algunos trabajos en los que los resultados de la literatura científica del

⁵ K. Brandt y P. Molgaard, «Organic agriculture: does it enhance or reduce the nutritional value of plant foods?», *Journal of the Science of Food and Agriculture*, 81, pp. 924-931, 2001.

⁶ K. Brandt, C. Leifert, R. Sanderson and J. C. Seal, «Agroecosystem management and nutritional quality of plant foods: the case of organic fruits and vegetables», *Critical Reviews in Plant Sciences*, 30, pp. 177-197, 2011.

sector se han sometido a elaboraciones estadísticas para poder estandarizarlos y, por lo tanto, compararlos.⁷

Los resultados comunes se pueden resumir en:

- a) Los productos vegetales ecológicos son más ricos en compuestos fenólicos y más pobres en proteínas;
- b) Los productos ecológicos de origen animal son más ricos en ácidos grasos omega-3, en ácido vaccénico y de ácido linoleico conjugado (CLA).

Las motivaciones que llevan a una mayor presencia de compuestos fenólicos se han expuesto más arriba y están esencialmente ligadas al tipo de fertilizante admitido en el cultivo biológico y a la prohibición del uso de pesticidas de síntesis. Es interesante advertir que muchos compuestos fenólicos son compuestos con capacidad antioxidante, es decir con la capacidad de contrastar la acción de los radicales libres considerados responsables de la aparición de muchas patologías degenerativas del hombre. En lo que respecta a la mayor presencia de ácidos grasos omega-3, de ácido vaccénico y de ácido linoleico conjugado (CLA) en la leche y derivados de origen ecológico, hay que atribuirla al régimen alimenticio de los animales que en el proceso ecológico debe basarse en el pasto y en el pienso de origen ecológico.

Hay que decir que en el caso del ácido vaccénico no se ha encontrado ninguna relación directa entre su absorción y sus efectos sobre la salud. De todos modos, el organismo humano está capacitado para transformarlo en ácido ruménico que pertenece a la clase del ácido linoleico conjugado (CLA). El CLA es de hecho una clase de ácido graso al que se le atribuyen propiedades beneficiosas para la salud humana, como la estimulación del sistema inmunológico, del cardiovascular y del óseo. En relación a los ácidos grasos omega-3 hay que recordar que lo que es importante para la prevención de algunas enfermedades (cardiovasculares, inflamatorias, cáncer) es la relación entre su contenido y el de los ácidos grasos omega-6, relación muchas veces demasiado baja en la dieta de los países occidentales. Aunque se pueda afirmar que también se puede alimentar a los animales pastando y con pienso en una crianza convencional, sigue habiendo una diferencia clave, esta manera de alimentar a los animales solo está prevista por la ley en el caso del método ecológico.

⁷ A. Dangour, S. Dodhia, A. Hayter, A. Aikenhead, E. Allen, K. Lock, R. Uauy, «Comparison of composition (nutrients and other substances) of organically and conventionally produced foodstuffs: a systematic review of the available literature», *Report for the Food Standard Agency*. London School of Hygiene & Tropical Medicine, Londres, 2009. E. Palupi, A. Jayanegara, A. Ploeger and J. Kahl, «Comparison of nutritional quality between conventional and organic dairy products: a meta-analysis», *Journal of the Science of Food and Agriculture*, 92, pp. 2.774-2.781, 2012. C. Smith-Spangler, M. L. Brandeau, G. E. Hunter, J. C. Bavinger, M. Pearson, P. J. Eschbach, V. Sundaram, H. Liu, P. Schirmer, C. Stave, I. Olkin, D. M. Bravata, «Are organic foods safer and healthier than conventional alternatives? A systematic review», *Annals of Internal Medicine*, 157, pp. 348-366, 2012.

En general, la calidad de los alimentos se pone en relación con la presencia de compuestos deseados o que son buenos para la salud y la ausencia de compuestos nocivos y de contaminación microbiana. No obstante, la presencia de un único compuesto, o su bioactividad, no puede ser el único criterio para definir la calidad de un alimento y su potencial efecto en la salud.⁸ Algunas pruebas clínicas realizadas sobre integradores con base, por ejemplo, de beta-caroteno o vitaminas, han fracasado en demostrar algún tipo de reducción del riesgo de surgimiento de patologías crónicas, a diferencia de lo que han demostrado las pruebas sobre los efectos del consumo de alimentos ricos en las mismas sustancias.⁹ Los alimentos no son medicinas: derivan de organismos vivos y como tales son extremadamente complejos. En el interior de la “matriz” alimento los varios componentes interaccionan entre sí dando lugar a efectos sinérgicos.

Por tanto, las diferencias encontradas en la composición química entre productos ecológicos y convencionales no son suficientes para afirmar que el consumo de alimentos ecológicos conlleve beneficios para la salud humana.

Consumo de alimentos ecológicos y salud humana

No obstante, podemos partir de algunos supuestos que harían pensar que el consumo de productos ecológicos pueda ser bueno para la salud:

- Los productos ecológicos tienen una probabilidad netamente inferior respecto a los convencionales de presentar residuos de pesticidas.
- Los productos ecológicos contienen menos nitratos que los convencionales.
- No hay diferencias de probabilidad de contaminación de microtoxinas entre productos ecológicos y convencionales.
- Hasta ahora los distintos estudios no han mostrado diferencias entre productos ecológicos y convencionales en relación al nivel de riesgo de contaminación con bacterias patógenas (por ejemplo, *Salmonella*, *Campylobacter*).
- Los pollos y cerdos criados con métodos convencionales tienen un riesgo más alto de estar contaminados por bacterias resistentes a 3 o más antibióticos que sus alternativas ecológicas. Esta mayor prevalencia de resistencia a los antibióticos se puede relacionar con el uso rutinario de antibióticos en la crianza convencional.¹⁰

⁸ D. R. Jacobs, «Food, not nutrients, is the fundamental unit in nutrition», *Nutrition Reviews*, 65, pp. 439-450, 2007.

⁹ I. M. Lee, N. R. Cook, J. E. Manson, J. E. Buring, C. H. Hennekens, «Beta-carotene supplementation and incidence of cancer and cardiovascular disease: the Women's Health Study», *Journal of National Cancer Institute*, 91, pp. 2.102-2.106, 1999. W. J. Blot, J. Y. Li, P. R. Taylor, B. Li, «Lung cancer and vitamin supplementation», *New England Journal of Medicine*, pp. 331, 614, 1994.

¹⁰ F. Magkos, F. Arvaniti, and A. Zampelas, «Organic food: buying more safety or just peace of mind?», *Critical Reviews in Food Science and Nutrition*, 46, pp. 23-56, 2006. C. Smith-Spangler, M. L. Brandeau, G. E. Hunter, J. C. Bavinger, M.

Sin embargo, las pruebas científicas sobre los efectos sobre la salud humana ligada al consumo de productos ecológicos son aún limitadas.

Un estudio ha demostrado que la leche de madres que consumen una dieta basada en productos estrictamente ecológicos poseían niveles más altos de ácido trans-vaccénico. Por otra parte, en los estudios en los que se medía la concentración de nutrientes en seres humanos que consumían dietas ecológicas y convencionales no se han mostrado diferencias consistentes.

Los niños y niñas que durante 5 días pasaban de una dieta compuesta por alimentos convencionales a una dieta compuesta por alimentos ecológicos tenían niveles significativamente más bajos de residuos de pesticida en la orina.¹¹ Un par de estudios realizados a partir de la observación de distintos casos de alergia en grupos de niños europeos que consumían una dieta ecológica en relación con un grupo de niños que consumían una dieta convencional, han mostrado que de sus resultados no se desprende ninguna conexión entre el tipo de dieta y la incidencia de las alergias.¹²

No hay estudios a largo plazo acerca del impacto positivo sobre la salud en grupos de población que consumen preferentemente alimentos ecológicos frente a los convencionales, que tengan en cuenta los factores socioeconómicos. Estos estudios cuestan mucho dinero. Existen, sin embargo, estudios de los que se pueden obtener algunas consideraciones interesantes. En Holanda, se ha realizado una encuesta para estudiar los efectos percibidos sobre la salud por parte de los consumidores de productos ecológicos. El 30% de aquellos que contestaron contaron que no habían percibido ningún impacto sobre su salud. El restante 70% en cambio, señaló sentirse más vital, más resistente a las enfermedades, haber mejorado sus funciones gastrointestinales, mayor bienestar mental, mejores condiciones de la piel y del cabello y menores problemas de alergia. Claramente, se trata de percepciones y no de algo documentado por parámetros clínicos. Sin embargo, es interesante que para muchos participantes en la investigación el paso al consumo de productos ecológicos se acompañara de una reducción de las conservas y de un cambio en el estilo de vida.¹³

Recientemente, se ha publicado un estudio realizado en Francia con el objetivo de describir el perfil sociodemográfico de los consumidores de productos ecológicos, unido a su

Pearson, P. J. Eschbach, V. Sundaram, H. Liu, «Are organic food safer and healthier than conventional alternatives? A systematic review», *Annales International Medicine*, 157, pp. 348-366, 2012.

¹¹ C. L. Curl, R. A. Fenske, K. Elgethun, «Organophosphorus pesticide exposure of urban and suburban preschool children with organic and conventional diets», *Environmental Health Perspectives*, 111, pp. 377-382, 2003.

¹² I. Kummeling, C. Thijs, M. Huber, L. P. L. van de Vijver, B. E. P. Snijders, J. Penders, F. Stelma, R. van Ree, P. A. van den Brandt, and P. C. Dagneli, «Consumption of organic foods and risk of atopic disease during the first 2 years of life in Netherlands», *British Journal of Nutrition*, 99, pp. 598-605, 2008.

¹³ L. P. L. van de Vijver, M. E. T. van Vliet, «Health effects of an organic diet – consumer experiences in Netherlands», *Journal of the Science of Food and Agriculture*, 92, pp. 2.923-2.927, 2012.

consumo de alimentos y nutrientes y a sus características antropométricas. Con este fin, se ha evaluado la actitud en relación a la frecuencia de uso de productos ecológicos (fruta, hortalizas, soja, productos lácteos, carne y pescado, huevos, legumbres, pan y cereales, harina, aceites vegetales o condimentos, platos preparados, café/té, galletas/chocolate/azúcar/confituras, otros alimentos, suplementos alimenticios, y también tejidos y cosméticos) en más de 54.000 individuos de 18 años de edad en adelante. A los participantes se les pedía, a través de unos cuestionarios, suministrar información sociodemográfica (altura, sexo, nivel de estudios, nivel de renta, actividad física, etc.), datos antropométricos (altura, peso, eventual régimen dietético restrictivo), los alimentos y bebidas consumidos en los diferentes comidas más una estimación de la dimensión de la porción ingerida

A través de este tipo de información y el uso de tablas de composición de los alimentos, se han obtenido los niveles de asimilación de nutrientes. El estudio ha permitido identificar cinco grupos de consumidores, de los cuales uno estaba compuesto por consumidores ocasionales y uno por consumidores habituales de productos ecológicos. Los otros tres grupos estaban formados por individuos que no consumían productos ecológicos por su elevado coste, porque los evitaban o porque no estaban muy interesados. Desde el punto de vista sociodemográfico, los consumidores habituales de productos ecológicos tenían un nivel de educación más elevado. Estos eran físicamente más activos respecto a los miembros de los otros grupos; tenían regímenes dietéticos que incluían más productos vegetales y menos dulces, bebidas alcohólicas, carnes o leches transformadas. Sus perfiles de asimilación de nutrientes (ácidos grasos, minerales, vitaminas, fibra alimentaria) estaban más cercanos a los recomendados por las directrices nacionales. En comparación con los no interesados, los consumidores habituales de productos ecológicos mostraban una probabilidad netamente inferior de tener sobrepeso u obesidad. Los participantes pertenecientes al grupo de consumidores ocasionales mostraban perfiles intermedios entre los no interesados y los regulares.¹⁴

Agricultura ecológica e impacto ambiental

El impacto negativo de la producción agrícola industrial sobre el ecosistema está ampliamente demostrado. En Europa, especialmente a partir de los años cincuenta del siglo pasado, el aumento del uso de *inputs* externos, como fertilizantes y pesticidas, se ha concretizado en un significativo aumento de la productividad pero, al mismo tiempo, en una insostenible presión sobre el medio ambiente. La agricultura ecológica trata de contraponerse a estos efectos a través del uso limitado de *inputs* externos, integrados por prácticas agronómicas que son especialmente respetuosas con el medio ambiente.

¹⁴ E. Kesse-Guyot, S. Peneau, C. Méjan, F. Szabo de Edelenyi, P. Galan, S. Hercberg, D. Lairon, «Profiles of organic food consumers in a large sample of French adults: results from Nutrinet-Santé cohort study», *Plos ONE*, 8, pp. 1-13, 2013.

Los estudios comparativos del impacto ambiental de la agricultura ecológica y de la convencional son bastante numerosos. No obstante, la diversidad de la ubicación geográfica, de los suelos, de las condiciones climáticas, de los métodos de cultivo (puede haber diferencias grandes en la modalidad de aplicación de la agricultura tanto ecológica como convencional), pueden tener una influencia determinante en los resultados finales. En efecto, de acuerdo a una investigación realizada en EEUU, no hay ninguna duda de que el impacto ambiental de la agricultura ecológica para la producción de muchos alimentos es menor. Sin embargo, esto no es aplicable a todos los alimentos y para todos los tipos de impacto ambiental.¹⁵ En muchos casos, hay un menor consumo de energía en la producción ecológica, pero el rendimiento inferior que caracteriza este tipo de producción comporta que los resultados de la determinación de los impactos ambientales no siempre sean favorables al cultivo ecológico si el cálculo se hace por unidad de producto obtenido.¹⁶

Desde el punto de vista sociodemográfico, los consumidores habituales de productos ecológicos tenían un nivel de educación más elevado

Un papel importante que la agricultura ecológica puede tener en relación con el medio ambiente es el de aumentar el secuestro de carbono (CO₂) de la atmósfera en el suelo. Este papel es fundamental para la calidad del suelo y contribuye a mitigar las emisiones de gases del efecto invernadero.¹⁷

Otra contribución importante que la agricultura ecológica puede tener en términos de impacto ambiental y para mitigar el cambio climático en curso, se puede identificar en la gestión atenta de la nutrición de las plantas y, en consecuencia, en la reducción de la emisión del óxido de nitrógeno (N₂O).

¹⁵ C. Foster, K. Green, M. Bleda, P. Dewick, B. Evans, A. Flynn, J. Mylan, «Environmental Impacts of Food Production and Consumption: A report of the Department for Environment», *Food and Rural Affairs*, Manchester Business School, Defra, Londres, 2006.

¹⁶ M. Stolze, A. Piorr, A. Häring, S. Dabbert, «The Environmental Impacts of Organic Farming in Europe», *Organic Farming in Europe: Economics and Policy*, vol. 6 (S. Dabbert, N. Lampkin, J. Michelsen, H. Nieberg, R. Zanoli (eds). University of Hohenheim, Department of Farm Economics, Stuttgart, Germany, 2000. D. Pimentel, P. Hepperly, J. Hanson, D. Douds, and R. Seidel, «Environmental, energetic, and economic comparison of organic and conventional farming systems», *BioScience*, 55, pp. 573-582, 2005. K. Venkat, «Comparison of twelve organic and conventional farming systems: a Life Cycle greenhouse gas emissions perspectives», *Journal of Sustainable Agriculture*, 36, pp. 620-649, 2012. K. Venkat, «Comparison of twelve organic and conventional farming systems: a Life Cycle greenhouse gas emissions perspectives», *Journal of Sustainable Agriculture*, 36, pp. 620-649, 2012. K. Mondelaers, J. Aertsens, G. Van Huylenbroeck, «A meta-analysis of the differences in environmental impacts between organic and conventional farming», *British Food Journal*, 111, pp. 1.098-1.119, 2009. H. L. Tuomisto, I. D. Hodge, P. Riordan, D W. Macdonald, «Does organic farming reduce environmental impacts? A meta-analysis of European research», *Journal of Environmental Management*, 112, pp. 309-320, 2012.

¹⁷ U. Niggli, A. Fliessbach, P. Hepperly, N. Scialabba, Low greenhouse gas agriculture: Mitigation and adaptation potential of sustainable farming systems. FAO, Rome, 2008

En relación, en cambio, a la adaptación a los cambios climáticos, los sistemas de la agricultura ecológica tienen una fuerte potencialidad en el aumento de la resiliencia a través de la diversificación de las empresas y el aumento de la fertilidad de los suelos.¹⁸ Además, la agricultura ecológica tiende a conservar la fertilidad del suelo mejor que los sistemas agrícolas convencionales, gracias a los más altos contenidos de materia orgánica y a la mayor actividad biológica de los suelos cultivados de manera ecológica. Este efecto está ligado también a la mayor biodiversidad (mayor presencia cualitativa y cuantitativa de microorganismos e insectos), presente en los suelos de cultivo ecológico y en el ambiente circundante a las empresas ecológicas en términos de flora y fauna.

La agricultura ecológica tiene como principal objetivo el de mantener y aumentar la fertilidad natural del suelo a través del uso de cultivos fijadores de nitrógeno, el reciclaje de los residuos de cultivo, el uso de fertilizantes orgánicos y de cultivos perennes. Todo esto promueve niveles superiores de materia orgánica y de actividad biológica en el suelo (número y variedad de microorganismos). Los microorganismos, como bacterias y hongos, juegan un papel central en el mantenimiento de la fertilidad del suelo a través de la descomposición de la materia orgánica. Diferentes estudios han demostrado un aumento de la biodiversidad, de la actividad biológica y de la fertilidad en los suelos gestionados a través del sistema de agricultura ecológica. Además, en las empresas ecológicas se ha observado una mayor tasa de diversidad y abundancia de pájaros, polinizantes, insectos y plantas herbáceas respecto a las convencionales.¹⁹

¹⁸ N. Scialabba y M. Muller-Lindenlauf, «Organic agriculture and climate change», *Renewable Agriculture and Food Systems*, 25, pp. 158-169, 2010.

¹⁹ P. Mader, A. Fliessbach, D. Dubois, L. Ganst, P. Fried, U. Niggli, «Soil fertility and biodiversity in organic farming», *Science*, 296, pp. 1.694-1.697, 2002. J. Bengtsson, J. Ahnström, A. C. Weibull, «The effects of organic agriculture on biodiversity and abundance: a meta-analysis», *Journal of Applied Ecology*, 42, pp. 261-269, 2005. A. Holzschuh, I. Steffan-Dewenter, D. Kleijn, T. Tscharntke, «Diversity of flower visiting bees in cereal fields: effects of farming system, landscape composition, and regional context», *Journal Applied Ecology*, 44, pp. 41-49, 2007. A. Holzschuh, I. Steffan-Dewenter, T. Tscharntke, «Agricultural landscapes with organic crops support higher pollinator diversity», *Oikos*, 117, pp. 354-361, 2008. M. Rundlof, H. Nilsson, H. J. Smith, «Interacting effects of farming practice and landscape context on bumble bees», *Biological Conservation*, 141, pp. 417-426, 2008. M. Rundlof, J. Bengtsson, H. J. Smith, «Local and landscape effects of organic farming on butterfly species and abundance», *Journal Applied Ecology*, 45, pp. 813-820, 2008.

Entrevista a Gérard Duménil y Dominique Lévy
A propósito de *La gran bifurcación. Acabar con*
el neoliberalismo

175

Bruno Tinel

Entrevista a Jorge Luis Acanda

189

Salvador López Arnal

Entrevista a Gérard Duménil y Dominique Lévy

A propósito de *La gran bifurcación. Acabar con el neoliberalismo*¹

Traducción de José Bellver

¿Asistimos a un cierre definitivo de las vías del progreso social desde el final de los años setenta? ¿Qué cambios en las relaciones de poder han precedido a este fenómeno? ¿Cuáles serían las posibilidades para una renovación? Quienes han padecido las transformaciones sociales de los últimos treinta años se hacen estas preguntas a diario –a menos de que hayan renunciado, tras haberse arrodillado frente a la derrota de las utopías. El libro de Gérard Duménil y Dominique Lévy, publicado en enero de 2014 por Éditions La Découverte aborda estas cuestiones. En el mismo, dibujan el panorama de una «gran bifurcación» donde se oponen las iniciativas de derechas y aquellas de una verdadera izquierda. Las preguntas de Bruno Tinel les sumergen en la trama de presupuestos teóricos, de análisis concretos de mecanismos y de exhortaciones políticas que componen esta obra.

Bruno Tinel: Considerando que, a pesar de la magnitud de la crisis, todo parece hoy anclado en una profundización del neoliberalismo, ¿no se habría perdido entonces la partida, jugada definitivamente en detrimento del progreso social? ¿Volverá a emprenderse el rumbo de la Historia a partir de nuevas bifurcaciones?

Gérard Duménil y Dominique Lévy: Lo propio de una bifurcación es que existan al menos dos rutas. Una de las dos es aquella que persigue las dominaciones sociales cuya reafirmación ha estado marcada por el neoliberalismo a partir de los años ochenta. El libro confronta la tesis thatcheriana del «no hay alternativa»: la izquierda ha abierto otra vía. Evidentemente, no estamos afirmando que se dibuje hoy claramente un movimiento en esta dirección,

Bruno Tinel es profesor de economía en la Universidad de París-Sorbonne e investigador del Centre d'Économie de la Sorbonne

¹ G. Duménil y D. Lévy, *La gran bifurcación. Acabar con el neoliberalismo*, Los Libros de la Catarata/FUHEM Ecosocial, Madrid (en prensa).

pero sí sostenemos que un orden social de progreso es posible. Está por conquistar, tal como viene a sugerir el subtítulo del libro. Si bien hay que evitar el optimismo beatífico, conviene también tomar distancia con respecto al argumento del *irrealismo*. Considerado desde el punto de vista de las primeras décadas posteriores a la segunda guerra mundial, los logros del neoliberalismo eran difícilmente concebibles y, sin embargo, “ellos” lo han conseguido.

En términos más generales, hay que hacerse a la idea de que el capitalismo neoliberal no es el fin de la historia. El capitalismo continúa transformándose. La principal de sus transformaciones ha sido la de su estructura de clases. Nosotros defendemos la tesis de que existe una estructura tripolar en el capitalismo contemporáneo: capitalistas, cuadros y clases populares de obreros y desempleados. El “gran golpe” de las clases capitalistas en el neoliberalismo es el de haber conseguido asociar a los cuadros a la tarea de restaurar espectacularmente sus poderes y sus rentas. No sorprenderá a nadie que los cuadros financieros hayan entrado en el baile, pero que los cuadros técnicos y administrativos se hayan unido al movimiento resulta más asombroso. Incluso los cuadros de profesiones intelectuales y artísticas han seguido ampliamente esos pasos. A la violencia de las prácticas neoliberales en materia de políticas económicas y de gestión se ha venido a sumar una gran oleada de devastación ideológica, que logra hacer que todo proyecto de «bifurcación» hacia otras vías parezca incongruente. Los cuadros, al cambiar de bando, han condenado las utopías.

El último capítulo del libro, consagrado a lo «político», *aquí y ahora*, gira enteramente en torno a la exigencia de la disolución de esa alianza en la cumbre de las jerarquías sociales, y del restablecimiento de un compromiso «a la izquierda» entre clases populares y cuadros tal como aquel que había animado las dinámicas económicas y políticas de la posguerra. Abordar esta bifurcación “en el buen sentido”, es decir hacia la izquierda, es restablecer dicha configuración de la alianza. Pero se trata, evidentemente, de un primer paso, dado que los errores del pacto social de la posguerra no deben de repetirse; aquellos que han conducido a la degeneración de este orden social hasta llegar al neoliberalismo, y no a su superación más allá de las lógicas capitalistas —o llegaremos, en otros contextos, al cierre de vías que supuestamente podrían llevar al socialismo.

Si la *gran bifurcación* define bien opciones alternativas de derechas y de izquierdas, cada una de sus vías posee sus propias características. A la derecha, el neoliberalismo se halla frente a sus propias contradicciones, de las cuales la crisis fue y sigue siendo, en Estados Unidos y en Europa, una de sus manifestaciones. Se dibujan ya los rasgos de un nuevo orden social, siempre a la derecha, en el que los poderes de los cuadros de los sectores privados y públicos se reforzarían y el liderazgo de las clases capitalistas se mermaría. Jugando un poco con las palabras, lo llamamos *neogerencialismo*. Las empresas ya no estarían plenamente sometidas a los criterios bursátiles, la producción sería en parte relocalizada hacia los territorios nacionales, las políticas económicas estarían dirigidas hacia

objetivos destinados a interrumpir la erosión de la hegemonía de los viejos centros. Algunas de estas transformaciones ya se han iniciado en Estados Unidos, tendiendo hacia un *neoliberalismo administrado*, es decir un neoliberalismo que es cada vez menos liberal, una forma preliminar de neogerencialismo. Estas dinámicas intervencionistas e industrialistas no habían desaparecido plenamente en Europa, notablemente en Alemania, a pesar de los dispartes provocados por la financiarización en países como Francia o España; están esperando, por tanto, a su reanimación.

En la izquierda tampoco existe únicamente una modalidad. Una renovación de tales dinámicas se habría confrontado igualmente a sus contradicciones, sobre todo aquellas derivadas de la naturaleza de esa alianza en tanto que alianza de clases –entre clases populares y cuadros– y no la alianza entre componentes de una supuesta gran clase de asalariados. En una alianza tal entre clases distintas, la práctica de la democracia es un ejercicio acrobático que no permite descanso alguno en la lucha de las clases populares, por mucho que deseemos convertirla en trampolín para saltar hacia sociedades de progreso más avanzadas.

BT: Este nuevo libro se inscribe por tanto en la trayectoria de vuestros anteriores trabajos, en los que se mezcla una problemática marxista relativa a las dinámicas históricas y las estructuras de clase, y el análisis concreto de mecanismos económicos. Los dos primeros capítulos, de corte más «histórico-teórico», definen las grandes líneas de esta problemática. ¿Pueden ustedes recordarnos sus principales rasgos? ¿Hay algo nuevo en estas?

GD y DL: ¡Nos gusta describir el uso que hacemos del análisis marxista como “fundamentalista y revisionista”! Del lado del fundamentalismo, y desde el punto de vista de la historia, continuamos concibiendo la historia de las sociedades humanas en términos de sucesiones de modos de producción –una bella secuencia y bien ligada a la dinámica de las fuerzas productivas–, y nos agarramos firmemente a la concepción de las luchas de clases como motor de las dinámicas históricas. Ponemos el acento sobre el proceso de *socialización* de la producción –la adquisición de caracteres *colectivos*–, permitiendo esta noción pensar en la persecución de la transformación de las relaciones de producción en el seno del capitalismo, por tanto, no solamente como expresión del paso de un modo de producción a otro. No vemos en ello una “revisión”, sino una “explicitación”, porque esa noción atraviesa *El Capital*. En este campo histórico, nuestro revisionismo se atiene principalmente a la consideración de la estructura de clase tripolar mencionada y a la posible superación del capitalismo por un nuevo modo de producción que denominamos “cuadrismo”. En el plano de los mecanismos económicos, se trata menos de “revisar” que de “prolongar” porque Marx ha hecho mucho pero existen ámbitos en los cuales no pudo concluir, por ejemplo, el de la

teoría de la crisis —a falta de datos y herramientas teóricas, particularmente de tipo formal. Y sobre todo, el capitalismo ha continuado metamorfoseándose; y algunas escuelas heterodoxas, como el keynesianismo, han hecho aportaciones.

Con respecto a nuestros anteriores trabajos, especialmente *The Crisis of Neoliberalism*, mantenemos nuestra tesis fundamental de la naturaleza de clase del neoliberalismo —que habíamos esbozado a mediados de los años noventa— como el restablecimiento de los poderes y rentas de las clases capitalistas. Era una interpretación enteramente novedosa en aquella época, y convertida hoy casi en banal en la izquierda, aunque frecuentemente formulada con un vocabulario que evite la impactante referencia a las «clases» o confundiendo continuamente el neoliberalismo —un orden social— con la ideología neoliberal, o con el capitalismo en general. En este libro, perseguimos la profundización en el aspecto más reciente en nuestros análisis, concerniente al papel de los cuadros en dichas transformaciones sociales y económicas.

¿Hay algo realmente nuevo en todo ello? Estos dos capítulos reúnen algunos análisis que han sido publicados en números recientes de *Actuel Marx*. Las piezas del puzzle se van colocando gradualmente. Surgen nuevas nociones, especialmente aquella de *Estado bipolar*, que reúne un *centro político institucional* y un *centro económico institucional*. Pero el libro intenta dar con una presentación más coherente de lo que define su título: *la gran bifurcación*. Aquí también, fundamentalismo y revisionismo se mezclan estrechamente, según una perspectiva que podríamos calificar de *determinismo histórico relativo*, porque pensamos que no debe renunciarse a la identificación de un *sentido de la historia*, sino que debe concebirse como aún más sometido a la lucha de clases de lo que Marx pensaba, una cuestión de grados, en nuestra opinión. Ese es precisamente el sentido de la noción de bifurcación: un camino bastante bien trazado pero abierto a varias vías alternativas.

BT: ¿Podrían ustedes recordarnos, de forma más precisa, cuál es, según su opinión, la especificidad del neoliberalismo a la vista de lo que ha sido el orden social que lo ha precedido o de los que pudieran seguirlo?

GD y DL: Sin duda hay que volver a decir aquí que por *orden social* entendemos la configuración de relaciones de dominación y alianzas entre las diferentes clases en un periodo determinado. Por ejemplo, el orden social característico de las sociedades de los viejos centros durante las primeras décadas de la posguerra se caracterizaba por la alianza entre las clases populares y las clases de cuadros, en una situación en la cual los capitalistas —sobre todo sus fracciones superiores— veían sus poderes y rentas sensiblemente limitados. Tomando la noción en un sentido amplio, podemos hablar de *socialdemocracia*, lejos del uso que se hace presuntamente para hablar del Gobierno francés actual. Este orden social

fue establecido tras la crisis de 1929 y la segunda guerra mundial, en una trayectoria directa de continuidad con el movimiento obrero, como en Suecia o en Francia, o en circunstancias fuertemente influenciadas por la fuerza ascendente de ese proyecto de transformación gradual del capitalismo, frecuentemente calificados peyorativamente de «reformistas». Estas transformaciones han perdido radicalidad gradualmente, pero los rasgos característicos de esas décadas aparecen con una especial nitidez cuando se las compara con los treinta años de neoliberalismo que siguieron a la desintegración de ese orden social.

El libro recuerda estos contrastes en cuanto a los mecanismos que gobiernan las dinámicas sociales, pero también cómo sobresalen ante el examen de los datos históricos. La primera de las características de la posguerra, la más conocida, fue una forma de progreso social, en la cual se conjugaban la elevación de los niveles de vida para la mayor parte de la población, los avances de la protección social y de los servicios públicos, la educación y la cultura. Pero no hay que esconder los aspectos negativos ligados al medio ambiente en el contexto del productivismo que prevalecía por entonces, por no hablar del imperialismo tan característico de dicho periodo como de épocas anteriores. Este nuevo curso de acontecimientos fue llevado a cabo por las luchas de las clases populares de las que resultaría una democracia –siempre de clase, pero que hacía hueco a partidos y organizaciones portadoras de ciertos intereses de las clases populares. Las gestiones tenían otros objetivos que la maximización de las cotizaciones bursátiles: el “progreso técnico”, el crecimiento, etc. Las políticas económicas apuntaban hacia metas similares. Los datos revelan una disminución considerable de las desigualdades de ingresos, un nivel relativamente débil de rentas de la propiedad, economías todavía enfocadas hacia los territorios nacionales y, sobre todo, una inversión productiva importante y un crecimiento sostenido.

Todo cambió con la imposición del nuevo orden social neoliberal. La súbita remontada de las desigualdades se manifestó en el aumento de las rentas del capital –intereses y dividendos–, el alza rápida de los salarios más elevados, y el estancamiento de los poderes de compra para la gran mayoría de los demás asalariados. Las tasas de inversión y de crecimiento de los países del centro disminuyeron gradualmente al tiempo que un desempleo crónico, más o menos disimulado, se fue imponiendo en el seno de unas economías cada vez más abiertas al comercio internacional y en las que los flujos de inversiones directas al extranjero no dejaban de crecer. No sólo se produjo una huida de capitales de las metrópolis, sino que las grandes sociedades por acciones empleaban sus beneficios y sus préstamos en la recompra de sus propias acciones de cara a inflar sus cotizaciones bursátiles o evitar su caída. Los déficits del comercio exterior se acrecentaron; las deudas explotaban. En todos estos ámbitos, evidentemente, se produjeron importantes diferencias entre países, por no hablar de las distancias mantenidas o tomadas por los procesos de neoliberalización por parte de ciertas regiones del mundo, como China, Corea, América Latina, manteniéndose todas ellas como partes interesadas en la mundialización neoliberal.

BT: Definen ustedes la configuración emblemática del neoliberalismo como «neoliberalismo anglosajón», «un modelo, un imperio» dice el título del capítulo. ¿En qué consiste este modelo?

GD y DL: Cabe precisar aquí la caracterización del neoliberalismo expresada anteriormente. Este orden social se define por la dominación de las fracciones superiores de las clases capitalistas, en alianza con los cuadros de los sectores públicos y privados. Evidentemente, esta alianza es aún más fuerte cuanto más nos acercamos a las cúspides de las jerarquías; se ejerce en contra de las clases populares. En esta alianza, la cuestión del liderazgo es importante. Típicamente, en el neoliberalismo, este liderazgo lo ejercen las fracciones superiores de las clases capitalistas. Estas dominan y podemos afirmar, sin simplificar demasiado, que los cuadros gestionan (en las empresas) y gobiernan (en las instituciones estatales y paraestatales) en función de los intereses de las clases capitalistas, sabiendo que sus intereses propios se han vuelto convergentes. A ello cabe añadir que las instituciones financieras, el pilar de este orden social, ejercen de intermediarias de este poder capitalista. La propiedad del capital está organizada en «redes», en el sentido de que se concentra en un sistema de instituciones financieras que se poseen mutuamente de forma amplia mediante la tenencia recíproca de acciones, y que poseen una importante fracción de las sociedades no financieras. El contacto se establece entre esta gran red y los altos directivos en el seno de las juntas de accionistas y de los consejos de administración. En nuestras sociedades, estas instituciones forman un auténtico gobierno en paralelo, el *centro económico institucional* que, de hecho está estrechamente ligado a las instancias políticas en el sentido tradicional, tanto por medio de relaciones informales como mediante el paso de uno de estos centros al otro por parte de ciertos individuos.

Con el fin de reflejar mejor estas configuraciones, hemos definido el concepto de Finanzas. Por ello, entendemos: las fracciones superiores de las clases capitalistas y lo que podemos calificar como «sus» instituciones financieras, no sólo las instituciones de esta red de la propiedad, sino también los bancos, fondos especulativos (*hedge funds*), fondos mutuos o de pensiones, gestoras de cartera, etc., hasta los bancos centrales o el FMI.

La forma más elaborada de neoliberalismo es propia del mundo anglosajón, Estados Unidos y el Reino Unido. Su principal característica es la fortísima dominación de las clases capitalistas. Toma formas institucionales muy precisas. Los representantes de las sociedades financieras hacen frente a los gestores de las sociedades no financieras para imponer las reglas del gobierno de empresa neoliberal, a saber: todo para los mercados financieros (la maximización de las cotizaciones en bolsa). Los agentes de lo que se designa como «activismo accionarial» son una minoría de fondos especulativos muy potentes, que el *Wall Street Journal* designa como «los ogros de los consejos de administración».

BT: ¿Se ha difundido este orden social neoliberal de manera homogénea entre los países que componen el viejo centro o subsisten más bien configuraciones diferenciadas? En el caso europeo, ¿han seguido todos los países la misma trayectoria? ¿En qué se ven reflejadas las posibles divergencias entre países vecinos?

GD y DL: Este modelo no se ha impuesto verdaderamente en Europa. Para comprenderlo hay que añadir, a la descripción precedente de las instituciones de propiedad y de gestión, que la alta gestión está igualmente estructurada en la red de participaciones recíprocas de administradores de sociedades pertenecientes a varios consejos de administración. Todo este bonito mundo, gestores de terreno y representantes de los propietarios, se encuentra en estos consejos, en aquello que llamamos la «interfaz propiedad-gestión».

En el neoliberalismo anglosajón, las redes de participación cruzada en los diversos consejos de administración han sido desmanteladas, mientras que sobreviven ampliamente en Europa, lo que asegura una cierta autonomía de los altos directivos. Constatamos incluso que las redes europeas se han reforzado después del inicio de la crisis. Pero las vías seguidas en Francia y en Alemania son también distintas. Habría que ampliar el foco hacia otros contextos, en Europa del Norte, donde países como los Países Bajos poseen enormes patrimonios en el resto del mundo, o bien los del Sur europeo, como España o Grecia. Y, más allá de los centros, habría que hablar de países como China, que está construyendo un amplio sector capitalista, pero cuya economía está fuertemente dirigida.

Es difícil decir en qué se basan esas diferencias. Son la herencia de circunstancias históricas, tanto en los planos económicos como políticos.

BT: En el capítulo 7, proponen una aproximación afinada de cómo se estructura el sistema financiero en relación con las redes de propiedad. ¿En qué trabajos se apoyan ustedes? ¿Cuáles son sus principales resultados? ¿Cómo se dibujan las relaciones entre Estados Unidos y el resto del mundo?

GD y DL: Ahora disponemos de un conjunto de estudios realizados por especialistas en redes complejas, todavía poco conocidos entre los economistas, de las estructuras de propiedad y de control en 2007. Hay referencias a ellos en el libro. Se fundan sobre un conjunto muy amplio de datos: 37 millones de agentes, individuos y empresas, pertenecientes a la cuasi-totalidad de países del mundo, y alrededor de 13 millones de vínculos de propiedad –las tenencias de acciones. Estos estudios se refieren a las 43.000 empresas transnacionales del mundo y todas las sociedades e individuos que tienen una relación de propiedad directa o indirecta con estas empresas. Las relaciones de propiedad definen redes.

Existen pequeñas “familias”, pero el principal descubrimiento es la existencia de una enorme “componente conexas” que reúne a las mayores empresas transnacionales, 80% de las sociedades consideradas en el estudio, que obtienen el 94% de los beneficios de todas las sociedades transnacionales. Esta gran componente tiene la forma de una corbata de pajarita: el nudo central propiamente dicho y los dos bucles laterales. Uno de esos bucles es pequeño y agrupa sociedades o individuos que poseen sociedades pertenecientes al nudo central o al otro bucle. El nudo central es una red inextricable de sociedades muy mayoritariamente financieras, que se pertenecen mutuamente y, sobre todo, poseen las sociedades del otro bucle que agrupa la gran masa de sociedades no financieras. Este nudo central, muy financiero, reúne solo 1.347 sociedades de las que tres cuartas partes de las acciones pertenecen a otras sociedades situadas en este mismo conjunto.

Estos estudios definen el “control” por la posesión de al menos un 50% de las acciones. Vemos entonces que 737 propietarios, si actuaran colectivamente, controlarían las empresas transnacionales que representan el 80% del valor de todas las sociedades del mundo; entre sus propietarios, puede haber sociedades o individuos (multimillonarios). Acercándonos más a las cimas, pueden identificarse 50 agentes, todos de empresas que ejercen el mayor control en el plano mundial. Vemos que 45 de estos agentes son sociedades financieras y cuatro son *holdings*. El dominio de Estados Unidos es aquí aplastante: prácticamente la mitad de estas sociedades. Le sucede el Reino Unido, con ocho sociedades, y después Francia, con cinco. Alemania está poco presente (con solo dos sociedades), lo que hay que unir a los comentarios realizados más arriba en relación a las respectivas vías seguidas por Alemania y Francia. En este libro se reproduce el diagrama de la red de 18 sociedades financieras que coronan el dispositivo, y sus vínculos recíprocos; se trata de una entidad muy anglosajona, si bien la Europa continental está también representada (5 sociedades de 18).

Estos estudios definen igualmente a las «comunidades», es decir subconjuntos de sociedades ligadas bastante estrechamente entre sí. La presencia de sociedades de un mismo país que estructuran estos subconjuntos permite identificarlas como comunidades nacionales, y no comunidades de empresas de un mismo sector (que se unirían independientemente de su nacionalidad). Pero empresas de otra diversidad de países están igualmente presentes y ligadas a las sociedades del país dominante que define la comunidad. Algunas de estas comunidades son muy abiertas, en el sentido en que las sociedades de diversas nacionalidades asociadas son numerosas. No sorprenderá constatar que la principal de estas entidades es la de Estados Unidos; le sigue la del Reino Unido. En ambos casos, en torno a la mitad de las sociedades pertenece al país en cuestión, y la otra mitad es extranjera. La situación es bastante diferente en Europa continental. Entre los «grandes» —a excepción de los Países Bajos, donde la comunidad está muy abierta al resto del mundo— las comunidades de los demás países son muy cerradas. Por ejemplo, la comunidad fran-

cesa está formada en un 79% por sociedades del país. Las dos comunidades alemanas están igualmente muy cerradas. Puede citarse el sorprendente caso de Japón donde el 75% de las empresas en el estudio pertenecen a la comunidad de Estados Unidos; asombrará menos saber que más de la mitad de las empresas israelíes forman parte de la comunidad estadounidense.

Estos estudios proporcionan una imagen llamativa de la propiedad capitalista, una verdadera internacional del capital. En particular, el corazón financiero del sistema evoca directamente el componente institucional de lo que llamamos “las finanzas”. El dominio anglosajón, sobre todo de los Estados Unidos, es esplendoroso: un imperio. Pero estos estudios revelan igualmente ciertas formas de autonomía europea (hablando de Europa continental). Este último carácter poseería consecuencias significativas ante la hipótesis de un escenario de transformación social más radical en Europa que en Estados Unidos, tal como aquel evocado al final del libro.

BT: El marco institucional europeo es compartido por varios países que lo han construido gradualmente desde hace seis décadas para la integración económica; sin embargo, las economías nacionales que la componen parecen hoy en día muy desigualmente afectados por la crisis, de forma especialmente grave en el Sur. ¿Qué opinan sobre este aspecto?

GD y DL: En el análisis de la actual situación en Europa, hay que distinguir entre las características específicas del proyecto original de la integración europea y las transformaciones neoliberales. El Tratado de Roma reflejaba las opciones del pacto social de la posguerra. Se optó por la economía de mercado en lugar de por la planificación burocrática de tipo soviético, pero el tratado ratificaba el carácter intervencionista de las economías de la época, incluyendo la característica planificación francesa. Las fronteras económicas nacionales se expandieron hacia las de la Comunidad. La idea misma de *mercado común* implicaba el libre comercio interno, pero permitía las protecciones de cara al resto del mundo; de manera muy explícita, los flujos de capital debían ser liberados dentro de la Comunidad, pero se podían mantener frente al exterior. Estas disposiciones hicieron de los países menos avanzados del sur de Europa los destinatarios privilegiados de la inversión de los países más avanzados. La progresión gradual de las reformas neoliberales y la “revolución” del mismo nombre en la década de 1980 alteraron profundamente esta primera configuración (antes de la entrada de un país como España en la Comunidad). El Tratado de Maastricht de 1992 es emblemático de este cambio: disolución del mercado común en el libre comercio mundial y la liberalización de los movimientos de capital también a nivel mundial. ¿Qué quedaba entonces del proyecto original frente a la imposición de nuevos criterios de gestión y políticas neoliberales en Europa?

Países como España o Grecia conocieron en el contexto de la construcción europea tasas de crecimiento netamente más elevadas que Francia o Alemania, y esto hasta la crisis de 2008. Desde el punto de vista del crecimiento, no se observa ninguna ruptura tras la creación del euro, ni ningún estancamiento antes de la crisis. Un país como España –al que el libro dedica un espacio especial– en el que la industria representa una parte de la actividad total superior a la de Francia, estaba embarcado en un proceso rápido de mutación económica. Coexistían en él un sector dinámico y un sector menos competitivo. Este debía de haber desaparecido o modernizarse gradualmente, pero el choque de la crisis le ha golpeado con brutalidad. La eliminación de este sector se produce en la crisis con extrema violencia, la de las quiebras y los despidos, mientras que el sector avanzado se mantiene eficiente, especialmente en términos de exportación. Ello no significa que todo fuera bien en España antes de la crisis; existían por ejemplo niveles de inflación demasiado elevados. A pesar de los créditos europeos, las nuevas reglas neoliberales prohibían las fuertes políticas industriales que hubieran debido de acompañar esta mutación –y que eran y son absolutamente necesarias–, de la misma manera que el apoyo a la actividad económica en oposición a las políticas de austeridad. Pero España, en particular, se había comprometido con las alocadas vías de la financiarización neoliberal, evidentes en la burbuja inmobiliaria y en el crecimiento de la deuda de los sectores privados –familias y empresas– y no del Estado. El peso de esta deuda parece ahora considerable, en una configuración similar a la que prevalece en Estados Unidos.

Pero la gran “heterogeneidad” que analiza el libro, reflejada igualmente en los grados de severidad de la crisis, ¿es aquella que opone Alemania y Francia?

BT: ¿Qué aspectos pondrían de manifiesto que la estrategia adoptada por las clases dominantes en Francia para insertarse en el neoliberalismo ha sido un fracaso? ¿En qué medida ha rechazado Alemania el neoliberalismo y cuál ha sido la contrapartida? ¿Sería deseable para los trabajadores tratar de reproducir esta estrategia en otros países?

GD y DL: Es preciso partir de las dinámicas industriales. Alemania es un gran país industrial. En 2012, la participación de la industria en el PIB era del 26% frente a un 13% en Francia. Sin embargo, cuando se estudia el crecimiento de la industria en ambos países, se observan cambios bastante paralelos hasta mediados de la década de 2000. La divergencia se ha producido por tanto hace una decena de años. Mientras que el superávit comercial alemán fue recuperado en la década de 2000, Francia se enfrentaba a importantes déficits. Con la crisis de 2008, el sector industrial sufrió un prolongado hundimiento, para luego estabilizarse en un nivel bajo, mientras que la contracción continuaba en España y Grecia, y la industria alemana se estaba recuperando. “Algo”, por lo tanto, había pasado en Francia en la década de los 2000, cuya naturaleza está aún por determinar.

Puede invocarse como explicación el alza comparativa de los costes laborales en Francia desde mediados de los años noventa y las políticas antisociales alemanas en beneficio de los empresarios. A nuestro parecer la principal fuente de la discrepancia radica, sin embargo, en distintas trayectorias de los dos países, es decir, en un plano mucho más fundamental. Alemania ha seguido siendo relativamente inmune a las tendencias de la financiarización neoliberal. El caso de este país es ejemplar, en este sentido, debido a la supervivencia de las estructuras heredadas, aunque renovadas, de la posguerra, aquellas del capitalismo «renano». Parece que parte del sistema productivo mantiene un alto grado de autonomía en relación con las finanzas: los mercados no lo gobiernan todo. Los estudios hablan de estructuras «gerencialistas-industrialistas». Algunas características similares sobreviven en Francia, pero en un grado menor. Sobre todo, los gobiernos sucesivos, en la misma lógica que aquella que condujo a Maastricht, han aplicado desde los años noventa un amplio programa de reformas del sector financiero heredado de la posguerra (ampliamente público o mutualista), como expresión de un proceso de financiarización de gran amplitud. Estas iniciativas se han dirigido a la catástrofe y, a veces, al escándalo (basta pensar en el Crédit Lyonnais en Natixis o en Dexia para convencerse de ello). Estas diferentes estrategias entre Alemania y Francia están igualmente reflejadas en el comportamiento de las inversiones directas en el extranjero, muy industriales y dirigidas hacia Europa del Este en el caso de Alemania, y financieros y en todas direcciones en el caso de Francia.

Estas diferencias son tales que podría ponerse en tela de juicio la pertinencia de la caracterización de Alemania como sociedad y economía neoliberal. Apoyamos la tesis de una forma de *hibrididad*. Alemania es en parte neoliberal y, en parte, no lo es. Hablar de *hibrididad* requiere especificar al menos dos aspectos. Uno de ellos es claramente neoliberal, el otro es lo que hemos definido como “neo-gerencialismo”. Las reglas disciplinarias “de mercado” que imponen a los gestores los únicos criterios de los propietarios están, ya lo hemos dicho, menos instalados en Europa que en el mundo anglosajón, pero podemos añadir aquí: «sobre todo en Alemania». Este neo-gerencialismo es así parcialmente nuevo, como lo indica el prefijo, pero también es la prolongación de ciertos rasgos institucionales heredados de la posguerra. Cabe subrayar que, en tanto que neo-gerencialismo, se trata de un orden social *de derechas*. No obstante, en Alemania los gobiernos no han tratado de construir los castillos de naípe financieros condenados al desmoronamiento como en Francia, y una gran parte de las empresas persiguen estrategias industriales.

¿Les interesaría a las clases populares una generalización de tales orientaciones? En un orden social neo-gerencial, la alianza entre las clases capitalistas y las clases de los cuadros sigue siendo firme. Desde el punto de vista de las clases populares, las derechas se parecen. La estabilidad del empleo se ha pagado cara en Alemania debido a la reducción de los poderes adquisitivos y de la protección social, así como la multiplicación de los *curritos*. Puede, por tanto, ponerse en duda que el neogerencialismo interese a las clases populares.

BT: ¿Qué habría que hacer, por tanto, para renovar la mejora de la situación de la mayoría? ¿En qué medida el espacio nacional es insuficiente para ello? ¿En qué medida puede ser, al contrario, una palanca para un nuevo acuerdo de clase a nivel europeo? ¿O la escala nacional simplemente no es pertinente?

GD y DL: En Europa, los debates de los diversos componentes de la izquierda radical han tendido a centrarse en un retorno al proteccionismo, a la unidad europea y la eventual salida del euro. Todas estas cuestiones, evidentemente, se abordan. El libro tiende a poner el acento sobre dos tipos de consideraciones que podemos tratar aquí. Se sitúan, respectivamente, en los planos económico y político.

En el plano económico, insistimos sobre el carácter primordial de la cuestión de la propiedad y de la gestión. El libro trata de ponerle cara a las redes de la gran propiedad y de la alta gestión. En nuestra opinión, ningún cambio serio es posible sin una toma de control fuerte y la reconfiguración de estas estructuras de toma de decisiones. Toda política proteccionista o de restricción a la movilidad de los capitales entraría directamente en conflicto con aquellos centros en los que se toman las grandes decisiones. Así ocurriría tanto en el plano europeo como en el de un país concreto que quedara aislado de las estructuras europeas. Estas dificultades son bien conocidas y llevan el nombre de *la cuestión del poder*. Conciernen tanto al *centro político institucional* como al *centro económico institucional*. En tanto en cuanto no se rompa la alianza en la cúspide entre propietarios y altos gestores, siempre que los segundos compartan el poder con los primeros, ninguna política alternativa podrá ser llevada a cabo por ningún gobierno de izquierda. El primer desafío es romper esta alianza y definir nuevas reglas, lo cual puede hacerse a través de la ley. Se trata de impedir las posiciones dominantes de las sociedades financieras en los consejos de administración y las prácticas de los fondos especulativos que apuntan a someter la acción de los gestores empresariales a los intereses de las finanzas. La ley debería igualmente prohibir la indexación de las remuneraciones de los dirigentes en base a los resultados bursátiles, o las prácticas de recompra de sus propias acciones por parte de las empresas emisoras. Obviamente, podemos predecir la salida de los grandes accionistas cuyos poderes e intereses se verían comprometidos, lo cual sería una liberación. Sería entonces función de las propias empresas realizar compras mutuas, retomando de esta manera las prácticas de la posguerra. El Estado podría implicarse también en ciertos casos, incluida la nacionalización, sobre todo de los sectores financieros de países como Francia. Esta fuga de los grandes accionistas permitiría la puesta en marcha de nuevas formas de gestión enfocadas hacia la inversión en el territorio a partir de los beneficios “conservados” y del crédito.

Tal transformación en la cúspide de la pirámide sería un requisito previo para el desarrollo de nuevas políticas en materia de producción, de inversión, de cambio técnico, de empleo, de protección del medio ambiente, políticas que son todas ellas incompatibles con

las estructuras de poder actuales. Si las mundializaciones económica, cultural y política deben seguir siendo un objetivo, hay que acabar lo más pronto posible con la mundialización neoliberal, inmediata y brutal, cuyo objetivo es el de poner a competir a todos los trabajadores del mundo en beneficio de los pudientes. No hay nada de sagrado en el libre cambio o la libre movilidad de capitales. Los países menos avanzados tienen derecho al desarrollo, y las clases populares de los países de los viejos centros deben trabajar para preservar los logros de sus conquistas en los planos sociales, económicos y políticos, y culturales. También están obligados a dar ejemplo en la lucha contra el calentamiento global. Un gobierno de izquierdas debería, por tanto, trabajar en el establecimiento de acuerdos entre países o regiones del mundo en la búsqueda de intereses recíprocos y en la muestra de solidaridad de los más avanzados, lo que no está ocurriendo en la OMC.

La dimensión de las relaciones internacionales es aquí crucial. En el libro sostenemos la tesis de los efectos socialmente destructivos que han tenido las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos en la posguerra ante las dinámicas de progreso. Desde este punto de vista, nada ha cambiado realmente. A nuestros ojos, hoy en día, un proyecto de renovación política a través de la confrontación con las finanzas mundiales, en particular las estadounidenses, y el cambio radical que ello implica en el seno de la mundialización neoliberal, no está al alcance de un país europeo por sí solo. Esto supondría tener instituciones financieras fuertes, de control retomado, y una moneda igualmente fuerte, no en el sentido de una tasa de cambio elevada sino en relación con su capacidad de imponerse en las transacciones financieras mundiales (frente a los «mercados» de las finanzas mundiales, sobre todo anglosajonas). El desmembramiento de la zona euro o la salida de ciertos países jugando la carta del aislamiento sería desastroso. Las devaluaciones que permitiría tendrían efectos positivos moderados para las sociedades exportadoras que compensaría poco sus inconvenientes: alza de los precios de las importaciones, revalorización de las deudas externas y pulverización o destrucción del proyecto europeo. La resolución de la crisis de los países de Europa donde esta es más severa pasa por políticas macroeconómicas, industriales y financieras muy fuertes, contrarias a los principios neoliberales o neogerenciales.

En el plano político, la tarea es triple. En primer lugar, cada una de las dos clases que componen la alianza debe encontrar formas de organización y de acción eficaces y democráticas. La acción de las clases populares debe estar respaldada por la actividad —el «activismo», podríamos decir— de sus organizaciones (partidos, sindicatos y asociaciones), más allá de sus divisiones internas. La cuestión de la democracia interna de las clases de cuadros y de la coherencia de sus acciones se plantea también, dado que estas están fraccionadas —cuadros del sector privado y del sector público, cuadros técnicos y financieros o cuadros de las profesiones intelectuales— y sus intereses en cierta medida divergentes. En segundo lugar, las dos clases deben encontrar las formas de una cooperación necesariamente, también, conflictiva. Hay que estar al mando de los órganos parlamentarios, gobier-

nos e instituciones para-gubernamentales, como los bancos centrales y los organismos centrales europeos en programas conjuntos. En este campo, la simple evocación de la naturaleza de la nueva alianza entre clases populares y clases de cuadros subraya la dificultad del ejercicio de un poder compartido –un «compromiso»– entre clases. En tercer lugar, las clases populares (y los cuadros subalternos) han de poner en marcha, sin diferir, la gran dinámica de la superación de la alianza por arriba, es decir por un progreso constante de la iniciativa popular. Ello supone la implicación gradual de sectores más amplios en los procesos de toma de decisiones en los planos local y central. Las lecciones del precedente de la posguerra son aquí de importancia primordial: se trata de impedir la *degeneración* del compromiso amortizando la dinámica de tal *superación*.

Está muy extendida la idea de que las divisiones y heterogeneidades, tanto económicas como políticas, a través de Europa, condenan cualquier cambio político radical propuesto, incluso si toman forma en un país. Hay que rechazar enérgicamente este argumento. Si una verdadera alternativa de izquierda se diseñara en un gran país europeo, desembocando en la reivindicación de una revisión de los tratados europeos opuesta a la dirección hacia la que se reorientan constantemente, cabría imaginar un potente despertar de las luchas en numerosos países. La existencia de «otros» no es más que un pretexto para la pasividad en los contextos nacionales.

Entrevista a Jorge Luis Acanda

«Precisamente por resaltar la importancia de los procesos de producción de la subjetividad humana, la obra de Fernández Buey es importante, y no sólo para los revolucionarios cubanos.»

Doctor en Ciencias Filosóficas por la Universidad de Leipzig (Alemania, 1988), profesor titular del departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, miembro del Tribunal Permanente de Grado Científico de Filosofía de la Academia de Ciencias de Cuba, vicepresidente de la Cátedra Gramsci del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, miembro del Comité Académico de la Maestría en Filosofía de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, profesor visitante de varias Universidades latinoamericanas y europeas, miembro del grupo de Investigaciones «Análisis de la realidad actual» del Centro de Estudios del Consejo de Iglesias de Cuba, el doctor Jorge Luis Acanda es autor de numerosos artículos, estudios y libros en ámbitos filosóficos y de la tradición marxista. Nos centramos en esta conversación en un artículo reciente, un trabajo dedicado a la obra de Francisco Fernández Buey.

Salvador López Arnal: en un libro coordinado por Artemis Torres y Marcia Cristiana Machado Pasuch –*Encontros com Paco Buey*¹– se incluye un capítulo que lleva su firma: «Fernández Buey y la recuperación del marxismo crítico en Cuba». Excelente, magnífico. Me gustaría preguntarle por algunas temáticas de su escrito. Habla usted de marxismo crítico. ¿Qué es para usted el marxismo crítico? ¿No es extraño esto de recuperar el marxismo crítico en un país como Cuba donde esa tradición es una cosmovisión muy extendida y muy abonada desde instancias políticas centrales?

Salvador López Arnal es miembro de CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF

Jorge Luis Acanda: Desde el mismo momento que comenzó su expansión, se instauró en el seno del marxismo la contradicción entre la corriente economicista, dogmática y mecanicista y la corriente crítica. Esa contradicción ha

¹ A. Torres, M. Cristina Machado Pasuch (orgs.), *Encontros com Paco Buey*, Edufimt, Cuiabá-MT, 2013.

marcado la historia del marxismo en todos los países, y en Cuba también. Casi desde su inicio, la revolución cubana se declaró marxista y el marxismo fue convertido en la ideología oficial del Estado, pero lamentablemente ha sido el marxismo dogmático, economicista y mecanicista el que ha predominado en la labor de los aparatos ideológicos del Estado. La contradicción entre el marxismo crítico y el marxismo dogmático comenzó en Cuba ya en la década de 1920, con la incapacidad demostrada por el entonces Partido Comunista de Cuba para comprender la actividad política del que en aquel momento era, indudablemente, su figura de mayor carisma político y comprensión teórica sobre la necesaria estrategia de lucha, Julio Antonio Mella, y se agudizó con las estrategias inadecuadas que ese partido asumió en el periodo de 1933-1938. A partir de ese momento ya puede hablarse plenamente de la existencia en Cuba de esas dos direcciones en la comprensión del marxismo y de su contraposición.

SLA: Me permito insistir en el tema. La pregunta es demasiado general, lo sé, pero le pido una síntesis. ¿Podría trazarnos una imagen sucinta de los caminos que ha tomado el marxismo en Cuba desde los años de la revolución o cuanto menos en estos últimos años?

JLA: Recordemos que el proceso que da lugar a la victoria de 1959 no estaba conducido por un partido marxista, ni fue expresamente movido por ideas marxistas. Es, en sentido inverso, la revolución la que asume las ideas del marxismo. La presencia hegemónica del marxismo se introduce, de manera progresiva aunque vertiginosa, en los cuatro primeros años que siguen a la toma del poder. La revolución cubana fue y se comprendió a sí misma como una herejía, y la herejía le dio alas al pensamiento social contra la visión dogmática y sectaria, que también trató de imponerse en Cuba desde entonces. Esos años del 60 se caracterizaron por el debate, la diversidad de opiniones y la libertad creativa. No existió un patrón único de enseñanza, interpretación y utilización del marxismo. Se desarrolló una aguda confrontación entre el marxismo dogmático, que copiaba los patrones provenientes de la Unión Soviética, y un marxismo creador, generador de una experimentación no convencional y una reflexión no ortodoxa. Fueron variados los escenarios del debate, desde los de la creación artística y literaria hasta los de la economía. A partir de 1971 esto cambió drásticamente, con la clausura de la revista *Pensamiento Crítico* y la sustitución del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana por los departamentos de Materialismo Dialéctico y Materialismo Histórico. El marxismo dogmático se apoderó de todo el campo, monopolizando la esfera académica y de la enseñanza. Fue una etapa contradictoria en la vida de la sociedad cubana. En esos años se registraron notables avances en la economía, en la política social, en los servicios de salud y educación, en el bienestar material, etc. Pero también se hicieron fuertes la burocratización, la formalización y la ritualización, el seguidismo, el reino de la autocensura, el unanimismo y otros males. Un “marxismo-leninismo” dogmático, empobrecedor, dominante, autoritario, exclusivista, fue

impuesto y difundido sistemáticamente. A partir del año 1985, lentamente, comenzó una nueva etapa, marcada por la crisis del marxismo y del socialismo en general, y el derrumbe de los paradigmas del marxismo y del socialismo soviéticos en particular. Esta es una etapa de crisis: ideológica, económica y política. El marxismo crítico se refuerza entre nosotros, y son muchos sus exponentes el campo de la actividad académica en mi país. El marxismo dogmático se disfraza y busca nuevos referentes, y pese a su descrédito continúa imperando en la acción de la burocracia estatal.

SLA: Comenta en su artículo que la *Antología de Gramsci de Siglo XXI* que editó Manuel Sacristán, maestro y amigo de Francisco Fernández Buey como usted sabe, llegó a Cuba en 1973. ¿Cómo fue eso? ¿Qué opinión le merece el marxismo del presentador, anotador y antólogo?

JLA: El grupo de jóvenes académicos cubanos, agrupados en el entonces Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, y vinculados a un ambicioso proyecto editorial que contó con el apoyo de Fidel Castro y que se basaba en poner al alcance del pueblo las mejores obras existentes en todos los campos de la producción espiritual, ignorando las limitaciones impuestas por el concepto de *copyright* —y que, en el campo de las ciencias sociales, se materializó en la existencia del sello editorial Ediciones Revolucionarias— logró que entre mediados de los años sesenta y mediados de los años setenta se publicaran en Cuba textos de autores como Sartre, Marcuse, Deutscher, Gramsci, Althusser, etc. Fue en ese contexto que fue publicado en La Habana en 1973 esa *Antología de textos de Gramsci*, recopilada por Manuel Sacristán (si bien bajo el sello editorial de “Ciencias Sociales”). Lamentablemente la obra de Sacristán no fue publicada en Cuba. Algunas de sus obras se han leído en mi país en ediciones mexicanas o españolas. Evidentemente, la obra de Sacristán es de una gran riqueza y profundidad. Señalaré dos textos suyos que he leído y en los que aprendí mucho. Uno, el prólogo que escribió para una edición española de *El Anti-Dühring* de Engels. El otro, su excelente ensayo sobre la filosofía de Heidegger.

SLA: Las ideas gnoseológicas de Heidegger

JLA: Exacto. En mi opinión, entre lo mejor que se ha escrito sobre ese pensador alemán.

SLA: ¿Qué otros autores hispánicos eran conocidos en aquella época en Cuba?

JLA: En los años sesenta y parte de los setenta circularon profusamente algunos textos de Adolfo Sánchez Vázquez. Recuerdo la primera edición de *Filosofía de la Praxis*, de la edi-

torial Grijalbo, y la publicación en Cuba en esos años de su texto sobre las ideas estéticas de Marx y Engels. También algunos artículos suyos en revistas como *Casa de las Américas*. Después de 1971, con el triunfo del marxismo dogmático en Cuba, la segunda edición de *Filosofía de la Praxis*, con las críticas de Sánchez Vázquez a las limitaciones de Lenin en *Materialismo y Empiriocrítica* y su ensayo *Del socialismo científico al socialismo utópico*, hicieron que Sánchez Vázquez fuera incluido en una especie de “lista gris”. En mi opinión todavía en esa época no se tenía en Cuba un conocimiento detallado del marxismo hispánico.

SLA: Le pregunto ahora por Francisco Fernández Buey. Creo, espero equivocarme, que no se ha publicado ninguna de sus obras en su país, en Cuba. ¿Cómo puede entonces haber influido su pensamiento en el marxismo cubano? ¿Les visitó en alguna ocasión?

JLA: Es cierto, en Cuba todavía hoy sigue sin publicarse la obra de Fernández Buey. Pero a partir de la desaparición de los regímenes del comunismo de Estado en Europa del Este y de la propia Unión Soviética, y como señalé más arriba, el marxismo crítico en Cuba se reforzó y por vías informales comenzaron a llegar textos de autores revolucionarios que fueron estudiados con interés. A eso contribuyó también la existencia de internet, que, pese a todas las dificultades que tiene en Cuba, permitió que algunos textos de Fernández Buey sean conocidos en mi país. Su obra refiere a temas que también para los revolucionarios cubanos son de interés. Con respecto a su última pregunta, le confieso que no tengo conocimiento de que alguna vez haya visitado a Cuba, aunque tal vez me equivoque.

SLA: ¿Qué obras tuyas tienen para usted mayor interés?

JLA: No puedo presumir de haber leído en extenso toda la obra de Fernández Buey. Para mí fueron muy aleccionadoras la interpretación del pensamiento de Gramsci que presentó en *Ensayos sobre Gramsci* y *Leyendo a Gramsci*.

SLA: ¿Qué destacaría de su marxismo (sigo su expresión) crítico y revolucionario?

JLA: Repetiré lo que escribí en el artículo que presenté para el texto colectivo en homenaje a Fernández Buey al que usted hace referencia:

«Fueron diversos los campos en los que se ocupó el pensamiento de este marxista. Pero hay un elemento central en su obra que explica el por qué de la atracción que ejerció y aún ejerce sobre muchos en mi país: el suyo fue siempre un marxismo libertario, centrado en el estudio de los pro-

cesos de producción de la subjetividad humana. Después de varias décadas de predominio de un marxismo vulgar que llevó el objetivismo hasta la exasperación, los textos de Fernández Buey que nos iban llegando de manera aleatoria apuntaban en una dirección que permitía asimilar creadoramente las nuevas formas de lucha y las nuevas formas de expresión de la subjetividad social sin tener que abandonar para ello el fundamento que proporciona el paradigma de la producción ni la centralidad del concepto de lucha de clases».

SLA: Destaca usted con énfasis las reflexiones de Francisco Fernández Buey sobre un comunismo ecológicamente fundamentado. ¿Qué puede aportar al proceso revolucionario cubano esa línea de reflexión?

JLA: Como todo país que proviene de un pasado marcado por la dependencia y la opresión imperialista, Cuba necesita un crecimiento económico para poder superar la deuda social que cinco siglos de colonialismo y neocolonialismo le dejaron. Comprender que el comunismo no puede asumir el paradigma mercantilista del capitalismo y que es preciso aprehender y desarrollar un modelo económico que permita satisfacer las necesidades crecientes de la población sin destruir la naturaleza constituye algo esencial.

SLA: ¿Y por qué son tan importantes, como usted señala, sus observaciones sobre democracia y socialismo?

JLA: En el modelo del socialismo estadocéntrico, típico de la URSS, se entendió al socialismo sólo como un cambio en los procesos de distribución. Para el marxismo crítico, el socialismo se entiende como la socialización de la propiedad y el poder. La interrelación orgánica entre democracia y socialismo es una idea central.

SLA: Comenta usted también en su artículo que la obra de Fernández Buey permite mirar a su sociedad como “una totalidad orgánica”. ¿Y eso exactamente qué es? ¿Por qué es importante?

JLA: En los países del socialismo estadocéntrico se pensó la economía como una variable independiente con respecto a los procesos políticos y espirituales. Es preciso tener una visión de sistema de la sociedad. Es un principio esencial de la dialéctica marxiana.

JLA: Concluye usted su reflexión con estas palabras: “Su obra constituye una importante ayuda para enfrentar el desafío que se alza ante Cuba: entender la nece-

alidad de realizar una revolución en la revolución". ¿Qué tipo de revolución es necesaria en Cuba? ¿Por qué la obra de Francisco Fernández Buey puede ser una importante ayuda para ello?

SLA: No creo decir nada nuevo si digo que una revolución comunista constituye una revolución permanente. La revolución comunista tiene que revolucionarse a sí misma constantemente. Las condiciones internacionales y las condiciones al interior de Cuba han cambiado mucho en los últimos diez años. Hace falta una gran dosis de imaginación democrática para enfrentar los desafíos que enfrenta la continuación de un proyecto anti-capitalista y desenajenante en Cuba. Precisamente por resaltar la importancia de los procesos de producción de la subjetividad humana, la obra de Fernández Buey es importante, y no sólo para los revolucionarios cubanos.

SLA: Mil gracias por su generosa y amable disposición. ¿Quiere añadir algo más?

JLA: Sólo agradecerle a ti por esta entrevista.

Ego. Las trampas del juego capitalista,
Frank Schirrmacher 197
Jorge Riechmann

**Energy and the wealth of nations. Understanding
the biophysical economy,** Charles A. S. Hall y
Kent A. Klitgaard 198
Luis González Reyes

**Sociofobia. El cambio político en la era de
la utopía digital,** César Rendueles 200
Carmen Madorrán

**La insensatez de los necios: la lógica del engaño y
el autoengaño en la vida humana,** Robert Trivers 202
Juan José Álvarez Galán

EGO. LAS TRAMPAS DEL JUEGO CAPITALISTA

Frank Schirmmacher

Ariel, Barcelona 2014

318 págs.

El filósofo, ensayista y periodista Frank Schirmmacher (1959-2014), en su libro *Ego*, nos proporciona la mayor contribución individual a la inteligibilidad del mundo donde vivimos que uno recuerda haber leído en mucho tiempo. Es verdad que ese mundo es espantoso, y que analizarlo no resulta tarea grata. Pero por favor, no maten al mensajero...

«Piensa mal y acertarás» nos da el modelo básico de la profecía que se autocumple. *Ego* desarrolla, a lo largo de 270 páginas estremeceadoras, cómo el más bien inoperante *Homo economicus* de la teoría marginalista mutó, a finales del siglo XX, en un temible monstruo digital: el Número 2, un doble de nosotros mismos (cada cual su propio “número uno”) movido solamente por el egoísmo, la desconfianza y el miedo. Nuestro problema es que, en la era de la “economía del conocimiento” y el Internet mercantilizado, este Número 2 va colonizando cada vez más espacios, y transformando la entera sociedad a su imagen y semejanza. Como dice el autor en una entrevista:

«Nos hemos visto arrastrados al interior de un sistema de pensamiento y comportamiento que nos enseña que es razonable ser egoístas. Esto es lo nuevo. Hablamos de una nueva racionalidad de gran repercusión que ha sido codifica-

da en las propias máquinas, desde los algoritmos bursátiles de la negociación de alta frecuencia hasta los modelos de riesgo de la NSA [Agencia de Seguridad Nacional, el servicio de inteligencia de los EE.UU]. No es tecnología, es política. Todo el mundo conoce los infiernos de la cadena de montaje y de la eficiencia de la época de Ford. Ahora extendemos esos criterios de eficiencia a lo social: pensar, escribir, caminar, correr, comunicar. [...] Vivimos el triunfo del neoliberalismo autoprogramado en la técnica. La premisa decisiva dice: *Cada uno solo piensa en sí mismo*».¹

En una biosfera finita donde viven seres vivos finitos (incluido el menesteroso *anthropos*), lo que se ha venido desplegando contra cada vez menor resistencia es una sed de beneficio infinita, y una voluntad de dominación infinita: y todo ello hoy se materializa en una “megamáquina”, un super-aparato técnico que tiende a sustituir a toda otra realidad (6.800 millones de teléfonos móviles, en 2013, para una humanidad de 7.100 millones de personas).

Vivimos en un mundo donde lo tanático campa por sus respetos, fuera de todo control. Llámelo *transhumanismo* si lo prefieren, para no emplear la expresión *pulsión de muerte*. Los horrores del siglo XXI harán pequeño todo lo que la humanidad conoció en el pasado. (La humanidad nunca ha vivido antes en un planeta con cuatrocientas partes por millón de dióxido de carbono en la atmósfera; y nunca ha conocido el tipo de genocidio hacia el que vamos.)

La trampa que el capitalismo tendió a la humanidad ha terminado de cerrarse sobre nuestras cabezas. El siglo XXI se sumirá en inauditas formas, en desconocidas intensidades

¹ Frank Schirmmacher: «El egoísmo es la nueva racionalidad» (entrevista), *El Cultural*, 7 de febrero de 2014. Puede consultarse en http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/34090/Frank_Schirmmacher. El ensayista sigue explicando:

«Soy consciente de que la crisis financiera tuvo muchas causas. Sin embargo, la pérdida de control global es fruto de modelos matemáticos que antes de la era del ordenador no habrían sido posibles. Durante la crisis, la negociación bursátil de alta frecuencia fue adquiriendo un peso aún mayor en virtud de las mejoras técnicas. La negociación de alta frecuencia es un mecanismo que hasta cierto punto expulsa a los seres humanos fuera del mercado: los algoritmos se convierten prácticamente en personas que dan órdenes. Lehman Brothers no fue más que un presagio. Si no hacemos nada, tendremos *crash* sociales, como tuvimos *crash* bursátiles. Un mundo en que unos ordenadores totalmente automáticos leen noticias que proceden de sistemas también automatizados y después toman decisiones que otros robots convierten en noticias y textos de prensa, y todo ello a una velocidad increíble, es fácil imaginar que no se limitará a las bolsas de valores. Y todas esas máquinas no son psicólogos particularmente buenos, en cierto modo siempre juegan un poco a la Guerra Fría...».

de destrucción socioecológica: no hay precedentes históricos para casi nada de lo que va a ocurrir en nuestro Siglo de la Gran Prueba.

(Por supuesto, decir El Capitalismo y La Humanidad con gran prosopopeya supone incurrir en enormes simplificaciones: la Trampa Que Se Cierra Sobre Nuestras Cabezas es obra de la acción y la inacción de los seres humanos, al término de cinco milenios de luchas sociales, desarrollos técnicos y extravíos culturales. Las líneas de ruptura cruzan las subjetividades de cada una y cada uno de nosotros.)

Se esfuerza uno por hacer prosperar sus negocios y obtener su merecido beneficio, e inadvertida pero rápidamente degrada la biosfera y destruye la civilización humana... ¡Ay, qué lástima! *Collateral damage*, efectos no deseados de la acción racional y el *rational choice* que pusimos en marcha en tiempos de la Ilustración escocesa, con aquel amable caballero que respondía al nombre de Adam Smith...

Ay, ese mundo de fantasía donde creen vivir los libertarios digitales... Pero los mejores *hackers* parecen ya estar trabajando para la banca, el ejército, la NSA y la nueva policía política.²

La sociedad está a punto de ser abducida al ciberespacio, y lo que hay allí dentro es una «pesadilla con aire acondicionado», como diría Henry Miller; un infierno amable; una cámara de tortura con decoración de diseño gestionada eficientemente por el Pato Donald y su Tío Gilito... ¿De verdad no prefiere usted quedarse fuera?

En la era de la fórmula de Black-Scholes y del algoritmo guleico de Ad-words, el humanismo residual lo buscamos en los bonobos y en los bosquimanos.

Frente a este horror, ¿puede suceder con ciertas perspectivas de éxito algo así como una venganza de las humanidades, de la filosofía, de la poesía? Me temo que no. Se producirá más bien una venganza de la biología, la climatología y la termodinámica. Pero *Homo sapiens* ya no estará allí para contarlo –o al menos no la mayor parte de la especie, ni sus posibilidades de vida buena.

Jorge Riechmann

Departamento de Filosofía de la UAM

ENERGY AND THE WEALTH OF NATIONS. UNDERSTANDING THE BIOPHYSICAL ECONOMY

Charles A. S. Hall y Kent A. Klitgaard

Springer, Nueva York, 2012

407 págs.

El autor principal del texto, Charles Hall, es la principal referencia mundial en el estudio de la tasa de retorno energético (TRE) de distintas fuentes. También de las implicaciones sociales del uso de fuentes energéticas de altas y bajas TRE. Pero, además, tiene un amplio bagaje, que demuestra en el libro, de economía ecológica y de conocimiento del funcionamiento de los ecosistemas. Esto, por sí solo, ya da solvencia al conjunto de la obra, pero además se combina con los conocimientos sobre economía de Kent Klitgaard.

² También de la entrevista con Schirmmacher en *El Cultural*: «Ese *Homo oeconomicus* nunca fue sólo un modelo: el hombre egoísta que solo piensa en su ventaja en los mercados se ha convertido en norma. El tiempo de las teorías y los modelos ha quedado atrás: los modelos cobran vida como el Golem. Aconsejo la lectura del nuevo libro de Eric Schmidt, muchos años jefe de Google y hoy presidente de su consejo supervisor. El doble digital, es decir, esa copia de nosotros reducida a la matemática del egoísmo, sólo era una sombra. Entonces se emancipó, y ahora parece que es él –la suma de huellas digitales que dejamos– quien define quiénes somos realmente. La empresa Cataphora, que analiza correos electrónicos por encargo del Ministerio de Justicia de EEUU, dice que conoce a la persona, después del análisis, mejor que ella misma. ¿Y qué hace la NSA? La suma de huellas digitales da lugar a un cálculo de riesgos que una persona real no puede rebatir. ¿Qué hacen las modernas empresas de evaluación crediticia? La suma de datos, entre los que se incluye la música que uno escucha y lo que escribe en Facebook, determina la credibilidad. Lo mismo se puede decir de los Estados. ¿Acaso nadie ve lo que está sucediendo?»

El texto analiza la influencia de la energía en las sociedades, haciendo un especial énfasis en la organización económica. Esto lo aborda desde una perspectiva histórica y haciendo una proyección de futuro. Para conseguir este objetivo no duda en entrar en detalle en la historia de la economía capitalista (aunque apenas cita este sistema por su nombre), en el funcionamiento de los sistemas naturales o en los elementos básicos de la física de la energía. Es un objetivo que la obra cumple con solvencia.

Aunque el abordaje de cada uno de los temas en los distintos capítulos consigue conjugar profundidad con un lenguaje divulgativo, cuando se mira el libro como un todo, la comprensión se hace más complicada. No hay una secuencia argumental clara, se vuelve en demasiadas ocasiones sobre la misma idea y el grado de profundidad de los capítulos es desigual. En este sentido es un libro que se lee mejor por apartados separados, como un libro de texto, que como obra conjunta.

El texto se divide en cinco bloques. El primero aborda el tema central del libro (la energía y el origen de la riqueza). En él se analizan las necesidades humanas, los deseos y cómo estos se interrelacionan, conflictivamente, con el sistema económico vigente. Argumenta con fuerza y convicción, desde una perspectiva histórica, el papel central de la energía en la organización social. Se detiene en la economía forrajera y la agrícola, donde analiza el auge y caída de distintos Estados (Roma, griegos, islámicos). Los autores analizan especialmente el periodo capitalista, sobre todo tras la Revolución industrial. En este muestran cómo los modelos económicos no han considerado la energía en sus ecuaciones y cómo este elemento es central para poder explicar los periodos de crecimiento y las fases de crisis, sobre todo por su relación directa con la productividad del trabajo y por la confianza que genera para poder crear más deuda (dinero) que impulse la economía. Demuestran cómo la energía, al menos, es un factor tan importante en el capitalismo como el capital y el trabajo. Además también ha sido clave en el

resultado de las distintas conflagraciones bélicas. De este modo, el acceso a grandes cantidades de energía barata es lo que permitió que EEUU se convirtiera en potencia hegemónica, como antes lo consiguieron distintos Estados europeos. También ha sido lo que ha posibilitado crear las “sociedades de la abundancia” en las regiones centrales. Como el petróleo ha cumplido y cumple un papel fundamental en este tema, el libro se detiene a analizar las características que lo hacen único: barato, abundante (en ambos casos hasta la llegada del pico de máxima extracción), transportable, almacenable, con una alta TRE (aunque ahora está bajado de forma importante). En el mismo sentido, sin hacer un análisis detallado, nombran la insustituibilidad del crudo.

El segundo bloque se titula «Energía, economía y la estructura social». En el primer capítulo se hace una discusión exhaustiva de la evolución de las teorías económicas capitalistas (mercantilismo, fisiócratas, economía clásica y neoclásica, keynesianismo) y cómo van dejando de considerar a la naturaleza y la energía en sus análisis. Esta es una sección que recuerda, en algunos momentos, mucho a los trabajos de José Manuel Naredo, aunque no lo citen. El análisis parte del análisis de cinco aspectos básicos en cada una de las escuelas: i) cuál es el origen de la riqueza y del valor; ii) cómo se debe distribuir; iii) cuáles son los mecanismos que equilibran la demanda y la oferta; iv) cuáles son los elementos determinantes para la acumulación del capital; y v) cuál es el papel más adecuado del Estado en la economía. Tal vez el análisis es demasiado extenso y se va más allá del tema central del libro. A continuación desmonta estas visiones desde la perspectiva de la economía ecológica: no se puede hacer teoría económica sin considerar los límites físicos, ni teoría del consumo sin entender al ser humano en toda su complejidad, que va mucho más allá del *Homo Economicus*. Sobre esto vuelven en los capítulos 8 y 9. El apartado no aborda otros enfoques de la economía crítica que son fundamentales, especialmente los de la economía feminista.

En ese mismo bloque, en los capítulos 6 y 7, el texto hace una historia del uso del petróleo y de las compañías que protagonizaron su despegue. Un análisis de cómo el petróleo y las máquinas que mueve (coches sobre todo) modificaron las sociedades. Además, profundiza en cómo esto se relaciona con la economía financiera y sus repetidas crisis, incluida la actual. Nuevamente, esta parte del libro tiene relación con lo trabajado por otros autores en castellano, como Ramón Fernández Durán.

El tercer gran apartado del libro analiza, como si fuese un libro de texto, elementos básicos de la energía, la economía y las matemáticas. Explica el avance en el conocimiento sobre la energía, qué es, su cualidad, la entropía, los tipos y fuentes, y otros conceptos básicos para ver cómo la energía interacciona con la vida. El bloque vuelve sobre el eje central del libro (la interacción entre economía y energía), en esta ocasión con una mirada más termodinámica en la que explican también las bases químicas de la vida, y del aprovechamiento energético de los combustibles fósiles y de sus impactos ambientales (cambio climático, pérdida de biodiversidad, desestabilización del ciclo del nitrógeno y otros).

En la fase final, la obra entra en elementos centrales del trabajo de Charles Hall. Explica qué es la TRE, cómo se calcula y cuáles son sus datos para distintas fuentes energéticas. También muestra y justifica cómo, para sostener una sociedad compleja, hace falta una TRE mínima. El guarismo que ofrece el libro está entre 1:5 y 1:10, lo que hace que muchas fuentes renovables (como la solar fotovoltaica), los agrocarburos y muchos de los petróleos no convencionales (arenas bituminosas, petróleos de roca poco porosa como esquistos y otros) queden por debajo. Esta información la relacionan con el pico del petróleo y muestran las profundas implicaciones para la organización social y económica que este hecho va a conllevar. Después de un capítulo sobre los modelos y paradigmas, los autores abordan lo que denominan economía biofísica y, paso a paso, cómo

aplicar su método de análisis a una región concreta.

Por último, el bloque que cierra el libro vuelve sobre elementos ya tratados (disminución de la TRE, pico del petróleo, crisis económica), desde una perspectiva de los probables colapsos sociales en los que nos estamos adentrando.

Luis González Reyes
FUHEM Ecosocial

SOCIOFOBIA. EL CAMBIO POLÍTICO EN LA ERA DE LA UTOPIA DIGITAL

César Rendueles

Capitán Swing, Madrid, 2013

200 págs.

«El ciberfetichismo y la sociofobia son las fases terminales de una profunda degeneración en la forma de entender la sociabilidad que afecta decisivamente a nuestra comprensión de la política [...] el fundamento de la postpolítica es el consumismo, la imbricación profunda de nuestra comprensión de la realidad y la mercantilización generalizada», p. 176.

César Rendueles nos invita en este libro a recorrer con él algunos de los callejones menos iluminados de nuestro tiempo, problemas apenas formulados, conexiones poco usuales y preguntas interesantes que nos obligan a cuestionar ciertos aspectos ya incorporados a nuestra cotidianidad. Es de agradecer que todo el libro encuentre un equilibrio inmejorable entre profundidad e ironía, además de ser una muestra de valentía en las propuestas teóricas. Paso a paso va encendiendo farolillos que, sin cegarnos, dejan que veamos algunos de esos temas habitualmente desenfocados: la relación entre

tecnología y política, entre los movimientos sociales emancipadores y la *ciberutopía*; la reflexión sobre la sociabilidad y la codependencia así como qué cambios en la forma de entender ambas ha introducido internet, por mencionar los centrales.

El autor toma como punto de partida un repaso crítico a la historia de la consolidación del capitalismo haciendo hincapié en algunos episodios tan desconocidos como relevantes (por ejemplo, el pasaje sobre los holocaustos en la era victoriana). Nos aporta varias claves para entender el paso de las sociedades precapitalistas a las actuales y los cambios que ha propiciado la *utopía mercantil* en los modos de sociabilidad respecto a las sociedades tradicionales. Tras un elocuente recorrido, formula una de las tesis principales, a saber: que el fetichismo de las redes y tecnologías de la comunicación han reducido –y no aumentado, como es habitual pensar– las aspiraciones políticas de nuestras sociedades. Por tanto, el problema central al que se entrega es a identificar las complejas relaciones entre la tecnología contemporánea y la política.

Preocupado por los efectos de esta tecnología tanto en nuestra identidad personal como en la estructura de la sociedad y en el entramado de relaciones de poder que actúan en ella, nos acerca a las batallas en el campo de la propiedad intelectual y del *copyleft* en conexión con la importante cuestión de los bienes públicos. Analiza de forma crítica la asunción por una parte de la izquierda política de lo que califica como un dogma de la *ideología cibernética*: la creencia en que las tecnologías de la comunicación facilitan la sociabilidad por sí mismas, por su propia composición. Lejos de ello, Rendueles introduce consideraciones tan importantes que cambian por completo esta extendida imagen. La creciente fragilidad de los vínculos sociales y la atomización social se verían reforzados por estas tecnologías que de alguna manera dependen de la fragmentación en que vivimos.

En una reformulación de la tesis del libro, el autor defiende que al contrario de servir para

originar una *realidad social aumentada*, las tecnologías de la comunicación ayudan a generar una *disminuida* en la que las relaciones sociales tradicionales serían suplantadas por lazos difusos y vínculos discontinuos (aunque el entorno digital en el que nos movemos y comunicamos sea muy amplio, como sucede en las plataformas sociales digitales). El problema de los bienes comunes en sociedades complejas aparece ligado a ello, como una versión de uno de los problemas éticos fundamentales de la izquierda: la pretensión de ser individuos libres pero a la vez participar en una red de compromisos profundos con los demás. En este sentido, resultan interesantes las distinciones que establece entre el altruismo y el compromiso como dos formas de cooperación; y las diferencias entre los vínculos sociales en persona y la interacción social en internet (las normas que asumimos en un contexto u otro, cómo nos comportamos, cómo nos afecta la opinión de los demás sobre nosotros, etc.).

A partir de estas consideraciones, Rendueles propone la cooperación como una característica central de los seres humanos ya que somos dependientes de los demás, frágiles y necesitamos de cuidados mutuos. El capitalismo y el tipo de conexiones interpersonales que fomenta –en nuestro momento, vehiculadas en gran medida a través de internet– son para el autor lo opuesto a esos cuidados que necesitamos. Confronta las tendencias del capitalismo, la *ideología digital* o la *postmodernidad ciberutópica* con las éticas de la virtud y de los cuidados. También analiza críticamente la creencia generalizada del capitalismo como el mejor de los sistemas posibles, que ejercería sobre nosotros una suerte de autolimitación colectiva. Frente a esto, muy lejos de la ingenuidad, se pregunta por la alternativa de los anticapitalistas. Es decir: asumiendo por un gran número de razones –que no cabe aquí relatar– que el capitalismo es un sistema socialmente nefasto, ¿cómo organizar los recursos de otro modo?, ¿somos capaces de llevar a cabo una alternativa?

Respondiendo parcialmente a este interrogante, propone algunas de las bases necesarias para una alternativa anticapitalista. Una de ellas, irrenunciable, sería que la deliberación democrática alcanzase todos los asuntos públicos: también el mercantil. En una sociedad postcapitalista no habría que eliminar el mercado, sino regularlo evitando que las instituciones económicas escapen del control democrático por parte de la sociedad. Considerando que la igualdad material es una base incuestionable para las relaciones sociales libres, sería necesario partir de la base de que somos seres codependientes, frágiles y menos racionales de lo que consideramos, y dejar de entender la economía como un elemento autónomo y aislado de la vida social.

Carmen Madorrán
licenciada y master en Filosofía

LA INSENSATEZ DE LOS NECIOS: LA LÓGICA DEL ENGAÑO Y EL AUTOENGAÑO EN LA VIDA HUMANA

Robert Trivers

Katz, Madrid, 2013

387 págs.

Han pasado cuatro décadas desde que autores como Edward O. Wilson o Robert Trivers empezaron a publicar los textos que dieron lugar a las polémicas sobre la sociobiología que se presentaba como una disciplina con fuerte potencial explicativo, pero fuertemente cuestionada por la acusación de reduccionismo. Desde entonces, las posiciones tanto de Wilson como de Trivers han evolucionado, como lo muestran la última obra del primero (*La conquista social de la Tierra*, Debate, 2012) o la obra de Trivers aquí reseñada. Evolución que no implica una renuncia a la capacidad científica de las primeras aportaciones de la sociobiología, pero trata de corregir y mejorar el equilibrio entre los factores

evolutivos y los factores sociales, psicológicos y éticos que interaccionan en el comportamiento humano.

Ya desde el inicio, Trivers expone el punto de partida de su investigación: el análisis de lo que, para él, es un hecho incontestable: «Somos mentirosos redomados y nos mentimos incluso a nosotros mismos», y desde el mismo prólogo nos da dos pistas importantes para la lectura: la primera, que entiende el engaño y el autoengaño como conductas que van más allá de lo psicológico; y la segunda, que –precisamente por ir más allá de lo psicológico– su estudio abarca diversos ámbitos, ordenados desde lo biológico y evolutivo hasta las capas más amplias de lo social, con lo que se orienta en una perspectiva multidisciplinar.

De este vínculo de la aproximación sociobiológica y la concepción del autoengaño como una conducta surge un análisis directamente dirigido a la explicación de comportamientos específicos desde un punto de vista evolutivo. Esto lleva al autor a buscar una explicación en términos de pervivencia genética, a detectar por qué los comportamientos engañosos suponen una mejora de las posibilidades del sujeto para hacer que su herencia genética se perpetúe. A este apartado dedica el primer capítulo del libro, «La lógica evolutiva del autoengaño», en el que expone el recorrido de la obra y esboza los rasgos comunes a las distintas formas en las que se produce, entre ellos, el exceso de confianza, el interés de los sujetos –o de los colectivos en los que se integra un determinado sujeto–, la ilusión de control, la diferenciación entre los miembros de la comunidad de pertenencia –*uno de los nuestros*– y los sujetos ajenos, la falsa ilusión de control y superioridad, así como el soporte biológico de estas deformaciones, que, de acuerdo con Trivers, se encuentran en su configuración genética y neurofisiológica.

Este enfoque sirve como pauta para el estudio temático del engaño y del autoengaño en la naturaleza, en las relaciones familiares y de pareja, y sus efectos en el sistema inmunológico y psicológico, pero también en la descripción

de lo que podríamos llamar casos prácticos: el engaño en la vida cotidiana, en las catástrofes de aviación, en los relatos históricos, la guerra, la religión y la ciencia, recurriendo alternativamente a la exposición científica y a las anécdotas más o menos significativas en una alternancia que aligera sensiblemente la lectura y tiene la virtud de iluminar muy directamente el análisis. Sin embargo, Trivers no se queda en la búsqueda del mecanismo de preservación de la herencia genética, sino que evalúa los momentos en los que ese mecanismo falla, poniendo en juego la propia vida del sujeto –como en el caso de los accidentes aéreos– o llevándolo a realizar acciones que jamás podrán conseguir su objetivo –como en el caso de las plegarias de intercesión.

La aproximación biológica y evolutiva hace que el texto tenga un cierto carácter mecanicista, como si concibiera la vida humana como una pieza inerte en un mecanismo, y esto puede dar la impresión de que estamos ante un texto que cae de nuevo en la tentación reduccionista, la cual, por otra parte, no deja de tener algunas connivencias con los tópicos sociales más conservadores, especialmente en el capítulo dedicado a las relaciones sexuales. Es evidente que existen diferencias biológicas entre los sexos y que estas diferencias tienen una proyección más allá de lo biológico, pero es igualmente evidente que la construcción social del género en un contexto social mínimamente justo debe realizarse tomando la igualdad como horizonte de posibilidad, y este es un aspecto que no queda bien reflejado –o al menos no con suficiente claridad– en el texto, y esta observación se puede extender al tratamiento de la homosexualidad.

Es importante señalar que, pese al declarado propósito de Trivers, en muchos pasajes la explicación supera el ámbito de la evolución entendida como un fenómeno determinado por la genética y pasa a tratar temas propiamente relacionados con otras áreas; así, en el caso de los accidentes aéreos, la explicación se refiere fundamentalmente a factores psicológicos, y en el caso de las narraciones históricas falseadas,

a la voluntad de justificar el predominio de un grupo social. De esta forma, el texto escala en distintas capas del proceso y permite abordar el engaño y autoengaño como un fenómeno con proyección en áreas diversas, con lo que su condición de conducta, esto es, de actuación humana, queda ampliamente descrita.

Es de reseñar que el texto no ofrece una interpretación de la forma de articulación de estos factores, con lo que las aportaciones diversas quedan más superpuestas que organizadas, y el valor explicativo de la investigación se ve afectado por esta carencia. Muy por el contrario, al abordar las últimas páginas de la obra –en las que se plantea la conveniencia de luchar contra el autoengaño– el autor se posiciona en dos cuestiones que evitan, de formas diferentes, la cuestión de la articulación de las aportaciones de las distintas disciplinas. En primer lugar, al recopilar datos y plantear la viabilidad de la resistencia frente a la tendencia a autoengañarnos, vuelve a tratar su objeto de estudio exclusivamente como un fenómeno correspondiente a la evolución y selección natural, olvidándose de que la obra, como hemos señalado repetidamente, incorpora aproximaciones de diversos campos. En segundo lugar, Trivers sorprende planteando la corrección del autoengaño como un proyecto moral, aunque enmarcado en un contexto evolutivo; al dar este paso, se sitúa en un punto externo a su propio enfoque, desde el que juzgar y construir lo que llama una “estrategia interna” que no sólo no se subordina a lo biológico –tal y como se criticaba a los primeros textos de la sociobiología– sino que se independiza y trata de compensar y corregir, desde la ética, tendencias que vienen impuestas por la naturaleza.

Juan José Álvarez Galán
colaborador del Grupo de Investigación
Transdisciplinar sobre
Transiciones Socioecológicas

¡Nuevo número!

ecologíaPolítica



Icaria editorial

Ciudades

Ecología política urbana y Justicia Ambiental
Metabolismo socioambiental y conflictos urbanos
Derecho a la ciudad y alternativas al desarrollo inmobiliario

Suscríbete en
www.ecologiapolitica.info

La gran involución II

PAPELES



El último número de PAPELES de Relaciones Ecosociales y Cambio Global es el segundo dedicado a "la gran involución" a la que asistimos actualmente, poniendo el énfasis en el "estado de excepcionalidad" al que nos conducen las reformas en curso. La Gran Involución ha llegado también al corazón del Estado de Derecho. Así lo demuestran las respuestas desde el Gobierno ante el malestar social: reforma de la ley del aborto, endurecimiento del código penal, presentación del anteproyecto de ley de seguridad ciudadana con el único propósito de evitar las manifestaciones públicas de crítica y desaprobación de la ciudadanía. El propio Consejo del Poder Judicial ha puesto en tela de juicio la constitucionalidad de algunos de sus artículos. El *Especial* de este número de *Papeles* ahonda en las dimensiones de esa "gran involución" en distintos ámbitos de nuestra vida social. Las secciones *Panorama* y *Periscopio* abordan el debate sobre cambio climático y conflictos violentos y tres experiencias de huertos urbanos respectivamente.

Leer más

Nuevos problemas, nuevas Constituciones

PAPELES



PAPELES aborda en este número la pérdida de legitimidad y de credibilidad del constitucionalismo vigente. Las instituciones que conocemos surgieron en un mundo que hoy parece caduco. El *Especial* de la revista reflexiona sobre cómo, en el actual contexto de crisis estructural, la solución pasa por un cambio de modelo que cuestione el patrón de acumulación global asentado en la extracción masiva de recursos naturales y la apropiación de innumerables bienes comunes. Se requieren nuevos marcos reguladores frente a las bases patriarcales, la estructura económica injusta y las políticas imperialistas que sustentan el sistema. Además, *Ensayo* ofrece un análisis del proyecto *CittàSlow*; las secciones *Panorama* y *Periscopio* se detienen sobre el proceso de transición en Túnez y en la gestión del agua en España, respectivamente.

Leer más

In Memoriam Francisco Fernández Buey



Fallecido en Barcelona el 25 de agosto de 2012, a los 69 años de edad, **Francisco Fernández Buey** fue miembro del Consejo de Redacción de la revista PAPELES de Relaciones Ecosociales y cambio Global hasta el momento de su muerte.

En las reuniones de PAPELES pudimos disfrutar de su sentido del humor, fina ironía y amista, dejando entre nosotros la huella que dejan los buenos maestros. Filósofo, profesor de Historia de las Ideas, de Historia de la Ciencia y de Filosofía Política en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, Paco fue sobre todo un "insumiso discreto", un "racionalista bien temperado", un agitador de las "utopías como ilusiones naturales de los de abajo que aspiran a un mundo mejor."

Leer más

In Memoriam José Luis Sampedro



Luis Sampedro falleció el 8 de abril de este año. Ha sido uno de los escritores e intelectuales españoles más querido y res-

La gran involución: una profunda contrarreforma social

PAPELES



El último número de PAPELES de Relaciones Ecosociales y Cambio Global es el segundo dedicado a "la gran involución" a la que asistimos actualmente, poniendo el énfasis en el "estado de excepcionalidad" al que nos conducen las reformas en curso. La Gran Involución ha llegado también al corazón del Estado de Derecho. Así lo demuestran las respuestas desde el Gobierno ante el malestar social: reforma de la ley del aborto, endurecimiento del código penal, presentación del anteproyecto de ley de seguridad ciudadana con el único propósito de evitar las manifestaciones públicas de crítica y desaprobación de la ciudadanía. El propio Consejo del Poder Judicial ha puesto en tela de juicio la constitucionalidad de algunos de sus artículos. El *Especial* de este número de *Papeles* ahonda en las dimensiones de esa "gran involución" en distintos ámbitos de nuestra vida social. Las secciones *Panorama* y *Periscopio* abordan el debate sobre cambio climático y conflictos violentos y tres experiencias de huertos urbanos respectivamente.

Leer más

Cambiar en tiempos de crisis: consumo y estilos de vida

En el último número de PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global se aborda el consumo, quizá el elemento más olvidado de la triada producción-distribución-consumo que caracteriza a la actividad económica. El consumo conforma nuestras vidas y es un aspecto esencial de nuestro modelo económico y social sin cuyo replanteamiento difícilmente podremos atisbar una salida y una a la actual crisis socioecológica. En palabras de **Santiago Álvarez Cantalapiedra** en su introducción, «resulta cada día más evidente que el logro de la satisfacción de las necesidades de toda la población mundial sin menoscabo del planeta del que depende nuestra existencia, exige, sobre todo en las sociedades opulentas, controlar el consumo para que no sea «el quien nos devore a nosotros»».

Leer más

Entrevista a Sabino Olola



Sabino Olola es escritor, participa en movimientos populares, Antimilitarista, comités de Asambleas...

culturales, en los que siempre ha estado comprometido por la desobediencia no violenta. Vivió muchos años con su compañera y amiga Gladys, durante la guerra Civil durante la cual fue detenido en junio de 1979. Fue de cuestiones ambientales y es investigador sobre la historia de reconocimiento de la cultura en el País Vasco y fue en 1989. También participó en el primer referéndum en el que defendió con los ecologistas con...

Buscar

Archivo histórico de Papeles.
Acceso libre a todos los números y a todos sus contenidos, salvo los cuatro últimos que requieren Suscripción

Si ya eres suscriptor visita nuestra Zona de suscriptores



Espacio de reflexión, encuentro y debate que analiza las tendencias y los cambios profundos que configuran nuestro tiempo desde una perspectiva crítica y transdisciplinar.

Boletín ECOS

La situación del mundo

Economía Crítica y Ecologismo Social

Centro de documentación

Búscanos en Facebook



A 828 personas les gusta FUHEM Ecosocial.



Nace la nueva web de PAPELES

www.revistapapeles.es

BOLETÍN ECOS

DEBATES SOBRE DEMOCRACIA, COHESIÓN SOCIAL Y SOSTENIBILIDAD

BOLETÍN ACTUAL:
La juventud, un estado
precario de completa
incertidumbre
nº 27 (jun.-ago. 2014)

PRÓXIMO NÚMERO:
Sept.-nov. 2014

PROYECTO EUROPEO:
Deseos, desvíos y derivas

26 MAR / MAY
2014

*Retos del debate feminista
ante la "Gran Involución"*

25 DIC 2013 / FEB
2014

*La huella del consumismo
tecnológico*

24 SEPT / NOV
2013

*Migrantes: entre la crisis y la
exclusión*

PAUTAS PARA LOS AUTORES

Pautas generales

- Todos los artículos recibidos en nuestra revista serán sometidos a una valoración contrastada previa a su posible publicación.
- Los artículos enviados a la revista deberán ser originales, sin que hayan sido publicados con anterioridad en otra fuente.
- Agradecemos que a la entrega del texto el autor incluya su nombre y dos apellidos completos y el cargo que ocupa o título universitario con el que desea aparecer en la firma del texto.
- Los artículos de la revista tienen una **extensión** en torno a las 4.000 palabras.
- El **tono** del texto debe ser divulgativo, no excesivamente especializado, sin que ello suponga restarle rigor y profundidad de análisis.
- Al principio del texto se incluirá un breve párrafo, resumen del texto, de unas 9 líneas de extensión.
- Los párrafos irán separados por una línea de blanco.
- Los **epígrafes** se marcarán en negrita, y los subepígrafes en cursiva (ambos sin numerar). Las subdivisiones del texto deberían limitarse a estas dos exclusivamente.
- Los artículos **no** precisan de ir acompañados de **bibliografía** puesto que las referencias bibliográficas irán a pie de página en forma de nota.

Pautas específicas

- Las **siglas** y acrónimos deben ser mencionados en su versión completa solo la primera vez que aparecen en el texto. Ejemplo: Organización de Naciones Unidas (ONU). No deben llevar puntos entre las iniciales.
- Se usan las comillas **latinas** «»:
 - Para encerrar una cita textual.
 - Para encerrar los títulos de artículos de revista, capítulos de una obra u otros textos.
- Se usan las comillas **inglesas** "":
 - Para dar a una palabra un sentido diferente del que tiene normalmente.
 - Para referirse a una palabra atribuida a otra persona o cuya connotación no se comparte (*se considera "muy buen escritor"*).
 - Con sentido irónico o peyorativo (*su laboriosidad es "envidiable": se levanta a mediodía*).
- Se usan comillas **simples** (o semicomillas) ": para entrecomillar una o más palabras dentro de una frase que ya está entre comillas latinas e inglesas («..... "....."»).
- Se empleará *cursivas*: para indicar énfasis y para palabras extranjeras. No se utilizarán en ningún caso las negritas y subrayados.
- **Citas**
 - Si tienen una extensión superior a los dos renglones, irán en párrafo aparte, en cuerpo menor, y con una línea de blanco por arriba y por abajo. Entrecomilladas y correctamente identificadas en nota a pie de página.
 - Si tienen una extensión de dos renglones irán dentro del texto, entre **comillas** «» y correctamente identificadas en nota a pie de página.
- **Notas**
 - Las notas irán a pie de página y numeradas correlativamente. La llamada dentro del texto irá siempre después del signo de puntuación: Ej.: [...] la transformación del capitalismo.¹
 - **Libros**
 - M. Kranzberg y W. H. Davenport, *Tecnología y cultura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979, pp. 196.
 - **Capítulos de libros**
 - J. Riechmann, «Para una teoría de la racionalidad ecológica» en S. Álvarez Cantalpieira y Ó. Carpintero (eds.), *Economía ecológica: reflexiones y perspectivas*, CBA, Madrid, 2009.
 - **Artículos en prensa o revistas**
 - M. Vázquez Montalbán, «De cómo Mariano Rajoy se convirtió en un ovni», *El País*, 3 de octubre de 2003, p. 14.
 - **Páginas web**
 - T. J. Pritzker, «An early fragment from Central Nepal», Ingress Communications [disponible en: <http://www.ingress.com/>. Acceso el 8 de junio de 1998].
 - **Para una referencia utilizada con anterioridad, usar la fórmula:**
 - M. Vázquez Montalbán, *op. cit.*, 2003.
 - Si la referencia es citada en la nota inmediatamente anterior, usar *Ibidem*.

- Todos los textos serán editados una vez recibidos para adecuarlos a los criterios y formato de la revista. En caso de que tengamos dudas nos pondremos en contacto con el autor para aclararlas.

DE RELACIONES ECOSOCIALES Y CAMBIO GLOBAL

PARA SUSCRIBIRSE

- ✓ A TRAVÉS DE LA LIBRERÍA ELECTRÓNICA **www.libreria.fuhem.es**
✓ ENVÍE ESTE CUPÓN AL FAX O LA DIRECCIÓN INDICADA A PIE DE PÁGINA
✓ ESCRIBA A NUESTRA DIRECCIÓN DE CORREO ELECTRÓNICO **publicaciones@fuhem.es**
✓ LLAME AL TELÉFONO **91 431 03 46**

Nombre:
 Dirección:
 Población: C.P. Provincia:
 País: Teléfono:
 Correo electrónico:

■ **PRECIO ÚLTIMO NÚMERO**

- | | | |
|--------------------------|------------------------------|-------------|
| ☐ | España | 9 € |
| ☐ | Europa | 19 € |
| ☐ | Resto del mundo | 20 € |

■ **PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN** (4 números impresos)

- | | | |
|--------------------------|------------------------------|-------------|
| ☐ | España | 28 € |
| ☐ | Europa | 48 € |
| ☐ | Resto del mundo | 52 € |

PRECIO ☐ **4 €** (último número) ☐ **12 €** (4 ejemplares)

☐ Domiciliación bancaria (preferible esta modalidad para suscriptores)

Titular de la cuenta:.....

NIF del titular:.....

Código
IBAN

- ☐ Cheque a nombre de Fundación Hogar del Empleado
- ☐ Contra reembolso
- ☐ Transferencia bancaria a:

Banco Popular. C/ O' Donnell, 22. 28009 Madrid.
IBAN: ES16 0216 0251 5106 0000 5047

FUHEM
ecosocial

Duque de Sesto, 40 - 28009 Madrid
Tel.: 91 431 03 46 - Fax: 91 577 47 26
www.fuhem.es/ecosocial – fuhem@fuhem.es

